

Concordia Seminary - Saint Louis

Scholarly Resources from Concordia Seminary

Cursos del Instituto Hispano de Teología (IHT)

Recursos en español

11-27-2023

Sistemática I

Juan G. Berndt

Follow this and additional works at: https://scholar.csl.edu/cursos_instituto_hispano



Part of the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

Berndt, Juan G., "Sistemática I" (2023). *Cursos del Instituto Hispano de Teología (IHT)*. 20.
https://scholar.csl.edu/cursos_instituto_hispano/20

This Article is brought to you for free and open access by the Recursos en español at Scholarly Resources from Concordia Seminary. It has been accepted for inclusion in Cursos del Instituto Hispano de Teología (IHT) by an authorized administrator of Scholarly Resources from Concordia Seminary. For more information, please contact seitzw@csl.edu.

SISTEMÁTICA I

Rev. Juan G. Berndt

Instituto Hispano de Teología
Chicago, Illinois
1990, 1993



Este curso pertenece a una generación de cursos de formación teológica del Instituto Hispano de Teología, de una colección de cursos producidos entre los años 1988 y 2000.

Originalmente, cada curso incluía un manual de estudio, una serie de videocharlas y el guión de dichas videocharlas. En su tiempo, se usaba una tecnología de vanguardia para el plan de estudios, utilizando videos (en VHS y CD) así como materiales impresos.

A partir del año 2006, el Instituto Hispano de Teología se convirtió oficialmente en el Centro de Estudios Hispánicos y fue incorporado al Seminario Concordia, de St. Louis, Missouri.

A fin de preservar esta rica herencia, hemos colocado este valioso recurso en una plataforma digital que permite fácil acceso y la posibilidad de descargarlo libremente y utilizarlo en programas de formación teológica. No incluimos los videos, sino solamente el texto utilizado en la grabación de dichos videos y el manual de estudio.

Es permitido utilizar este curso bajo las siguientes condiciones:

- a. Los derechos de este texto son exclusivos del Centro de Estudios Hispánicos del Seminario Concordia, St. Louis, incluyendo toda edición publicada, actualizada, re-editada o traducida.
- b. El curso podrá ser distribuido libremente a instituciones de educación teológica; su texto puede ser reproducido y utilizado con libertad, siempre y cuando su uso sea exclusivo para programas de educación teológica o directamente en el ministerio de la iglesia cristiana. Cada institución de educación teológica deberá hacer saber por escrito sus intenciones sobre el uso del curso al Centro de Estudios Hispánicos.
- c. No se permitirá ningún fin lucrativo con este material, aparte de cobrar el costo real de la reproducción y la distribución del mismo; tampoco es permitido convertirlo en libro impreso ni venderlo en cualquier forma o método.
- d. Este curso ha sido producido en formato digital para PC y MAC, a fin de facilitar la impresión y reproducción del material, con uso exclusivo para fines educativos.
- e. Se autorizarán adaptaciones al texto que permitan una mejor comprensión y enseñanza del material, tanto para estudiantes como docentes, reconociendo que hay importantes diferencias de lenguaje entre nuestras realidades latinoamericanas y países de habla español.
- f. Se autorizarán traducciones del texto a otros idiomas, bajo las mismas condiciones arriba mencionadas.
- g. Cualquier solicitud para publicar, cambiar, modificar, actualizar o traducir el texto, deberán hacerse por escrito al Centro de Estudios Hispánicos.



Centro de Estudios Hispanos

Promoviendo educación teológica con enfoque hispano.

La misión del Centro de Estudios Hispanos del Seminario Concordia de St. Louis es la de formar pastores y diaconisas luteranos para proclamar a Cristo en nuestras comunidades hispanas en los Estados Unidos.

Copyright © 2006, Centro de Estudios Hispanos del Seminario Concordia, St. Louis



Concordia
Seminary
ST. LOUIS

*Centro de Estudios Hispanos
Seminario Concordia
801 Seminary Place
Saint Louis, Missouri 63105-3196
1-314-505-7000
<https://www.csl.edu>
<https://scholar.csl.edu>
<https://concordiatheology.org>*

Toda honra y gloria sean dadas a Jesucristo, nuestro Salvador y Señor.

Colección de cursos del Instituto Hispano de Teología

Principios de la hermenéutica
Introducción al Antiguo Testamento I
Introducción al Antiguo Testamento II
Introducción al Nuevo Testamento I
Introducción al Nuevo Testamento II
Génesis
Lucas: La vida y el ministerio de Jesucristo según el evangelio de San Lucas
El Evangelio según San Juan
1 Corintios
La Epístola a los Gálatas

Historia antigua
Historia universal
Historia de la Reforma
Protestantismo en los Estados Unidos de Norteamérica
Teología y misión en América Latina

Métodos de educación
Liturgia I
La Iglesia canta
Práctica de la predicación
Homilética I
Homilética II
Evangelismo en el contexto hispano
Administración de la congregación
Las herramientas de la teología y su uso
Como enseñar el catecismo
La familia hispana y la iglesia

Confesiones I
Confesiones II
Doctrina I
Dogmática I
Sistemática I
Sistemática II
Sistemática III
Sistemática IV
Cuerpos religiosos: El ministro frente a las corrientes teológicas

SISTEMÁTICA

I

Texto por
Rev. Juan G. Berndt
Instituto Hispano de Teología
Chicago, Illinois
Versión de 1990, revisada 1993

Revisión y editaje por Marcos Kempff
Centro de Estudios Hispanos
Seminario Concordia
St. Louis, Missouri
2023

Nombre del estudiante: _____

Nombre del instructor: _____

Lugar y fecha del curso: _____

Nota final: _____

SISTEMÁTICA I

I. Descripción general del curso:

Este curso dará una introducción general al concepto de la religión, verá los principios en base a los cuales se formulan los conceptos teológicos y profundizará en el estudio de las enseñanzas acerca de la Sagrada Escritura, Dios, la creación, la providencia, los ángeles, el hombre y la gracia.

II. Horas de crédito:

Determinadas por la institución de formación teológica.

III. Objetivos generales del curso:

A. En lo que respecta al **conocimiento**:

1. Que el estudiante conozca los principios en base a los cuales se formulan los conceptos teológicos.
2. Que el estudiante conozca y entienda los principios que guían la formulación de nuestra teología.
3. Que el estudiante adquiriera un conocimiento más profundo de las diferentes enseñanzas que tratará este curso.
4. Que el estudiante vea la diferencia entre la enseñanza bíblica y la humanista en las doctrinas que se verán.
5. Que el estudiante se convenza que nuestras enseñanzas no son opiniones humanas sino enseñanza divina.

B. En lo que respecta a la **actitud**:

1. Que el estudiante aprecie verdaderamente la doctrina cristiana.
2. Que el estudiante acepte y aprecie los principios que guían la formulación de nuestra teología.
3. Que el estudiante aprecie el carácter divino de la enseñanza cristiana.
4. Que el estudiante aprecie el carácter permanente de la doctrina cristiana, que no está sujeta al cambio de los tiempos.
5. Que el estudiante realice que la doctrina cristiana no es sólo ideas y doctrina sino vida y realidad.

C. En lo que respecta a la **habilidad**:

1. Que el estudiante pueda distinguir entre los distintos principios de los cuales fluyen los distintos conceptos teológicos.
2. Que el estudiante pueda distinguir entre doctrina falsa y correcta.
3. Que el estudiante pueda probar las enseñanzas cristianas de la Sagrada Escritura.
4. Que el estudiante pueda defender la doctrina cristiana contra doctrinas falsas.
5. Que el estudiante pueda relacionar la doctrina a la vida diaria individual y comunal donde desarrolla su trabajo.

D. En el área de la **fe cristiana y la misión de Dios**:

1. Una fe más profunda en Jesucristo, razón y motivo para servir a otros, ser agradecidos, confiar en Dios y adorarlo sobre todas las cosas.
2. Una vida edificada sobre Jesucristo, el Hijo de Dios y Salvador, para participar en un ministerio de reconciliación y ser un instrumento de paz en las vidas de otros.

3. El aprecio y uso de la Biblia para encontrar las verdades de Dios, y comunicarlas en el contexto congregacional, comunitario y misional.
4. Una vida motivada por el Espíritu Santo en el gozo de la salvación lograda por los méritos de Jesucristo, de tal forma que se exprese en formas claras, el apoyo muchos otros a conocer a Cristo, el Señor.

IV. Unidades del curso:

Capítulo I	La naturaleza y los principios de la teología	Lecciones 1 a 5
Capítulo II	La doctrina acerca de la Sagrada Escritura	Lecciones 6 a 10
Capítulo III	La doctrina acerca de Dios	Lecciones 11 a 13
Capítulo IV	La doctrina acerca de la creación	Lección 14
Capítulo V	La doctrina acerca de la providencia divina	Lección 15
Capítulo VI	La doctrina acerca de los ángeles	Lección 16
Capítulo VII	La doctrina acerca del hombre	Lecciones 17 a 19
Capítulo VIII	La doctrina acerca de la gracia de Dios	Lección 20

V. Método de estudio del curso:

Este curso es parte del Nivel II del programa de Educación Teológica por Extensión (ETE) del Instituto Hispano de Teología de la Iglesia Luterana.. El curso se ha adaptado para ser usado bajo este método de enseñanza. Esta se impartirá en base a lecturas asignadas, lecciones y sesiones de clase con el profesor del Instituto, en las cuales se discutirán los diversos tópicos. El alumno deberá presentarse para las sesiones de clase después de haber leído las lecturas asignadas y la lección correspondiente. Además, como parte esencial previa a la clase, deberá completar las preguntas de su Manual de Estudio. Tanto las preguntas como los exámenes tomarán en cuenta lo leído en las lecturas asignadas y en la lección correspondiente.

VI. Evaluación:

El profesor / tutor determinará los instrumentos utilizados para evaluar el curso.

VII. Método de calificación:

Determinado por la institución de formación teológica.

VIII. Libros necesarios para el curso:

A. Indispensables:

1. **La Santa Biblia** (Reina-Valera de 1960, 1977 y 1995 (opcional: Reina-Valera Contemporánea, 2009).
2. **El Libro de Concordia**. St. Louis: Editorial Concordia, 1989.
3. Juan T. Mueller. **Doctrina cristiana**. Traducido por Andrés A. Meléndez. St. Louis: Editorial Concordia. Tercera edición, 1973.
4. A. L. Graebner. **Perfiles de teología doctrinal**. Traducido por Pedro A. Riveiro. Fort Wayne: Theological Seminary Press, 1980.
5. Arnfeld C. Morck. **Creación y redención**. Bogotá: CoExtensión, 1985.

B. De consulta:

1. Francis Pieper. **Christian Dogmatics**. Vol. III. St. Louis: Concordia Publishing House, 1950.
2. L. Berkhof. **Introducción a la teología sistemática**. Traducido por Felipe Delgado Cortés.

- Grand Rapids: T.E.L.L. 1973.
3. José Grau. **Introducción a la teología**. Vol. I del Curso de Formación Teológica Evangélica. Terrassa (Barcelona): CLIE, 1973.
 4. Francisco Lacueva. **Un Dios en Tres Personas**. Vol. II del Curso de Formación Teológica Evangélica. Terrassa (Barcelona): CLIE, 1978.
 5. Francisco Lacueva. **El hombre: Su grandeza y su miseria**. Vol. III del Curso de Formación Teológica Evangélica. Terrassa (Barcelona): CLIE, 1983.
 6. Armando Di Pardo. **La Santa Biblia: Palabra inspirada de Dios**. Buenos Aires: A.L.E.R.T.A. 1977.
 7. Samuel Vila. **Pruebas tangibles de la existencia de Dios**. Terrassa (Barcelona): CLIE. Octava edición, 1978.
 8. Commission on Theology and Church Relations. The Lutheran Church-Missouri Synod. **The Inspiration of Scripture**. St. Louis, 1975.
 9. Obras de Martín Lutero. Tomo IV, **La voluntad determinada**. Traducido por Erich Sexauer. Buenos Aires: Publicaciones El Escudo, 1976.

IX. ÍNDICE del texto de conferencias y del manual de estudio

<i>Lección</i>	<i>Tema o título Conferencia</i>	<i>Páginas del Texto</i>	<i>Páginas del Manual de estudio</i>
Lección 1	FACTORES FORMATIVOS de la TEOLOGÍA	2	176
Lección 2	FUENTES de CONOCIMIENTO	9	178
Lección 3	¿QUÉ es la TEOLOGÍA?	16	180
Lección 4	LEY y EVANGELIO	24	182
Lección 5	EL PROPÓSITO de la TEOLOGÍA CRISTIANA	33	184
Lección 6	La DOCTRINA ACERCA de la SAGRADA ESCRITURA	42	186
Lección 7	La INSPIRACIÓN de la SAGRADA ESCRITURA	50	188
Lección 8	HISTORIA de la DOCTRINA de la INSPIRACIÓN	58	190
Lección 9	El CANON de la SAGRADA ESCRITURA	66	192
Lección 10	La EFICACIA DIVINA de la SAGRADA ESCRITURA	74	194
Lección 11	La DOCTRINA ACERCA de DIOS	88	196
Lección 12	La DOCTRINA de la SANTA TRINIDAD en el ANTIGUO TESTAMENTO	92	198
Lección 13	Los ATRIBUTOS de la SANTA TRINIDAD	100	200
Lección 14	La DOCTRINA ACERCA de la CREACIÓN	109	202
Lección 15	La DOCTRINA ACERCA de la PROVIDENCIA de DIOS	118	204
Lección 16	La DOCTRINA ACERCA de los ÁNGELES	127	206
Lección 17	La DOCTRINA ACERCA del HOMBRE – antes de la caída	136	208
Lección 18	La DOCTRINA ACERCA del HOMBRE – después de la caída	145	210
Lección 19	La DOCTRINA ACERCA del HOMBRE – pecados actuales	154	212
Lección 20	La DOCTRINA ACERCA de la GRACIA de DIOS	164	214

Finalmente...

Muchas bendiciones de nuestro Señor Jesucristo al estudiar juntos este curso.

**SISTEMÁTICA
I**

**TEXTO
de
LECCIONES**

Juan G Berndt

Instituto Hispano de Teología
Chicago, Illinois
1990

Lección 1

FACTORES FORMATIVOS de la TEOLOGÍA

Bienvenidos al curso de Sistemática I. En la descripción del curso en el Manual de Estudio se les ha informado de qué tratará este curso, de manera que no necesito hacerlo aquí. También todos Uds. ya me conocen a mí, de modo que no necesito presentarme otra vez, pero si quiero expresarles mi alegría de que podré guiarlos en el estudio de las materias correspondientes a este curso de Sistemática I.

Antes de las clases que tendré con Uds. es imprescindible que lean todas las lecturas asignadas para las lecciones que veremos, que lean los textos correspondientes a las lecciones y que completen las preguntas de su Manual de Estudio. En las clases no perderemos tiempo oyendo los textos de las lecciones, sino sólo discutiremos los distintos tópicos en base a todo lo que Uds. hayan leído. Aun mis lecciones no serán clases propiamente dichas sino más bien material adicional y complementario a las lecturas donde además les indicaré los énfasis en los cuales quiero que concentren vuestra atención.

Como todos Uds. ya sabrán de los otros cursos que han tomado, uno de los problemas que tenemos en nuestra obra hispana, a todos los niveles, es la falta de literatura bíblica y luterana. Eso es uno de los problemas también con este curso. Se les dará a leer bastante material, pero no todo es material luterano, no todo es material al cual yo daría mi visto bueno. Quiero que Uds. sepan eso y que lean todo con criterio, que no acepten todo automáticamente porque el libro lo dice, sino que piensen y analicen todo en base a lo que dice la Biblia y en base a lo que han aprendido hasta ahora. Por eso también, después que hayan visto y leído todo, discutiremos los distintos tópicos en la clase. Será un proceso por medio del cual queremos que realmente entiendan la enseñanza luterana y aprendan a pensar teológicamente.

Bueno, habiendo explicado las reglas de juego, vayamos a ponerlas en práctica ahora.

Factores formativos de la teología

Lo primero que tenemos que ver y en lo cual hemos de estar bien seguros y claros son los principios de los cuales fluyen nuestros conceptos teológicos. Es algo básico, algo así como el fundamento sobre el cual se apoya y se eleva todo el cuerpo de los conceptos teológicos. Por eso le damos un lugar especial en nuestros estudios en seguida al principio.

Observen que varios autores recalcan que todo intento de hacer teología parte de la premisa de que Dios es la suprema norma de la verdad, pero que él usa distintos medios para revelarnos esa verdad. Como medios tales se cita la razón, la revelación, la Escritura, la tradición, la Iglesia, la experiencia, los sentimientos, el moralismo, la crisis, etc. Debido a la diferencia de criterio en cuanto a cómo y cuándo Dios nos revela la verdad, a eso se deben las diferencias entre las diversas iglesias cristianas.

Ahora bien, observen si realmente se sigue ese principio, si es que se usa por ejemplo la razón sólo como el medio a través del cual Dios nos revela la verdad o si se la eleva a la posición de

juez autónomo e inapelable de la verdad divina, de que ella juzga qué es verdad y qué no. Pero aparte de eso, lo que debemos ver con claridad no es sólo si se comete ese abuso con los medios a través de los cuales dicen que Dios nos revela la verdad, sino ver si es que Dios realmente nos hace conocer la verdad a través de esos diversos medios, y si es así, ¿a través de cuáles o de cuál? ¿Qué base se tiene para suponer eso?

En diversas ocasiones Uds. sin duda leyeron de teologías subjetivas. Es un término muy significativo y, por eso, es necesario que lo entiendan. Subjetivo tiene que ver con sujeto, esto es, el sujeto, el individuo que hace teología, que se sirve de algo en él, su razón, su experiencia, sus sentimientos, etc., para hacer teología. Teología subjetiva viene a ser entonces una teología que es de un sujeto, está en un sujeto, ante todo tiene su origen en algo en el sujeto, sus experiencias, sus sentimientos, etc. Es lo contrario de teología objetiva, la cual es una teología que está fuera del sujeto como un objeto que Ud. mira y toca. Así una teología que se basa única y exclusivamente en la Biblia es objetiva porque está y se origina en algo fuera de nosotros.

O sea, estos dos términos tienen que ver con el origen o la base misma de nuestra teología, si es que se origina y basa en algo fuera de nosotros, como ser la Biblia, o si se origina y basa en algo dentro de nosotros, como ser nuestros razonamientos, sentimientos, experiencias, etc. Y por eso decía que son términos sumamente significativos.

En todo esto entra también lo que algunos libros denominan revelación natural y revelación especial. Con la primera expresión se refieren al hecho de que Dios se nos revela en la naturaleza. Por todo lo que vemos alrededor de nosotros en la naturaleza, sabemos que hay un Dios y numerosas cosas acerca de Dios. Pero aparte de ello está lo que se llama la revelación especial, esto es, la que se halla en la Sagrada Escritura, la Biblia.

Mucha discusión hay entre teólogos y religiones en cuanto al grado de conocimiento de la verdad que el ser humano puede lograr a través de la revelación natural, si es que puede obtener sólo un conocimiento general acerca de la existencia de Dios y algunas de sus cualidades, de que se le debe obediencia y se está sujeto a castigo, etc., o si puede obtener un conocimiento mucho más detallado de la verdad. Y la respuesta a esta pregunta depende de lo que el respectivo teólogo o la respectiva religión enseñen en relación al alcance de la caída en pecado del ser humano. El ser humano fue creado a la imagen de Dios, lo cual involucraba que el ser humano en un principio tenía un perfecto conocimiento de Dios y de las cosas divinas. Pero al caer en pecado esa imagen se perdió, según enseñanza bíblica; sin embargo, según algunos teólogos y religiones, esa imagen no se perdió totalmente, sólo se empañó, sólo sufrió cierto retroceso. Y por eso, siguen, el ser humano por sí mismo puede obtener buen conocimiento de la verdad. Y ahí tenemos el origen de la teología subjetiva. De ahí también se origina la tan mentada afirmación de que todas las religiones son buenas porque tienen algo de la verdad. Lo tienen porque por naturaleza, dicen, todos los seres humanos pueden tener un verdadero conocimiento de Dios.

Quiero a esta altura introducir algún pasaje bíblico para vuestra consideración. Quisiera que lean detenidamente Romanos 1:18-2:16, pero que concentren especial atención en los primeros 5 versículos. Dice allí en los vv.21-22: “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios.” Pablo dice aquí que los seres humanos

han conocido a Dios. ¿Qué han conocido de Dios? Los versículos precedentes lo dicen. V.18 dice: “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad.” O sea, según este versículo, han conocido la ira de Dios debido a la impiedad e injusticia humanas. Siguen los vv. 19-20, “Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.” Según estos versículos han conocido las cosas invisibles de Dios, su eterno poder y deidad. O sea, resumiendo los vv.18-20, han recibido sólo un conocimiento limitado de Dios, de su ira y de su eterno poder y deidad, o usando la terminología usada previamente, eso es lo que saben por la revelación natural. No han conocido nada acerca de la justicia de Dios, de su amor, de su propósito para con la creación, de su plan de salvación, etc. No han sabido nada acerca de quién es y qué es Dios para nosotros. Aunque le conocen sigue siendo el gran desconocido, como lo era para los atenienses quienes erigieron un altar al Dios no conocido. De esta manera, la Biblia nos describe las limitaciones de la revelación natural. Todo ser humano por naturaleza sabe que hay un Dios, de que es eterno y poderoso y que está airado por la desobediencia humana. Pero eso es todo lo que sabe. Nada más. Esos son, por eso, también los rasgos que hallamos en todas las religiones, tanto cristianas como paganas. Y ya que es un conocimiento que tiene todo ser humano, no hay nadie que pueda excusarse. Todos están bajo condenación.

Pero pese a ese conocimiento, aunque era limitado, dice el texto en los vv. 21 y 22: “No le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios.” El pecado, que ha tomado control de su ser, de su pensar y sentir, determina lo que hará el ser humano, de que finalmente se vuelva necio su corazón y vanos sus pensamientos, a menos que Dios intervenga y cambie las cosas. Así es el ser humano por naturaleza para con la revelación natural. Pero mucho peor aún lo es para con la revelación especial. Trataremos este asunto más adelante más en detalle, pero por ahora quisiera dejar con Uds. unos versículos bíblicos que hablan de ello. San Pablo dice en 1 Corintios 1:18: “La palabra de la cruz es locura a los que se pierden.” Y algo más adelante (2:14) dice el mismo apóstol: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.” Y en la epístola a los efesios San Pablo expresa la causa de esa actitud humana. Dice (2:2): “Estabais muertos en vuestros delitos y pecados.” O sea, el ser humano, por naturaleza está muerto a la revelación especial de Dios, no la puede entender, la considera locura.

Todo esto parece ser relativamente sencillo, a primera vista por lo menos, aunque es asunto de mucho debate entre teólogos y religiones, como lo habrán comprobado en las lecturas asignadas. Pero el asunto se complica. Quiero explicar en palabras breves y sencillas lo que diversos libros exponen de muchas maneras y que aparece de distintas formas en la doctrina de muchos teólogos y religiones. Dicen, está bien, Dios es el principio de todo conocimiento y el ser humano está ciego y muerto espiritualmente, de manera que no puede ver y alcanzar la verdad de Dios, pero una vez que ha sido iluminado por Dios, que ha sido llevado a vida espiritual, entonces es distinto, entonces está capacitado para pensar espiritualmente, para razonar espiritualmente, para juzgar espiritualmente. Con su mente iluminada puede juzgar ahora cual es la verdad de Dios. Experimenta la verdadera vida espiritual, tiene los sentimientos espirituales verdaderos, y así ahora esos sentimientos y experiencias que tiene pueden servir ahora de base y fuente de la

verdad divina. Algunos hasta se atreven a afirmar que lo que tenemos en la Biblia es nada más que las experiencias y los sentimientos de los apóstoles, evangelistas y profetas, y sólo han de evaluarse como tales. Bajo ese pretexto, en muchos casos se descarta lo que dice la Biblia en favor de las experiencias y los sentimientos cristianos, y de estos concluyen las doctrinas a profesar. Así sus experiencias y sentimientos cristianos vienen a ser finalmente la fuente de la cual fluyen sus conceptos teológicos.

Al asumir esa posición se afirma que se deja intacta la premisa de que Dios es la suprema norma de la verdad, ya que estos individuos han sido iluminados por Dios y experimentan y sienten lo que Dios quiere que experimenten y sientan, y por eso piensan y juzgan guiados por el espíritu de Dios. Su religión, dicen, no se origina en el ser humano aunque él la promulgue, sino en Dios que ha iluminado y guiado a ese ser humano. Esta es una posición sumamente engañosa y muy seductora para muchos, y es la fuente de numerosas religiones modernas y posturas actuales.

Quiero dejar con Uds. algunos pensamientos en relación con esto. Nunca puede el ser humano deshacerse totalmente del viejo hombre y de la naturaleza pervertida por el pecado. Constantemente lo observamos y la misma Biblia así lo afirma. Aunque seamos convertidos e iluminados por Dios, ¿puede afirmar alguien que no desea, ni piensa, ni hace más mal alguno? ¿No es la experiencia de todos que aunque seamos convertidos diariamente todavía deseamos, pensamos y hacemos lo malo? Por eso, afirma la Biblia, debemos arrepentirnos diariamente. Por eso, lamenta San Pablo, hace lo que no quiere y no hace lo que quiere. Nunca en esta vida llegaremos a ser totalmente luz, totalmente espirituales. Siempre llevaremos con nosotros nuestra corrupta naturaleza, la cual siempre de nuevo empañará todo lo que digamos, sintamos y pensemos. De manera que ¿cuál puede ser la mente humana tan iluminada que únicamente Dios hable por ella? ¿Cuáles los seres humanos tan convertidos de manera que piensen y experimenten sólo lo que Dios quiere que sientan y experimenten? No existen acá en esta vida. Son algo ilusorio. Es por lo tanto algo engañoso e ilusorio pensar y enseñar que la mente iluminada puede servir como expresión y hasta de juez de la verdad de Dios. Es engañoso e ilusorio pensar y enseñar que los sentimientos y las experiencias de los regenerados puedan servir de base y fuente de la verdad divina. Contradice las más elementales enseñanzas bíblicas.

Quisiera referirme todavía algo en especial a la posición católicorromana debido a la filiación hispana con esa religión. Siempre se afirma que la teología católicorromana fluye de la Biblia y de la tradición; y eso es correcto, pues de esas dos fuentes ella saca todo lo que propone como verdad a creer. Sabemos qué es la Biblia y por eso no me detendré con ello, aunque hay cierta diferencia entre nosotros y los católicorromanos en cuanto a la Biblia, ya que ellos incluyen los libros apócrifos; pero dejemos de lado eso por ahora. Pero ¿qué se entiende por tradición? Por tradición se entienden aquellas supuestas verdades reveladas, no escritas en la Biblia, pero transmitidas hasta nosotros ya sea en forma oral o por medio de los escritos de los padres eclesiásticos. Estas supuestas verdades que nos llegaron por vía oral o escrita, y que no están escritas en la Biblia, los católicorromanos las usan también como fuente de la verdad a creer. Y justifican eso en el hecho de que no todo lo que Jesucristo hizo, dijo y enseñó ha sido escrito por los apóstoles, según el testimonio de Juan quien dice (20:30 y 21:25): “Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir.” O sea, dicen, si descartamos la tradición tenemos una revelación

incompleta. De manera que, concluyen, se necesita tanto la Biblia como la tradición para tener la revelación completa de la verdad de Dios. Suena bien y correcto, ¿no es así? Pero quisiera dejar a vuestra consideración algunos versículos bíblicos y pensamientos. En 2 Timoteo 3:15-17 dice San Pablo de las Sagradas Escrituras que ellas nos pueden hacer sabio para la salvación y que ellas son útiles “a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.” O sea, es perfecto y enteramente preparado con sólo las Sagradas Escrituras. No necesita la tradición. Y en Apocalipsis 22:18-19 el mismo Juan prohíbe agregar o quitar algo a este libro y promete castigo al que lo hiciera. Además, ¿no les parece que Dios posiblemente ha tenido sus razones para dejar afuera lo que no hizo escribir en la Sagrada Escritura? Posiblemente no lo consideraba necesario, pues era suficiente con lo escrito.

Por muchos siglos ha habido distintas facciones de teólogos católicorromanos, unos que le daban mayor valor y otros que le daban menor valor a la tradición junto a la Biblia, hasta hubo quienes la equiparaban totalmente a la Biblia. Pero desde hace muchos siglos ya se incorporó un tercer factor, la Iglesia, lo cual halló su expresión oficial en el Concilio Vaticano II. Y si ya era complicada antes la cosa, ahora lo es más. En el factor Iglesia vienen a encontrarse la Biblia y la tradición. Ella las interpreta e ilumina, de manera que se llega a la posición de que ya no es más la Biblia la que ilumina a la Iglesia, sino la Iglesia la que ilumina a la Biblia. Y así la Iglesia resulta ser lo más importante en ese trío. Ella determina y define la verdad a creer, porque ella, según definición católicorromana, es la voz de Dios, a través de la cual nos revela la verdad a creer.

Demás está decir que no concordamos con esa posición. Estamos de acuerdo, lógicamente, de que Dios sea la norma suprema de la verdad a creer, pero nuestras posiciones se bifurcan cuando queremos definir cómo y cuándo Dios nos revela esa verdad. Hemos visto diferentes posiciones en cuanto a ello. Y en los diferentes libros Uds. hallan diferentes clasificaciones en relación a ello. Es indiferente cómo uno los clasifique. Lo importante es comprender la enseñanza bíblica al respecto y entonces asumir la posición debida. Por eso, como final de este tema quisiera ver con Uds. un pasaje bíblico que Uds. seguramente conocen, pero que vale la pena para el caso, considerarlo en profundidad.

El pasaje al cual me refiero es Juan 8:31-32 que dice: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” Si miramos el contexto de este pasaje, veremos que Jesús tenía frente a sí a numerosos judíos que cuestionaban lo que hacía y afirmaba de sí mismo. Y por eso Jesús les responde con severas palabras. Y como resultado de ello nos dice el versículo precedente a nuestro texto: “Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él.” Pero no todos creyeron en él como se ve de la reacción de algunos en el v. 33 y posteriores. Pero como lo dice expresamente el principio del v. 31, Jesús ahora se dirige a los que habían creído en él, y a ellos les dice las palabras que estamos considerando. Es necesario que ellos sigan en la fe, y por eso comienza con la expresión condicional: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra.” Observen que el texto español tiene el pronombre “vosotros”. Regularmente en español no se tendría allí ese pronombre, sino se diría sencillamente: “Si permaneciereis en mi palabra”, a menos que haya que enfatizar el vosotros, lo cual es el caso acá con el texto original griego. Es como si Jesús quisiera decir: A Uds. que creen estoy hablando y si Uds. por su parte permanecen en mi palabra, etc.

Una palabra clave en este versículo es la palabra griega “meno” y que nuestra Biblia española traduce con “permanecer”. Es una buena traducción. La idea que quiere expresar es: Uds. ya están en la fe, pero si permanecen, continúan, se establecen y afirman en mi palabra, etc. También es interesante el giro que usa el griego para decir “mi palabra”. No usa la expresión corriente “mi palabra” sino algo que traducido sería tanto como “la palabra de mi”. El objeto al decir eso así es enfatizar que la palabra en la cual han de permanecer es la palabra de Jesús, no otra. Además señala en qué creían esos judíos que creían en Jesús; creían en sus palabras, en lo que Jesús les había dicho. Tenían fe verdadera, una fe que descansaba en la palabra. Lo único que necesitaban era, ser afirmados en forma permanente en esa fe en la palabra.

El versículo sigue diciendo que si ellos permanecen en la palabra de Jesús entonces “seréis verdaderamente mis discípulos”. Ya son discípulos, pero hay diferencia entre ser discípulos y ser verdaderamente discípulos. Y se es verdaderamente discípulo cuando se permanece, se continúa en la palabra de Jesús. Discípulos novatos podrán ser muy sinceros en su fe pero frecuentemente caen de ella otra vez, no están suficientemente afirmados todavía en la palabra. Cuando ello acontezca, entonces serán verdaderamente discípulos. Lo esencial es ser afirmados, arraigados en ella, adherirse con fidelidad y firmeza a la Palabra de Jesús. Y con palabra de Jesús está significada su enseñanza, el evangelio, tal cual se halla en la Sagrada Escritura. Esa palabra es espíritu y es vida. Ella es el vehículo que los lleva a Cristo y trae Cristo a ellos. Y en esa palabra debían permanecer, así como perseveraban en ella los 3,000 en Pentecostés (Hechos 2:42). Permanecer en la palabra de Cristo es la marca, la esencia misma del discipulado.

Y si así permanecen en la palabra, sigue diciendo el texto, “conoceréis la verdad.” El conocer al cual se refiere no es sólo un conocer intelectual sino mucho más, un conocer ligado a una experiencia viviente, un conocer donde experimentamos el poder y la verdad de Dios, porque su palabra es poder y vida. “Conoceréis la verdad”, la verdad acerca de Dios, su esencia, su amor, su poder, su vida, su perdón, la esperanza de la vida eterna. Conoceréis la realidad de todo ello, de que no son simples promesas sino sublime verdad. Conoceréis la verdad divina que no ha venido en mente humana, pero que es segura, gloriosa y eterna, sea que la crean o no. Conoceréis la verdad que está centrada en Jesucristo, porque él es la verdad.

“Y la verdad os hará libres.” Todos los seres humanos están esclavizados aunque se crean y consideren libres. Están esclavizados al pecado, a su yo, a las opiniones de otros, a su naturaleza corrupta, al miedo, a tantos vicios y cosas. No lo confiesan, pero lo están. Es la peor de todas las esclavitudes, de la que ninguno puede escaparse. Los judíos gustaban hacer alarde, pero sin razón, de que no estaban bajo el yugo de nadie. Nuestro Señor Jesucristo les recordó que había un tirano que los tenía oprimidos, diciendo: “Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.”

Pero la verdad los haría libres, libres de toda esclavitud moral, libres del pecado, libres de la condenación del pecado, libres de la corrupción, libres para vivir para Dios. Verdaderamente libres tal cual lo prometiera Jesús al decir: “Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (8:36). Libres porque han sido exonerados de las consecuencias del pecado por medio de la sangre de Jesucristo. Están justificados y perdonados y por eso pueden esperar sin temor el día del Juicio. Han sido librados del poder del pecado, y debido a ello éste ya no tiene más dominio sobre ellos. Han sido renovados, convertidos y santificados, vencen al pecado y han dejado de

ser sus esclavos.

Creo que el pasaje es bien claro en indicarnos cómo podemos llegar al conocimiento de la verdad. Está bien, Dios es la fuente y norma suprema de la verdad, pero él nos la revela, nos la hace saber a través de su palabra tal cual la tenemos en la Sagrada Escritura. Ese es el medio que él usa. Y el único, pues no tenemos la promesa para otros. Aun a estos judíos que ya creían en él les indica que en su búsqueda de la verdad deben recurrir a la palabra de Jesús, o sea, la que ahora tenemos en la Biblia.

Aquí dejaremos por hoy. Hay numerosos otros temas desarrollados en las diferentes lecturas que les he asignado, pero el tiempo no me ha permitido referirme a ellos. He tratado sólo el tema que me ha parecido ser el más central y básico a todos ellos. Pero aunque no me he referido a ellos aquí, los veremos en la discusión en clase. Mediten y analicen bien todo lo que han visto hasta ahora, para que así podamos verlo todo en clase, aunar conceptos y seguir con el siguiente tema que está emparentado con éste, mejor dicho, es la continuación de éste.

Lección 2

FUENTES de CONOCIMIENTO

En la lección pasada hemos centrado nuestra atención en el medio de que se vale Dios para revelarnos la verdad, pero hemos visto también que en cuanto a ello hay una gran variedad de opiniones en el mundo teológico, que para la gran mayoría no hay sólo un medio, la Palabra de Dios, sino diversos medios de los que se vale Dios. Lo que veremos ahora sigue en orden temático a lo que ya hemos visto.

Vivimos en un mundo donde observamos gigantescos avances en todos los distintos campos de actividad. Se han hecho grandes descubrimientos. Y todo ello fruto de arduos estudios, de largos años de investigación, de siglos de indagación. Comparando nuestro modo de vida con el de nuestros antecesores, o la manera de viajar de hoy en día con la de siglos atrás, o los conocimientos médicos de hoy en día con los de sólo dos generaciones atrás, son pasmosas las diferencias. Se han registrado cambios y avances gigantescos. Muchos conceptos, ideas y suposiciones que se sostenían antes han sido descartadas debido a los descubrimientos hechos y los éxitos logrados. Las ciencias y las investigaciones hechas han demostrado su utilidad. Todo esto es grandioso, y por cierto debemos darle gracias a Dios por haber dado a los seres humanos la oportunidad, habilidad e inteligencia de registrar todos esos avances. El lado malo de todo esto, si es que se lo puede denominar así, es que se quiere aplicar todo esto también al campo de la religión y teología. Si muchas suposiciones sostenidas antes como seguras se han demostrado como erróneas a la luz de estudios e investigaciones, lo mismo, se piensa, puede aplicarse también al campo de las creencias religiosas. Y es cierto, ha habido muchas supuestas suposiciones religiosas, p.ej., de que Dios haya creado la tierra plana, etc., que se han descartado en el correr de los siglos debido a las evidencias científicas. Y es correcto que se haya hecho eso. Pero de ahí a hacer eso con todo, de someter a criterios científicos hasta las convicciones religiosas, eso es otra cosa.

Y digo eso, porque estamos tratando acá con dos cosas totalmente diferentes para las cuales han de aplicarse y se aplican métodos y principios totalmente diferentes. Todos los avances, progresos, descubrimientos son, como dije, consecuencia de estudios e investigaciones, porque se trata de objetos que para nosotros, los seres humanos, pueden ser estudiados e investigados. Son parte de la creación respecto de la cual Dios le dijo al ser humano que la sojuzgue y señoree. O sea, al estudiar e investigar todo eso el ser humano, no está haciendo algo que en realidad le está vedado, sino algo que está totalmente dentro de la voluntad de Dios. Pero Dios y su santa voluntad para con nosotros nunca puede ni debe ser el objeto de nuestro estudio e investigación en el sentido de que lo disecamos y escudriñamos y analizamos así como lo hacemos con las otras cosas. No debemos hacerlo, porque ¿quiénes somos nosotros para así investigar a Dios? Sería una terrible falta de respeto. Y tampoco podemos hacerlo, porque ¿cómo podemos nosotros investigar a Dios y su santa voluntad para con nosotros con nuestra limitada mente humana? Eso es algo que está totalmente fuera de nuestra jurisdicción. Dios es el sujeto que se nos ha revelado. Por medio de esa revelación podemos conocerle a él y su santa voluntad para con nosotros y por eso, para conocerle, debemos estudiar y escudriñar esa revelación de él. En esa revelación nos provee de todos los datos que él ha creído necesario que supiésemos y por eso, no debemos pretender conocer más que lo que él nos ha revelado. Con eso debe bastarnos.

En los libros que les he asignado leer Uds. han podido comprobar la gran variedad de posiciones que hay y que ha habido en cuanto a cómo puede el ser humano conocer a Dios y su santa voluntad. Lógicamente no les hago leer eso para que Uds. elijan la posición que más les plazca, como si estuviéramos en posición de elegir al respecto. No tenemos la opción de elegir, sino estamos como encajonados en una posición donde no tenemos opción alguna. Se lo hago leer para que Uds. estén informados siquiera algo acerca de lo que se piensa al respecto en el mundo teológico y, al mismo tiempo, para que tengan a lo menos una vaga idea de lo controversial que es este asunto.

Dije hace un ratito que nuestra mente humana es limitada para investigar a Dios y su santa voluntad. Pero según terminología bíblica no sólo es limitada sino, más bien diría, totalmente desviada. Trataré de explicar lo que quiero decir con ello. San Pablo, en diversas partes de sus epístolas, escribe de “la sabiduría de los hombres”, de “la sabiduría del mundo”, de “la religión de la carne”, etc., contrastándola con “la sabiduría de Dios”, “la religión del Espíritu”, etc. Con la expresión “la sabiduría de los hombres” o “la religión de la carne” se refiere a lo que el ser humano piensa, sabe y profesa según los dones que tiene por naturaleza y de acuerdo a los estudios, investigaciones y observaciones hechas por él y sus semejantes. San Pablo caracteriza esa sabiduría como una opinión de la Ley, con lo cual se refiere a la errónea opinión de que las buenas obras merecen el perdón de los pecados y justifican al pecador delante de Dios. Especialmente se observa eso en la epístola de San Pablo a los Gálatas, donde enfrenta a los que sostenían que los cristianos de Galacia debían someterse al rito de la circuncisión, pues de lo contrario no serían verdaderos cristianos. Y San Pablo se enoja con ellos escribiendo: “¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?” (Gálatas 3:3) Y les hace ver que si así se sometían nuevamente a la Ley echaban a perder la salvación que Cristo les había logrado. Incluso les escribe: “Entonces por demás murió Cristo.”

La “religión de la carne” es una religión centrada en la Ley y en las obras de la Ley. Toda la religión la ve a través de ese prisma. Al majestuoso Dios que les revela la naturaleza lo ven como un Dios enojado con los seres humanos el cual debe ser aplacado con nuestras buenas obras, sacrificios y otras cosas semejantes. Y no sólo es necesario hacer eso sino que es algo digno y honroso ganarse uno mismo el favor de Dios. Así todo el pensar religioso del ser humano por naturaleza está centrado en la Ley. Profesa una religión de ley. No sabe nada de la gracia de Dios, del perdón de Dios logrado por Jesucristo y revelado en el Evangelio. Y no sólo no sabe nada de ello sino, al oír de ello, le parece ofensivo a primera vista, como si fuera un inútil que no puede ayudarse a sí mismo y depende totalmente de la ayuda ajena. Por eso la religión de la carne es algo totalmente contrario a la religión del Espíritu, son polos totalmente opuestos. Por eso escribe San Pablo a los corintios que el mensaje del Cristo crucificado es tropezadero para los judíos y locura para los gentiles. Por eso decía que la mente humana por naturaleza está totalmente desviada. Sólo la Biblia nos revela el amor de Dios, el perdón de Dios logrado por los méritos de Jesucristo, el sublime Evangelio.

Y eso se observa estudiando las distintas religiones en el mundo. Sin duda son muchas y se las puede clasificar de distintas maneras, pero sea cual fuere la manera de clasificarlas, en el final de los análisis, todas las religiones del mundo pueden clasificarse en tan solo dos grupos, en las religiones de la Ley y las del Evangelio. No pueden ser algo entremedio. Lo uno excluye lo

otros. Si no son de la Ley son del Evangelio, y viceversa.

Y todo eso depende de la fuente que se haya usado en la formulación de la respectiva religión. Si se ha usado la Biblia, y ella únicamente, como única fuente de conocimiento, se tendrá como resultado una religión del Evangelio, pues ése es el mensaje central de la Biblia. Pero si la religión fluye de o se basa en algo en el hombre, ya sea su razonamiento, sus sentimientos, sus experiencias, las revelaciones que él haya tenido, entonces tendremos una religión de la Ley. Siempre toda religión basada en algo en el ser humano contiene algunas demandas, algunos requisitos que hay que cumplir o como se debe ser para ser salvo y estar en las buenas con Dios. Incluso la demanda de creer para ser salvo. Pero la religión de Dios revelada en la Biblia no contiene demanda alguna, condición alguna, es de pura gracia. Y aunque enseña de obras exigidas por la Ley, no las enseña como necesarias para salvarse sino sólo como un fruto de la fe y de la justificación lograda y ofrecida por Cristo, no como una condición sino como una consecuencia.

Por eso, la posición de la Iglesia Luterana desde siempre ha sido que la Sagrada Escritura es y debe ser la única fuente de conocimiento de la religión y que debe descartarse de ello todo elemento humano. Eso es lo que se expresa también en nuestras confesiones. Dice, por ejemplo, el Epítome de la Fórmula de la Concordia: “Creemos, enseñamos y confesamos que la única regla y norma según la cual deben valorarse y juzgarse todas las doctrinas, juntamente con quienes las enseñan, es exclusivamente la Escritura profética y apostólica del Antiguo y del Nuevo Testamento, como está escrito en el Salmo 119:105: 'Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino'; y como escribe el Apóstol San Pablo en Gálatas 1:8: 'Aunque un ángel del cielo os anunciare otro evangelio sea anatema'.”

“Otros escritos empero de teólogos antiguos y modernos, sea cual fuere el nombre que lleven, no deben considerarse iguales a la Sagrada Escritura, sino que todos ellos deben subordinarse a la misma, y no deben admitirse en otro carácter y alcance sino como testigos de ella, para demostrar de qué modo y en qué lugar fue conservada esta doctrina de los profetas y apóstoles en los tiempos postapostólicos.” (FC, Ep, RN, 1-2).

Y algo más adelante dice ese mismo documento: “De este modo se conserva la distinción entre la Sagrada Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento y cualesquiera otros escritos, y la Sagrada Escritura sola permanece el único juez, regla y norma según la cual, a manera de única piedra de toque, han de ser discernidas y juzgadas todas las doctrinas para determinar si son buenas o malas, verdaderas o falsas.” (FC, Ep, RN, 7).

Y la Declaración Sólida de la Fórmula de la Concordia expresa: “Recibimos y aceptamos de todo corazón las escrituras proféticas y apostólicas del Antiguo y Nuevo Testamento como la fuente pura y clara de Israel, las cuales forman la única norma verdadera por la que han de ser juzgadas todas las doctrinas y los que las enseñan.” (FC, DS, RN, 3).

De manera que la Sagrada Escritura es y debe ser la única fuente de conocimiento de la religión. Entonces se puede decir de ella de que está “edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 2:20). En muchas religiones, también en la nuestra, se da mucha importancia a las confesiones. Pero la importancia

que se le da a ellas, no debe ser como fuente de conocimiento sino como un testimonio de la verdad que se profesa y que ha sido tomada de la Sagrada Escritura. Usando como ejemplo nuestro sistema solar podría decirse que la Sagrada Escritura es como el sol, la fuente de la luz que nos ilumina; las confesiones en cambio son como la luna, la cual no tiene luz propia sino refleja como un espejo la luz solar. Así las confesiones deben reflejar las enseñanzas bíblicas, no ser la fuente de ellas.

Un asunto que es muy importante en muchas religiones como fuente de conocimiento de lo que se cree, es lo que se conoce como revelaciones particulares. Se refiere con ello a determinadas revelaciones que algunas personas afirman haber recibido de Dios para que sean observadas en la iglesia. Hay religiones enteras basadas en tales revelaciones particulares. Sin duda, la gran mayoría de esas revelaciones particulares son nada más que autoengaño y mentiras que no merecen se les conceda la atención que se les da. De ninguna manera deben ser usadas como fuente de conocimiento de lo que se ha de creer, porque la Sagrada Escritura nos dice que Dios ya nos ha revelado en ella todo lo que hemos de creer. Así esas revelaciones son innecesarias, de manera que si alguien tuviere revelaciones contrarias a lo ya revelado en la Biblia, se las debe considerar como falsas y rechazarlas, y si confirmaren lo ya dicho en la Biblia, son superfluas, pues ya está revelado.

En la lección pasada ya me he referido a la tradición, a los sentimientos y las experiencias cristianas, las cuales también se usan muchísimo como fuentes de conocimiento para lo que se ha de creer, pero como ya me he referido a esas cosas, no repetiré más lo ya dicho.

Como se ve, lamentablemente se usa toda una variada gama de fuentes de conocimiento para determinar lo que se ha de creer. Y se obra así porque desafortunadamente se piensa disponer de libertad en cuanto a ello. Pero es un engaño pensar eso. No disponemos de libertad sino estamos atados a la Biblia como única fuente de conocimiento. En tal sentido dice San Pablo que él “lleva cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:5). Como dije en la lección anterior, los que basan su teología, por ejemplo, en la experiencia cristiana dicen que esa experiencia es algo obrado por Dios; no es una experiencia de origen humano, sino divino. Y por eso puede ser tomada como base y fuente de conocimiento teológico. Y lo mismo, dicen, es con las revelaciones particulares, la tradición, los sentimientos cristianos, etc. Pero posiblemente recuerdan cuál fue mi respuesta a esas afirmaciones. Además tomen sólo el escenario de las religiones “cristianas” que tenemos en el mundo, la gran variedad de afirmaciones contradictorias y de posiciones excluyentes e irreconciliables que hallamos. ¿Es posible que Dios sea tan contradictorio? ¿Es posible que todo eso que se profesa como la verdad de Dios lo sea también? Imposible, pues se afirman verdades opuestas y contradictorias, y sabemos que la verdad es una sola. Entonces ¿cuál es la verdad de entre todas esas verdades opuestas y contradictorias? ¿No evidencia todo esto que algo no funciona correctamente acá? ¿No demuestra todo esto que si hay tanta variedad todo ello no puede ser de Dios, que no todo lo que se da y usa como fuente de conocimiento teológico realmente es eso? Evidentemente, así es. Y de este modo vuelvo otra vez a lo que ya dije anteriormente, esto es, que sólo y únicamente la Biblia debe ser la fuente de conocimiento teológico, y nada más.

Pero justamente porque no se hace eso, porque no se tiene exclusivamente la Biblia como la única fuente de conocimiento teológico, hay tantas divisiones en la cristiandad. Y quisiera que

Uds. al leer las distintas lecturas asignadas observen especialmente ese detalle, es decir, las distintas fuentes de conocimiento, aparte de la Biblia, de que se vale el mundo teológico y como ello ha llevado a divisiones.

El Dr. J. T. Mueller en su libro “*Doctrina Cristiana*” dice que las divisiones en la cristiandad se deben a los falsos profetas y apóstoles. Eso es otra manera de decir las cosas, porque son falsos profetas y apóstoles los que no usan exclusivamente la Biblia como su fuente de conocimiento teológico, sino se valen también, y preferentemente, de otras fuentes. Pero quisiera especialmente llamar la atención a un detalle que expresa el Dr. Mueller en su libro acerca de este tema, y que no ha sido mencionado hasta ahora, me refiero al uso de la razón y de axiomas racionalistas.

Es un mal muy generalizado de que se trate de interpretar la Biblia y sus enseñanzas según principios racionales. Por ejemplo, la enseñanza de la Santa Cena. Es imposible para nuestra razón humana comprender como en ese sacramento se recibe junto con el pan y el vino consagrados el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo. No vemos nada de ello, tampoco lo gustamos, pues el pan y el vino tienen el mismo aspecto y gusto que antes. Por eso, dicen muchos, hay que entender eso correctamente, el cuerpo y la sangre de Cristo no están realmente presentes en la Santa Cena sino que están representados por el pan y el vino. Y de esta manera se interpreta la Biblia y su enseñanza para hacerla comprensible a la razón humana. Y lo mismo se procede con tantas otras enseñanzas, la de la Santa Trinidad, de las dos naturalezas en Cristo, de la creación, del porqué no todos se salvan, etc., etc. La lista sería interminable. El Dr. Mueller también presenta numerosos ejemplos en su libro, y sería bueno que Uds. los analicen bien al leer eso. Lógicamente al actuar de esa manera, la Biblia deja de ser la fuente de conocimiento teológico.

Es un mal muy generalizado eso, y haríamos mal en verlo sólo en otros. Observémonos a nosotros mismos, cómo al leer la Biblia generalmente tratamos de acomodar la Biblia a lo que pensamos o estamos acostumbrados, cómo muchas veces buscamos y citamos un determinado pasaje bíblico, a veces hasta fuera de contexto, para apoyar una determinada idea o costumbre nuestra. Al obrar así se procede al revés, pues en vez de tomar un pasaje bíblico para que de él fluya una determinada doctrina y práctica, se tiene una determinada doctrina y práctica y entonces se busca un pasaje bíblico que lo apoye. Para que la Biblia sola sea la fuente de conocimiento teológico se debe ir a ella libre de prejuicios, ideas y razonamientos para que ella sola sea la que hable y determine. Oportunamente veremos más de este asunto.

El Cristianismo, la religión absoluta

Vivimos en tiempos en que me parece más que nunca, y posiblemente debido a la intensa comunicación que existe entre las diferentes partes del mundo, se aceptan siempre más como equivalentes las otras manifestaciones religiosas que existen en el mundo, aparte del cristianismo. Incluso según estadísticas, la religión que más crece actualmente en los Estados Unidos y que encuentra ahí siempre más aceptación es el Islamismo. Sin duda es una cosa elogiable que se trate de entender a otros, que no se los deseche inmediatamente por el simple hecho de que son diferentes a uno, sin tratar siquiera de entenderlos, pero de ahí a aceptarlos ya es otra cosa bien diferente.

Siempre ya ha existido la tendencia de catalogar todas las religiones como equivalentes, de verlas simplemente como diferentes manifestaciones religiosas con sólo nombres diferentes para sus dioses y prácticas diferentes relacionadas con la cultura y las costumbres del lugar. Ninguna religión, dicen muchos, puede catalogarse como la única verdadera y valedera, todas tienen algo de la verdad que hay que rescatar. El cristianismo es sólo una de las religiones, dicen, una del montón, una que sólo en el mejor de los casos podrá clasificarse como algo mejor que las otras, pero que sin duda necesita del complemento de las demás.

Sin duda, todo eso suena muy lindo y denuncia una actitud abierta y comprensiva para con los demás, y por eso es algo benéfico para las relaciones humanas. Pero eso no significa todavía que por eso sea la actitud o posición correcta. Es imprescindible analizarla algo más en base a lo que hemos visto hasta ahora y a lo que nos dice la Biblia al respecto.

En el libro “*Introducción a la teología*” de José Grau les he dado algunas lecturas sobre este mismo tema, y quiero que lo lean con mucha atención y analicen lo que nos dice. Además tenemos allí un breve resumen de diferentes religiones importantes en el mundo, y esto sin duda les servirá para entender mejor algunas de las cosas que se dirán.

En primer lugar quisiera que piensen sobre el origen de las religiones no cristianas. Si cotejan observarán que todas tienen un origen humano. Es cierto, hablan de Dios, de elevarse a Dios, de servir a Dios, etc., pero sea lo que fuere, en todos los casos que yo recuerde, se trata de religiones que tienen un origen humano, ideas o visiones que tuvieron seres humanos. Mahoma, Buda, Confucio, etc., son todos seres humanos a los cuales se atribuye el origen de las respectivas religiones.

En segundo lugar quisiera que piensen sobre lo que se sirve y venera como Dios en las otras religiones. En muchos casos se trata de seres humanos a los cuales se concede rango de Dios, en otros, de un supuesto Dios como Allah, en otros, de diversas deidades. De cualquier modo, se verá que no se trata del mismo Dios que el del cristianismo, sólo con otro nombre. No. Se trata de algo completamente diferente. Y eso es aplicable no sólo comparando las religiones orientales con el cristianismo, sino también mirando religiones más conocidas a nosotros. El Dios, por ejemplo, de los Testigos de Jehová, o de los Mormones, o de la Ciencia Cristiana, o del judaísmo no es el mismo que el del cristianismo sólo con otro nombre. No. Es un Dios totalmente diferente.

En tercer lugar quisiera que se fijen en la fuente de conocimiento de las otras religiones. Siguiendo con la clasificación de San Pablo a la que me referí al principio de esta lección, es decir, la sabiduría de los hombres o la religión de la carne por un lado, y la sabiduría de Dios o la religión del Espíritu por otro lado, veremos que todas las religiones no cristianas son lo que San Pablo diría sabiduría de los hombres o religión de la carne, ya que todas ellas determinan lo que debe hacer el ser humano, o como debe ser, esto es, son religiones de la Ley. Tienen su fuente de conocimiento en el ser humano. La única que puede ser denominada como sabiduría de Dios o religión del Espíritu es la religión cristiana, ya que su mensaje central es el Evangelio revelado por Dios en la Biblia. Y así como la Ley y el Evangelio son dos cosas completamente contrarias, en que una no es parte de la otra, así también el cristianismo y las otras religiones no tienen nada

en común. Como sabiduría del mundo o religiones de la carne que son, las otras religiones no tienen ni lo más mínimo de Evangelio, ya que esto es algo que nunca ha venido en mente humana, y así no son ni en lo más mínimo parte o complemento de la religión cristiana.

Finalmente quisiera que comparen el resultado del cristianismo y de las otras religiones. Solamente el cristianismo ofrece una reconciliación perfecta con Dios y la completa seguridad de salvación eterna. Todas las demás dejan al individuo en la duda, dado que lo hacen depender de la Ley y nunca el individuo sabe si ha hecho lo suficiente para apaciguar a Dios.

De todo lo dicho se desprende que no todas las religiones presentan algo de la verdad que hay que tratar de rescatar, y que así se complementan unas a otras, sino que el cristianismo es la única religión que realmente merece el nombre de tal. No debiera hablarse de ella como la mejor religión, ya que no se puede comparar ella con las demás. Es la única religión valedera o la religión absoluta. Lógicamente se sobreentiende con ello sólo una religión cristiana no mutilada, una religión cristiana que sea fiel en todo sentido a la Palabra de Dios, a lo que Dios nos ha revelado en ella.

Lo dicho es algo que constantemente también hallamos expresado en la Sagrada Escritura. Según ella, el cristianismo es una religión excluyente, la única, la absoluta. San Juan presenta a Jesús diciendo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6). Son palabras bien claras que no dejan duda sobre el carácter único del cristianismo. Algo parecido es lo que Pedro le dijo a los gobernantes, los ancianos y los escribas del pueblo judío que interrogaban a él y a Juan. Pedro en esa oportunidad les dice: “En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). El cristianismo es la única religión que nos presenta a Cristo, y por eso es la única religión que salva, la religión única, absoluta.

Con esto concluiré por hoy aunque queda todavía mucha materia por cubrir en este área sobre la cual podría y tendría que hablar, pero espero que con las diversas lecturas que les he asignado, esta lección y las conversaciones que tendremos oportunamente, podremos cubrir debidamente todos los aspectos relativos a los temas de esta lección.

Lección 3

¿QUÉ es la TEOLOGÍA?

Hoy quiero hablarles sobre el tema: ¿Qué es teología? En las lecturas asignadas, que de paso no son muchas, se encuentran con diversas opiniones sobre ese tema y no me resultaría raro que, después de leerlas, se sintieran algo desorientados. Es un tema que, al igual que las dos lecciones anteriores, tiene que ver con la base misma de la religión, de manera que dependiendo de lo que se entienda por religión variará también la definición de lo que se entienda por teología.

Igual que en las lecciones anteriores pretendo que lo que diga sea sólo un complemento orientador, no repetitivo, en cuanto a lo que han leído. En tal relación creo que es importante les presente el antiguo concepto luterano de lo que es teología, concepto que se remonta a los tiempos de Lutero y ha sido el concepto de la Iglesia Luterana-Sínodo de Misuri desde sus comienzos. Es importante que ese concepto siga en vigencia también hoy en día entre nosotros, porque no es algo que dependa de nacionalidad o que varíe con los tiempos.

El antiguo concepto luterano sostiene, en primer lugar, que teología es algo dentro del teólogo, algo dentro del alma del ser humano llamado teólogo, y que el teólogo merece su derecho a ese título poseyendo teología. Eso es algo básico del antiguo concepto luterano y debe ser expuesto en todo su alcance ya que el término teología rara vez se usa en ese sentido hoy en día. Generalmente se considera y habla de teología como de un cuerpo de doctrina, un libro de texto, una sección de una biblioteca o de un catálogo de libros, una serie de conferencias, etc. Se indica un estante de libros diciendo: Ahí tenemos la teología del tiempo de la Reforma. Los antiguos teólogos dirían que eso es un uso metonímico de la palabra teología, ya que eso no es el significado primario de esa palabra. Arguyen que antes de que se pueda exponer teología en un libro o en una conferencia ésta debe estar en la persona que escribe ese libro o da esa conferencia. Y eso que capacita esa persona a producir ese libro o conferencia es lo que los antiguos teólogos luteranos llamarían teología en el sentido primario de la palabra. Todos los demás usos los considerarían usos derivados del mismo. Esos libros o conferencias los llamarían también teología en el sentido abstracto, mientras la teología que existe en el individuo la llamarían teología en el sentido concreto. Esta manera de usar los términos “abstracto” y “concreto” a primera vista parece ser errónea, ya que un libro como la “*Doctrina Cristiana*” de J. T. Mueller es algo bien concreto, palpable, visible, mientras la mente que produjo ese libro es algo más bien abstracto, impalpable, invisible. Pero para entender a los antiguos teólogos luteranos debemos recordar que ellos hacen eso en base a su uso de los conceptos de causa y efecto, de lo que produce y lo que es producido. Lo que produce lo llaman concreto porque se halla en algo concreto, en una persona, aunque la facultad mental que produce sea algo abstracto. Y lo producido lo llaman abstracto ya que se trata de algo derivado, algo venido del productor y en tal sentido lo ven como algo abstracto, aunque pueda ser algo bien concreto como un libro.

Los antiguos teólogos luteranos reconocen que este uso de la palabra teología no es el significado original de la misma, ya que teología originalmente significa “la palabra acerca de Dios o de cosas divinas”, pero que se trata de algo introducido por el uso. También reconocen que la Biblia no usa el término teología, pero afirman que el concepto de teología se expresa en todos aquellos pasajes que definen las características, funciones y deberes del pastor cristiano,

como, por ejemplo, Hebreos 5:12-14 donde dice: “Debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.” El apóstol se dirige acá a los cristianos hebreos y los reprende por su deficiente conocimiento y experiencia en asuntos espirituales cuando ya debieran ser maestros. Pero todavía deben ser instruidos y alimentados con leche como niños, ya que alimento sólido es para adultos quienes “por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.” Ocuparse constantemente con algo ejercita la mente para un elevado grado de eficiencia de modo que sea apta y adquiera una disposición adecuada. Esta disposición mental la espera el apóstol en los maestros de la iglesia y los antiguos teólogos luteranos la consideraban un requisito para todo teólogo. La misma disposición se expresa en la palabra “competente” en 2 Corintios 3:5 donde el apóstol, después de exclamar en 2:16 “¿quién es suficiente para estas cosas?” afirma que él tiene la competencia para ello, aunque no de sí mismo. El asunto para el cual se requiere competencia es “el ministerio del nuevo pacto” (3:6). También se cita a 2 Timoteo 3:17 donde el apóstol dice que “el hombre de Dios”, esto es, la persona dedicada especialmente al servicio de Dios, como lo era Timoteo, debe ser “enteramente preparada para toda buena obra.” De estos pasajes deducían los antiguos teólogos luteranos que teología debe entenderse como una disposición mental dentro del teólogo.

El antiguo concepto luterano sostiene, en segundo lugar, que esta disposición es de carácter, enfoque y objetivo totalmente práctico, que lo habilita para realizar eficientemente cada función del santo ministerio. La mente del teólogo no debe ocuparse tan sólo con meditar en asuntos divinos, o adquirir conocimientos teóricos, o hacer ejercicios intelectuales. No. El objetivo del teólogo es salvarse a sí mismo y a los que le oyeren de la ira venidera. Por eso guía a los seres humanos a conocer y hacer la voluntad de Dios. Se afirma que el conocimiento es necesario, que una persona no puede practicar adecuadamente lo que no conoce debidamente. Es cierto, pero por otro lado no puede llamarse teólogo a alguien sólo debido a su conocimiento. Nunca el conocimiento teológico debe circunscribirse sólo a un conocimiento intelectual, sólo a una investigación académica de asuntos espirituales. La disposición mental del teólogo lo debe impeler siempre a poner sus conocimientos en acción, ya sea para instruir a otros, o para guiar almas por el camino salvador, o para defender la verdad bíblica, o para corregir errores. En la clasificación de las materias teológicas se habla de Teología exegética, Teología sistemática, Teología histórica y Teología práctica. No se quiere decir con ello que las materias de las tres primeras no sean prácticas, sólo las de la última. No. Todas deben ser prácticas, pero las materias de la Teología práctica estudian de manera especial cómo se puede realizar mejor esa práctica.

El antiguo concepto luterano sostiene, en tercer lugar, que la disposición teológica antes descrita es un don de la gracia divina y no una dotación natural de algunas personas. El teólogo no nace, sino que se hace. Siempre cuando nos hallamos con la disposición teológica antes descrita tenemos ante nosotros también un ser humano con nueva vida espiritual, un ser regenerado, que cree en Cristo como su Redentor. Esa disposición teológica presupone que ese individuo tenga fe, fe con todos sus antecedentes como ser, sentido de culpa y de pesar por los pecados cometidos, y fe con todos sus consecuentes como ser, nueva voluntad, nuevos afectos, una

conducta santificada, etc. En otras palabras, el teólogo debe ser un creyente. La disposición teológica no consiste en la fe, de lo contrario todo creyente sería un teólogo, sino que la fe engendra esa disposición teológica en el creyente como uno de sus frutos.

En un sentido general podría decirse que todo creyente es un teólogo ya que es apto para conocer y hacer la voluntad de Dios, y a veces se ha usado ese término en tal sentido, pero en el uso correcto de la palabra se la ha limitado a aquellos creyentes que se han consagrado al servicio de la iglesia y de la proclamación de la palabra de Dios. La razón bíblica para sostener que el teólogo debe ser un creyente, los dogmáticos luteranos la han hallado en 1 Corintios 2:14-16 donde leemos: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo.” Si el hombre natural, el irregenerado, no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios tampoco puede declarárselas a otros; y si no puede hacer eso, no puede hacer obra teológica.

Lo predicho no descarta la posibilidad de que haya incrédulos que exteriormente hagan de teólogos, que tengan un amplio conocimiento bíblico y ejerzan como buenos pastores. La misma Biblia habla de los que predicán a otros y ellos mismos son reprobados. O sea, esa posibilidad existe. Siempre ha habido hombres tales dictando cátedras teológicas y ocupando púlpitos en iglesias. Se los llama teólogos y nunca se ha cuestionado que la palabra proclamada por ellos pueda dar sus frutos. Dios hasta se ha servido en una ocasión de un asno para comunicar su mensaje. Pero de esto vemos que la disposición teológica también puede ser simulada, como tantas cosas. Así como se habla de cristianos hipócritas, del mismo modo se puede hablar también de teólogos hipócritas. Y eso justamente indica que no son teólogos en el verdadero sentido de la palabra.

El antiguo concepto luterano sostiene, en cuarto lugar, que la disposición teológica debe ser adquirida por medios y método divinos. Es importante, hasta imprescindible, lograr conocimientos gramaticales, lingüísticos, científicos, históricos, etc., pero todos estos conocimientos deben ser sólo el medio para lograr el fin de estudiar, entender y creer las Sagradas Escrituras. Además debe ir acompañado de la oración ferviente y puesto a prueba por tribulaciones a causa de Cristo y de la defensa de la fe.

Todo esto no significa que los antiguos teólogos luteranos menospreciaban todo lo pertinente a las ciencias humanas, a la filosofía, etc. No. De ninguna manera era eso el caso, como tampoco debe serlo hoy en día. Al contrario, todo teólogo debe tratar de acumular la mayor cantidad posible de conocimientos, para que esté equipado lo mejor posible para su trabajo en el reino de Dios. Es un grave error pensar que un teólogo puede, o hasta debe ser un ignorante en cuanto a conocimientos humanos, que toda su sabiduría debe ser sólo divina, dado que hasta los discípulos del Señor eran sólo pescadores ignorantes. El asunto no es descartar los conocimientos humanos, sino no mezclarlos con cosas divinas. Eso era lo que sostenía también Lutero y los antiguos teólogos luteranos. En opinión de ellos hay una diferencia esencial entre el estudio de la teología y toda otra ciencia basada en la razón y la experiencia humana, y el mayor arte de todo candidato de teología, según ellos, era distinguir entre la sabiduría humana y la sabiduría de la Palabra o de Dios. Según Lutero, hay dos clases de teólogos, los guiados por su conciencia atada

a la Palabra de Dios y los de carácter especulativo, contra los cuales usa palabras muy duras; hasta los llama instrumentos del diablo. Pero a la teología da títulos imperiales; la ve como la emperatriz sentada en su trono mientras la filosofía y todas las otras ciencias están reunidas a sus pies sirviéndola, no gobernando ni dominándola.

Es que la teología es algo especial, algo único. Trata de una materia, se sirve de un instrumento y tiene un objetivo desconocido para las ciencias humanas. Por eso, cuando éstas tratan de teologizar se vuelven en algo totalmente anticientífico, pues se atreven a tratar asuntos totalmente fuera de su alcance. La teología trata del ser humano como pecador, estudia la materia guiado por la Palabra de Dios cuyas enseñanzas acepta por fe, y tiene como objetivo la salvación eterna del ser humano. No predica una justicia acorde con la mente humana sino extraña a ella, la justicia que Dios nos da por gracia en Cristo Jesús. Trata pues de pecado y gracia, del ser humano pecaminoso y perdido pero justificado en Cristo, del ser humano regenerado por el Espíritu, guiado a una vida de santidad y de servicio a Dios y mantenido en la fe hasta el fin, de una esperanza no centrada en el acá y en cosas terrenas sino en el más allá, de una esperanza no temporal sino eterna, impercedera.

Y la teología hace todo eso exponiendo y predicando la Palabra de Dios. Hombres que han hecho eso han sido grandes teólogos. Ese es su deber, enseñar a los seres humanos a entender y creer la Palabra de Dios y todo lo necesario para su salvación eterna. Para eso también deben exhortar, amonestar, instar, rogar, etc. Y todo ha de estar basado firmemente en la Biblia.

En su exposición de la Escritura el teólogo se desempeña también como guerrero espiritual, un guerrero que considera como su santo deber defender la verdad divina y combatir los errores que la deforman. El hacer la vista gorda, el no sacar la cara por la verdad, el ignorar la mentira y el error, eso parecerá muy lindo y apropiado para las relaciones humanas y recomendable a los seres humanos, pero no es lo propio de un teólogo y sirviente de Dios. Debe sentir verdadero celo por la verdad revelada de Dios.

Pero en su exposición de la Escritura el teólogo también se desempeña como médico espiritual. Revivir el espíritu quebrantado, calmar el corazón atribulado, aquietar la conciencia preocupada, esa es la función propia del teólogo. Con sus palabras humanas nunca lo logrará, pero con la Palabra de Dios que predica lo conseguirá. Y el objetivo final de todo es la salvación eterna. Noble tarea la del teólogo. Con razón escribe San Pablo a Timoteo: “Si alguno anhela obispado, buena obra desea” (1 Timoteo 3:1).

Por todo lo predicho los antiguos teólogos luteranos afirman que la teología es algo práctico, no algo especulativo. La verdadera teología consiste en la práctica de la fe, en la aplicación de la verdad, en el ejercicio de la vida cristiana. Y el fundamento de todo ello es Cristo, su vida, pasión, muerte y resurrección que ha de ser aceptado en verdadera fe. Esa fe es un don de Dios. Por eso afirman los antiguos teólogos luteranos, que la aptitud para esa multiforme actividad no es un don natural sino algo hecho por Dios. Dios lo inicia en ellos cuando por la fe los hace nacer a una nueva vida espiritual, y lo fomenta y nutre hasta que madure y se fortalezca en ellos a través de esa nueva vida espiritual. Como personas podrán tener un profundo conocimiento en todas las ciencias humanas, pero eso no los capacitará para ser un teólogo; al contrario, fallarán totalmente en ello a menos que antes que nada oigan y crean la Palabra de Dios. Fe en Dios, fe

en Cristo como nuestro Señor y Salvador, fe firme e incondicional en todo lo que nos enseña la Biblia, esa es la base para ser un teólogo. Y eso es algo hecho por Dios.

Pero esta fe debe estar acompañada de una vida dedicada verdaderamente a Dios. Egoísmo, egolatría, arrogancia, agresividad son cualidades impropias de un teólogo, lo anulan; pero por otro lado verdadera humildad, abnegación, reverencia, altruismo son virtudes propias de todo teólogo. El teólogo que busque alabanza y ganancia material a través de su trabajo en el reino de Dios, solamente se quemará a sí mismo, y representa la más seria contradicción pues busca honor propio a través de algo que ha sido ordenado sólo para la gloria de Dios. Su ambición personal será para él la fuente de muchos males.

Coincidiendo con lo predicho el Dr. A. L. Graebner en su titulado “*Perfiles de teología doctrinal*” define la teología como, “el hábito práctico de la mente que consiste en conocer y aceptar la verdad divina como también en la habilidad de instruir a otros para que a su vez conozcan y acepten esa verdad, y la defiendan contra sus adversarios.” Esa definición es completamente bíblica. San Lucas, por ejemplo, nos da las características de un teólogo al describir a Apolos diciendo: “Llegó entonces a Éfeso un judío llamado Apolos, natural de Alejandría, varón elocuente, poderoso en las Escrituras. Este había sido instruido en el camino del Señor; y siendo de espíritu fervoroso, hablaba y enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor, aunque solamente conocía el bautismo de Juan. Y comenzó a hablar con denuedo en la sinagoga; pero cuando le oyeron Priscila y Aquila, le tomaron aparte y le expusieron más exactamente el camino de Dios. Y queriendo él pasar a Acaya, los hermanos le animaron, y escribieron a los discípulos que le recibiesen; y llegado él allá, fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído; porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo” (Hechos 18:24-28).

Según este pasaje, Apolos conocía la verdad divina, pues “había sido instruido en el camino de Señor”, era “poderoso en las Escrituras” y “le expusieron más exactamente el camino de Dios”. Pero no sólo conocía esa verdad con su mente, sino la había aceptado en su corazón hasta el punto de que sentía un santo celo y estaba fervoroso en su espíritu. También enseñaba a otros para que conozcan y acepten la verdad; “hablaba y enseñaba diligentemente” no sus propias ideas sino “lo concerniente al Señor”, y así “fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído.” Y no sólo enseñaba la verdad sino también la defendía contra sus detractores pues dice el pasaje que “con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos”, y no lo hacía con argumentos filosóficos sino “demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo.” Otro texto donde San Pablo describe al teólogo está en Tito 1:9 donde dice: “Retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen.” En forma resumida San Pablo nos describe aquí al teólogo. Dice que ha sido enseñado, o sea, recibió el conocimiento, no de algún sistema filosófico, sino de “la palabra fiel”, esto es, la Palabra de Dios. También dice que es “retenedor” de ella, o sea, la ha aceptado en verdadera fe. Finalmente dice que “puede exhortar con sana doctrina y convencer a los que contradicen”, es decir, instruye a otros a conocer y aceptar la verdad de Dios y la defiende contra sus adversarios. Como ven, la definición propuesta sobre teología y teólogo es bien bíblica. También las vidas de los apóstoles y evangelistas evidencian la veracidad de esa definición.

Lo que no expresa esta definición pero debiera estar incluido, ya que es bíblico, es algo a lo que

ya me he referido antes en esta lección, esto es, que la teología es una habilidad espiritual concedida por Dios. ¿Cómo la concede Dios? Muy adecuado para responder a esta pregunta es el dicho de Lutero: “La oración, meditación y tentación hacen al teólogo.” Y lo que Lutero quería decir con ello se puede ver en muchos pasajes de sus escritos. Veamos algunos de ellos. En cuanto al primer aspecto, esto es, la oración, dice lo siguiente: “En primer lugar, es algo seguro y sabido que no se puede comprender la Sagrada Escritura por medio de nuestro propio esfuerzo y razón. Por eso, lo primero por hacer es comenzar con la oración e implorar al Señor que en su gracia nos de y conceda la verdadera comprensión de su Palabra. Porque nadie es maestro de la Escritura excepto aquel de quien ella viene originalmente; por eso dice: Serán todos enseñados por Dios. Por ende, debemos desistir de nuestros propios esfuerzos y razón y confiar sólo en Dios y en la influencia de su espíritu.” Y en otra parte dice al respecto: “En todo estudiar de la Escritura o en la teología se debe desesperar totalmente de su propio entendimiento y esfuerzo y sólo pedir entendimiento de Dios con temor y humildad. Por eso, cuando te acerques a la Biblia alza primero tus ojos a Cristo y ruégale brevemente por su gracia.” Para Lutero, la manera apropiada de estudiar teología es tener una hora fija para oración en la mañana y en la noche y en esa ocasión leer también varios capítulos de la Biblia.

En relación al segundo aspecto, esto es, la meditación, Lutero entiende con ello el estudio constante de la Biblia como la Palabra infalible de Dios, por medio de la cual el Espíritu Santo no sólo convierte y santifica a los seres humanos, sino también capacita para la obra del Señor a los que quieren desempeñarse en ella. Para Lutero la más alta preocupación del teólogo debe ser estar arraigado y basado firmemente en la Sagrada Escritura, y por eso debe oír y leerla, estudiar y meditar en ella, pues Dios no se propone darnos su Espíritu sin su Palabra externa. Debe proceder según la premisa de que lo que afirma la Biblia no se discute. Toda discusión queda descartada por la aserción: “Así está escrito en la Sagrada Escritura.” Lutero califica de teología híbrida la que no distingue entre asuntos revelados en la Biblia y los que no lo son. Lutero sabe muy bien que es posible que la Escritura agote la paciencia de sus estudiantes antes que ellos agoten su contenido. Por eso, previene a los estudiantes del fastidio, que no piensen que porque han leído un texto una o más veces, ya lo han leído lo suficiente; así no llegarán a ser grandes teólogos. Refiriéndose a sí mismo, dice que él no llegó a ser teólogo de un momento a otro, sino profundizándose más y más en la Palabra de Dios. Después de haber estudiado teología por 20 años aún no podía explicar debidamente la diferencia entre Ley y Evangelio. Nunca se puede terminar estudiando la Palabra de Dios; siempre de nuevo se le presentan nuevos milagros en sus páginas.

En cuanto al tercer aspecto, esto es la tentación, Lutero se refiere con ello a las aflicciones y dificultades que le tocan vivir al ministro a causa de su fe. Lutero tiene mucho que decir acerca de la teología de la cruz. La última escuela que recibe un teólogo y que lo hace eficiente en teología son las pruebas de la fe que sufre a causa de su llamado. Dice Lutero: “No se puede entender la Sagrada Escritura sin la práctica y las tentaciones... Así San Pablo también tuvo su diablo que lo abofeteaba, según él mismo lo dice, y con sus tentaciones lo impulsó a estudiar diligentemente la Escritura. Así a mí me asediaban el papa, las universidades y todos los eruditos, y a través de ellos el diablo, los cuales me hicieron correr a la Biblia, a leerla diligentemente y a comprenderla finalmente en forma debida. Si no tenemos un diablo tal, somos sólo teólogos especulativos.” Lutero se expresa frecuentemente sobre este asunto, y se refiere al diablo atacándolo tanto interna como externamente, es decir, tanto acosándolo en su conciencia

hasta llegar a una clara comprensión de la Biblia como atacándolo por medio de enemigos físicos quienes le acusaban de hereje y le infligían toda clase de penurias físicas.

Así se hace el teólogo, por la oración, la meditación y la tentación, pues como dicen los dogmáticos luteranos, el teólogo no nace, sino que se hace. Así Dios le concede el hábito práctico de teólogo según la definición del Dr. Graebner. Pero ese hábito que ha adquirido ahora produce frutos, y así desembocamos en la teología objetiva o abstracta, pues como ya vimos, la teología, la habilidad que está en el hombre, la llamamos teología subjetiva o concreta, pero lo que produce, sus libros, disertaciones, etc., teología objetiva o abstracta.

Ahora bien, considerando todo lo predicho en esta lección, de que el teólogo es un creyente, uno que sabe y acepta todo lo que Dios le dice en la Biblia, uno que enseña esa verdad de Dios a otros, uno que está firmemente arraigado y basado en la Escritura, uno para quien no se discute lo que Dios le dice en su libro, ¿es posible que este teólogo produzca libros, disertaciones, etc., en desacuerdo con la Sagrada Escritura, basados en otras fuentes que no sean la Sagrada Escritura, como por ejemplo su razón, su sentimiento interior cristiano, su experiencia cristiana, su yo regenerado, etc.? No. Eso es totalmente imposible. Y así vuelvo otra vez a lo que he estado repitiendo siempre de nuevo en las lecciones anteriores, de que todo el cuerpo de nuestros conceptos teológicos fluye únicamente de la Palabra de Dios, de que sólo ella es la única fuente de nuestro conocimiento teológico. Y de un teólogo como lo he estado describiendo es totalmente imposible esperar otra cosa. Si él fuera un exégeta, esto es, uno que interpreta la Biblia, no usaría la ocasión para meter sus propias ideas en el texto, para hacer que éste diga lo que él quiere, sino fielmente trataría de hallar el sentido original del texto y lo explicaría así. Si fuera un sistemático, esto es, uno que presenta las enseñanzas en forma sistemática, no usaría la oportunidad para presentar sus propias enseñanzas dándole sólo un color bíblico, sino únicamente presentaría en forma sistemática lo que Dios nos ha enseñado en su santo libro. Si fuera un teólogo histórico, esto es, uno que estudia la historia de la iglesia y de sus dogmas, no serviría de ello para sólo enseñar la sucesión de hechos que se produjeron en la iglesia en el correr del tiempo y quizás hasta concluir que lo que es y enseña la iglesia hoy en día es el resultado de una evolución, que en el principio no era así, sino demostraría como le ha ido a través de la historia a la verdad revelada por Dios, como ha sido combatida pero felizmente preservada. Si fuera un teólogo que se dedica preponderantemente al aspecto práctico de la religión, no asumiría la premisa de que la religión cristiana no tiene aplicación en la vida práctica, de que es algo anticuado y no apropiado para nuestros tiempos modernos, etc., sino aplicaría las enseñanzas y ordenanzas bíblicas a las diferentes circunstancias que emergieren bajo el principio de que ellas son eternas, no sujetas a los cambios de los tiempos.

Para destacar ese aspecto de nuestra teología, tratada como doctrina, nuestros teólogos hablan de teología derivada y teología original. Bajo teología derivada, como lo dice el nombre, entienden una copia, una reproducción de la teología original. Y bajo ésta entienden el conocimiento de Dios y de cosas divinas tal como se encuentra originalmente sólo en Dios, el cual Dios de pura gracia ha comunicado o transmitido a los seres humanos a través de su palabra. También el conocimiento que se tiene de Dios por medio de la naturaleza y la conciencia, es teología derivada, ya que es una revelación de Dios, pero es una revelación incompleta, y por eso la única teología derivada que puede servir de fuente de la religión cristiana es la de la Sagrada Escritura. Esta distinción entre teología original y derivada no es algo superfluo y anticuado, tal cual

algunos sostienen, sino algo bien bíblico e instructivo para los teólogos de todos los tiempos. Una teología, tratada como doctrina, que no es reproducción fiel de la teología original reproducida en la Sagrada Escritura, es nada más que palabrería vana y herética. Así opinaba Lutero quien calificaba de charlatanería todo lo que se enseñaba en la Iglesia sin que tenga apoyo bíblico.

Con esto basta como observaciones adicionales a lo que Ustedes han leído sobre el tema de teología y teólogo cristiano.

Lección 4

LEY y EVANGELIO

En la lección pasada, al final, vimos de teología en el sentido objetivo o abstracto, o para decirlo en otras palabras, la doctrina cristiana o doctrina bíblica, llamada así porque en todo sentido es y debe ser únicamente una doctrina derivada de la teología original que está en Dios, y que él, de pura gracia, nos la ha revelado en la Biblia. Esa doctrina constituye lo que también denominamos los artículos de fe, es decir, los artículos a creer, los artículos que no son sólo posibilidades o hipótesis o deseos, sino verdades reveladas por Dios y por eso dignas de toda nuestra fe y confianza. Quiero llamarles la atención al hecho de que algunos artículos de fe Dios nos los ha revelado no sólo en la Biblia sino también en la naturaleza, como por ejemplo la doctrina de la existencia de Dios, y que por eso, porque sabemos de ellos por dos fuentes, se los denomina artículos mixtos, mientras los artículos revelados sólo en la Biblia se los denomina artículos puros. Pero no se debe pensar ahora que los artículos mixtos son más seguros o más dignos de fe que los artículos puros por el hecho de que cuentan con dos fuentes de revelación, pues ambos, también los mixtos, son artículos de fe sólo porque están revelados en la Sagrada Escritura.

El propósito central de todos estos artículos, de toda esta revelación, es hacernos sabios para la salvación por la fe en Cristo Jesús. Pero para que se aprecie más claramente y se logre ese objetivo de las distintas doctrinas reveladas, es importante hacer distinción entre ellas en cuanto a su propósito e importancia. Esa distinción será muy reveladora. La primera distinción será entre

Ley y Evangelio

Toda la doctrina bíblica es o Ley o Evangelio, y puede y debe ser clasificada en una u otra de esas dos categorías; es de vital importancia que no se haga Ley lo que es Evangelio, o Evangelio lo que es Ley, pues de esa manera se confunde toda la doctrina cristiana. A su debido tiempo se tratará específicamente el tema Ley y Evangelio, pero por ahora es necesario emitir unas observaciones generales y trazar algunos lineamientos sobre el tema, de acuerdo con el objetivo de esta clase. Dicho sea de paso que repetiré aquí algunos conceptos del libro de Mueller, para darles debido énfasis, ya que los considero tan importantes.

Tanto Lutero como los antiguos teólogos luteranos trataron esmeradamente el tema Ley y Evangelio, especialmente lo concerniente a la debida distinción entre ambos. Era, por decirlo así, un distintivo de la verdadera teología luterana, pero lamentablemente se está perdiendo ese distintivo de parte de teólogos modernos. Siempre de nuevo expresan en sus escritos la opinión de que se estima innecesaria la división en Ley y Evangelio y considerar la relación entre ambos. Y no es sorprendente que se piense así pues eso es la inevitable consecuencia de la negación de la satisfacción vicaria de Cristo que caracteriza a la teología moderna. Si el ser humano no está plenamente reconciliado con Dios por los méritos de Cristo, si Cristo no ha satisfecho plenamente por nosotros las exigencias de la Ley, ni sufrido plenamente el castigo debido a nuestras transgresiones, entonces lógicamente el ser humano tiene que lograr su reconciliación con Dios, ya sea total o parcial, por sí mismo, por medio de sus propias buenas obras. Eso justamente es lo que enseña la teología moderna. Pero Dios concede el perdón de los pecados y

la vida eterna no por causa de lo que nosotros hayamos hecho, ya que ningún ser humano se justifica por las obras de la ley, sino sólo por la fe en Cristo. Por eso, según Lutero, todo cristiano debe distinguir entre Ley y Evangelio; de lo contrario no hay diferencia alguna entre él y un pagano. Un ser humano es un cristiano y lo sigue siendo sólo si en su conciencia se consuela contra las acusaciones de la Ley con las promesas del Evangelio, donde Dios le da el perdón de sus pecados sólo por los méritos de Cristo. Santificación y buenas obras es posible sólo para los que están bajo la gracia, no bajo la Ley.

La doctrina divina que Dios nos presenta en la Biblia se divide, según su contenido, en Ley y Evangelio. En toda la Biblia, no sólo en el Antiguo Testamento, Dios nos presenta Ley, y en toda la Biblia, no sólo en el Nuevo Testamento, Dios nos presenta Evangelio. Ambas partes, tanto Ley como Evangelio, deben ser enseñadas por el teólogo cristiano sin cambio alguno, no debe desdeñar nada de la Ley ni cambiar algo en el Evangelio; jamás debe disminuir la fuerza condenatoria de la Ley ni debilitar el consuelo salvador del Evangelio. Ambas partes son, en cuanto a contenido, completamente distintas y contrarias. Según la Ley, Dios condena al ser humano que no la cumple perfectamente, en tanto, según el Evangelio, Dios no le imputa al ser humano las transgresiones cometidas contra la Ley. Por eso, todo teólogo cristiano, para no confundirse a sí mismo ni causar confusión en otros, debe poder distinguir entre Ley y Evangelio; y la verdadera distinción consiste en limitar la función de ambos al área que Dios les asignara de acuerdo a la Biblia. Veamos a continuación algunas observaciones generales relativas al tema.

1. El conocimiento del pecado debe ser enseñado por medio de la Ley; el perdón de los pecados debe ser enseñado por medio del Evangelio (Romanos 3:20 y 28). Todo aquel que enseñe que se obtiene el perdón de los pecados por medio del cumplimiento de la Ley, no es un teólogo cristiano sino un falso profeta. Pertenece a esa clase de personas respecto a las cuales dice el apóstol, por el mal que ocasionan: “¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!” (Gálatas 5:12). De lo precedente se debe colegir que la Ley, ya que lleva al conocimiento del pecado, debe ser predicada a los que se consideran justos, a los que viven en pecado, a los que no reconocen que merecen la ira de Dios y la eterna condenación. En cambio el Evangelio debe ser predicado a los humillados por la Ley, a los quebrantados de corazón, a los que tiemblan delante del Señor.

2. La Ley es la única fuente de la cual puede enseñar el teólogo cristiano cuales son obras buenas y agradables delante de Dios, tal cual Cristo mismo lo hiciera cuando se le preguntó cuáles eran los mandamientos ordenados por Dios. También los cristianos necesitan de la Ley en ese sentido, ya que también ellos tienen la tendencia de considerar como mandamientos de Dios los que en realidad sólo son mandamientos de hombres, como ser, ayunar, permanecer célibe, etc. Pero el deseo, el poder, el gozo y el celo para producir esas buenas obras delante de Dios no provienen de la Ley sino solamente del Evangelio, tal cual se evidencia en la vida del apóstol Pablo.

3. El teólogo cristiano también debe saber que no puede combatir exitosamente el pecado por medio de la Ley. Por medio de la Ley puede frenar el pecado sólo exteriormente, pero interiormente únicamente lo activa y multiplica. Esa era la experiencia de Pablo según lo expresa en Romanos 7. Solamente el Evangelio puede matar el pecado en el ser humano tal cual lo expresa otra vez San Pablo en Romanos 7. Y en Romanos 6:14 escribe: “El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.” De ahí el acertado

axioma: “La Ley mata al pecador, mas no mata al pecado; el evangelio, en cambio, mata el pecado, mas no mata al pecador.” La distinción entre Ley y Evangelio es tan importante y difícil que por eso el Dr. Lutero dijo: “Por lo tanto, cualquiera que conozca bien este arte de distinguir la Ley y el Evangelio, a éste pon a la cabeza y llámalo doctor de la Sagrada Escritura.”

Doctrinas fundamentales y no fundamentales

El tema de las doctrinas fundamentales y no fundamentales es muy importante y muchas veces se lo menciona y se refiere a él en el sentido de que las doctrinas no fundamentales no son importantes para ser creídas y que hasta se podría disculpar a alguien si no las creyese. Eso es totalmente erróneo. Ningún ser humano puede hacer eso, pues está expresamente prohibido en la Biblia. Cristo ordenó a su iglesia enseñar todas las cosas que les ha mandado. Y lo mismo era en los tiempos del Antiguo Testamento. De esa manera se nos indica que nada de lo enseñado en la Biblia debe ser catalogado como inútil o superfluo. Todo es Palabra de Dios. Y sin embargo, la diferencia entre doctrinas fundamentales y no fundamentales es algo bueno y tiene un objetivo bien práctico.

Esto se evidencia claramente cuando se comparan por ejemplo, las doctrinas de Cristo y de los ángeles. Ambas están en la Biblia, pero ambas están en muy distinta relación a la fe salvadora. La doctrina de Cristo constituye el fundamento de la fe salvadora, pues esa fe se basa en Cristo y en su obra redentora (Hechos 4:12). Pero la doctrina de los ángeles no está en esa relación con la fe salvadora. Ningún ser humano por ejemplo, recibe el perdón de los pecados porque cree en los ángeles, pero eso no hace que esa doctrina sea superflua; al contrario, es una doctrina sumamente útil dado que nos muestra el amor de Dios al proveer los ángeles para nuestro cuidado y servicio. Pero correctamente, según asentimiento general, nunca se la ha clasificado como una doctrina fundamental.

De lo precedente ya se puede ver la regla que sirve de base para dividir las doctrinas en fundamentales y no fundamentales, es decir, doctrinas fundamentales son las que sirven de fundamento para la fe salvadora. Y esa no es una regla pescada del aire, o inventada por los luteranos, sino una regla bien bíblica, ya que la Biblia claramente indica cuales artículos constituyen la base, el fundamento de la fe salvadora. La fe salvadora, según la Biblia, es la fe en el perdón de los pecados a causa de la satisfacción vicaria de Cristo, o para decirlo en otras palabras, la fe en la justificación del pecador delante de Dios por la fe en los méritos de Cristo sin las obras de la Ley. Sólo el que tenga esa fe, obrada por el Espíritu Santo, tiene según la Biblia la fe salvadora y es un miembro de la Iglesia Cristiana. El que no tenga esa fe, según la Biblia, no pertenece a los creyentes ni a la Iglesia Cristiana. Por eso han catalogado los dogmáticos esta doctrina de la justificación por la gracia mediante la fe en la expiación vicaria de Cristo como “la más fundamental de todas las doctrinas”. Pero esta doctrina, según la Biblia, presupone e incluye diversas otras que por eso también deben ser incluidas entre las doctrinas fundamentales. El libro de Mueller las enumera como:

1. La doctrina del pecado y sus consecuencias;
2. La doctrina de la persona de Cristo, la cual incluye la doctrina de la Santísima Trinidad;
3. La doctrina de la expiación vicaria de Cristo;
4. La doctrina de la Palabra de Dios; y
5. La doctrina de la resurrección.

El Dr. Mueller en su libro explica qué entiende y qué incluye en cada uno de esos rubros y las bases bíblicas que tiene para ello. Es importante que todo esto no lo veamos como formulaciones eclesiásticas o dogmáticas sino como formulaciones que brotan de la Biblia. Por eso, espero que lo lean cuidadosamente y lo analicen debidamente.

Doctrinas fundamentales primarias y secundarias

Este capítulo representa algo sumamente importante que evidencia la realidad práctica y bíblica de toda esta clasificación. Ya en nuestro trato diario con otros cristianos sabemos cuan cuidadosos hemos de ser no condenando injustamente a personas como incrédulas por ser diferentes a nosotros, pero por otro lado tampoco ser tan elásticos y hasta hacer la vista gorda a males y errores que deben ser nombrados por su nombre. Esta clasificación quiere ubicar las cosas en su exacta posición bíblica.

Muchas veces estudiantes míos se han sentido realmente alarmados por lo que dice el Dr. Mueller en su libro al clasificar por ejemplo, al Santo Bautismo y la Santa Cena como doctrinas fundamentales secundarias. ¿Cómo es posible, objetaban, que cosas tan importantes como esos dos sacramentos no sean consideradas como doctrinas fundamentales primarias sino sólo como secundarias? Quizás algunos de Ustedes también piensan así. Por eso lean cuidadosamente y analicen lo que dice el Dr. Mueller. Recuerden la regla sobre las doctrinas fundamentales. Doctrinas fundamentales son las que sirven de fundamento para la fe salvadora. Supongamos que alguien se muera sin tener la oportunidad de ser bautizado, o de recibir la Santa Cena, o que por ignorancia tenga ciertas ideas erróneas en cuanto al Bautismo, pero que tenga la fe salvadora porque alguien le predicó la palabra del Evangelio ¿quién osaría afirmar que esa persona se pierda eternamente? Si tenía la fe salvadora obrada en él por el Espíritu Santo a través de la palabra del Evangelio, no hay duda que se salvará. La Escritura dice: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 16:31). Por eso, sin quitarle méritos al Bautismo o a la Santa Cena, pero en honor a lo que dice la Biblia, hemos de aceptar esa clasificación. Es que Dios en su gran bondad no nos ha proveído de sólo un medio para llevarnos a la fe salvadora sino de tres, la palabra del Evangelio y los dos sacramentos, y la fe producida por la sola palabra no es menos fe y menos salvadora que la producida a través de los dos sacramentos. Pero lamentablemente el que no pudo gozar de los sacramentos, no recibió el fortalecimiento de la fe y los otros especiales beneficios espirituales que Dios da a los suyos a través de ellos. Por eso, de ninguna manera hemos de despreciarlos o desdeñarlos o dejarlos de lado, pero en último caso, alguien puede ser salvo sin ellos.

Por eso, porque son tan importantes esos dos sacramentos, se los clasifica entre los artículos fundamentales, pero porque por otro lado no son de necesidad absoluta y no sirven de fundamento para la fe salvadora, por eso se los clasifica entre los secundarios. Lo absolutamente indispensable es escuchar la Palabra de Dios, y para ser más preciso, el santo Evangelio.

Yo sé que este asunto de hablar de doctrinas fundamentales primarias y secundarias puede prestarse a abusos, pues fácilmente puede inducir a personas a tolerar falsas enseñanzas, hacer la vista gorda a todo lo que no sirve de fundamento a la fe salvadora, pero tal no será el caso si la Biblia realmente nos guía en la fe, si se observan los cuatro puntos que recalca especialmente el

Dr. Mueller en su libro (pp. 35-36). No los transcribiré aquí, ya que más adelante me referiré a algunos de ellos, pero espero que Uds. lo lean atentamente. Sólo quiero referirme brevemente al siguiente pequeño detalle.

Nadie debe sentirse con derecho a desechar o dejar de lado aunque sea el más pequeño claro testimonio de la Biblia, porque eso es el principio del mal. El que se toma esa libertad aunque sea sólo en un pequeño detalle, crea un precedente de funestas consecuencias posteriores. No sabrá más donde parar luego. Además un error nunca va sólo, siempre es parte de una cadena. Tomemos, por ejemplo, la afirmación de que la Biblia no es palabra de Dios sino sólo contiene palabra de Dios. Parece insignificante la diferencia, pero en realidad no lo es. Si sólo contiene palabra de Dios, entonces cómo y cuándo se puede saber cuándo lo es, para así saber con certeza cuales son las promesas de Dios en las cuales se puede confiar. Lo malo es que cuando se acepta la posición de que la Biblia sólo contiene palabra de Dios, no hay manera de saber con certeza cuando ella es palabra de Dios. Cada persona, cada erudito entonces tiene su propia idea. Y como consecuencia de ello todo el edificio de la fe se vuelve inseguro, pierde su fundamento sólido e inamovible. O sea, tendrá una fe basada en un fundamento inseguro. Esa es la consecuencia de aquel pequeño desliz de afirmar que la Biblia no es, sino sólo contiene palabra de Dios. Claro, hay personas que aunque digan eso, afortunadamente creen todo lo que la Biblia dice como si fuera palabra de Dios. Es lo que se denomina una afortunada inconsecuencia, pero aunque existe esa posibilidad lo más probable es que se sea consecuente y que entonces de un error siga toda una cadena de errores. Por eso es tan importante la premisa de que no se debe desechar o dejar de lado el más pequeño claro testimonio de la Biblia.

Doctrinas no fundamentales

Doctrinas no fundamentales son las que no sirven de fundamento de la fe salvadora, o sea, no obtenemos por ellas el perdón de pecados, pero si sirven de consuelo e instrucción a los ya creyentes. Así, por ejemplo, es la doctrina de los ángeles. Nadie se salva por creer en los ángeles, pero sin duda sirve de especial consuelo a los creyentes saber que Dios los ame tanto y se preocupe de tal modo por ellos que por eso creó especialmente a los ángeles.

Aunque no sean fundamentales esas enseñanzas, no tenemos el derecho de desecharlas o dejarlas de lado. Se aplica acá lo que dije al final del párrafo anterior. Si es algo enseñado en la Escritura, aunque sea algo no fundamental, no tenemos derecho a dejarlo de lado, pues entonces desecharíamos la autoridad de la Biblia. O sea, no se hace la diferencia entre doctrinas fundamentales y no fundamentales para saber cuáles hemos de tomar más serio y cuales no, sino sólo para distinguir entre las enseñanzas que constituyen el fundamento de la fe salvadora y cuáles no.

Problemas teológicos o cuestiones pendientes

Hay mucha confusión en el mundo teológico acerca de qué son problemas teológicos o cuestiones pendientes. Por eso es de primerísima importancia aclarar primero esa pregunta: ¿Qué son problemas teológicos o cuestiones pendientes para nosotros, quienes no queremos dejarnos guiar en nuestra fe por nuestra razón, o por nuestra tradición, o por nuestro sentimiento o experiencia humanas, o por opinión alguna ya sea humana o eclesiástica, sino únicamente por la

Biblia? Si la Biblia es en verdad la única regla y base de nuestra fe, creo que no debe haber duda alguna que problemas teológicos o cuestiones pendientes son sólo aquellos puntos que la Biblia misma ha dejado sin contestar, ha dejado pendiente. Si la razón humana fuese la regla y base de nuestra fe, entonces lógicamente todos aquellos puntos que nuestra razón no ha podido decidir, o que son contrarios a nuestra razón, o donde no nos hemos podido poner de acuerdo con otros, serían problemas teológicos o cuestiones pendientes. O si opiniones o decisiones eclesíásticas serían la regla y base de nuestra fe, entonces lógicamente todos aquellos puntos donde la iglesia aún no se ha podido definir, o donde aún no se ha expresado confesionalmente, o donde las confesiones de las distintas iglesias se diferencian, serían problemas teológicos o cuestiones pendientes. Pero si la Biblia sola es la que decide y fundamenta nuestra fe, entonces lógicamente sólo aquellos puntos que la Biblia misma ha dejado sin contestar o dejado pendiente son problemas teológicos o cuestiones pendientes.

Y debemos dejarlos como tales, como problemas teológicos o cuestiones pendientes. Si les damos una solución y tratamos de imponer esa solución a otros, estamos desobedeciendo los claros pasajes bíblicos que nos prohíben añadir algo a la Escritura. El teólogo no sólo debe aprender a hablar sino también a callarse. Debe hablar donde y en tanto la Palabra de Dios hable, pero debe guardar silencio cuando la Palabra de Dios guarda silencio. El que no ha aprendido el arte de guardar silencio y se atreve hablar cuando la Palabra de Dios guarda silencio, está bajo el juicio de lo escrito por Jeremías 23:16: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos: No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan; os alimentan con vanas esperanzas; hablan visión de su propio corazón, no de la boca de Jehová.”

Para ilustrar lo dicho, ahí está por ejemplo el problema del origen del mal. ¿Cómo se originó el mal? Según la Biblia, después que Dios lo había creado todo, lo miró y, he aquí, era bueno en gran manera a los ojos de Dios. Eso incluía a los ángeles. O sea, nada fue creado en forma deficiente, malo o con el mal. La Biblia tampoco da lugar a pensar que Dios haya creado u originado el mal después. En resumen, ella presenta a Dios de tal manera que es totalmente imposible relacionarlo de cualquier manera con el origen del mal. Ella simplemente no nos informa cómo se originó el mal. Ahí tenemos un problema teológico o una cuestión pendiente. Si ahora igual buscamos una solución a ese problema, únicamente le añadiremos algo a la Biblia y sin duda terminaremos enseñando erróneamente, ya que acabaremos culpando a Dios o de habernos creado en forma imperfecta, o de haber dado origen al mal en forma directa o indirecta. Y así hay muchos problemas teológicos o cuestiones pendientes.

Si teólogos realmente tratan de contestar estos problemas teológicos o cuestiones pendientes sólo desobedecen a la Biblia cuando dice en 1 Pedro 4:11: “Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios.” Además aunque aparentan ser muy científicos, en realidad no lo son ya que pretenden saber lo que no pueden saber. Por eso

San Pablo dice de todos esos teólogos que “están envanecidos, nada saben y deliran” (1 Timoteo 6:4). Tampoco debemos perder demasiado tiempo y energía con esos problemas teológicos o cuestiones pendientes, ya que únicamente nos quitan el tiempo y la energía que pudiéramos o debiéramos invertir en cosas más útiles.

La iglesia y sus dogmas

Este es otro asunto espinoso, donde hay bastante variedad de opiniones, como posiblemente ya lo han comprobado en las lecturas asignadas. Hay variedad de opiniones en cuanto a la pregunta: ¿Qué es un dogma? Se discute la diferencia entre dogma, dogmas, doctrina, enseñanza y artículo de fe. Se difiere en cuanto a la necesidad del dogma. Estas son algunas de las preguntas relacionadas con el tema sobre las cuales quiero hablarles, pero más bien complementando, no repitiendo lo que ya han leído.

Se discute acerca del significado de las palabras dogma, dogmas, doctrina, enseñanza y artículo de fe. Incluso, especialmente para un autor, dogmas no es simplemente el plural de dogma sino algo totalmente diferente. Yo por mi parte, en realidad, no considero necesario hacer todas esas diferencias, aunque es bueno reconocer que cada una de esas palabras, aunque sean sinónimas, tienen algo especial que las distingue de las demás.

Años atrás la Comisión de Teología y Relaciones Eclesiásticas de nuestra Iglesia emitió un informe acerca de un estudio realizado sobre el tema: ¿Qué es una doctrina? Al final ese estudio analiza también las distintas palabras que mencioné. Tampoco hace mayor distinción entre ellas, pero sí caracteriza las peculiaridades de cada una de ellas. Así de la palabra “dogma” dice que es usada en el Nuevo Testamento no con referencia a la fe cristiana, pero sí en el sentido de decreto o mandamientos, tanto humanos como divinos. Como término teológico dice que la palabra “dogma” enfatiza el rol de la iglesia en formular su doctrina.

En la Iglesia Católica Romana un “dogma” es una “verdad revelada definida por la Iglesia” y generalmente declarada como tal por un papa o un concilio general. En otras iglesias cristianas la palabra “dogma” se usa muchas veces para esos artículos de fe que la iglesia ha extraído de la Biblia y formulado en sus credos y confesiones en respuesta a sus necesidades específicas. En tal sentido, para estas iglesias, no todas las doctrinas son dogmas, pero todos los dogmas verdaderos son también doctrinas.

En cuanto al término “doctrina” presenta la siguiente definición formulada por las facultades de los dos seminarios: “Una doctrina es un artículo de fe que la iglesia, en obediencia a su Señor y en respuesta a sus necesidades específicas y de acuerdo a sanos principios de interpretación, ha derivado de la Escritura como la única fuente de doctrina y la presenta de una manera adaptada a la enseñanza.” O sea, una doctrina es un artículo de fe, esto es, algo que ha de ser creído y esté relacionado con la intención de Dios para bien de los seres humanos, un artículo de fe que la iglesia ha formulado en obediencia a su Señor y debido a necesidades específicas que enfrenta, un artículo de fe que ella ha derivado de la Escritura como la única fuente de doctrina y aplicando sanos principios de interpretación, un artículo de fe que ha sido formulado para ser comunicado ya sea mediante la predicación, la enseñanza, la refutación de un error o la defensa de la verdad.

Se puede y debe distinguir entre “una doctrina” y “la doctrina”. El Nuevo Testamento y las confesiones luteranas usan generalmente la expresión “la doctrina” para referirse con ella a toda la doctrina cristiana, vista como un todo. En cambio la expresión “una doctrina” o “doctrinas” se usa muchas veces hoy en día para referirse a una o más de las muchas doctrinas que componen

toda la doctrina cristiana, como por ejemplo, la doctrina del pecado. Es imprescindible recordar que “la doctrina” que Dios nos ha dado compone un todo orgánico, de manera que sólo aquella doctrina que es parte de ese todo orgánico puede considerarse “una doctrina” de la Iglesia Cristiana, y cada cristiano tratará de estudiar y ver las distintas “doctrinas” a la luz de “la doctrina”, dado que es una parte del todo. Así se tendrá la sana doctrina bíblica.

Es sumamente importante analizar aquí el concepto de que la doctrina o el dogma se desarrollan. Lo vemos en el catolicismo romano. Por ejemplo, hace menos de 150 años la inmaculada concepción de la Virgen María era considerada por ellos una cuestión abierta, pero entretanto se ha desarrollado en un dogma de la Iglesia Católica Romana que ha de ser creído por todos sus fieles. Lo vemos en muchas denominaciones protestantes donde profetas dicen haber recibido alguna revelación de Dios en base a la cual ahora desarrollan alguna nueva doctrina. Lo vemos en nuestros tiempos modernos donde se dice que muchas de las enseñanzas cristianas ya no se aplican más, están superadas, dicen, por los conocimientos logrados en los distintos campos de estudio, y por eso se deben desarrollar otros conceptos.

Y así podría darles infinidad de ejemplos los cuales todos demuestran que para muchos la doctrina o el dogma se desarrollan a medida que pasa el tiempo o cambian las circunstancias. Pero la doctrina o el dogma no se desarrollan. Ha sido fijado una vez para siempre por Dios en la Biblia. Y si permanecemos en esa palabra, seremos verdaderamente sus discípulos. Y por eso exhorta el apóstol Judas que contendamos “ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3).

Como el término “trinidad” no aparece en la Biblia sino ha sido inventado después por la Iglesia Cristiana en su definición de esa enseñanza hay muchos que piensan tener aquí un ejemplo de desarrollo de la doctrina o del dogma. Lo mismo con numerosos otros términos incorporados en el lenguaje teológico. Pero no es así. Estos no son ejemplos de desarrollo doctrinal. Esa doctrina no se desarrolló. Ya estaba en la iglesia, y el término que se inventó sólo expresa lo que ya siempre se creía. Es que los enemigos de la fe cristiana siempre han hallado nuevas maneras de atacarla, de modo que los fieles debían usar lo que podían para defender la fe una vez dada a los santos, inclusive inventar nuevos términos. En tal sentido también se originaron las confesiones.

Las herejías que surgían exigían la defensa de la fe una vez dada, y las confesiones eran esas defensas. Por eso es también completamente erróneo sostener que sólo las enseñanzas expresadas en las confesiones son la doctrina o el dogma de la iglesia, y que todas las demás, aunque estén expresadas en la Biblia, mientras la iglesia no se haya definido sobre ellas, son cuestiones abiertas. Eso es erróneo. La doctrina o el dogma de la iglesia es lo que nos dice Dios en la Biblia, esté o no esté expresado en las confesiones, ya que éstas son sólo la defensa de la fe en los puntos atacados por las herejías. De ahí la necesidad de las confesiones.

Para Uds. probablemente sea algo natural que la iglesia tenga su doctrina o dogma, como se lo quiera llamar, y que hasta lo exprese en documentos llamados confesiones. No podemos imaginarnos una iglesia sin doctrina o dogma. Pero no todos piensan así. Para muchos el dogma es una cosa innecesaria y hasta preferirían una iglesia sin dogma. En el libro “Doctrina Cristiana” de Müller han podido ver por qué muchos están en contra de dogmas, etc. Quiero llamar vuestra atención a una especie de conclusión a la que llega. Dice que esa animosidad contra los credos y

dogmas no se dirige principalmente contra estos sino contra la Biblia. Se oponen a los credos y dogmas porque se oponen a las verdades reveladas por Dios. Pero recuerden, los credos y dogmas son y deben ser sólo teología derivada de la Biblia, la única fuente de la verdad de Dios. “Lo que no es bíblico, no es teológico.” La crisis actual de la Iglesia Cristiana en su confesión y misión reclama una urgente renovación de lealtad hacia la Sagrada Escritura. Ese es el único fundamento sobre el cual debe ser edificada la Iglesia y así sólo ella permanecerá.

Lección 5

El PROPÓSITO de la TEOLOGÍA CRISTIANA

En esta lección quiero hablarles de algunos temas que tienen que ver, o tienen alguna relación con teología. Son temas muy importantes, muy discutibles y muy actuales en el mundo eclesiástico. Los encuentran enumerados en las páginas 41 a 54, del libro “*Doctrina Cristiana*” de J. T. Mueller. No me referiré a todos esos temas, sino sólo a los que considere más importantes. Algunos de ellos ya han sido tratados en parte en lecciones anteriores, pero volveré a tocarlos, dado que quiero recalcar algunos detalles que considero importantes.

El propósito de la teología cristiana

En la Lección 3 cuando traté el tema: ¿Qué es teología? repetidas veces dije, entre otras cosas, que la teología es una habilidad práctica, un hábito con un fin u objetivo práctico. No es sólo teoría, especulación, ideal, sino práctica, realidad. Fácilmente se ve teología sólo como doctrinas que se deben aprender y profesar y cuya veracidad y detalles son discutidos por teólogos de largos estudios, pero que no tienen ninguna relación con la vida diaria, con la realidad del mundo. Pero eso es totalmente erróneo. Teología es un hábito práctico.

Convenido que la teología sea algo práctico, habrá que aclarar ahora cuál es su objetivo o propósito práctico. Ahí es donde otra vez se dividen los caminos. Creo que el asunto se vuelve más real para muchos de Ustedes cuando consideran la pregunta: ¿Cuál es el propósito o la misión de la iglesia?

Para muchos la misión de la iglesia es mejorar la sociedad donde se desenvuelve, mejorarla elevando su nivel educacional, cultural y moral. Y, por cierto, la iglesia puede y hasta debe ser instrumental en mejorar el nivel educacional, cultural y moral de la sociedad donde se desenvuelve. Pero afirmar que esa es la misión de la iglesia, eso ya es otra cosa. Para muchos la misión de la iglesia es ayudar a los muchos necesitados, a los desamparados y ladeados de la sociedad, a los que sufren opresión e injusticia social. Y otra vez, es cierto, la iglesia puede y hasta debe ser instrumental en proveer ayuda a los necesitados, desamparados y oprimidos de la sociedad donde se desenvuelve, pero afirmar que esa es la misión de la iglesia, eso ya es otra cosa. En el pasado se habló mucho del evangelio social y aún se habla de él. En los tiempos actuales se oye y habla mucho del evangelio de la liberación. No tengo ahora el tiempo necesario para hablarles de estos distintos movimientos religiosos. A su debido tiempo estudiarán acerca de ello. Pero sea dicho por ahora que estos son algunos de los movimientos que han hecho de la ayuda material al necesitado, desamparado y oprimido la misión de la iglesia, que han confundido la redención en lo material con la redención de las almas.

Supongo que para muchos de Ustedes que son hispanos y que trabajan ante todo con hispanos, que en carne propia han experimentado y sufrido la necesidad, el desamparo, la explotación y la injusticia, que lo han visto y siguen viendo a diario, esto es un tema candente, que muchas veces se sentirán tentados a pensar que la primera y más importante misión de la iglesia debe ser ayudar a todos esos necesitados y desamparados, intervenir en la vida política del país para eliminar leyes de opresión e injusticia. No puedo negar que yo muchas veces me he sentido así

ante tanta miseria e injusticia que he tenido que contemplar. Pero entonces me preguntaba también: ¿Es esa la misión de la iglesia? Si nos trasladamos a los tiempos de Jesús, observamos que allí tampoco faltaban los necesitados, los desamparados, los explotados y los que sufrían injusticia social. A Jesús, sin duda, muchas veces se le desgarraba el alma ante tanta miseria. Fácil le hubiera sido, como Hijo de Dios, proveer ante todo ayuda material a todos esos necesitados, desamparados y tratados injustamente. Pero no vemos que eso haya sido el caso. Sanó si a los enfermos, alimentó a los cinco mil, etc., pero eso no era el primer objetivo de su misión. Mas aun, cuando hacía milagros, ordenaba que no lo dijeren a nadie, porque justamente quería evitar esa falsa imagen de que había venido como Mesías terrenal. Predicaba que el reino de Dios se había acercado, que él había venido para salvar lo que se había perdido, que su Padre le había enviado para que el mundo sea salvo por él. Y así podría citar infinidad de pasajes que demuestran todos la misión espiritual para la cual había venido Jesucristo y la cual estaba cumpliendo. También podría mencionarse en esta relación el hecho de que en cierta ocasión le requirieron a Jesús su opinión acerca de lo apropiado de cierto impuesto que se debía pagar. Pero la respuesta de Jesús simplemente fue: “Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Mateo 22:21).

Por eso, sin duda, es una conclusión totalmente bíblica afirmar que el propósito de la teología es salvar a los seres humanos de la condenación eterna que de lo contrario espera a todos ellos, o para decirlo de manera positiva, llevarlos a la salvación eterna. Ese propósito le encarece San Pablo a Timoteo y como conclusión le dice: “Haciendo esto, te salvarás a ti mismo, y a los que te oyeren” (1 Timoteo 4:16).

Ese es el propósito final de la teología, la salvación eterna de los seres humanos. Para lograrlo se predica Ley y Evangelio. Ley no para que el ser humano se gane la salvación por medio del cumplimiento de ella, sino para que reconozca su pecado, vea su perdición y su necesidad de la salvación lograda por Cristo, como también para que la Ley le sirva de regla y sepa cómo puede agradar a Dios una vez que está justificado por la gracia de Dios. Y se predica Evangelio para que el pecador crea en Cristo como su único Salvador, ya que el propósito final de la teología, la salvación eterna, se logra sólo por la fe en los méritos de Cristo. Esa fe es creada y mantenida sólo por Dios a través de la palabra del Evangelio y los santos sacramentos. Ninguna otra cosa puede lograr eso en el ser humano y por eso ninguna otra cosa ha de ser usada como medio para lograr ese fin último de la teología. Otros medios son justificables sólo si sirven como medio para poder comunicarle el Evangelio al pecador, o sea, para que sirvan de medios para el fin último de la teología.

La teología y la ciencia

De todo lo predicho se puede colegir, entre otras cosas, que la teología consiste y debe consistir en que hombres de Dios hablan la palabra de Dios al pueblo de Dios. Pero eso es algo demasiado simple y sencillo para muchos. Se pretende ser algo que aparente más, algo más avanzado, erudito y estudiado.

Sin duda, gran parte de esa problemática se originó con el hecho de que tantos hombres de ciencia con sus inventos, descubrimientos y teorías, durante los últimos siglos, han hecho aparecer lo que dice la Biblia y lo que los cristianos creen en base a ella, como algo desechable,

algo pasado de moda, algo anticuado, algo aceptado y creído sólo por personas de escasos conocimientos. No faltaron tampoco los ocasiones en que directamente se decía eso. De manera que ha llegado a ser una percepción general de las personas que sólo los poco educados todavía creen lo que dice la Sagrada Escritura. Y como nadie quiere ser considerado como tal, se trata de hallar una salida que haga aparecer mejor a la teología, o a la religión. Pero ese intento ha desembocado muchas veces en dos resultados bien distintos, ambos erróneos. Por un lado ha movido a muchos a ver a la ciencia y a la religión como dos polos totalmente opuestos, con posiciones del todo irreconciliables, de manera que no se tiene otra salida que optar por una u otra, sacrificar una por otra. Por otro lado, ha movido a muchos a aplicar principios científicos al estudio de la Biblia y de sus enseñanzas, lo cual ha resultado en la negación de muchas enseñanzas que se sostenían tradicionalmente.

Ahora bien, no quiero dar la impresión que esa tensión entre religión y ciencia, entre fe y sabiduría sea sólo algo moderno, algo de los últimos siglos, algo que antes no existía. No, ya siempre existía. Es cierto, hubo tiempos cuando aparentemente había más acuerdo, incluso hubo un tiempo cuando se consideraba la religión la reina de las ciencias, pero de algún modo ya siempre existía esa tensión, sólo la tremenda avalancha de teorías, descubrimientos e inventos de los últimos siglos la ha hecho más evidente y palpable. Sin duda, San Pablo se refiere a ello al escribir a los corintios: “Ya que en la sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; más para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1 Corintios 1:21-24).

Es interesante mencionar en esta relación que, debido a diversas circunstancias, en los últimos 50 años, se está volviendo a mirar otra vez algo más favorablemente a la religión. Sin duda, diversas son las causas que están motivando eso, pero entre ellas habría que mencionar la terrible e incontrolada destrucción que podría desencadenar el hombre con sus inventos, los siempre nuevos enigmas que presenta el universo, la inhabilidad de producir respuestas seguras e incontrovertibles a preguntas candentes, etc.

Hace un ratito dije que muchos se ven necesitados a optar entre religión y ciencia, otros a aplicar principios científicos al estudio de la Biblia y sus enseñanzas, pero que ambas soluciones son erróneas. Y dije eso porque considero que la ciencia y la religión son dos cosas totalmente distintas, de modo que en realidad no es necesario optar entre ambas, porque en realidad se complementan, no se contradicen. Por eso, por otro lado, tampoco se les puede aplicar los mismos principios. Voy a explicarme algo.

La ciencia y la religión son dos cosas completamente distintas en cuanto a la materia que tratan. La ciencia tiene como materia de estudio toda la naturaleza, sus leyes, etc. La religión, por otra parte, estudia la verdad divina revelada en la Sagrada Escritura. El método de la ciencia es el estudio, la contemplación e investigación de la naturaleza y de sus leyes para así, por medio del uso de la razón, llegar a ciertas conclusiones y a un fundado conocimiento humano. El método de la religión, en cambio, consiste en el estudio de la Sagrada Escritura, pero aceptando sus afirmaciones por simple fe sin cuestionarlas en modo alguno. El propósito de la ciencia, se me imagina a mí, es llegar al conocimiento último de las cosas a través del método indicado y así

servir al mejoramiento del mundo, subyugarlo. El propósito de la religión, en cambio, es la salvación de los pecadores por la fe en los méritos de Cristo. Como ven, la ciencia y la religión son dos cosas totalmente distintas y, por eso, en lugar de tener que elegir entre una y otra yo diría que necesitamos de las dos, que de ninguna de ellas debemos prescindir, que cada una de ellas en su respectivo área puede y debe servirnos. Muchas veces se percibe entre los cristianos como una especie de antagonismo hacia la ciencia. No debiera ser así. Debemos darle gracias a Dios por lo que Él nos ha dado por medio de ella. Piensen en las innumerables cosas que gozamos hoy en día debido a la ciencia, todas las comodidades, los lujos, las avances en la ciencia médica, etc. La lista es interminable. Por eso, de ninguna manera debe despreciarse la ciencia sino al contrario apreciarla, pero en su debido área.

¿Puede aplicarse el término ciencia a la teología? Creo que con lo dicho en los párrafos anteriores ya he contestado la pregunta, son dos cosas totalmente distintas y por eso mal puede aplicarse el término ciencia a la teología. En el libro “Doctrina Cristiana” el Dr. J. T. Mueller nos indica un uso de la palabra ciencia que podría aplicarse a la teología, es decir, cuando la palabra ciencia se usa en el sentido de conocimiento definitivo o información exacta y fidedigna, lo contrario de simples nociones, opiniones e hipótesis. Pero lamentablemente la ciencia no es conocimiento definitivo o información exacta y fidedigna. Hoy en día más que antes, la ciencia percibe que no puede dar un conocimiento definitivo, una información exacta y fidedigna. Ella ve sus limitaciones. Y no sólo eso, sino prácticamente se considera como algo no científico dar una respuesta definitiva, una respuesta tan firme y segura que no se la discuta más, no se la cuestione más. El hecho de que se someta todo a examen hasta que se presenten pruebas incontrovertibles es justamente una de las marcas de la ciencia. Y aun entonces se lo sigue cuestionando todavía. Y el momento en que se deja de hacerlo, desaparece la ciencia. Por eso, ni aun en este sentido, me parece a mí, se puede aplicar el término ciencia a la teología.

La teología y la seguridad positiva

En la parte final de lo que dije previamente he tocado ya en parte lo que quiero tratar ahora, pero lógicamente con mayor profundidad. Dije que el método de la teología consiste en estudiar la Sagrada Escritura, pero aceptando sus afirmaciones por firme fe, sin cuestionarlas en modo alguno. También dije que no se puede aplicar a la teología el término ciencia porque ella cuestiona todo, nada es definitivo para ella. En cambio, la teología es definitiva. O sea, ya dejé entrever la respuesta a lo que queremos ver en este capítulo. Pero es necesario que lo profundicemos algo más, ya que se trata de algo tan debatido en el campo teológico.

Supongamos que alguien te pregunte: ¿Estás seguro de tener la fe salvadora, de tener la verdad de Dios? ¿Cuál sería tu respuesta? ¿Responderías: Bueno, no sé? ¿O, así lo espero? ¿O, si, estoy seguro? Creo que la gran mayoría contestarían con la primera o la segunda respuesta. Es la respuesta preferida de muchísimos que se consideran creyentes, de muchísimos así llamados teólogos. Ellos responden así porque así lo sienten. Es una respuesta muy lógica desde el punto de vista humano, pero totalmente errónea desde el punto de vista bíblico. Todo depende de cuál sea el fundamento de tu fe, en qué o en quién se base ella. Si se basa en algo en ti, en tu opinión, en tu razón, en tus sentimientos, en tu experiencia, etc., o si se basa en alguna persona o cosa humana, en tu iglesia, en tu pastor, en tus padres, en el papa, en opiniones humanas, en lo escrito por algún eminente teólogo, en tu profesor, etc., o si se basa única y exclusivamente en la

Palabra de Dios. Según cual sea la base de tu fe también será distinta tu respuesta. Y en lecciones anteriores ya hemos visto cual debe ser la base, la fuente de conocimiento de nuestra fe.

A tal efecto, en ocasión de la Lección 1 consideraré con Uds. extensamente el pasaje Juan 8:31-32, pero hay un pequeño detalle que quiero recalcar especialmente. El detalle que quiero recalcar es que allí Jesús nos indica como cada uno puede lograr absoluta seguridad de su fe. El pasaje, como recordarán, dice: “Si permaneciereis en mi palabra...conoceréis la verdad.” Dos cosas nos dice allí Jesús:

- 1) de que hay una verdad divina; y
- 2) de que esa verdad se conoce u obtiene permaneciendo o creyendo en la palabra de Jesús. O sea, se llega a la seguridad personal de tener la fe salvadora creyendo en la palabra de Cristo. Y, ¿cómo se llega a creer en la palabra de Cristo?

Otra vez la Biblia nos da una respuesta bien clara diciéndonos que la palabra de Cristo que oímos o leemos crea la fe en la palabra de Cristo. Leemos en Romanos 10:17: “Así que la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios.” Es que el Espíritu Santo actúa en la palabra de Dios que oímos o leemos de modo que entonces, como dice Pablo en 1 Corintios 2:5: “Vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.” O sea, Dios por medio de su palabra produce esa seguridad en nosotros. Y sólo continuando en esa palabra de Cristo se obtiene la seguridad de tener la fe salvadora. Y eso es importante ante todo para los que enseñan en la iglesia. San Pablo expresamente dice que todo maestro en la iglesia que no permanece en las palabras de Cristo “está envanecido, nada sabe, y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras” (1 Timoteo 6:4), o sea, pierde toda seguridad de la verdad de Dios. De modo que la Biblia claramente indica que hay una verdad divina y que ésta se obtiene sólo permaneciendo en la palabra de Cristo. Por eso, todo siervo de Dios, cada vez que le entre la duda, huirá a la Biblia, la oirá, leerá y estudiará, asumiendo la actitud de Samuel cuando decía: “Habla, Señor, porque tu siervo oye” (1 Samuel 3:9), y el Espíritu Santo a través de la Palabra hará disipar toda duda. Esa era también la actitud de Lutero, y por eso llegó a ser ese baluarte en la fe como se le conoce.

Lamentablemente es una opinión muy generalizada, no tan sólo entre teólogos sino también entre legos, que lo que enseña la Biblia está pasado de moda, que hay que adaptarlo a nuestro tiempo, que hay que modernizarlo, que la Biblia ya no puede servir de base única y exclusiva hoy en día. Dicen que hay que ser realista, y que esa realidad les prohíbe aceptar la Biblia como la palabra de Dios. Y así es como tratan de hallar una religión más apropiada como dicen, una religión que lógicamente no tiene a la Biblia como su base y que, por lo tanto, carece de la seguridad que sólo la Biblia puede conceder. Han perdido esa seguridad.

Y hay numerosos indicios que denuncian la existencia de esa inseguridad, aunque se quiera negarlo. Uno de esos indicios es la indiferencia general hacia la doctrina. Se ha llegado al punto de considerar como algo anormal el llegar a un acuerdo doctrinal, ya que ni se lo busca más, o se usa burlescamente el apodo “doctrina pura” como si alguien pudiera pretender tenerla. Les parece imposible que alguien pueda estar seguro de tener la doctrina pura, lo que demuestra que ellos no la tienen, y si la tendrían no serían indiferentes para con ella. Otro indicio es el unionismo que ha invadido la iglesia de hoy en día, de modo que no se tenga escrúpulos en tener comunión eclesiástica con grupos religiosos que no se atienen a la verdad bíblica. Si estuvieran seguros de tener la verdad no harían, como se dice comúnmente, la vista gorda sino protegerían la verdad y

se atenderían a la exhortación bíblica de no hacer causa común con los espíritus falsos. Pero, por otro lado, esa inseguridad indica que se tiene una religión que no está basada sólo en la Biblia sino en algo bien diferente, dado que si se basaría sólo en la Biblia estarían seguros.

Si recuerdan, en la Lección 1 les hablé de teología objetiva y de teología subjetiva, esto es, si la teología se basa en algo fuera de nosotros, como ser la Biblia, o si se basa en algo dentro de nosotros como nuestra razón, nuestra experiencia, nuestros sentimientos, etc. Todo eso tiene su aplicación aquí. Ninguna religión de tipo subjetivo, no importa el nombre que lleve o la variante que sea, podrá otorgarles seguridad, sólo una religión objetiva, basada sólo en la Biblia, puede concederles total seguridad. Hay una ley física que Uds. constantemente aplican. Si por ejemplo, quieren levantar una roca tienen que poder apoyar sus pies en algo fuera de Uds., por ejemplo, el piso. No pueden levantar una roca parados en el aire o apoyados en alguna parte de Uds. Incluso se atribuye a Arquímedes la afirmación: Dame un lugar para apoyarme fuera de la tierra y moveré el mundo. Lo mismo es en lo espiritual. Nuestra religión requiere un fundamento fuera de nosotros, fuera incluso del mundo, para poder remover nuestras dudas, para poder enfrentar efectivamente al diablo, al mundo y nuestra propia carne, quienes todos quieren privarnos de la seguridad de la salvación, de la seguridad de la fe. Y ese punto de apoyo es la Biblia, lógicamente sólo cuando ella es para nosotros la palabra de Dios, Dios mismo hablándonos a nosotros por medio de ella.

Posiblemente, alguno de Uds. dirá ahora: “¿Cómo es eso? Yo pensaba que Cristo es el fundamento de mi fe, no la Biblia. Y hay muchos teólogos modernos que de la misma manera enfatizan que ellos fundan su fe en Cristo no en la palabra. Pero ¿qué fe en Cristo es esa la que no se funda en su palabra? ¿Podemos saber la verdad acerca de Cristo sin su palabra? No hay duda, Cristo es la piedra angular, pero aun San Pablo escribe: “Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 2:20). Por tanto, todo aquel que se aparta de la palabra de los apóstoles y profetas, no funda su fe en Cristo, la piedra angular, sino en algo aparte, en un Cristo imaginario, inventado en su mente.

La teología y el desarrollo doctrinal

Con la palabra “desarrollo doctrinal” se quiere expresar la idea de que las doctrinas que la iglesia profesa hoy en día no son más las mismas que se profesaban en un principio sino que se han desarrollado en el correr del tiempo hasta llegar a ser lo que son hoy en día. Tomemos por ejemplo, la doctrina de la Santa Trinidad. Dicen que en un principio, en los tiempos del Antiguo Testamento, se desconocía la enseñanza de la Trinidad; se creía en un Dios, pero se ignoraba la existencia de las tres personas en Dios; esa enseñanza recién salió claramente a luz con el Nuevo Testamento, dicen, y de ahí en adelante fue desarrollándose hasta ser lo que es hoy en día. Es innegable, las expresiones en cuanto a la Trinidad en el Nuevo Testamento son bastante más claras que las del Antiguo Testamento, pero de ahí a afirmar que se ignoraba esa enseñanza en ese tiempo, eso es otra cosa. Oportunamente veremos eso con más detalle, pero por ahora sea dicho eso.

Esta teoría del desarrollo doctrinal es algo que se está considerando recién en los dos últimos siglos. Desde entonces han aparecido buena cantidad de libros al respecto. Espero que Uds. han leído lo que dicen los otros autores sobre ello. Yo sólo quiero enfatizar algunos detalles

adicionales que considero importantes.

El concepto del desarrollo doctrinal se ha ganado general aceptación, pero eso no significa que sea correcto. Según la Biblia, no hay desarrollo doctrinal. Quiero llamar la atención especialmente a algunos versículos. En la gran comisión Jesús ordena a sus discípulos hacer discípulos a todas las naciones bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden todas las cosas que les ha mandado (Mateo 28:19-20), no otras cosas. Y San Pablo insta: “Estad firmes, y retened la doctrina que habéis aprendido” (2 Tesalonicenses 2:15). Y a Timoteo escribe: “Te mando delante de Dios...que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo” (1 Timoteo 6: 13-14). O sea, todo lo que enseñaba San Pablo era algo que tenía validez hasta el fin del mundo. Y los apóstoles estaban conscientes de ello. Por eso San Pablo escribe las categóricas palabras: “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema” (Gálatas 1:8). Constantemente la Biblia insta fidelidad a la enseñanza transmitida en ella y condena cualquier reducción o añadidura. De modo que según ella queda desechado todo desarrollo doctrinal.

Lo que muchas veces se llama desarrollo doctrinal, en realidad no lo es. Por ejemplo, la doctrina de la Santa Trinidad no se desarrolló del Antiguo al Nuevo Testamento. Ya estaba desarrollada en el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento sólo la presenta con mayor claridad. Y después tampoco siguió desarrollándose. Como surgían nuevas herejías contra esa enseñanza, era necesario definirla más precisamente, y así surgían nuevos credos que reafirmaban la doctrina que ya siempre se creía, no la desarrollaban. Llamar esos credos y los nuevos términos que se acuñaban un desarrollo de la doctrina, simplemente no es la realidad.

Por otro lado, tomando la cristiandad en forma global, se han hecho y se hacen cosas que, de haber sido correctas, hubieran sido un desarrollo doctrinal, pero eran un error. De que por ejemplo, se apruebe enseñar que en la Santa Cena en realidad no se recibe verdaderamente el mismísimo cuerpo y la mismísima sangre de Cristo, sino que se los recibe de manera espiritual o figurada, y que entonces se explique eso basado en textos bíblicos y razonamientos humanos, si eso fuera verdad, entonces se tendría aquí un desarrollo doctrinal. Pero esa enseñanza no es la verdad. O que la Iglesia Católica Romana enseñe que María no tenía pecado porque para que pudiera dar a luz un niño sin pecado como lo era Jesús ella tenía que ser sin pecado, eso también hubiera sido un desarrollo doctrinal de haber sido la verdad, pero no lo era. De modo que en realidad no tenemos desarrollo doctrinal.

Lo dicho, en cierto modo, ilustra por qué no puede haber desarrollo doctrinal, porque dondequiera se lo ha aplicado invariablemente ha pervertido y destruido la doctrina cristiana. Y eso es algo lógico, dado que desecha una premisa básica, la premisa de que el cuerpo de doctrinas cristianas es algo acabado y revelado por Dios en la Biblia. Juguemos con la idea del desarrollo doctrinal sólo en tanto no entendamos qué es la doctrina cristiana. Pero en cuanto la hemos llegado a conocer por medio de la gracia de Dios, creyendo en su palabra, no podremos menos que admirar y adorar reverentes la grandeza de su inmutabilidad divina.

La teología y la libertad académica

En realidad, todo lo que pueda decir sobre este importante tema, está dicho en los libros que les he dado para leer, y por eso no puedo y tampoco trataré de agregar algo. Además, considerando todo lo que han oído hasta ahora, Uds. sin duda alguna sabrán cuál ha de ser la respuesta a la pretensión de que cada cual tenga la libertad de enseñar y de predicar lo que quiera.

Los sistemas teológicos

El libro “**Doctrina Cristiana**” del Dr. J. T. Mueller trae bastante sobre este tema, y no repetiré lo que dice, sólo quiero recalcar y ampliar algunos detalles. En primer lugar, sería bueno preguntarse, porqué es necesario hablar de sistemas teológicos. Es necesario porque se usan sistemas en la teología y cabe preguntarse si son adecuados. Por ejemplo, ahí está el sistema de que toda la doctrina cristiana se basa sólo en la Biblia ya sea como fuente de enseñanza como también para el contenido de la misma. Se basa sólo en ella porque ella es la totalmente inerrante palabra inspirada de Dios. Y porque se basa sólo en ella, tiene como doctrina central la de que somos justificados por medio de la fe sin las obras de la ley, de la cual todas las demás doctrinas son o antecedentes o consecuentes, formando así un sistema bien coordinado. Ese sistema no es un invento humano sino uno diseñado por la Biblia, como se ve en que San Pablo por un lado dice que no ha rehuído anunciar todo el consejo de Dios (Hechos 20:27), pero por otro lado escribe: “Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Corintios 2:2). O sea, todo gira en la Biblia alrededor de esa enseñanza. Y de que así sea se ve también en que no se puede cambiar enseñanza cristiana alguna sin que con ello se afecte todo el cuerpo de enseñanzas. Así si se niega la enseñanza del pecado se afectará con ello la enseñanza de la obra redentora de Cristo. O si se niega la enseñanza de la persona de Cristo, se afectará con ello la base misma de su obra redentora. Y así es con todas. Cualquier enseñanza que se altere o cambie afectará todo el cuerpo de enseñanzas. Así, como ven, el sistema que basa toda la doctrina sólo en la Biblia está centrado en la enseñanza de que somos justificados sólo por medio de la fe sin las obras de la ley y, al mismo tiempo, forma con ella un sistema bien coordinado.

Pero en la religión se usan también otros sistemas. Muchos tratan de formular todo el cuerpo de doctrinas en base a ciertos principios racionales, de manera que ella sea un todo homogéneo, lógico y comprensible para la razón. Otros tratan de hacerlo en base a sus sentimientos o sus experiencias cristianas de manera que toda ella sea algo bien coordinado, homogéneo y comprensible desde esa perspectiva. Otros tratan de hacerlo desde cierto ángulo o perspectiva bíblica desde el cual tratan de interpretar toda la Biblia y de formular todo el cuerpo de doctrinas, como por ejemplo, la enseñanza de que Dios es amor. Toman eso como la enseñanza básica, el todo de la Biblia, y desde esa perspectiva formulan todas sus enseñanzas. Y así como esos sistemas hay muchos más como se podrá ver de las lecturas que han tenido que hacer.

Lógicamente ninguno de estos últimos sistemas mencionados es adecuado para la teología pues resultan en la negación de claras enseñanzas bíblicas. Así la basada en la razón negará todas las enseñanzas que son incomprensibles e inexplicables para la razón, como por ejemplo, la Santa Trinidad, las dos naturalezas de Cristo, la presencia real del cuerpo y de la sangre de Cristo en la Santa Cena, etc. O la que toma el amor como el centro de la Biblia, en base a ello negará la justicia divina, el castigo por el pecado, la condenación eterna, etc.

Se ha dicho que Lutero ha tomado la enseñanza de la justificación por la fe como el centro de la Biblia y ha formulado toda la enseñanza luterana desde ese foco céntrico, pero eso es erróneo. Es cierto, Lutero asignó un lugar céntrico a la enseñanza de la justificación por la fe, pero porque era bíblica. No desarrolló las demás enseñanzas desde la perspectiva de la justificación por la fe sino sólo de la Biblia. Eso era básico para él, que procediera de la Biblia, y era de lo más impaciente y categórico con los que desechaban aunque sea una sola enseñanza de la Biblia porque, decía, el que lo hace con una lo hace con todas. No se puede creer una enseñanza de la Biblia y otra no. Así, para Lutero, la enseñanza cristiana forma una unidad, pero no una unidad debido a su método de construcción sino porque cada doctrina de ella está tomada directamente de la Biblia, la Palabra de Dios.

Claro, siguiendo ese sistema, muchas veces se llega a afirmaciones totalmente contrarias a nuestra razón, de que hay un Dios pero tres personas, de que somos salvos sólo por la gracia de Dios pero que nos perdemos sólo por nuestra culpa, etc. Todos los que han tratado de hacer comprensibles o racionales estas afirmaciones han desembocado en el error. Para prevenir que eso nos ocurra San Pablo nos recuerda que nuestro conocimiento de Dios y de cosas divinas en esta vida es fragmentario (1 Corintios 13:9).

El tema da para mucho todavía; también el siguiente que trata sobre métodos teológicos, pero tengo que terminar. Les ruego que en relación con este tema lean con especial atención los seis puntos (a-f) en las páginas 52 y 53 del libro "*Doctrina Cristiana*" del Dr. J. T. Mueller.

Lección 6

La DOCTRINA ACERCA de la SAGRADA ESCRITURA

Con esta lección quiero comenzar el segundo capítulo de este curso que trata de la doctrina acerca de la Sagrada Escritura. Y digo esto con algo de énfasis pues quiero destacar algo que creo es importante. Si comparan libros de doctrina cristiana de diversos autores, podrán comprobar que gran número de ellos no tienen un capítulo especial que trate la doctrina de la Sagrada Escritura. Escriben, si, sobre el tema de la Sagrada Escritura pero sólo como un tema del capítulo de conceptos introductorios. No lo consideran lo suficientemente importante como para concederle un capítulo que trate especialmente esa doctrina. Es sólo un tema para ellos, sólo un concepto o una idea. Y eso es un grave error.

También obras dogmáticas luteranas de siglos pasados no tienen un capítulo especial relativo a la Sagrada Escritura, pero no porque le restaban importancia a esa enseñanza, sino simplemente porque nadie ponía en tela de juicio la enseñanza de que la Biblia es la mismísima palabra de Dios, todos la aceptaban como tal. Y por eso era suficiente con sólo mencionar eso en las notas preliminares. Pero entretanto cambiaron muchísimo las cosas. La doctrina de que la Biblia es la mismísima palabra de Dios empezó a ser combatida de muchísimas maneras y a ser atacada por todos lados, de manera que la iglesia tuvo que definir su enseñanza al respecto del mismo modo en que a su debido tiempo tuvo que definir las otras doctrinas que proclamaba, esto es, sirviéndose de la Biblia como el único principio de conocimiento. Hubiera sido algo inaceptable en el pasado del luteranismo formular una doctrina determinada basado en algo que no fuera la Sagrada Escritura. Y así también ahora al formularse la doctrina de la Biblia se la basaba en lo que la Biblia afirmaba acerca de sí mismo. Se seguía así la postura luterana de rechazar y desaprobador toda doctrina teológica que estuviera basada en algo aparte de la Sagrada Escritura. Se desechaba categóricamente como falso todo otro principio de conocimiento. A continuación quiero enumerar algunos de esos principios de conocimiento que se consideraban falsos. En los libros, especialmente en Mueller, tienen más, pero yo quisiera recalcar especialmente los siguientes:

a) La razón humana, ya sea en su estado natural o regenerado. La razón humana siempre ya ha sido, y todavía es, usada como un criterio en la formulación de las verdades teológicas. Bajo ella se entiende la capacidad de formular juicios en base a las verdades manifiestas y conocidas ya sea por naturaleza o por experiencia. Se rechaza la razón humana como fuente de conocimiento teológico porque la materia de la teología cristiana es algo trascendente, es decir, algo que trasciende o está más allá del alcance de la razón humana. O, como lo dice la Biblia, la razón humana está totalmente ciega para las cosas espirituales. Y la razón del individuo regenerado no es diferente esencialmente. La regeneración es en parte una iluminación del intelecto natural del ser humano, de modo que ahora entiende cosas que antes no entendía. Pero esa iluminación no llega a ser una fuente de conocimiento, una fuente de doctrinas. El individuo regenerado tiene ahora un entendimiento regenerado o iluminado sólo en lo concerniente a la palabra de Dios que lo regeneró y cree y acepta lo que ella dice.

Si se compara la teología luterana con la de otros se podrá comprobar bien pronto que lo que nos diferencia es el uso de la razón humana en la formulación de las doctrinas. Es algo bien sabido

que en la teología católicorromana se han formulado doctrinas para cuya aceptación se apela, entre otras cosas, a la razón humana en lugar de la Biblia. Y también es algo archisabido que el abismo que separa a luteranos y reformados se debe al uso de la razón humana en la teología reformada, de que en el caso de numerosas doctrinas ellos siguen los dictados de la razón en lugar de la Biblia. El uso de la razón humana en la teología reformada no se manifiesta siempre de igual manera; a veces está bastante velado, pero siempre ha existido y existe en las diferentes ramas reformadas, los calvinistas, arminianos, etc.

Pero para que no se malinterprete la oposición luterana al uso de la razón humana en la teología se deben aclarar los diferentes usos de la razón. La razón humana puede ser usada 1) como un instrumento o medio a través del cual percibimos cosas, o 2) como una habilidad de usar sus conocimientos y criterios en la formulación de criterios. En la teología luterana se acepta el primer uso de la razón humana mencionado, pero se rechaza el segundo. Es algo bien lógico que un individuo sin razón no podría ser teólogo ya que no habría manera de comunicarle cosas, de transmitirle conocimientos. El teólogo debe poder percibir lo que le comunica la Sagrada Escritura. Para ello debe tener conocimientos de idioma, gramática, lógica, etc. Por eso, es esencial que se estudie eso. Y cuando la razón es usada de esa manera instrumental para percibir algo, como un sirviente para llegar a un conocimiento revelado, se llama eso el uso instrumental u orgánico de la razón, y es totalmente aceptado en la teología luterana.

Pero cuando se usa la razón humana para determinar si algo revelado en la Sagrada Escritura es verdad o no de acuerdo a los dictámenes y principios de la razón humana, entonces se hace un uso inadecuado de la misma. Ese uso se llama el uso magisterial de la razón, ya que entonces ella asume la función de señor, maestro o juez de la Sagrada Escritura, en lugar de ser un sirviente o instrumento de ella. En la teología luterana se rechaza solamente el uso magisterial de la razón. Los que defienden este uso de la razón se hacen pasibles de introducir la razón en un dominio que no le pertenece, donde únicamente así se crea resistencia, ya que de esa manera se originan las contradicciones entre la revelación de Dios o Sagrada Escritura y la razón humana.

Y hablando de contradicciones podemos dividir las en explícitas e implícitas. Una contradicción explícita existe entre dos afirmaciones donde la una afirma algo mientras la otra lo niega, como por ejemplo las dos afirmaciones siguientes: La teología es una ciencia, y la teología no es una ciencia. Una contradicción implícita existe cuando en una misma frase en el predicado se afirma algo acerca del sujeto que es totalmente contrario a la naturaleza del mismo, como por ejemplo, las afirmaciones: El hacha de hierro flotaba, o Pedro caminaba sobre las aguas, ya que un hacha de hierro no puede flotar y un ser humano no puede caminar sobre las aguas.

Contradicciones explícitas pueden ser eliminadas por medio de una explicación apropiada acerca de lo que se quería decir, y en teología eso sucede muchas veces a través de una exégesis apropiada. Pero contradicciones implícitas no pueden ser eliminadas dado que no tenemos medios para juzgar su rectitud. En nuestra actividad diaria tales contradicciones implícitas se desechan como insensatez, pero en teología no podemos ni debemos desecharlas dado que son afirmaciones que gozan de la autoridad divina y nosotros no somos quienes para juzgarlas.

b) Las tradiciones y el consenso de la iglesia. Este es otro falso principio de conocimiento, esto es, las tradiciones de los padres de la primitiva Iglesia Cristiana y el consenso de los portavoces

de la Iglesia, especialmente de los cuatro primeros siglos de su existencia. Como es sabido, las iglesias Católica Romana y Ortodoxa Oriental se sirven de la tradición como fuente de conocimiento. Pero las tradiciones son incompletas y en muchos casos no auténticas o genuinas. Ellas deben ser examinadas a la luz de las Sagradas Escrituras para determinar si son correctas o no. Ellas por sí solas no pueden ser fundamento para determinar lo que se ha de creer. Eso lo puede ser sólo la Biblia ya que es la mismísima palabra de Dios. Ningún ser humano, por más encumbrado que fuere, puede determinar lo que se ha de creer.

En cuanto al consenso de la Iglesia puede afirmarse que en realidad no existe. Nunca se ha probado que tal consenso realmente existía ya sea en cuanto a todas las doctrinas o en cuanto a cualquier doctrina en particular. Al contrario, es cosa fácil demostrar que los antiguos padres disientían entre sí en su interpretación de las Sagradas Escrituras. Pero aunque hubiere habido un consenso entre ellos, eso no demostraría todavía que la iglesia estaba de acuerdo, sino sólo los padres, y los padres no son toda la iglesia.

En relación a todo este asunto de las tradiciones y el consenso de la iglesia como asimismo también las decisiones de los concilios eclesiásticos, cabe destacar que nuestros dogmáticos luteranos tienen palabras de aprobación y de encomio por las fieles labores de esos antecesores y están dispuestos a seguir sus doctrinas correctas, pero al mismo tiempo insisten que ningún padre de la Iglesia, ni concilios, ni sínodos eclesiásticos pueden establecer artículos de fe. Ellos sólo pueden proclamar como artículos de fe aquellos que Dios ha declarado como tales en la Biblia.

Pero esa idea del consenso de la iglesia no se halla sólo en las iglesias Católica Romana y Ortodoxa Oriental sino algo de ello se halla también en las iglesias protestantes, incluso la luterana. Lo hallamos en el asunto de las cuestiones pendientes, del cual les hablé en la Lección 4. Recuerden que les dije en esa ocasión que para algunas iglesias cuestiones pendientes son todas aquellas doctrinas respecto de las cuales ellas no se han puesto de acuerdo todavía, que para que algo sea un artículo de fe, las iglesias deben llegar primero a un consenso. Eso lógicamente es un error. Cuestiones pendientes son aquellas cosas que la Biblia ha dejado pendiente, y artículos de fe son los que la Biblia proclama como tales.

c) Las revelaciones privadas. Este es otro falso principio de conocimiento teológico, las revelaciones privadas recibidas por individuos ya sea por una iluminación interna, o por sueños, o por apariciones, o por inspiraciones o instrucciones especiales que alguien dice haber recibido por el Espíritu a través de una unión mística con Cristo o en un estado de éxtasis. Tales revelaciones privadas aparecen para introducir clandestinamente en la iglesia asuntos que Dios no ha enseñado en la Biblia y que por lo general contradicen las enseñanzas de la Biblia. Los individuos que dicen haber recibido tales revelaciones nuestros dogmáticos los llaman entusiastas. Yo los llamaría también delirantes o alucinados, pero quedémonos con el nombre que le dan los dogmáticos. Desde hace siglos la Iglesia Cristiana ha tenido que vérselas con estos entusiastas quienes rechazaban despectivamente como culto a la palabra toda insistencia en la palabra escrita de Dios, y en lugar de apelar a la Biblia apelaban a la revelación e iluminación interna que decían haber recibido, y consideraban ésta como muy superior a la de las Sagradas Escrituras. En la primitiva Iglesia Cristiana estaban los montanistas y donatistas que seguían esta línea de pensar, en el tiempo de la Reforma los anabaptistas y schwenkfeldianos, y en nuestros tiempos los tenemos en distintas denominaciones, los cuáqueros, pentecostales, bautistas,

metodistas, carismáticos, etc.

En respuesta a su posición de que rechazan la palabra escrita de Dios y en cambio prefieren la revelación que dicen haber recibido sostenemos que no tenemos ninguna promesa divina para tales revelaciones privadas aparte y más allá de la Palabra de Dios, y que todos los cristianos, de todos los tiempos, y para toda cuestión que pueda surgir en la Iglesia han sido referidos a la Biblia. En Efesios 2: 20 se nos dice que la Iglesia está “edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas”, esto es, sus escritos, no en revelaciones privadas que dicen haber recibido de Dios. En relación a estas revelaciones privadas nuestros dogmáticos han dicho lo siguiente: O estas revelaciones privadas coinciden con la Biblia y simplemente repiten lo que éstas dicen, en tal caso son superfluas y pueden ser ignoradas; o van más allá de la Biblia y la contradicen, en tal caso son nocivas y deben ser desechadas de acuerdo a lo que San Pablo dice en Gálatas 1:8: “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema.” Coteje también al respecto el pasaje Romanos 16:17, donde Dios exige que nos apartemos de ellos.

Estas revelaciones privadas generalmente tienen que ver con cuestiones de doctrina y práctica en la iglesia. No negamos que puede haber personas que hayan recibido cierta revelación privada acerca de cosas que sucederán en la iglesia, el estado o a personas. Admitimos eso, pero negamos que nuevas doctrinas puedan originarse por medio de revelaciones privadas. De admitirse eso, se abrirían las compuertas para toda clase de herejías, porque todos estamos inclinados por naturaleza a seguir los dictados de nuestro corazón en asuntos de religión, hasta considerarlos como iluminación de Dios preferibles a lo que él nos dice en su Palabra. Cuando negamos esta iluminación interna por medio de revelaciones privadas, no negamos que Dios tiene que iluminarnos con su Santo Espíritu para que podamos creer su Santa Palabra, pero esa iluminación el Espíritu Santo siempre la realiza a través, por medio y de acuerdo a la Palabra de Dios, nunca aparte, separado o en forma independiente de ella.

d) La infalibilidad papal. Este es otro principio de conocimiento que consideramos falso. En el año 1870, la Iglesia Católica Romana dictaminó la infalibilidad papal, donde declara que el papa es el maestro infalible de la Iglesia y que todas sus afirmaciones, cuando son hechas *ex cathedra*, son obligatorias para todos los cristianos, de lo cual incluso depende su eterna salvación. Consideramos esto como blasfemo y como la culminación del culto idólatra en la Iglesia Católica Romana.

e) La convicción cristiana. Esta sección contiene toda una gama de tendencias que se toman como principio de conocimiento en la teología, que se conocen bajo distintos nombres y que han cobrado mucha importancia especialmente en este siglo. Ustedes han podido leer mucho de ello en varios de los libros, y por eso no me voy a detener en explicaciones. Recuerden lo que ellos dicen de Schleiermacher, Barth, etc. Todas estas distintas tendencias coinciden en desechar la Biblia como la fuente de conocimiento y en lugar de ello toman como base algo en ellos, la experiencia cristiana, el sentimiento interior cristiano, la convicción cristiana, etc. Son las religiones que en lecciones anteriores he calificado como subjetivas. Y lo que dije allí en cuanto a ellas también vale aquí. En general, respecto de todas estas tendencias quisiera sólo agregar que en el mejor de los casos sólo resultan en un lamentable autoengaño. Dan como experiencia cristiana o sentimiento interior cristiano lo que, en muchos casos, la palabra de Dios ha

producido en ellos, sólo que no le dan el crédito a la palabra de Dios. Pero en muchísimos otros casos en este proceso resultan cosas erróneas que ni Dios ni la Biblia sino algún otro poder ha originado en ellos. Pero todo este proceso de usar como fuente de conocimiento cristiano algo dentro de uno mismo sin usar para nada la Sagrada Escritura es algo engañoso, cuyo producto final no merece el nombre de doctrina cristiana.

Nuestro principio de conocimiento teológico es única y exclusivamente la Sagrada Escritura. Así ha sido siempre y así es y debe seguir siendo siempre. Y en base a ese principio sabemos y determinamos todo lo que podemos saber y determinar por ese medio.

La Sagrada Escritura, la Palabra de Dios

Primero lo queremos ver en cuanto a la doctrina de la Sagrada Escritura, porque hay una doctrina bíblica acerca de la Sagrada Escritura, que no debe ser ignorada. Teológicamente sabemos acerca de Dios, de Cristo, de la Iglesia, sólo cuanto la Biblia nos revela al respecto. Así también sabemos teológicamente acerca de la Biblia sólo cuanto ella nos revela de sí misma. De la misma manera en que no podemos construir teológicamente una doctrina acerca de Cristo sin la Biblia, así tampoco podemos construir teológicamente una doctrina acerca de la Biblia sin consultar y exponer lo que ella dice de sí misma. Creemos que la Biblia es la palabra de Dios con autoridad y eficacia divinas porque la Biblia así lo dice, y sólo en tanto creamos eso porque la Biblia lo dice, también tendremos una base segura y firme para todas las otras enseñanzas que profesamos. Y si calificamos de heterodoxo a alguien porque no profesa la enseñanza bíblica, por ejemplo, acerca de Cristo, también tenemos que hacer lo mismo con el que no profesa la enseñanza bíblica acerca de la Biblia.

Claro este proceder de enseñar y creer acerca de la Biblia lo que ella dice de sí misma ha sido atacado y ridiculizado violentamente, ya que se lo estima inadmisible, pues nadie va a decir algo malo acerca de sí mismo. Sin embargo, aun en nuestras cortes se acepta el testimonio de una persona acerca de sí mismo y ese testimonio queda en pie en tanto no se muestre lo contrario. La relación que estoy haciendo, es en cierto modo absurda, pues no se puede relacionar el testimonio de Dios en la Escritura con el testimonio de un ser humano ante las cortes, pero lo que quiero demostrar es de que no es algo absurdo e inadmisible como se afirma, aceptar el testimonio de la Escritura acerca de sí misma, pues el mismo proceder es admitido y usado en nuestro sistema legal.

Pero hay otro argumento todavía que se usa para ridiculizar este proceder. Se dice que estamos razonando en un círculo vicioso al probar de la Biblia misma de que ella es la palabra inspirada de Dios. Porque la Biblia es verdadera aceptamos su testimonio sobre su inspiración, y porque es inspirada la consideramos verdadera. Para decirlo en palabras de nuestro diario hablar, ¿qué es primero el huevo o la gallina? Sin embargo, nadie discute la existencia del huevo o de la gallina, como tampoco sus cualidades, porque están ahí, no se lo puede discutir. Así tampoco estamos estableciendo que la Biblia es la palabra de Dios por un proceso de razonamiento. Ahí está el testimonio de Dios acerca de la Biblia como palabra de Dios. Otra vez debo decir, como hace un momento, que es en cierto modo absurda y falta de total similitud, la relación que estoy trazando entre el testimonio de la Biblia sobre sí misma y el huevo y la gallina, pero mi objetivo es demostrar que no creemos en la Biblia como palabra inspirada de Dios por un proceso de

razonamiento, y por eso no se nos puede acusar de razonar en círculo vicioso. Lo creemos porque la Biblia así lo dice, punto. En la teología luterana no se califica como doctrina teológica algo que ha sido establecido sólo por un proceso de razonamiento, aunque sea un razonamiento basado en una doctrina revelada, en tanto no esté claramente enseñado en todas sus partes en la Biblia. Las verdades filosóficas se establecen para la mente humana por medio de argumentos de la mente humana, pero las verdades teológicas se establecen sólo por las claras afirmaciones de la palabra de Dios tal cual están registradas en la Sagrada Escritura. Y eso incluye también lo que ella dice en cuanto a la Biblia como palabra inspirada de Dios.

Veamos ahora algunas de esas afirmaciones de la Biblia acerca de sí misma y observemos como ella, de diversas maneras, identifica la Biblia como la palabra de Dios.

Primero: El Nuevo Testamento cita pasajes del Antiguo Testamento como palabra de Dios. Así, por ejemplo, Mateo en 1:23 cita a Isaías 7: 14 diciendo en el versículo anterior: “Todo esto aconteció para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta”, o sea, califica lo dicho en Isaías 7:14 como dicho por el Señor indicando al mismo tiempo que lo dijo por medio del profeta. Idéntica afirmación hallamos en Mateo 2:15 donde cita a Oseas 11:1 y dice: “Para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta.” También aquí identifica lo dicho por Oseas como algo en realidad dicho por el Señor pero por medio del profeta. Y así hay muchísimos pasajes en la Biblia. En algunos de ellos hasta expresa específicamente la persona de la Santa Trinidad que habló y el nombre del profeta a través de quien lo hizo. Así por ejemplo, en Hechos 28:26-27, cita a Isaías 6:9-10 y dice en el versículo precedente: “Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres.” Lo mismo Hebreos 3:7 citando a Salmo 95:7-8 y numerosos otros. En Romanos 3:2, San Pablo, hablando de los judíos y refiriéndose a todo lo que hoy en día conocemos como el Antiguo Testamento, dice que “les ha sido confiada la palabra de Dios.” En Juan 10:35 Jesucristo llama “palabra de Dios” a todo el Antiguo Testamento y dice de cada palabra de ella que “la Escritura no puede ser quebrantada” aun cuando se trate de expresiones como en Salmo 82:6 donde llama dioses a autoridades.

Segundo: Hay toda una serie de pasajes bíblicos que afirman que todos los acontecimientos que ocurren en el mundo deben dirigirse por lo que dice la Biblia, en otras palabras, todo lo que ocurre debe ocurrir tal cual y debido a que Dios lo dice así en su palabra. Así el nacimiento virginal de Jesús debía ocurrir “para que se cumpliera lo dicho por el Señor” (Mateo 1:22). Pedro debe volver su espada a su lugar en obediencia a la orden de Cristo porque “¿cómo entonces se cumplirían las Escrituras? (Mateo 26:54). De sus sufrimientos y de la gloria que los seguiría dice Cristo a sus discípulos en Lucas 24:44: “Era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos.” Pero si todo debe ocurrir tal cual y debido a que está escrito en la Biblia, entonces queda demostrado que ella no es palabra de hombres sino la mismísima palabra de Dios, porque sólo Dios tiene en sus manos los cielos y la tierra. Todos estos distintos pasajes del Antiguo Testamento no son citados por el Nuevo Testamento como testimonios de excelentes libros humanos sino como pruebas irrefutables que provienen de libros divinos. Y poseían ese poder irrefutable no porque procedían de juicio humano sino de hombres movidos por el Espíritu Santo.

Tercero: Lo dicho, como vimos, se refiere primordialmente a los libros del Antiguo Testamento, pero la Sagrada Escritura nos testifica que también los libros del Nuevo Testamento son la

mismísima palabra de Dios. En 1 Pedro 1:10-12 dice: “A éstos (los profetas que profetizaban por el Espíritu de Cristo) se les reveló que... administraban las cosas que ahora os son anunciadas (en los tiempos del Nuevo Testamento) por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo.” De manera que al igual que los libros del Antiguo Testamento, los libros de los apóstoles del Nuevo Testamento son la palabra del Espíritu Santo. Se aduce que aquí el texto se refiere a la palabra hablada de los apóstoles, no a la escrita, pero el argumento carece de fuerza ya que los mismos apóstoles, por ejemplo en 1 Juan 1:3-4, dicen que les escribían lo mismo que les anunciaban de palabra. Y San Pablo insta a los tesalonicenses: “Así que, hermanos,...retened la doctrina que habéis aprendido, sea por palabra, o por carta nuestra” (2 Tesalonicenses 2:15). O sea, no debían hacer diferencia entre lo hablado y lo escrito. Y a los corintios (1 Corintios 14:37) escribe el mismo apóstol Pablo: “Reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor.” Y en su segunda epístola a los mismos corintios (2 Corintios 13:3) recuerda el apóstol: “Cristo habla en mí.” Y cuando el apóstol pronuncia su anatema sobre todo aquel, hasta un ángel, que les anunciare otro evangelio diferente del que les ha anunciado (Gálatas 1: 8) entonces evidentemente indica con ello que su palabra, ya sea la hablada como la escrita, es la palabra de Cristo, como lo dice en tantos otros pasajes, por ejemplo, Efesios 2:20. De manera que hay muchos pasajes bíblicos que nos testifican que los libros del Nuevo Testamento, al igual que los del Antiguo Testamento, son la mismísima palabra de Dios. Resumiendo todo lo dicho en los tres últimos párrafos diremos que la Biblia se identifica a sí misma como la palabra de Dios.

Una de las críticas más frecuentes de teólogos modernos a la tradicional teología luterana es de que Lutero y los dogmáticos luteranos no diferencian entre la Biblia y la palabra de Dios sino que identifican ambos conceptos. Pero como vimos hace un ratito, esa crítica no tiene fundamento, sino es lo que enseña la Biblia. De esa manera ella es un libro único, un libro incomparable. En comparación con los millones de libros que se tienen en el mundo, ella es la palabra de Dios en todo el sentido de la palabra. Por cierto, hay millones de libros en el mundo que contienen palabras de Dios como las obras de Lutero o de otros grandes teólogos, pero de ninguno de esos libros se puede decir que es la palabra de Dios, ya que sólo contienen palabras de Dios que han sido sacadas de la Biblia. De modo que la Biblia no es un informe humano o humano-divino acerca de la palabra de Dios y de las verdades reveladas, sino es la mismísima palabra de Dios, de manera que cuando decimos: Así dice en la Biblia, podríamos decir también, sin temor a equivocarnos: Así dice Dios.

Otro argumento que se esgrime en contra de la identificación de la Biblia con la palabra de Dios es que Jesús es la Palabra, el Verbo. La Biblia, dicen, es la palabra acerca del Verbo, acerca de la Palabra. Es cierto, hay pasajes bíblicos donde Jesús es el Verbo o la Palabra, siendo el más famoso de ellos los tres primeros versículos del evangelio según San Juan. Pero también es indiscutible que todos los pasajes que he citado anteriormente se refieren a los libros del Antiguo o del Nuevo Testamento con la expresión palabra de Dios. Bajo ningún concepto puede significar esa expresión allí a Jesucristo.

Finalmente quiero decir algo que aparece en la Dogmática de F. Pieper y que hallo tan apropiado. Muchas veces perdemos noción de la afirmación de que la Biblia es la palabra de Dios porque ella nos habla en términos tan sencillos y también porque se refiere, especialmente en el Antiguo Testamento, a las cosas comunes de la vida cotidiana, como ser, la vida doméstica,

agricultura, ganadería, comida, vestimenta, etc. Por eso, le pasa a la Sagrada Escritura lo que le pasó a Cristo mientras andaba acá en la tierra. Porque Cristo se conducía como los demás seres humanos, el público judío lo tomaba como un simple ser humano o lo confundía con Juan el Bautista, Elías, Jeremías o alguno de los profetas (Mateo 16:14). Lo mismo sucede con la Sagrada Escritura. Porque ha sido escrita en lenguaje humano, no se la considera como palabra de Dios sino se la clasifica como un libro humano y seres humanos hasta se atreven a criticarla. Por eso previene Lutero en su introducción al Antiguo Testamento: “Yo ruego y sinceramente prevengo a todo piadoso cristiano que no se ofenda ante la simplicidad del lenguaje y las historias con que muchas veces se encontrará aquí. No debe dudar que por más simples que parezcan, que ellas son las mismísimas palabras, juicios y hechos de la suprema majestad, poder y sabiduría divinas. Porque esa es la Escritura, hace necios de todos los sabios y prudentes y es un libro abierto para los pequeños y necios, como dice Cristo en Mateo 11:25. Por eso, desecha tus propios pensamientos y sentimientos, y considera las Escrituras como la más excelsa y noble de las cosas divinas, como la más rica mina que nunca podrá ser agotada, de manera que halles la sabiduría de Dios que te presenta de manera tan necia y simple para que pueda reprimir toda soberbia.”

Lección 7

La INSPIRACIÓN de la SAGRADA ESCRITURA

En la lección anterior vimos la afirmación de que la Biblia es la palabra de Dios, de que Dios es el autor de ella. Hoy queremos ver de qué manera Dios es su autor, cómo, de qué manera llegó a ser ella la palabra de Dios. Ella no fue escrita por Dios con sus propias manos así como escribiera los Diez Mandamientos en dos tablas de piedra, sino lo hizo a través de instrumentos humanos, los profetas del Antiguo Testamento y los evangelistas y apóstoles del Nuevo Testamento. Esta extraordinaria y singular acción de Dios por la cual hizo que los santos hombres de Dios escribieran la Biblia se llama la inspiración. En esa doctrina queremos concentrar nuestra atención en esta lección para ver en detalle qué es lo que nos enseña la Biblia al respecto y cuáles son los alcances y detalles de la misma.

La doctrina de la inspiración no se originó en mente humana alguna. Tampoco se desarrolló en un determinado período de la historia de la Iglesia, sino es la enseñanza específica de la Biblia. Ella nos la enseña en muchos pasajes. En el párrafo 12, del libro *Perfiles de teología doctrinal* de A. L. Graebner tienen numerosos de ellos. Yo quiero concentrar vuestra atención ante todo en dos de ellos, 2 Timoteo 3:16 y 2 Pedro 1:21, sin lógicamente descartar los demás.

Primero tenemos el pasaje clásico 2 Timoteo 3:16 que dice: “Toda la Escritura es inspirada por Dios” según la traducción en nuestra Biblia Reina-Valera. La traducción literal del texto original debería ser: “Toda o cada Escritura inspirada por Dios.” Como observarán, traduje al principio, “toda o cada escritura” debido a que la palabra original griega puede ser traducida de ambas maneras, pero según los entendidos en la materia es más fiel al sentido original griego traducirla con “toda” ya que califica algo concreto como lo es la escritura. Pero sea cual fuere la palabra que se usare, no cambia el sentido, dado que la expresión “toda” o “cada escritura” se refiere al todo de las Sagradas Escrituras, de las que escribió en el versículo anterior. Obsérvese también que en el texto original griego no hay artículo antes del sustantivo “escritura”, o sea, no dice: “Toda la escritura” sino: “Toda escritura”. Tampoco hay un verbo entre escritura e inspirada por Dios.

Por eso dije que la traducción literal del original griego debía ser: “Toda o cada escritura inspirada por Dios” y ésta entonces es útil para las diversas cosas mencionadas, o para decirlo de otra manera, por ser inspirada por Dios tiene la utilidad mencionada. La falta del verbo “es” no cambia en nada el sentido, pues la expresión “inspirada por Dios” es en realidad un adjetivo calificativo que acá no necesita de ese verbo. Finalmente obsérvese que la expresión “inspirada por Dios” en el original griego, es una expresión pasiva, no dice algo que hace la escritura, sino algo que ha pasado con ella, ha sido inspirada por Dios. De esa manera se originó y llegó a ser lo que es. Y ahora, debido a que es eso, es útil para las diversas cosas mencionadas.

El significado de la palabra original griega traducida por inspirada es tanto como soplada. Así como sopla un viento o soplamos a alguien en cierto momento una idea o palabra que necesita saber pero que ignora, así el Espíritu Santo sopló las palabras de la Sagrada Escritura. Finalmente quiero que observen que lo inspirado, según el texto que estamos considerando, no son los autores humanos que escribieron las Escrituras sino el texto, la Escritura. Y por eso, la

Escritura también puede calificarse a sí misma como Palabra de Dios.

Se ha discutido mucho qué comprende la expresión: “Toda escritura.” Sin duda se refiere a la expresión del versículo precedente, esto es, las Sagradas Escrituras, con la cual se refería a por lo menos todo el Antiguo Testamento. Era una locución técnica por la cual los judíos del tiempo de Pablo designaban a todos los escritos canónicos del Antiguo Testamento. Pero ¿se refiere también a los escritos del Nuevo Testamento? Difícilmente, ya que no todos estaban escritos todavía y aun no se los había juntado como libro. Pero, aunque no estén incluidos, lo que dice allí vale para toda la Escritura, también para los libros del Nuevo Testamento, como parecen confirmarlo pasajes como 1 Pedro 1:10-12, texto que vimos en la lección anterior, y 1 Tesalonicenses 2:13 y otros.

Y ahora veamos en detalle el otro texto básico para la enseñanza de la inspiración de la Sagrada Escritura: 2 Pedro 1:21 que dice como sigue: “Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.” También esta traducción de la Reina-Valera no es del todo exacta. La traducción literal del texto original griego debería decir como sigue: “Llevados, impulsados o movidos por el Espíritu Santo, hablaron los hombres de parte de Dios.” Observen que este texto no tiene la palabra inspirados en el original, sino un término que significa tanto como llevar, impulsar, mover. La idea básica del término es la de un barco llevado, impulsado o movido por el viento. Así los escritores de la Biblia fueron llevados, impulsados, movidos por el Espíritu Santo a escribir lo que escribieron. O sea, no lo hicieron porque así se les ocurrió hacerlo sino porque fueron llevados a ello. Y ese llevar o impulsar no implica sólo el hecho de hablar sino también lo que hablaron, las palabras que hablaron. También en las palabras que hablaron, fueron llevados, impulsados, de manera que lo que entonces procedía de ellos era la palabra de Dios. Dios y el Espíritu Santo eran los que verdaderamente hablaban, y los santos hombres eran sólo los instrumentos llevados. Así la idea que confiere es muy similar a la de inspirar, como la del texto anterior que vimos. Por eso, aunque la traducción de la Reina-Valera no es exacta literalmente, sí es buena y correcta conceptualmente.

Además es interesante ver la palabra griega que usa Pedro para lo que traducimos con hablaron. Pareciera que quiere eliminar la posibilidad del ser humano contribuyendo algo a lo que se expresa y por eso usa un verbo que hace de los santos hombres voceros divinos, como lo eran los ángeles cuando traían a alguien un mensaje de Dios. Así los escritores bíblicos eran voceros de Dios de modo que hablaban lo que Dios quería que dijese y lo que hablaban no era de ellos sino de Dios.

El mismo énfasis lo observamos también en el contexto. En el versículo 16 expresamente enfatiza que los apóstoles no les estaban ofreciendo fábulas artificiosas al darles a conocer a Jesucristo, sino lo que habían visto con sus propios ojos. Y entonces refiere especialmente a la transfiguración donde vieron al Señor glorificado y oyeron la voz de Dios Padre que decía: Este es mi hijo amado, en el cual tengo complacencia. Pero tienen algo aún más seguro que eso, dice, la palabra profética, porque ninguna profecía es de interpretación privada, nunca fue traída por voluntad humana sino, y entonces sigue el versículo que estamos considerando, “llevados, impulsados, movidos por el Espíritu Santo hablaron los hombres de parte de Dios.” Como ven, todo el énfasis de todo este pasaje está en que los apóstoles y profetas hablaban como voceros de Dios.

Y observen bien que los dos textos que hemos considerado presentan esto como un hecho, no como una teoría o una suposición. La doctrina de la inspiración de la Sagrada Escritura no es una teoría o una suposición sobre la que se puede hablar o discutir. No, es algo consumado, un hecho. Por eso tampoco debe discutírsela. De hacerlo, únicamente se corre el riesgo de perderla. Debe enseñársela como un hecho consumado e indiscutible.

Los dogmáticos luteranos para describir esta acción de Dios de la cual resultó la inspiración de la Sagrada Escritura se han servido de algunas figuras, como por ejemplo la del hombre dictando al secretario, o la del músico soplando la flauta, o la del plectro tocando las cuerdas de la lira. Algunas de esas figuras han sido criticadas violentamente y se las ha interpretado como enseñando doctrinas antibíblicas, especialmente la tan mentada doctrina del dictado, según la cual el Espíritu Santo haya dictado el texto de la Biblia y los santos escritores únicamente hayan escrito lo que se les dictaba. Esa doctrina acerca de la inspiración de la Biblia lógicamente es incorrecta, pero tampoco se pretende enseñarla con las figuras mencionadas. Hay que entender correctamente esas figuras. Se debe entender el punto de comparación que se quiere enseñar por medio de ellas, el cual es de que Dios es la causa eficiente de la inspiración, los escritores humanos la causa instrumental y que de esa combinación resultó el producto deseado, la palabra inspirada de Dios. Los santos escritores no escribieron sus propios pensamientos e ideas en sus propias palabras sino los pensamientos e ideas de Dios en las palabras de Dios.

Quisiera agregar algunas observaciones a lo ya dicho.

- 1) El acto físico de escribir letras, palabras, frases, capítulos y libros no es parte esencial de la inspiración misma. Sabemos de casos en los cuales, por ejemplo, Pablo tenía un secretario que escribía la epístola, pero sin duda Pablo no permitía que ella saliese bajo su nombre antes de haber removido de ella todo error que pudiera haberse infiltrado (2 Tesalonicenses 3:17).
- 2) Generalmente los escritores de los libros bíblicos eran llamados santos, no tan sólo porque eran santos ya que eran cristianos creyentes, sino también porque habían sido separados para esta santa función de escribir las Sagradas Escrituras (2 Pedro 1:21). San Pablo en Efesios 2:20 los llama específicamente apóstoles y profetas, profetas los escritores del Antiguo Testamento y apóstoles los del Nuevo Testamento, aunque entre ellos había personas que como Marcos y Lucas eran sólo ayudantes de los apóstoles.
- 3) Los santos escritores eran “órganos personales” y en tal sentido sus escritos muchas veces aparecen bajo su nombre personal o título oficial, lo cual indica que en lo que escribían sus mentes se fusionaron con la mente divina, de modo que reconocían sus escritos inspirados como propios.
- 4) Sin embargo, Dios es reconocido siempre de nuevo como la causa primaria o impulsadora en estos hombres de modo que lo que escribían es identificado muchas veces como declaraciones de Dios.
- 5) Cuando la Biblia habla en términos específicos ella asigna al Espíritu Santo la acción de la inspiración de los santos escritores.
- 6) ¿Qué es lo que hacía Dios cuando inspiró a los santos escritores?

Graebner en su libro “*Perfiles de teología doctrinal*” dice: “Dios no solamente los indujo e impulsó a que escribiesen lo que escribieron, sino también les sugirió los pensamientos y las

palabras expresadas en sus escritos.” Según esta definición tenemos en el acto de la inspiración de los santos escritores:

a) Un impulso de escribir, un incuestionable impulso interno de tomar la lapicera y el papel y de ponerse en la actitud de escribir. Es lo que vimos en el texto 2 Pedro 1:21 que analizamos previamente y donde dice que el Espíritu Santo los impulsó, movió o llevó a hacer lo que hicieron. Y en el contexto del mismo afirma que “nunca la profecía fue traída por voluntad humana”. O sea, el Espíritu Santo tomó el lugar de lo que regularmente mueve a los seres humanos a escribir. Lo mismo es indicado también en el otro versículo que vimos, 2 Timoteo 3:16, el cual dice: “Toda Escritura inspirada por Dios.” El Espíritu de Dios como un viento llenó las mentes de los santos escritores, las llenó como el viento que infla las velas de un bote, y los impulsó a escribir, de modo que lo que se produjo bajo y durante ese impulso es la inspirada palabra de Dios, ya que fue producida por el Espíritu de Dios.

San Pablo estaba consciente de que hablaba movido por el Espíritu Santo, en el poder del Espíritu de Dios. Así lo da a entender en Romanos 15:18-19 donde indica que el mismo Espíritu de Dios que actuaba con potencia de señales y prodigios también se manifestaba en sus palabras. Por eso también escribe a los gálatas (1:11) que su evangelio no es según hombre. Lo mismo Jeremías. Dice en 30:2 que lo que Dios le mandó escribir es idéntico a lo que Dios le ha hablado. Con razón se llama a la Biblia la palabra de Dios. Ella es un verdadero milagro de Dios.

Quiero hacer notar que cuando la Biblia, por ejemplo, dice: “Como dice Isaías” en realidad se refiere a sus escritos, ya que Isaías no vivía más en ese tiempo y lo que se tenía de él era lo que había escrito, no su voz.

b) Una sugerencia de pensamientos, esto es, el Espíritu Santo hizo surgir en las mentes de los santos escritores un determinado pensamiento o tópico sobre el cual debía escribir. Para sustentar esto valen también los distintos pasajes bíblicos que hemos visto hasta ahora.

c) Una sugerencia de palabras, esto es, el Espíritu Santo sugirió las mismas palabras, y hasta la forma de las mismas, para expresar los pensamientos sugeridos. Para sustentar esto también valen los mismos distintos pasajes bíblicos que hemos visto hasta ahora, pero especialmente quisiera agregar a ellos los muchos pasajes donde la Biblia cita un pasaje bíblico o se refiere a un hecho bíblico y dice en relación a ello: Así dice el Señor, o una expresión similar. Hasta se podría hablar también de una sugerencia de letras, ya que pasajes como Lucas 16:17 y Gálatas 3:16 indican que Dios hasta cuidó de cómo se escribían las palabras, observaba la tilde y el singular.

d) Algunos dogmáticos agregan un cuarto elemento, lo que llaman el gobierno o la supervisión que era ejercida sobre los santos escritores mientras escribían para evitar de esa manera que se infiltrasen errores en sus escritos. Ellos incluyen ese elemento para sustentar que la Sagrada Escritura es la inerrante palabra de Dios, pero en realidad no es un elemento esencial de la inspiración porque lo que persigue ya está cubierto con la sugerencia de palabras.

Dado que la doctrina de la inspiración de la Sagrada Escritura es una de las más controvertidas en la teología moderna, es necesario ver más de cerca algunas posiciones que se asumen y que

erróneamente muchas veces se hacen pasar por inspiración.

1) Inspiración no es lo mismo que iluminación. ¿Qué es la iluminación? Iluminación es cuando Dios por medio de su palabra nos hace ver que somos pecadores condenados y que Jesucristo es nuestro único Salvador del pecado, de modo que creamos en él. Así todos los cristianos han sido iluminados por el Espíritu Santo por medio de la palabra de Dios, de modo que han llegado a ver a Jesucristo como su Salvador del pecado y a conocer las cosas que son del Espíritu de Dios y diariamente crecen en ello. Pero aunque todos los cristianos han sido iluminados, no todos han sido inspirados por el Espíritu Santo.

La iluminación no hace desaparecer el error o cualquier posibilidad de errar. Al contrario, mientras los seres humanos estén en esta vida puede ser que estén iluminados y que, sin embargo, cometan muchos errores. Inspiración es algo que sólo algunas personas han tenido, quienes entonces por ese acto de Dios, fueron elevadas por encima de su corrupta carne y de los pensamientos que se originan en ella, y de ese modo llegaron a ser inmunes contra el error. O sea, iluminados puede haber muchos, pero inspirados en el sentido bíblico, pocos. Es uno de los fundamentales errores de la teología moderna el no poder distinguir debidamente entre inspiración e iluminación.

2) Inspiración no es lo mismo que revelación. Ambos términos se refieren a acciones del Espíritu Santo. Ambos también se refieren a impartir al ser humano el conocimiento y el consejo de Dios. Y sin embargo no son lo mismo. Revelar es sacar un velo de modo que se pueda ver lo velado o escondido. Siempre tiene que ver con revelarnos algo que de lo contrario nos sería desconocido. Inspirar es soplar y no siempre tiene que ver con cosas desconocidas.

Muchas veces en la Biblia van juntas la revelación y la inspiración. Cuando los santos hombres de Dios hablaron sobre los misterios de Dios, su eterno propósito, sus acciones en la historia de la humanidad, entonces había allí tanto revelación como inspiración. Así en 1 Corintios 2:9-13 tenemos tanto revelación como inspiración ya que allí dice que el Espíritu Santo tanto revela los misterios de Dios como también enseña las palabras en las cuales eso ha de ser expresado.

Pero no siempre está inspiración así ligada a revelación. Repetidas veces Dios reveló algo sin impartir la orden de que ello también fuese escrito, otras veces en cambio agregó la orden de que se escribiese lo visto u oído. Además los profetas y apóstoles escribieron de muchas cosas de las cuales sabían sin que mediase una revelación. Así San Lucas, por ejemplo, compuso su informe en base a los informes de testigos de los hechos que narra (Lucas 1:3).

Mientras la Biblia enseña que toda la escritura es inspirada por Dios, los sagrados escritores hablan de revelación sólo en relación con la revelación sobrenatural de misterios divinos y consejos secretos respecto de los cuales, de otro modo, no se tendría conocimiento. Como se ve pues, aunque muchas veces están ligados, inspiración y revelación no son lo mismo.

3) Se debe distinguir también entre inspiración y asistencia o dirección divinas, o cualquier acción del Espíritu Santo destinada sólo a prevenir la comisión de un error de parte del inspirado. Es posible que un libro no contenga ningún error sin que sea divino por ello. Es posible que un alumno haga un trabajo bajo la supervisión de su profesor para que sea correcto, sin embargo

sigue siendo el trabajo del alumno. Así la mera asistencia divina de los santos hombres de Dios mientras escribían los libros de la Biblia no haría que éstos entonces fuesen libros divinos. Seguirían siendo libros humanos así como son sermones humanos los escritos por pastores aunque hayan invocado a Dios que los asista y dirija en lo que escribirían. Lutero, Walther y otros sin duda escribieron bajo asistencia y dirección divinas. Hasta podríamos hallarles cierto impulso divino al hacerlo. Sin embargo sus obras no dejan de ser por eso las obras de Lutero, Walther y otros.

Muchos piensan hoy en día que si interpretan la inspiración de la Biblia como una asistencia o dirección divina acordada a los santos escritores para prevenirlos de errar, que entonces han captado el verdadero significado de inspiración. Pero eso es un error. En verdad han capitulado ante el mismo principio que nos impone la Biblia en cuanto a esto. Han capitulado ante el verdadero alcance de las expresiones bíblicas: “soplado por Dios” e “impulsados por el Espíritu Santo.” La Biblia es la palabra de Dios, ella es un libro divino, sólo porque ella es “soplada por Dios” e “impulsada por el Espíritu Santo.” La inspiración es algo único, algo sin paralelo.

4) La inspiración se extiende a toda la escritura, a todas las partes y todas las materias contenidas en ella. Es cierto, en el estudio de la Biblia y con el fin de enfatizar especialmente alguna enseñanza específica podemos hablar de doctrinas fundamentales y no fundamentales, de la doctrina fundamentalísima, etc. Pero esta división nunca debe incluir la idea de que algunas partes de la Biblia sean más divinas que otras, o más inspiradas que otras. Todas, tanto las doctrinas fundamentales como las no fundamentales, hasta los detalles circunstanciales que aparecen en la Biblia, son igualmente inspirados. Todos, tanto los asuntos espirituales referentes a nuestra eterna salvación como los asuntos históricos, geográficos, naturales, etc. son igualmente inspirados. Cualquier parte que es parte de la Sagrada Escritura participa de la cualidad de toda ella, de ser inspirada. Eso es lo que llamamos “inspiración plenaria”. Y si no creemos en esa inspiración plenaria de la Sagrada Escritura no podemos hablar de inspiración en el sentido bíblico.

En círculos luteranos esta posición de la inspiración plenaria se debilitó cuando en el siglo XVII, Jorge Calixto y sus seguidores sostenían que toda la escritura en verdad estaba libre de errores pero no toda era inspirada. Reconocían como verdaderamente inspiradas sólo aquellas porciones de la Biblia que estaban relacionadas con la enseñanza de la salvación, pero en cuanto a datos históricos u otros asuntos que los santos escritores sabían por experiencia o por el uso de su intelecto, Calixto sólo concedía una actividad guiadora y directiva del Espíritu Santo, para prevenir de esa manera que cometiesen errores. Según esta teoría de Calixto la Biblia sería entonces sólo en parte la palabra de Dios, sólo en parte la infalible palabra de Dios. Esta posición de Calixto es sostenida hoy en día por muchísimos teólogos de todas las diferentes denominaciones cristianas, tanto católicorromanos como protestantes. Pero muchísimos van mucho más lejos, para quienes Calixto es en comparación un santo todavía. Para muchísimos de estos la Biblia es solamente la falible palabra de falibles seres humanos, de manera que en realidad no hay distinción alguna para ellos entre ella y cualquier libro humano. Es sólo un libro humano con errores propios de seres humanos y que, por eso mismo, puede y debe ser juzgado como cualquier otro libro de origen humano.

5) Si se admite y cree la inspiración de la Biblia tal cual ella misma lo enseña, entonces también

se debe admitir y creer la inspiración de las palabras de la Biblia o lo que llamamos la inspiración verbal de la Biblia. Justamente eso es lo que quiere enseñarnos también la Biblia de sí misma al decir que ella es “soplada por Dios”, esto es, Dios sopló a los santos escritores todos los distintos términos y palabras que eran necesarios para expresar debidamente los determinados pensamientos o describir adecuadamente los determinados asuntos que quería comunicar a los seres humanos. La Biblia en realidad consiste de palabras, palabras escritas, no de pensamientos o ideas. Sólo contiene pensamientos e ideas porque tiene palabras que las expresan. Por lo tanto cuando ella dice que ha sido soplada o inspirada por Dios, quiere decir que aquellas cosas de las que ella consiste, es decir, palabras escritas, han sido sopladas o inspiradas. Y por eso cuando hablamos de la inspiración de la Biblia, no pensamos en la inspiración de ideas o pensamientos sino en la inspiración de las mismísimas palabras de las que consiste la Sagrada Escritura. No creer y enseñar eso, consideramos que no se ajusta a lo que la Biblia enseña de sí misma.

6) El acto de la inspiración incluye también el impulso divino para escribir. Algunas personas admiten y creen en la inspiración de la Biblia pero no quieren admitir de que haya habido un impulso divino para escribir. Si estas personas analizaran bien su posición podrán comprobar fácilmente que si excluyen del acto de la inspiración el impulso o la orden divina de escribir, en realidad no tienen mas ningún derecho de hablar de inspiración en el sentido bíblico. Porque no solo está incluido el concepto del impulso divino en el término inspiración, no sólo excluye por completo la Sagrada Escritura todo impulso humano al decir en 2 Pedro 1:21 que “nunca la profecía fue traída por voluntad humana”, sino en innumerables partes dice expresamente la Biblia que los santos escritores recibieron la orden, el mandato de parte de Dios de escribir. Además San Pedro afirma claramente en el versículo que vimos al principio (2 Pedro 1:21) que “impulsados, movidos, llevados por el Espíritu Santo hablaron los hombres de parte de Dios.” Por eso decimos que el acto de la inspiración incluye también siempre el impulso divino de escribir.

En la teología católicorromana se insiste que la doctrina de la inspiración de la Biblia no incluye el mandato o impulso divino de escribir. Afirman que es imposible hallar un mandato de Dios para cada caso. Pese a ello pretenden creer en la inspiración de la Sagrada Escritura. El teólogo luterano Quenstedt en respuesta a eso dice que están bromeando. Es una monstruosidad teológica y lógica sostener que se cree en la inspiración de la Escritura y sin embargo negar el mandato o impulso divino de escribir. El acto de la inspiración incluye el concepto del mandato o impulso divino. Pero, sin duda, al negar que los libros de la Biblia han sido escritos por mandato o impulso divino se logra equiparar más el valor de la tradición con el de la Biblia, y eso evidentemente es el propósito de esta posición católicorromana. La diferencia entre la tradición y la Biblia se ha aminorado.

7) Los santos escritores no eran autómatas. En ninguna parte nos dice la Biblia algo en el sentido de que cuando Dios se sirvió de los seres humanos para que sean sus instrumentos en hablar y escribir su palabra, que los haya privado de su identidad o individualidad. Al contrario, vemos que el Espíritu Santo tomó a los seres humanos tal cual eran con su cultura, educación, capacidad, inteligencia y conocimientos y así se sirvió de ellos impulsándolos para que hablasen o escribiesen la palabra de Dios.

Cuando el Espíritu Santo inspiró las Sagradas Escrituras no anuló a los seres humanos, no los

usó como un lapicero o una grabadora. Eso hubiera sido lo que se llama inspiración mecánica, y lo deseamos porque no lo consideramos bíblico. Al contrario, Dios usó a los seres humanos de tal manera que, aunque inspiró cada palabra, dejó lugar para las cualidades, propósitos, virtudes, intereses, reacciones y hasta limitaciones de cada escritor. Por eso vemos que cada escritor bíblico conservaba su estilo, Juan escribía como Juan, Pablo como Pablo y Pedro como Pedro. En la inspiración Dios impulsó a cada ser humano a hablar de Dios y de cosas divinas en lenguaje humano, a usar sus expresiones y características humanas y a servirse de la gramática y de formas literarias humanas. Imagínense que Dios nos hubiera hablado en lenguaje divino, ¿quién lo hubiera entendido? O sea, para nuestro bien y para que lo entendiésemos, Dios se acomodó al lenguaje humano.

Esta doctrina de la inspiración de la Sagrada Escritura, enseñada por la Biblia, es la enseñanza de la Iglesia Luterana. Aun cuando nuestras confesiones no tratan esta doctrina específicamente tal cual tratan otras doctrinas bíblicas, ya que no era una doctrina en debate en esos días, sin embargo asumen o presuponen esa enseñanza en todos los documentos confesionales. Así, por ejemplo, se expresa la Fórmula de Concordia (DS, RN, 3): “Recibimos y aceptamos de todo corazón las escrituras proféticas y apostólicas del Antiguo y del Nuevo Testamento como la fuente pura y clara de Israel, las cuales forman la única norma verdadera por la que han de ser juzgadas todas las doctrinas y los que las enseñan.” Y todos los ortodoxos ministros luteranos, hasta el presente, han enseñado, defendido y mantenido con singular fidelidad esta doctrina de la inspiración verbal y plenaria de la Sagrada Escritura. Pero en los últimos siglos justamente ella ha sido también el objeto de muchas controversias y hasta la causa de numerosas divisiones en la cristiandad, y hasta en la misma Iglesia Luterana. Asimismo son muchas las objeciones que se han levantado en contra de esta enseñanza. De todas esas cosas queremos ver en la próxima lección.

Lección 8

HISTORIA de la DOCTRINA de la INSPIRACIÓN

Entraremos ahora en uno de los capítulos más tristes de la historia de la iglesia, la historia de la oposición a la Escritura como Palabra de Dios y que ha desembocado hoy en día en un rechazo general de parte de las iglesias y los teólogos de la Escritura como Palabra de Dios. Y a propósito lo califico como uno de los capítulos más tristes de la historia debido al efecto de dominó que el rechazo de esta doctrina tiene. Si la Escritura no es más la Palabra de Dios, no se tiene más una base inamovible para las enseñanzas que profesamos y todo empieza a tambalear. No hay más seguridad. Pero vayamos por parte y veamos a vuelo de pájaro el desarrollo de los eventos.

Hemos visto ya que tanto Cristo como los apóstoles identificaban la Biblia con la Palabra de Dios, que profesaban la inspiración verbal tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Esto ha sido reconocido hasta por hombres que no profesan la inspiración verbal de la Biblia. También se puede ver de los escritos de los padres de la Iglesia que ellos tuvieron el mismo exaltado concepto de la Escritura, y de los escritos posteriores se puede constatar que la opinión general de la Iglesia, hasta más allá de la Reforma, no varió esencialmente en relación a este asunto. En cuanto a Lutero y los dogmáticos luteranos también se ve que identificaban la Biblia con la Palabra de Dios y por eso muchos los culpan por no haber cortado, como dicen, con una herencia desafortunada de la Iglesia Primitiva. También se reconoce en general que las confesiones luteranas presuponen la inspiración verbal de la Biblia, ya que usan como sinónimos la palabra de la Escritura y la palabra del Espíritu Santo. Es cierto, hay teólogos modernos que tratan de justificar su posición en el hecho de que en algunas ocasiones Lutero parece haber asumido una posición algo liberal en relación a la Biblia y de que las confesiones luteranas no tengan un artículo específico que enseñe la inspiración verbal de la Escritura, pero su intento de justificarse con ello no tiene base.

Pero en los siglos posteriores, especialmente desde el siglo XVII en adelante, con el surgimiento de diversas teorías filosóficas y el registro de numerosos descubrimientos e inventos, empezaron a manifestarse primero dudas, luego cambios y finalmente hasta rechazo total de la enseñanza de la inspiración verbal de la Sagrada Escritura. Una de esas teorías filosóficas fue el racionalismo la cual, como lo dice su nombre, sujetaba todo a la razón, negaba toda revelación sobrenatural y aceptaba sólo lo que se podía explicar por medio de la razón. En base a esos principios comenzaron a desecharse, a partir del siglo XVIII, una doctrina cristiana tras otra, especialmente la de la expiación vicaria de Cristo, y como es lógico, también comenzó el proceso de negar la enseñanza de la inspiración de la Biblia.

Otra teoría que ejerció gran influencia fue la de la evolución, según la cual el universo no fue creado por Dios sino evolucionó hasta llegar a ser lo que es. Esta teoría halló mucha aprobación y se nutrió en teorías filosóficas de ese tiempo. Y lógicamente, como la Biblia enseña la creación, cayeron las dudas sobre ella. Empezaba a verse lo que ella relata, no sólo en cuanto a la creación sino en todo sentido, como mito, leyenda, folklore, cuento, cualquier cosa, menos relato histórico, verdad revelada por Dios. La duda se tendía sobre toda la Biblia, de manera que ya dejaba de ser la palabra inspirada de Dios.

Lo que acabo de decir es un recuento muy breve y sencillo de lo acontecido, que podría ser ampliado con la referencia a numerosas otras corrientes filosóficas de esos tiempos y con el recuento de diversas posiciones que se asumieron en cuanto al origen del mundo y en general en relación a las doctrinas de la religión cristiana. Pero no es mi objetivo narrarles todo ese detallado desarrollo histórico. Podrán leer más de ello en las lecturas asignadas. Yo sólo quiero llamar vuestra atención a algunos importantes detalles de ese desarrollo.

Como consecuencia de lo dicho previamente, empezaron a asumirse algunos principios sumamente liberales, entre los cuales quiero destacar especialmente los siguientes por su relación al tema:

a) La Biblia debe ser tratada como cualquier otro libro humano, o sea, se deben aplicar a ella las mismas reglas que se aplican para estudiar y juzgar libros y documentos humanos.

b) Todo lo sobrenatural debe ser rechazado como, por ejemplo, los milagros, lo mismo que las doctrinas que son incomprensibles para la razón humana, como la de la Trinidad, de las dos naturalezas de Cristo, del pecado, de la expiación, etc.

c) La inspiración de la Escritura, tal cual ella lo enseña, también es una actividad sobrenatural, milagrosa de Dios, y por eso también debe ser rechazada. Se usaba todavía el término inspiración, pero no se entendía con ello esa operación única del Espíritu Santo donde suministró a los santos escritores las mismísimas palabras del texto bíblico, para que para siempre sirvan a la iglesia como fundamento de fe, sino se entendía bajo ello una especie de iluminación espiritual, parecida a la que reciben todos los cristianos, sólo más intensa. Pero, como vimos en la lección anterior, esa iluminación no hace infalibles a los cristianos, y así tampoco esta iluminación más intensa hacía infalibles a los escritores bíblicos, de manera que no escribieron entonces, según ellos, la infalible palabra de Dios, sino sólo una Biblia falible, sólo una palabra humana acerca de Dios, sólo una percepción humana de ciertas verdades religiosas las que, al igual que cualquier otro piadoso libro humano, sólo podrán generar o inspirar en los lectores ciertas emociones o experiencias religiosas.

d) El Cristianismo no es más que la culminación de la evolución religiosa de la humanidad. Como el mundo evolucionó, el ser humano evolucionó, así también la religión evolucionó de las formas groseras y primitivas del paganismo al producto final que es el cristianismo, y la Biblia es sólo el informe escrito de ello. De modo que el cristianismo no es la religión revelada por Dios, ni la Biblia la palabra inspirada de Dios sino, según ellos, el Antiguo Testamento es nada más que una recopilación de diversas leyendas, documentos y tradiciones, y el Nuevo Testamento nada más que el informe de lo que creía la primitiva Iglesia Cristiana. Lo que el Nuevo Testamento dice acerca de Cristo no es lo que él en realidad hizo y dijo, sino lo que esos primitivos cristianos dicen que Cristo hizo y dijo. Ellos lo convirtieron en el Dios-hombre de los Credos de la Iglesia, pero en realidad no era eso.

e) Una consecuencia de toda esta línea de pensar, pero asimismo el fruto de premisas filosóficas más modernas, es la teología de Federico Schleiermacher, el así llamado reformador del siglo XIX, quien descartó totalmente la Sagrada Escritura como palabra de Dios y basó toda su

teología sólo en el yo piadoso del ser humano, en su experiencia cristiana. Él es un perfecto exponente, y hasta se lo podría definir como el padre de lo que catalogué como teología subjetiva en la Lección 1.

f) Otra consecuencia fue la desmesurada confianza en la capacidad humana, no sólo en lo intelectual al sujetar todo a la razón humana, sino también en lo moral, de manera que se perdía la noción de la condición pecaminosa del ser humano, el cual ya no era más un pecador condenado por la justicia de Dios. No se denunciaba el pecado. En lugar de proclamar la fe en Jesús para la salvación se proclamaba la fe de Jesús como ejemplo a imitar. En lugar de predicar que el ser humano necesita el poder transformador del Espíritu de Cristo que nos es dado por medio de la palabra de Dios se predicaba que Cristo cree en el poder innato del ser humano para llegar a ser como él. Como ven, el rechazo de la Biblia como palabra de Dios no era algo solitario sino algo ligado a muchísimos otros errores, de los cuales enumeré apenas unos pocos.

Se necesitaba del colapso de los planes y designios humanos para que la humanidad se diera cuenta de su vanidad, de que no era ni tan buena ni tan sabia como se había imaginado. El descalabro que produjo la Guerra Mundial, el vacío evidente dejado atrás por los postulados optimistas del evolucionismo y por el racionalismo extremo del liberalismo convencieron a muchos que se estaba en un callejón sin salida y sin esperanza, y empezó a surgir otro movimiento, la así llamada neo-ortodoxia, con Karl Barth como uno de sus principales exponentes. Se reconocía la depravación y pecaminosidad del ser humano, se admitía la soberanía de Dios quien por su gracia salva a los seres humanos, pero lamentablemente no se volvió totalmente de vuelta a la ortodoxia. Se seguía adoptando una actitud incorrecta frente a la Biblia. Veámoslo algo.

a) La Biblia no es para ellos la palabra de Dios y en sí misma no tiene vida ni valor redentor. Ella es sólo el instrumento por medio del cual Dios habla al ser humano, así como habla a través de muchas cosas, y ya que Dios habla a través de ella, puede hacerla vivir en el corazón del ser humano como palabra de Dios.

b) La Biblia llega a ser palabra de Dios cuando el ser humano “se encuentra” con Dios. Solamente cuando el ser humano, por medio de la lectura de la Sagrada Escritura, experimenta la gracia de Dios en Cristo, sólo entonces ella llega a ser propiamente la palabra de Dios. O sea, para ser palabra de Dios, ella está condicionada a la experiencia subjetiva de cada individuo. En sí misma ella no lo es; tampoco es un cuerpo de verdades dadas por Dios al hombre por medio de la inspiración de los santos escritores. Sólo es el registro de una serie de experiencias religiosas.

Todo esto parece relativamente inocente y así también parece ser mucho de lo que dicen y escriben los de esta línea de pensar; más aún, mucho de ello aparenta ser verdaderamente ortodoxo, de manera que hay que prestar mucho cuidado a lo que dicen y cómo lo dicen. Pero sea como fuere, no hay que perder de vista su error básico, que consiste en que para ellos la Biblia no es la palabra de Dios sino puede llegar a serlo cuando se produce el encuentro entre el ser humano y Dios. Y eso es inconcebible. Es como si diríamos que Jesucristo en realidad no es nuestro Salvador, sólo llega a serlo cuando creemos en él. O sea, es Salvador sólo en nuestra imaginación y porque así lo creemos, pero no en realidad. ¿Qué Salvador sería ése? Sería sólo algo subjetivo, algo imaginario, pero no realidad. Craso error. Jesucristo es nuestro Salvador,

creámoslo o no. La salvación lograda es una sublime verdad. Es cierto, para recibir los beneficios de su obra redentora, debemos creer en él, pero él no deja de ser nuestro Redentor por no creer en él, sólo que no recibimos los beneficios de la redención lograda cuando no creemos en él. Así también, la Biblia es la palabra de Dios porque esa es la sublime realidad y no llega a serla recién cuando y debido a que se produce el encuentro.

Otra observación que quiero hacer es que para ellos la Biblia es sólo el registro de una serie de experiencias religiosas. Es sólo palabra de hombres, sus experiencias religiosas, pero no palabra de Dios y, por eso, contiene muchas inexactitudes, hasta contradicciones y errores. Es algo trágico lo dicho, pero lógico. En el mismo momento en que la Biblia deja de ser palabra de Dios, ella también deja de tener las virtudes propias de ella, deja de ser infalible. Pero por suerte, están equivocados.

Muy cercano a todo este pensar está lo que se conoce como la corriente de la demitologización. Se basa en la premisa errónea de que en la Biblia hay mucho de mito, cuento, fábula, y tiene como objetivo identificar qué es mito en ella y dejar sólo lo que no lo es. El principal propulsor de este concepto fue Rodolfo Bultmann. Lógicamente el problema era detectar qué era mito y qué no, y ahí en seguida empezaron las diferencias. Para algunos hay mucho de mito en la Biblia, para otros algo, para nosotros nada. Y creemos que así sea debido a lo que San Pedro escribe en el pasaje que vimos en la Lección 7, esto es, 2 Pedro 1:16, donde dice: “Porque no os hemos dado a conocer la potencia y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad.” Los evangelistas y apóstoles escribieron lo que habían visto con sus propios ojos, no cosas inventadas.

Otra característica de la teología liberal consiste en que la mayoría de sus representantes hablan de grados de inspiración, como si hubiera libros más inspirados y libros menos inspirados. Algunos de ellos hablan de tres grados de inspiración. Todas estas ideas de grados en la inspiración lógicamente no tienen base bíblica y son contrarias al pasaje que afirma de que toda escritura es inspirada por Dios. Observemos también que cuando Jesús en Juan 10:34 cita Salmo 82:6 no afirma que esto es un pasaje menos inspirado como los modernistas lo catalogan, sino agrega la categórica afirmación de que “la Escritura no puede ser quebrantada.” Ni Jesús, ni ninguno de los apóstoles, en ninguna parte, siquiera insinúan en lo más mínimo la posibilidad de que haya habido tales grados de inspiración.

Todo lo predicho indica las desviaciones que se han registrado a través del tiempo en cuanto al tema de la Biblia como palabra de Dios. Y téngase presente que esto es sólo un brevísimo resumen de lo que ha ocurrido y sigue ocurriendo. Son muchísimas las desviaciones y variantes registradas y casi no hay eminencia en el mundo teológico que no siga una de ellas, de manera que los que aún se atienen a la Biblia como palabra de Dios son mirados como pájaros raros, como me ha ocurrido a mí ya repetidas veces.

Resumiendo quisiera citar algunos conceptos que expresa Pieper en su Dogmática. Describiendo la diferencia entre la teología antigua y la moderna en cuanto a la Biblia dice que los antiguos teólogos tratan de presentar no sus propias ideas sino lo que Dios enseña acerca de ella según lo revelado en su palabra. En cambio los teólogos modernos consideran esa metodología totalmente inapropiada, creen que lo único correcto es asumir una posición crítica para con la Biblia. Por

eso no enseñan lo que ella afirma de sí misma, sino la juzgan en base a la impresión que ella causa en ellos, los teólogos. De esta manera, a través de este método llamado científico, llegan a la conclusión de que la Biblia no es la palabra de Dios y de que por eso debe descartarse la antigua doctrina de la inspiración. No abren libro alguno ya sea del Antiguo o del Nuevo Testamento considerando que deben aceptar sus doctrinas como sagradas y autoritativas. Aceptan sólo lo que consideran la irrefutable lógica de los hechos. Dicen que son realistas y que por eso no pueden aceptar como definitivo lo que la Biblia dice de sí misma sino sólo lo que ellos consideran la verdad divina en base a la impresión que la Biblia ha causado en ellos.

Uno se pregunta ¿cómo es posible que personas no pueden aceptar la Biblia como la palabra de Dios? Pieper responde a esa pregunta, y voy a resumir su respuesta. Responde en base a lo que leemos en Juan 8 donde Jesús trata con personas que no podían reconocer su palabra como la palabra del Hijo de Dios. Y la causa de ello era, según lo que les dice Jesús, en que no eran hijos de Dios, no tenían comunión con Dios. Jesús lo expresa de manera positiva y negativa. Les dice en Juan 8:47: “El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros porque no sois de Dios.” Lógicamente Jesús no se refiere aquí al solo oír físico, sino al oír con el alma, el corazón. En otras palabras, Jesús dice aquí que sólo cristianos aceptan su palabra como la palabra de Dios. Si volvemos atrás, al vers.39, veremos que esos judíos creían ser hijos de Dios porque eran descendientes de Abraham, no porque creían en Jesucristo como su Salvador del pecado. Así Jesús les demuestra que su rechazo de su palabra como palabra del Hijo de Dios era en realidad la evidencia de un mal peor, la evidencia de que no creían en Jesucristo como su Salvador personal.

Y así es hasta el día de hoy. Cuando teólogos modernos no aceptan la Biblia como la palabra de Dios, ello es la evidencia de un mal peor, la evidencia de que generalmente no creen en Jesucristo como su Salvador personal del pecado. Y, por eso, todos sus pensamientos giran también fuera de la esfera cristiana. Lutero dice, traducido libremente, en un sermón sobre Juan 3:16-21 que la sola fe en Dios no es suficiente, sino también debe haber fe en la satisfacción vicaria de Cristo. El turco y el judío también creen en Dios, dice, pero no creen en la satisfacción vicaria de Cristo. Donde no se enseña y cree en Cristo como el Salvador personal del pecado, allí no hay Espíritu Santo, porque sólo por medio de esta doctrina, por medio de la fe en esta doctrina, viene el Espíritu Santo a los corazones humanos, y ese mismo Espíritu entonces los guía también a aceptar la Biblia como la palabra de Dios. Por eso, la teología moderna debe volver a la enseñanza bíblica de la satisfacción vicaria de Cristo. Si no lo hace, nunca asumirá la actitud cristiana para con la Biblia, sino persistirá en su actitud contraria a la de Cristo y de los apóstoles.

Por eso, al trabajar con inconversos o incrédulos, lo primero no es llevarlos a creer en la Biblia como la palabra de Dios, sino a llevarlos a la fe en Cristo como su Salvador personal del pecado. Luego, será cosa fácil llevarlos también a creer en la Biblia como la palabra de Dios. Es que aceptar la Biblia como la palabra de Dios es una cuestión de fe. No hay evidencias o pruebas racionales que nos lleven a creerlo. Lo creemos por el testimonio de la Biblia acerca de ella misma. Eso, empero, no quiere decir que no haya ninguna clase de pruebas extra-bíblicas para ello. Pero, aunque hubiere pruebas extra-bíblicas, no lo creemos por eso sino porque la Biblia así lo dice. Pero esa fe es obra del Espíritu de Dios, y es posible tener esa fe sólo cuando seamos hijos de Dios por la fe en Cristo como nuestro Salvador personal del pecado como lo vimos de lo

que Jesús le dijera a los judíos en Juan 8.

Finalmente, en relación a la historia de la doctrina de la inspiración de la Biblia, podría mencionarse todavía lo siguiente. Muchos califican a Calvino como el creador de la así llamada antigua teoría de la inspiración. Sin embargo, Calvino afirma que a veces los evangelistas citan erróneamente el Antiguo Testamento, y así les atribuye errores. Eso no coincide con lo anterior. Además, si defiende la inspiración de la Biblia, ¿cómo es que niega entonces las doctrinas bíblicas de la gracia universal y de los medios de gracia? Según enseñanza calvinista, el propósito de la Biblia no es llevar a los seres humanos a la fe salvadora y a la salvación eterna, sino a endurecer a la mayoría de los seres humanos. ¿Qué valor tiene entonces todavía creer en la Biblia como palabra inspirada de Dios? Laudable es que defiendan la inspiración de la Biblia, pero eso debiera evidenciarse también en las enseñanzas. Y lo mismo debiera decirse de cuantos por un lado enseñan que la Biblia es la palabra inspirada de Dios pero por otro lado siguen profesando doctrinas contrarias a ella.

Tradicionalmente la Iglesia Católica Romana ha sido considerada como conservadora en cuanto a la doctrina de la inspiración de la Biblia. Y es cierto, así fue. Incorporó afirmaciones de tal sentido en sus documentos confesionales. Sin embargo, ha habido teólogos en esa Iglesia que restringieron la inspiración a los misterios de la fe o a las cosas principales, y para lo demás sólo admiten una prevención del error. Otros han ido aún más lejos y expresamente reconocen la posibilidad que la Biblia tenga errores. Hoy en día muchas de sus eminencias están prácticamente a la vanguardia de los que desechan la enseñanza de la inspiración de la Biblia. Además, aunque es cierto que la Iglesia Católica Romana en sus confesiones profesa la enseñanza de la inspiración bíblica, en la práctica en realidad la anula al determinar que el papa es el intérprete auténtico de la misma y el que define la doctrina a creer. O sea, el papa, no la Biblia, es el que determina la doctrina a creer. ¿Qué valor práctico tiene entonces todavía profesar que la Biblia es la palabra inspirada de Dios?

Objeciones a la doctrina de la inspiración

Finalmente quiero referirme algo en esta lección a objeciones que se han levantado en contra de la doctrina que estamos viendo. En varias de las lecturas asignadas se trata este tema desde varios ángulos, y por eso no repetiré lo que ya pueden ver allí, pero me parece importante que enfatice algunos puntos allí tratados, y a eso me dedicaré a continuación.

A manera general quisiera observar que cuando se consideran las objeciones que se levantan contra la doctrina de la inspiración de la Biblia, se evidencia claramente de que se procede desde una premisa equivocada, esto es, la premisa de que la Biblia no puede ser la palabra inspirada de Dios y, por eso, se buscan objeciones que apoyen esa premisa, en lugar de proceder al revés, es decir, desde la premisa de que la Biblia es la palabra inspirada de Dios y que entonces se trate seriamente de hallar una solución a las distintas dificultades que se podrían tener con el texto bíblico. Si se tiene realmente la voluntad de hallar una solución bíblica a las objeciones que se levantan contra la doctrina de la inspiración de la Biblia, se verá que éstas se desvanecen. Y creo que es justo y que la Biblia merece que se le dé esa oportunidad.

Pero más aún, la premisa equivocada que se asume es evidencia de un mal mayor, del mal de que

uno asuma la función de juez de la Sagrada Escritura. Y ningún ser humano puede ponerse de juez de la Biblia. Debe creerla y no juzgarla. Al hacerlo se hace pasible del juicio pronunciado por Jesús en Mateo 11:25: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños.”

Lógicamente, después de oír estas observaciones mías, Ustedes se dirán que me será imposible presentarles una posición imparcial y equitativa de los argumentos y las razones de los objetores. Así es. Tienen razón. Yo ya tengo un prejuicio contra las objeciones, y por eso me es imposible presentárselas de manera imparcial. Con eso no quiero decir que sencillamente ignoro o desecho las objeciones. Tampoco quiero insinuar que Uds. lo hagan. No. Algunas de las objeciones son serias y constituyen verdaderas dificultades, de modo que debemos darles debida consideración. Muchas veces nos veremos enfrentados a personas que están luchando verdaderamente con estas objeciones y para poder ayudarles es bueno que sepamos responder debidamente a sus dudas. Pero claro la perspectiva desde la cual tratamos estas objeciones es distinta a la de aquellos que asumen una posición crítica para con la Biblia.

Pero hay otro detalle que debo recalcar. Si verdaderamente queremos considerar las objeciones se requiere bastante tiempo y espacio para ello, mucho más tiempo y espacio del que podemos concederle aquí. Aquí, en el mejor de los casos, sólo podremos verlas y considerarlas superficialmente. Y eso en realidad ayuda muy poco. Por eso, en cuanto puedan, sería bueno que lean algún libro especializado que trata el asunto desde la perspectiva cristiana.

Veamos ahora una que otra de esas objeciones. Una de ellas se basa en el hecho de que no se tiene el original de ninguno de los libros de la Biblia, sólo copias, entre las cuales hay variantes, de modo que a veces es verdaderamente difícil determinar el texto original dado por inspiración. El argumento que se usa básicamente dice: ¿De qué nos sirve creer en la inspiración de la Biblia, o en un texto inspirado, si no se tiene la seguridad de tener ese texto inspirado? Pero al argumentar de esa manera en realidad se exagera la dificultad de las variantes en las copias que se tienen. Hay variantes, es cierto, no se puede discutir. Pero pese a ello se puede tener la seguridad de tener el texto bíblico. Y tenemos esa seguridad de doble manera.

La tenemos primera a priori, esto es, por promesa divina, antes de toda investigación humana. Por ejemplo, en Juan 8:31-32, Jesús exhorta a todos sus seguidores a permanecer en su palabra; si nos exhorta a ello quiere decir que su palabra, la de los apóstoles y evangelistas, ha de estar hasta el fin de los siglos. En Mateo 28:20, Jesús ordena a su iglesia a enseñar hasta el fin de los siglos todo lo que le ha enseñado; si ordena eso nos indica al mismo tiempo que toda su enseñanza va a estar a disposición de los suyos hasta el fin de los siglos. En Juan 10:35 dice que la Escritura no puede ser quebrantada y en Lucas 16:17 que ni una tilde de la ley se frustrará y de esa manera nos promete Dios que el texto bíblico permanecerá intacto a pesar de las variantes de las diversas copias.

Pero tenemos esa seguridad también segunda a posteriori, esto es, después de investigación científica. Se puede constatar por medio de la investigación que, aunque hay muchas variantes, ellas no han producido ni el más mínimo cambio en la enseñanza cristiana. La mayoría de las variantes simplemente carecen de importancia. Así por ejemplo, dicen que sólo en el Nuevo Testamento hay como 150.000 variantes, de las cuales sólo 7.500 son de alguna importancia,

pero que ninguna de ellas cambia algo en la Escritura. Otro dato interesante resulta comparando el texto griego del Nuevo Testamento elaborado críticamente en base a los miles de manuscritos encontrados en los últimos siglos, con el así llamado *textus receptus*, esto es, el texto griego del Nuevo Testamento aceptado en el siglo XVI, antes de que se comenzara con el análisis crítico del mismo. Comparando esos dos textos griegos se verá que las muchas variantes que se han encontrado entretanto, no han afectado ni en lo más mínimo enseñanza cristiana alguna. Como ven, la objeción de las variantes carece de fuerza.

Otra objeción a la que quisiera referirme brevemente es la de las supuestas contradicciones en la Biblia como también la de que, en general, contiene afirmaciones erróneas. En cuanto a las supuestas contradicciones en la Biblia, no puedo entrar en detalles ya que se trata de un tema amplísimo, pero brevemente quisiera resumir lo que opino al respecto: En la gran mayoría de los casos está la posibilidad de una solución con sólo tener un poco de buena voluntad, y esa posibilidad de solución debe ser suficiente a todo ser humano normal. Y en caso de que no se vislumbre la posibilidad de una solución, entonces como cristianos debemos dejar el asunto en suspenso, pues creemos en la infalibilidad de la Biblia ya que es la palabra de Dios y no queremos pecar de soberbios, de anteponer nuestro criterio al de Dios. Esa fue la posición asumida por Lutero en incontables ocasiones, también ante afirmaciones históricas, científicas, etc., aparentemente erróneas. Y en realidad es la única posición propia de un creyente.

Todo este asunto de las contradicciones y errores en la Biblia es un capítulo amplísimo. Por eso ni siquiera entro en detalles. Pero si gustan leer más al respecto les recomendaría el libro: *Does the Bible contradict itself?* escrito por el Dr. Wm. Arndt.

Finalmente quiero referirme brevemente a otra de las objeciones que se han dirigido contra la inspiración divina de la Biblia. Me refiero a la objeción de que la Biblia refiere muchas escenas indignas de Dios y que, por eso, mal puede ser su palabra. Las escenas a las que se refieren son sucesos triviales de carácter doméstico, las imperfecciones, los engaños, la poligamia y hasta la inmoralidad de numerosos personajes importantes de la Biblia como Noé, Abraham, Jacob, Elí, David, Salomón, la poligamia que imperaba entre los israelitas, la terrible corrupción moral que prevalecía en determinados tiempos en Israel, etc. Pero el hecho de que la Biblia informe de manera fiel las cosas que en verdad sucedieron en realidad no puede tomarse como una objeción en contra de la inspiración divina de la Biblia. Si ella aprobara o hasta perdonara tales hechos o condiciones, entonces lógicamente sería diferente la situación, pero eso no lo hace.

Como observan, he tratado este asunto de manera muy general recalcando sólo algunos puntos que creía importantes. Asumo, y por eso insisto que lean las lecturas asignadas. De no hacerlo, carecerán de mucha información que deben tener para asumir una posición correcta al respecto.

Lección 9

EL CANON de la SAGRADA ESCRITURA

La Biblia se presenta a sus lectores como algo conocido. Jesús la llama “las Escrituras” (Juan 5:39) y San Pablo la denomina “la palabra de Dios” (Romanos 3:2), y nadie en los tiempos bíblicos ignoraba qué se entendía con ello. Ambas expresiones además tienen delante de sí el artículo definido lo cual las hace aún más expresivas. Las dos expresiones se refieren a la Biblia de los judíos, es decir, nuestro Antiguo Testamento. Pero la Biblia también se expresa con respecto al Nuevo Testamento (1 Pedro 1:25 y 1 Corintios 14:37) de una manera que todos entendían a qué se estaban refiriendo.

Desde hace muchísimo tiempo, para ser más preciso, desde ya antes del exilio, los teólogos judíos comenzaron a juntar y ordenar sus libros religiosos. Este trabajo fue mejorado por Nehemías y completado por Esdras y la Gran Sinagoga probablemente en el tiempo de los Macabeos. En cuanto a los libros del Nuevo Testamento se dice que fueron coleccionados por el apóstol Juan. Hay evidencias de que fueron colocados a la par de los del Antiguo Testamento ya en el segundo siglo de la era cristiana y de que fueron aceptados de manera general y con pocas variantes en el siglo tercero. De modo que cuando el Concilio de Cartago (397) declaró que sólo los 27 libros neotestamentarios debían ser recibidos como canónicos, no determinó algo nuevo sino sólo confirmó un uso ya existente en las iglesias. Sería bueno que repasaran en relación con este tema lo que estudiaron en el curso de Introducción al Nuevo Testamento I, las páginas 38 a 44 del texto.

Los libros así acreditados componían el canon de la Biblia y fueron llamados los libros canónicos del Antiguo y del Nuevo Testamento. La palabra canon aparece en la Biblia (Gálatas 6:16 y Filipenses 3:16) en el sentido de regla o norma moral, y así es como después empezó a denominarse canon o canónica cualquier ordenanza eclesiástica, como las leyes canónicas en la Iglesia Católica Romana, a diferencia de las ordenanzas civiles que se denominaban leyes. Pero aplicado a los libros bíblicos, el término canon significaba el catálogo o la lista de libros que fueron reconocidos por la Iglesia como teniendo autoridad y de ser santos y divinos, y que fueron considerados dignos de ser leídos en los oficios públicos ya sea de los judíos como de los cristianos.

De los libros canónicos de la Biblia la Iglesia ortodoxa siempre ha distinguido otros que no se equiparaban a aquellos. Se trataba de libros de origen dudoso y por eso se dudaba de su autoridad. Debido a ello se los llamaba libros apócrifos que significa escondidos. Aun cuando se trataba de libros muy estimados a causa de su contenido piadoso o su valor histórico, no se los colocaba a la par de los libros canónicos de la Biblia, hasta que la Iglesia Romana, que siempre había tenido esos libros en su Biblia latina, la Vulgata, los declaró canónicos en el Concilio de Trento (1546), y por eso esos libros aparecen y aparecerán en las diversas Biblias católicorromanas. La Iglesia Ortodoxa Oriental titubeó sobre el paso a dar en cuanto a eso, pero finalmente en el sínodo de Jerusalén (1672) tomó la misma posición que la Iglesia Católica Romana. Las iglesias protestantes sostienen que los libros apócrifos del Antiguo Testamento carecen de autoridad canónica y que contienen errores pero, en general, piensan que pueden ser libros útiles e instructivos. Por eso es posible que aparezcan en alguna esporádica edición bíblica

de origen protestante, pero en general se los ha excluido de la Biblia y se los imprime en forma separada, para así evitar confusiones ya que son libros que de ninguna manera pueden equipararse a los libros canónicos. Para ver las razones por las cuales no aceptamos los libros apócrifos del Antiguo Testamento léase, por favor, lo que escribe J. Grau en su libro, *“Introducción a la teología”*, pp. 226-234.

En realidad ninguna Iglesia tiene el derecho de crear o de establecer el canon bíblico, pero la Iglesia Católica Romana, al hacer eso, fue consecuente con su principio de que la Iglesia tiene autoridad sobre la Biblia y que la Biblia no tiene ninguna sobre la Iglesia. Nosotros sostenemos lo contrario, esto es, la Iglesia no tiene autoridad alguna sobre la Biblia pero ésta tiene autoridad sobre la Iglesia. Por eso al formular la Iglesia Primitiva el canon bíblico no asumió un rol activo sino pasivo. Ella no creó el canon determinando ciertos criterios en base a los cuales declararía como auténticos y canónicos los libros que llenaran esas condiciones y rechazaría los demás. No. Ella sólo asumió un rol pasivo. Ella sólo sirvió como la comunidad en la cual los libros sagrados se evidenciaban como auténticos por medio del poder que tenían al convencer a los oyentes de que eran la palabra de Dios. Dios guio a su Iglesia a reconocer y conservar ciertos escritos como su palabra porque hablaban con autoridad profética y apostólica y eran portadores del poder divino al llevar a seres humanos al arrepentimiento y a la fe en el Cristo de quien daban testimonio. Así un libro no llegó a ser canónico porque la Iglesia así lo determinó, sino la Iglesia lo aceptó como canónico porque el libro era auténtico y se había evidenciado ante la Iglesia como un libro inspirado, profético o apostólico. La Iglesia no tenía otro remedio que aceptarlo como un libro canónico ante las evidencias tan concluyentes.

¿Cuáles eran esas evidencias? Con respecto al canon del Antiguo Testamento eran el testimonio de la iglesia judía y el testimonio de Jesucristo y de sus apóstoles. Con razón han dicho teólogos cristianos de todos los tiempos: Si los judíos se hubieran equivocado en cuanto a su canon o lo hubieran falsificado, entonces Jesucristo no se habría referido tan incondicionalmente y sin limitación alguna a las escrituras en manos de los judíos y a su inviolabilidad, como lo hizo en tantas ocasiones (Lucas 16:29, 24:44; Juan 5:39; 10:35). Ese testimonio, en cambio, falta para los libros apócrifos del Antiguo Testamento. Ni la iglesia judía, ni nuestro Señor Jesucristo los reconocen como canónicos.

Y, ¿cuáles eran las evidencias en cuanto al Nuevo Testamento? Una era lo que llamaría la apostolicidad, o sea, el hecho de que era un libro escrito por un apóstol de Jesucristo o una persona íntimamente allegada a un apóstol, de manera que gozaba de la aprobación apostólica. Sin duda, en el plan de Jesús sus discípulos serían sus portavoces. Ellos hablarían en su nombre. Por eso, en su oración sacerdotal, Jesús ora por los que creerían en él “por la palabra de ellos” (Juan 17:20). Y eso se refiere también a su palabra escrita, la que escribieron por inspiración divina. Por eso, según lo testifica la historia, se leían esos libros escritos por ellos, en los oficios religiosos. Los fieles oían esas palabras como palabras de Jesús dirigidas a ellos a través de sus apóstoles. Además, los mismos apóstoles cuidaban que no se leyeran escritos de otros que se querían pasar como escritos de ellos. Por eso se ve que San Pablo en algunas de sus epístolas expresamente indica que él la ha escrito con su propia mano, y que advierte a los tesalonicenses, que no se dejen mover y conturbar “ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra” (2 Tesalonicenses 2:2). Hay evidencia bíblica de que para ello ya en los tiempos apostólicos se comenzó con una colección de escritos apostólicos (2 Pedro 3:15-16). Y Juan,

durante su larga vida, pudo vigilar especialmente que no se infiltrara nada falso. Y lógicamente con algo falso en el sentido apostólico no me refiero sólo a escritos sino también a doctrinas, o sea, escritos que contenían doctrinas contrarias a las transmitidas.

Pero había otra evidencia más todavía que imponía esos libros como canónicos. Y esa evidencia era el poder que esos libros demostraban en las vidas de sus oyentes. El autor de la epístola a los Hebreos describe esos libros como una palabra “viva y eficaz y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12). Esa palabra llevaba a los oyentes al arrepentimiento y a la fe salvadora en Jesucristo, y creaba nueva vida espiritual en ellos. Los llevaba de la muerte a la vida. Esos libros tenían lo que nuestros teólogos llaman el testimonio interno del Espíritu Santo. El Espíritu Santo trabajaba y se manifestaba a través de ellos. Ningún ser humano, ninguna autoridad humana o eclesiástica dio o podía dar ese poder a esos libros, o dársela a libros que no la tenían. Dios mismo se lo dio y efectuaba eso a través de ellos. Esa era la otra evidencia que imponía esos libros como canónicos a la primitiva Iglesia Cristiana. Y esa evidencia sigue todavía hasta el día de hoy.

Así, progresivamente, la primitiva Iglesia Cristiana iba teniendo su canon de libros neotestamentarios, además de los vetotestamentarios, esto es, los libros que se habían impuesto como libros de Dios para ellos. Pero en el siglo II diversos movimientos heréticos, los gnósticos, los montanistas y especialmente los marcionitas, quienes desechaban numerosos de los libros canónicos o abusaban de pasajes de ellos, obligaron a la primitiva Iglesia Cristiana a reconsiderar la canonicidad de los libros que hasta ese momento habían sido considerados como tales pero que ahora eran atacados.

Este proceso de investigación duró alrededor de doscientos años. En el transcurso del mismo se originaron los términos “homologumena”, esto es, libros aceptados por todos, y “antilegomena”, es decir, libros cuya canonicidad es discutida por algunos. También se habló de un tercer grupo, libros espúrios, esto es, libros que no pertenecían al canon. El historiador Eusebio especialmente usó esos términos, pero otros como Atanasio prescindieron de esa clasificación. Finalmente en el Concilio de Cartago (397) se reconocieron como canónicos los 27 libros que tenemos ahora en el Nuevo Testamento. Pero es importante ver cómo encaró la primitiva Iglesia Cristiana ese problema y qué hizo para resolverlo. No creó un Nuevo Testamento. No creó el canon. Más bien, en respuesta a los ataques, revió con mayor intensidad las evidencias por las cuales había aceptado como canónicos los escritos apostólicos que hasta entonces se habían reconocido como tales y se habían usado como autoritativos. Lógicamente, por algún tiempo había algo de incertidumbre respecto de algunos de los libros, pero lo sorprendente fue que para la gran mayoría de ellos no había duda alguna, había un admirable consenso respecto de su apostolicidad y, por ende, también en cuanto a su canonicidad.

Hasta hoy en día todavía se habla de libros homologumena y antilegomena porque es un hecho incontrovertible que para la gran mayoría de ellos había un consenso unánime pero que con respecto de algunos de ellos se habían expresado dudas. Esos libros eran la epístola a los Hebreos, la segunda epístola de Pedro, la segunda y tercera epístola de Juan, la epístola de Santiago, la epístola de Judas y el Apocalipsis. Muchas veces ocurre que estudiantes se sienten incómodos con el hecho de que no todos los libros del canon neotestamentario hayan gozado de

unánime aprobación. También los incomoda que Lutero y algunos teólogos del período de la Reforma hayan expresado sus grandes dudas en relación a los libros antilegomena. Pero en realidad no debieran incomodarse. Claro sería preferible que no hubiera libros antilegomena, pero los hay; sin embargo, como dice el documento, “*The Inspiration of Scripture*” de nuestro Sínodo (p.18) aunque era cuestionada la autenticidad de algunos escritos, ellos han conservado su lugar en el canon, y la distinción entre escritos aceptados universalmente y escritos no aceptados universalmente ya no es más un tema candente o un asunto de mayor preocupación para la iglesia de hoy en día. La misma reacción de Lutero y de teólogos contemporáneos es explicable si se tiene en cuenta la poca documentación histórica de que disponían. Gracias al descubrimiento de algunos documentos antiguos y a la cuidadosa investigación de entendidos en la materia, se tiene hoy en día una visión mucho más perfecta de la primitiva Iglesia Cristiana, incluso de la era postapostólica, esto es, el siglo segundo, que la que tenían los estudiantes de historia en los tiempos de Lutero.

La autoridad divina de la Sagrada Escritura

La autoridad de la Sagrada Escritura es algo que fluye de lo que hemos visto hasta ahora, esto es, del hecho de que ella es la palabra inspirada por Dios y de que en ella tenemos los libros inspirados por Dios y no otros. Porque ella es la palabra inspirada por Dios, por eso ella también tiene la autoridad de Dios, y tenemos que creer todo lo que ella enseña y hacer todo lo que ella dice, como si Dios mismo lo dijera. Esa era la actitud que asumieron Jesucristo y los apóstoles para con el Antiguo Testamento, y esa es la actitud que Jesucristo y los apóstoles exigen para con su palabra en el Nuevo Testamento. El que desecha la Sagrada Escritura o tan sólo la crítica, ofende a la majestad divina. Por eso pronuncia Jesucristo la seria advertencia: “La palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero” (Juan 12:48).

Enseñamos que la autoridad de la Biblia es absoluta. Sostenemos que es absoluta porque no depende de nada ni de nadie para ello. No depende de la autoridad que hayan tenido los que la escribieron o del apoyo que la Biblia haya recibido y aun recibe de individuos, de eminencias, de autoridades o de iglesias enteras. Ella tiene autoridad aunque nadie la apoye. Tiene su autoridad de Dios porque es su palabra, la palabra inspirada por Dios.

Pero, ¿cómo llegamos a reconocer nosotros, seres humanos, esa autoridad divina de la Sagrada Escritura? o ¿cómo llega a ser ella eso para nosotros? Para ello debemos distinguir entre fe divina, esto es, certidumbre cristiana, y fe humana, esto es, certidumbre natural o científica. Para entender algo de la problemática sería bueno que nos preguntáramos: ¿Tiene la Biblia autoridad para mí? ¿Qué clase de autoridad? ¿Depende de algo esa autoridad? ¿De qué depende? ¿Por qué tiene autoridad? ¿Cree Usted en la Biblia porque así le enseñaron sus padres, o su pastor, o en su iglesia? ¿Cree Usted en la Biblia porque lo que ella dice ha sido confirmado por la historia, o por documentos antiguos, o por hallazgos arqueológicos? ¿Cree Usted en la Biblia porque ella a través de los tiempos ha demostrado ser un libro superior, cuyas profecías se cumplieron al pie de la letra y que se ha conservado a pesar de todas las persecuciones de que fue objeto? ¿Cree Usted en la Biblia por la victoriosa diseminación de su mensaje evangélico por todo el mundo a pesar de toda la oposición que sufrió, o por el efecto transformador que su mensaje ha ejercido en individuos y pueblos enteros? Todas estas son buenas razones, pues demuestran el origen divino de la Biblia, de modo que el ser humano aun desde un punto vista racional no puede

menos que reconocer que es más lógico reconocer la divinidad de la Biblia que rechazarla. Pero si Usted reconoce la autoridad divina de la Biblia por estas u otras razones similares, entonces Usted tiene una fe humana o una certidumbre natural o científica. Y no es que estoy despreciando esa fe humana. No. Es buena. Pero debemos aclarar las cosas y reconocer las limitaciones de esa fe humana.

La fe humana y los argumentos en los que se basa son buenos, como dije. Hasta Jesús y los apóstoles se sirvieron de ellos. Sirven para desbaratar juicios negativos de incrédulos relacionados con la Biblia y para ayudar a combatir las dudas que aun surgen en los creyentes. Sirven para despertar interés en la Biblia en incrédulos de modo que entonces la lean y escuchen y así, por obra del Espíritu Santo a través de ella, hasta lleguen a la fe salvadora. Pero no cometamos el error de pensar que tenemos que usar argumentos racionales para que la Biblia sea creíble. No. La Biblia no necesita de nuestros argumentos, porque tanto para su contenido como para cada afirmación suya, ella se vale por sí sola. No depende de nada ni de nadie.

Además la fe humana, mejor dicho, los argumentos en los que se basa, tienen otra limitación. Nadie puede llegar a ser un cristiano o un creyente por esa vía. La única vía por la cual, hasta el día final, alguien puede llegar a ser un cristiano o un creyente es que sienta el juicio condenador de Dios que la Ley divina en la Biblia pronuncia sobre él a causa de sus pecados y que luego crea que Dios, por los méritos de Cristo, le perdona todos esos pecados según la promesa de Dios en la Biblia. Sólo cuando por esta vía alguien ha llegado a ser un cristiano o un creyente y el Espíritu Santo habita en su corazón por la fe en el perdón de sus pecados, sólo entonces tiene la fe divina o la certidumbre cristiana. Sólo entonces reconoce a la Biblia como la Palabra de Dios, tiene el testimonio interno del Espíritu Santo de la divinidad de la Biblia y ésta adquiere autoridad absoluta para él.

O sea, en la fe divina o certidumbre cristiana la Biblia se legitima o autentica a sí misma. ¿Cómo ocurre esto? Esto ocurre cuando la Biblia sola, sin la ayuda de prueba humana alguna, con la sola operación del Espíritu Santo que actúa en ella, crea en los seres humanos la fe en ella, de manera que la reconozcan como la Palabra de Dios. Eso lo enseña San Pablo en 1 Corintios 2:4-5 cuando dice: “Ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.” San Pablo quiere que los corintios recuerden cómo llegaron a la fe en la predicación divina que recibieron de él. Para ello les dice primero algo en sentido negativo, esto es, les dice que ni su palabra ni su predicación había sido hecha con palabras persuasivas de humana sabiduría, es decir, les recuerda que se abstuvo de toda demostración humana o racional en apoyo de lo que les decía. Después les dice algo en sentido positivo, esto es, les recuerda que su palabra y predicación fue con demostración del Espíritu y de poder, es decir, por medio de su palabra y predicación el Espíritu Santo manifestó su poder al convertir a los corintios. Finalmente indica San Pablo el objetivo de todo ello, porque él se valió de esta metodología; dice: “Para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.”

Todo esto es sumamente importante pero suena algo difícil, y por eso trataré de explicarlo otra vez algo diferente. La fe divina o certidumbre cristiana es la fe en las promesas de Dios en la Biblia producida en el creyente por obra del Espíritu Santo a través de la palabra. El Espíritu

Santo no se sirve de otro medio para ello, sino sólo de la Palabra. De modo que la Palabra por un lado le dice lo qué ha de creer pero por otro lado también le da la fe para creer eso lo que ella enseña. Pero ese hecho de que el Espíritu Santo a través de la Palabra crea la fe en el creyente, esa fe que tiene su asiento dentro del creyente, en su espíritu, eso demuestra a su espíritu la autoridad absoluta de la Palabra, dado que ella sola lo hace, sin necesidad de ayuda alguna. Y esa fe obrada sólo por el Espíritu Santo a través de la Palabra es lo que llamamos fe divina. Y dado que el Espíritu Santo obra eso dentro del creyente los teólogos lo llaman el testimonio interno del Espíritu Santo. Pero como la Biblia produce eso por si sola, ella así demuestra ser la palabra de Dios con autoridad absoluta.

Esta verdad de que estamos seguros de la divinidad de la Biblia por el testimonio de la Biblia misma es de tremendo valor práctico. Si a un creyente le vienen dudas acerca de la divinidad de la Biblia, entonces debe recurrir a ella, debe leerla, oírla y meditar en ella y así dejar que ella actúe sobre su espíritu. Entonces por el testimonio de la Biblia misma, por el testimonio interno del Espíritu Santo desaparecerán las dudas.

Lógicamente no faltan los que critican esta enseñanza. Todos los que de una o de otra manera se desligan de la Biblia como última instancia de su enseñanza, insisten que estamos actuando acá en un círculo vicioso, cuando creemos en la autoridad bíblica por el testimonio del Espíritu Santo y cuando creemos en el testimonio del Espíritu Santo por la autoridad bíblica. Pero realmente no es así, sino se usa un argumento que procede del efecto a la causa. ¿Cómo podemos saber si una manzana es rica si no la probamos? Así también ¿cómo podemos creer en la autoridad bíblica sino por el testimonio del Espíritu Santo? y ¿cómo podemos creer en el testimonio del Espíritu Santo sino por la autoridad bíblica? Si se suprimen las reglas de causa y efecto, todo se vuelve dudoso.

Y ya que hemos visto de fe humana y fe divina posiblemente sería bueno considerar ahora la pregunta de cómo podemos saber si nuestra fe es humana o divina. Quiero presentarles cuatro sencillas reglas que les pueden servir de guía. No tienen fe divina todos los que: a) Sostienen puntos contrarios a los profesados por la Biblia; b) Sostienen puntos basados en la razón o en alguna autoridad humana; y c) Rechazan la expiación vicaria de Jesucristo ya que la fe divina está centrada en la cruz de Cristo. Finalmente d) tienen fe divina todos los que creen como verdad divina lo que dice la Biblia porque ella lo dice.

Hay personas que piensan tener fe divina recién cuando la sienten o experimentan de alguna manera especial en su vida. Y es cierto, hay momentos en los que uno siente o experimenta de modo especial la fe; momentos en los que uno se siente tan lleno, tan exaltado, tan arrebatado, tan seguro por la fe que casi no se lo puede describir. Pero no pensemos que tenemos fe sólo o recién en esos momentos supremos. La fe divina la tenemos cuando el Espíritu Santo la crea en nuestros corazones, la sintamos o experimentemos o no. El que la sintamos o experimentemos es más bien un fruto o efecto de la fe pero no la fe misma. Es lo que denominan los teólogos el testimonio externo del Espíritu Santo.

Todo lo que hemos visto hasta ahora en este capítulo de la autoridad de la Sagrada Escritura tenía que ver con lo que llamamos la autoridad causativa de la Biblia, porque está relacionada con la autoridad o el poder de ella para causar o producir la fe en el corazón humano. Pero

podemos hablar todavía de otra autoridad de la Biblia, la que denominamos la autoridad normativa de ella. ¿Qué se entiende con ello? Como lo indica el nombre se entiende con ello la autoridad de la Biblia como norma o regla de fe y vida, como definidor de lo que se ha de creer y cómo se ha de vivir. En tal sentido ella ejerce tanto una función directiva como también correctiva, es el juez en todas las controversias, y podríamos añadir que es el único juez, ya que fuera de la Escritura no existe otra regla infalible para los asuntos de fe y vida.

Nosotros creemos en base a la Biblia que ella ejerce la función de juez en controversias debido a la autoridad absoluta que tiene. Tanto la Iglesia Católica Romana como todos los teólogos que desechan la Biblia como última instancia de su enseñanza, niegan la función de la Biblia como juez en controversias. Y es comprensible eso desde su punto de vista, pero no es bíblico. Tanto Jesucristo como los apóstoles usaban la Biblia para definir asuntos de fe y vida y exhortaban a los demás a hacer lo mismo. Hay numerosos pasajes bíblicos que podría citar para ello pero me limitaré a unos pocos. En 2 Timoteo 3:16, San Pablo, después de decir que toda la Escritura es inspirada por Dios, sigue explicando el para qué de ello diciendo que ella es “útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.” Creo que es bien claro. Y San Pedro escribe en su primera epístola: “Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios” (1 Pedro 4:11). No tenemos la libertad de hablar como lo queremos o sentimos. Por eso escribe San Pablo a los romanos: “Os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos” (Romanos 16:17). La enseñanza correcta de la Biblia es cosa seria para Pablo. Finalmente San Pablo también nos presenta el ejemplo de los de Berea porque escudriñaban “cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hechos 17:11).

Pero, ¿cómo puede la Biblia realizar la función de juez en controversias ya que ella como libro que es no habla? El Dr. J. T. Mueller en su libro “*Doctrina Cristiana*” presenta para ello dos reglas con las que me identifiqué totalmente. Dice: Primero, hay que determinar el punto en controversia, y segundo, hay que exponer ese punto en controversia a la luz de todos los pasajes bíblicos que hablen de ello, para que así se pueda ver qué enseña la Biblia al respecto. Es imprescindible observar estrictamente las dos reglas apuntadas y en el orden indicado, pues entonces, y sólo entonces, la Biblia realmente podrá actuar de juez en controversia. Entonces ella no será un libro mudo como la llaman los católicorromanos, sino un juez que habla, dirige y corrige. Por eso han dicho con justa razón nuestros dogmáticos: La Sagrada Escritura jamás es muda, excepto donde se la prohíbe hablar.

Y lamentablemente muchas veces se la prohíbe hablar o se la hace hablar otra cosa de lo que ella en realidad quiere hablar. Se la prohíbe hablar cuando no se la escucha o no se la sigue y cuando, en lugar de ella, se escucha y sigue a otros, como ser, nuestros sentimientos, nuestras experiencias, nuestros razonamientos, los dictados de la Iglesia o del Papa, etc. La lista es inmensa. Y se la hace hablar otra cosa de lo que ella en realidad quiere hablar de muchas maneras también, cuando se usa la Biblia pero se la interpreta erróneamente, debido a que se aplican erróneas reglas de interpretación, o no se usa la analogía de la fe, o se la acomoda a ciertos conceptos arraigados en su mente o tradición o Iglesia, o porque se usan equivocadamente la lógica, la gramática, etc. No es raro encontrarse con alguien que sinceramente cree su religión y al ver cierto pasaje bíblico, en seguida lo entiende en el sentido

de su religión, aunque sea erróneo. Hace decir a la Biblia algo que no dice. Tenemos que cuidarnos constantemente de no hacer decir a la Biblia algo que en realidad ella no dice.

Nuestra Iglesia sostiene que creemos, enseñamos y confesamos sólo lo que la Biblia enseña. Eso realmente es nuestro objetivo. Debido a ello hablamos de la Biblia como la norma normans o la norma primaria, es decir, como la norma por la cual ha de regirse todo, la norma que debe regular todo. Nada ni nadie puede tomar el lugar de ella o tan sólo equipararse a ella. Tampoco las confesiones de la Iglesia. Estas ocupan un lugar de segundo orden. Por eso también hablamos de ellas como la *norma normata* o norma secundaria, es decir, como una norma que es normada por otra y que por eso también es una norma de importancia secundaria. Para decidir sobre una determinada enseñanza, si es que es correcta o no, debe recurrirse sólo a la Biblia. Ella es la palabra decisiva. De esta manera ella funciona como juez en controversias y ella es autoridad normativa absoluta. Las confesiones son sólo la expresión de la fe de la Iglesia, su interpretación de la verdad bíblica. En el curso de la historia han surgido siempre de nuevo diversas herejías que la Iglesia ha tenido que enfrentar y frente a las cuales ha tenido que asumir una posición. Y las confesiones son justamente la expresión de la fe de la Iglesia frente a las diversas herejías que surgieron. Y una Iglesia o un teólogo, al suscribirse a nuestras confesiones luteranas, demuestra que esa es la expresión de su fe tomada de y basada en la Biblia.

Creo que con esto he tocado los puntos más importantes relacionados con los dos temas que he tratado de desarrollar en esta lección. En realidad, estos dos temas son tan amplios y habría tanto que decir al respecto que casi me parece injusto no haberles concedido más tiempo, pero la necesidad me obliga a ello. Sin embargo, para suplir lo mucho que no he dicho, espero que lean las diversas lecturas asignadas para esta lección y que tomen esta lección mía como complemento y como algo para subrayar lo que considero más importante en los dos temas. En la siguiente lección seguiremos con las restantes propiedades de la Sagrada Escritura.

Lección 10

La EFICACIA DIVINA de la SAGRADA ESCRITURA

La Sagrada Escritura no es sólo el libro que nos informa acerca de la salvación lograda por Jesucristo, sino es también el canal o instrumento a través del cual esa salvación lograda se hace efectiva en nosotros. Ella no sólo es la fuente de conocimiento, sino ante todo el medio de gracia a través del cual Dios nos da la salvación. San Pablo escribe a los tesalonicenses: “Cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes” (1 Tesalonicenses 2:13). De manera que según San Pablo la palabra de Dios “actúa” en los creyentes, Dios actúa por medio de ella. Ella no es simple palabra de hombres. Ella no ha actuado en ellos como palabra humana por la elegancia de su estilo, la seriedad de sus afirmaciones, la majestuosidad de sus pensamientos, la certeza de su fervor, la fuerza de sus argumentos, sino por lo que en verdad es, esto es, la palabra de Dios, ya que como tal ella tiene el poder sobrenatural de Dios.

En Romanos 1:16 San Pablo habla de algo parecido pero va más lejos y llama al evangelio “poder de Dios para salvación a todo aquel que cree.” El poder de Dios es uno de sus atributos esenciales. Al afirmar San Pablo que el evangelio es poder de Dios, por cierto no quiere decir que el evangelio sea ese atributo de Dios, es decir, Dios mismo, sino que tiene ese poder. Pero de esta manera indica:

- 1) Que el poder de la Sagrada Escritura es de calidad divina. Originalmente y esencialmente el poder divino lo tiene sólo Dios, pero ha sido comunicado a la Palabra de Dios como su instrumento u órgano.
- 2) Que el poder de Dios es algo indisolublemente unido a la Palabra.

La eficacia divina no es algo que debe ser dado cada vez de nuevo a la Palabra desde afuera; no es algo separable de ella o extraño o auxiliar a ella, sino algo propio y permanentemente inherente a ella; hasta también cuando no se la usa sigue teniendo esa cualidad. Dios ha hecho que la Sagrada Escritura sea continuamente un órgano de su poder en el ámbito espiritual, así como ha hecho que el sol sea continuamente un instrumento de luz y de calor para la tierra, aun cuando haya eclipses, y ha dado a la semilla el poder de germinar y crecer, poder que ella no pierde aun cuando no se la siembre. Si el Espíritu Santo debe dar poder divino de nuevo a la Palabra cada vez que ella es usada, entonces siempre cuando ella no es usada sería simplemente palabra humana. Y eso no es el caso; ella siempre es la palabra de Dios, ella siempre tiene eficacia divina, también cuando no se la usa. Pero al afirmar eso no queremos decir que ella actúa automáticamente, mecánicamente, mágicamente, como un elemento químico o el fuego. Sólo queremos afirmar que ella siempre está en posesión de esa eficacia, nunca está privada de ella, nunca es palabra muerta, así como no es muerta la mano de un ser humano que duerme.

Hay muchos, tanto antiguos como modernos, que niegan esa cualidad de la palabra. Ahí están los entusiastas, en los cuales incluiría hoy en día a todos los que se fían de revelaciones especiales que dicen haber recibido aparte de la palabra y quienes, en realidad, degradan la palabra ya que sostienen que el Espíritu Santo actúa más bien aparte de ella que por medio de ella. Ahí están los diferentes grupos reformados quienes desechan la palabra como medio de gracia. Ahí están todos

los que aplican la alta crítica a la Biblia porque para ellos ésta es nada más que palabra humana. Ahí están todos los que siguen la línea de la neoortodoxia personificada en Karl Barth y para quienes la Biblia es sólo palabra humana pero que puede llegar a ser palabra de Dios según el efecto que tenga en el ser humano.

La eficacia recién mencionada de la Sagrada Escritura no reside en las letras escritas sobre el papel o en los sonidos proyectados al hablar la palabra, sino en la idea o sentido divino expresado por tales letras o sonidos. El eunuco etíope, según Hechos 8, tenía delante de sí el escrito de Isaías, pero recién cuando se le explicó el maravilloso significado de lo que leía, fue convertido. Felipe no puso ese significado dentro de las palabras de Isaías al instruir al eunuco, sólo le mostró que estaba allí. Por eso exhorta San Pablo a los efesios a no sólo leer sino ante todo a entender la palabra, dirigiéndolos así no sólo a la palabra escrita sino a los conceptos presentados a través de esa palabra.

La eficacia de la Sagrada Escritura, empero, se realiza por medio de cierto orden, es decir, cuando se la lee, escucha, guarda y ejecuta, en otras palabras, cuando ella es usada de acuerdo a la voluntad de Dios. Entonces el Espíritu Santo hace su obra por medio de ella. Por eso dice Lutero en su Catecismo Mayor (I:101): “La eficacia de la Palabra es tal que cada vez que se la contempla, oye y usa con toda seriedad, tiene que llevar frutos y despertar siempre un nuevo entendimiento, placer y devoción, y producir un corazón puro y pensamientos puros; pues sus palabras no son inactivas o muertas, sino creadoras y vivas.” Si no se observa eso, ya sea por negligencia o por malicia o por cualquier otro motivo, entonces la Biblia no puede lograr el efecto deseado. No quiero decir que ella haya perdido su eficacia. No, la tiene todavía, pero lamentablemente esa eficacia no se puede concretar. Lo cual nos indica que debemos distinguir entre la eficacia como tal de la Biblia y la eficacia en su efecto. La primera siempre está y es una eficacia omnipotente como lo es Dios. La segunda, empero, es resistible. Esto desde siempre ha sido y todavía es la causa de muchos malentendidos, y por eso sería bueno aclarar algo más el asunto.

Es que Dios, para la obra en su reino, ha optado hacerlo no por medio de la fuerza o la violencia, sino a través de la persuasión moral e influenciando al ser humano con suficiente fuerza como para que se convierta pero nunca que sea convertido en contra de su voluntad. Es que el ser humano, frente al poder y la eficacia de la Palabra de Dios, tiene el poder de rehusarla, y de esa manera el poder de anular el propósito del Evangelio en lo que a él concierne. Pero con su rechazo no puede destruir el poder y la eficacia de la Palabra de Dios misma. Sin embargo, de esta manera parece que hubiera cierta ineficacia en la Palabra de Dios o en el Evangelio que es llamado “el poder de Dios”. Pero esa ineficacia es accidental y no se debe a alguna falta de eficacia de parte de Dios o de su palabra, sino a la perversión moral del ser humano la cual Dios, en su inescrutable sabiduría, permite que exista en el ser humano en oposición a su gracia. Un ejemplo de ello lo tenemos en los habitantes de Jerusalén a quienes Jesús llorando dice: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (Mateo 23:37). Es algo incomprensible para nuestra débil razón humano entender como el impotente ser humano puede resistir a la omnipotente Palabra de Dios, pero es algo que tiene paralelo y es aceptado en el reino de la naturaleza. Es que cuando Dios actúa a través de un medio, y en este caso se sirve de un medio, cual es la omnipotente Palabra de Dios, puede ser

resistido. En cambio, cuando actúa directamente, nadie podrá resistirle.

La proclamación de la Iglesia, por cuanto y en tanto permanezca fiel a su cometido de anunciar sólo la Palabra de Dios, también goza del poder y la eficacia divinas de la Palabra de Dios. La Iglesia no tiene ni debe tener una palabra propia. Su palabra es y debe ser sólo la Palabra de Dios. Lo mismo se puede decir de escritos de seres humanos. En tanto y por cuanto proclaman la Palabra de Dios también tienen el poder y la eficacia divinas.

El poder divino de la Sagrada Escritura consiste en que ella obra en los seres humanos cosas que están más allá de todo poder humano. La palabra de la Ley en la Sagrada Escritura tiene el poder de generar tal conocimiento de pecaminosidad en el ser humano de manera que vea su total impotencia y eterna perdición. Es cierto, por la ley escrita en sus corazones, los seres humanos tienen algún conocimiento de su pecado. Por eso también de tanto en tanto tienen una mala conciencia. Pero sólo eso. Nunca por esa vía llegan a desesperar de sí mismos y de su total perdición. Al contrario, tanto más buscan salvarse por sus propios medios. Por eso también Cristo manda predicar por todo el mundo no sólo el perdón de los pecados sino también previamente el arrepentimiento.

La palabra del Evangelio tiene el poder de generar la fe en el Evangelio en el ser humano y de asegurarle así del perdón de sus pecados. Nada en el ser humano, por más capaz o erudito que fuere, puede lograr eso. Al contrario, según 1 Corintios 1 y 2, el Cristo crucificado es tropezadero para los judíos y locura para los gentiles, porque el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios y le son locura. Y eso lo saben muy bien todos los verdaderos creyentes de todos los tiempos. Saben que creen no por su propia razón o poder sino por obra del todopoderoso Dios.

La palabra del Evangelio también tiene el poder de inscribir la Ley de Dios en el corazón humano, esto es, de transformar de tal manera el corazón humano de modo que ahora gozosamente, según el nuevo hombre creado en él, obedece y anda en la Ley de Dios. Poder y educación humanas no logran eso. Tampoco lo logra la Ley de Dios, sólo la palabra del Evangelio.

La palabra del Evangelio también tiene el poder de motivar e incentivar debidamente al creyente a que, como fruto de su fe, lleve una vida de santidad. Ningún programa y ninguna teoría humana pueden lograr eso. Lograrán que seres humanos exteriormente cumplan la letra de la Ley de Dios, pero nunca que lo hagan por amor a Dios y como un fruto de su fe en el Evangelio. Eso lo puede lograr sólo el Evangelio mismo.

La palabra del Evangelio también tiene el poder de quitar al creyente el temor de la muerte, de modo que venza sobre ella. La experiencia humana y la Biblia enseñan que ningún poder o filosofía humanas logran eso. Al contrario, la Sagrada Escritura dice que todos los seres humanos, que no han llegado a la fe, por temor a la muerte, están durante toda la vida sujetos a servidumbre. Y así podrían citarse muchos otros efectos más todavía de la eficacia divina de la Sagrada Escritura. Pero baste con los ejemplos citados.

La perfección divina, o suficiencia, de la Sagrada Escritura

Como todos muy bien sabemos, la Sagrada Escritura no es una enciclopedia que nos da información exacta y fidedigna acerca de cada tópico que se pudiera conocer o quisiera saber. La Sagrada Escritura ni siquiera nos informa acerca de todos los pensamientos y consejos de Dios, ya que hay muchas cuestiones, aun en el campo espiritual, que no son contestadas por la Biblia. Hasta el gran apóstol San Pablo, que fuera arrebatado al paraíso, donde oyera palabras indescriptibles y no sabía si en ese momento estaba en el cuerpo o fuera de él, nos dice que no le es permitido al ser humano pronunciar las palabras que oyera. Y en otra ocasión dice el mismo apóstol en relación a los consejos de Dios: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Romanos 11:33-36).

Pese a todo lo predicho, la Sagrada Escritura es totalmente suficiente para lograr el propósito para el cual ella fuera dada, por la gracia de Dios, a los seres humanos. Y el propósito para el cual ella fuera dada, según el mismo apóstol Pablo, es hacer al ser humano sabio para la salvación, ya que ella es “útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17). Además, el consuelo que Dios en su gran misericordia nos imparte en nuestras tribulaciones, él nos lo imparte a través de la Sagrada Escritura, ya que, como escribe San Pablo en Romanos 15:4: “Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras tengamos esperanza.” ¿Qué más necesitamos para nuestra eterna salvación que lo que nos ofrece la Sagrada Escritura? Sin duda alguna, ella es totalmente suficiente.

Por eso, Dios siempre de nuevo repite la advertencia de que no se le añada algo a la palabra que él nos ha encomendado y que tampoco se le quite algo. Por ej. en Deuteronomio 4:2 dice: “No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno.” Y así hay muchos otros pasajes. Por eso, cuando el hombre rico que sufría tormentos en el fuego, pidió que se enviase a sus hermanos a alguien de entre los muertos para que les testificase, la respuesta fue: No. Tienen a Moisés y a los profetas, esto es, la Sagrada Escritura. Óiganlos. Aunque la Biblia no registra todo lo que Jesucristo hiciera y dijera delante de sus discípulos, sin embargo lo que está escrito es suficiente para lograr el propósito deseado, de que creamos en Jesucristo como nuestro Salvador, y de que creyendo, tengamos vida en su nombre.

Por eso, escribe San Pablo de manera bien categórica a Timoteo: “Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad, está envanecido, nada sabe, y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, disputas necias de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia; apártate de los tales” (1 Timoteo 6:3-5). Sin duda alguna, la Sagrada Escritura es suficiente y sólo es para mal añadirle o quitarle algo a ella. Pero eso es justamente lo que se hace.

Se agregan y se ponen a la par y hasta por encima de la Biblia tradiciones humanas, revelaciones privadas, sistemas teológicos basados en principios racionales, experiencias cristianas, confesiones eclesiásticas, escritos de seres humanos, etc., etc. La Biblia no necesita de esos agregados. Mas aun, la simple idea de que el ser humano pueda producir algo que se pueda poner a la par o hasta por encima de la Biblia es algo blasfemo e inconcebible. Sin embargo, se hace. La Iglesia Católica Romana ha agregado a la Sagrada Escritura los libros apócrifos y hasta no ha titubeado en pronunciar el anatema sobre todos los que no consideran estos libros de origen humano como sagrados y bíblicos. Ha agregado la tradición y la ha puesto a la par y hasta por encima de la Escritura. Ha puesto a la Iglesia y al papa, a quienes cataloga de infalibles, por encima de la Biblia. Todo lo cual indica que para ellos la Sagrada Escritura no es suficiente, tiene que ser suplementada. Que blasfemo que seres humanos se arroguen hacer eso.

Zwinglyo asentó un principio igual de vicioso que los anteriores al afirmar que Dios no espera que creamos cosas imposibles tales como la presencia real del cuerpo y de la sangre de Cristo en la Santa Cena. Y hasta el día de hoy, siguiendo esa línea de pensar, los reformados han hecho de la razón el criterio según el cual aceptan o rechazan doctrinas claramente enseñadas en la Biblia. Otros de entre ellos enfatizan demasiado ordenanzas y tradiciones humanas y así causan divisiones. La Biblia no les es suficiente y por eso le agregan o la suplementan con éstas.

Para Schleiermacher y todos sus seguidores la Biblia tampoco es suficiente, ya que ella sólo nos informa de las experiencias que los distintos individuos han hecho con su fe, y así también nosotros debemos experimentar nuestra fe para de ello concluir lo que hemos de creer. Así suplementan o, mejor dicho, reemplazan la Sagrada Escritura con la experiencia cristiana.

Muchas agrupaciones religiosas, no sólo no cristianas sino también cristianas, se han formado alrededor de un líder que afirma haber recibido alguna revelación especial de Dios, y esas revelaciones entonces son la base de todo su actuar. De esta manera, la Sagrada Escritura queda desplazada a un lugar secundario, no les es suficiente. Lo importante y decisivo son esas revelaciones.

Para todos los que aplican la alta crítica a la Biblia con el fin de determinar en base a criterios humanos qué es verdad y que no en ella, la Sagrada Escritura no es suficiente. Criterios humanos son lo determinante y han sido puestos por encima de ella. Y así como estos breves ejemplos, se podrían citar innumerables más que demuestran todos como para tantos la Biblia no es suficiente.

Por eso, porque la Biblia es suficiente, nuestras confesiones declaran que “la Sagrada Escritura sola permanece el único juez, regla y norma según la cual, a manera de única piedra de toque, han de ser discernidas y juzgadas todas las doctrinas para determinar si son buenas o malas, verdaderas o falsas.” (FC, Ep, RN, 7)

La perspicuidad divina de la Sagrada Escritura

Según enseñanza católicarromana la Biblia es un libro oscuro que debe ser aclarado por medio de la luz que le imparte la Iglesia, esto es, el papa. Según enseñanza de los diferentes grupos entusiastas la Biblia es iluminada por la luz interna que les es suministrada directamente por

Dios. Según el concepto de la teología moderna el teólogo debe iluminar la Biblia con su experiencia y sentimiento cristiano. Todos estos conceptos acerca de la perspicuidad o claridad de la Biblia coinciden en afirmar que el ser humano debe iluminar a la Biblia. Pero según la Biblia pasa justamente lo contrario. No es el ser humano el que ilumina la Biblia, sino la Biblia la que ilumina al ser humano. Según la Biblia la perspicuidad o claridad bíblica consiste en que ella comunica claramente a los seres humanos todo lo que ellos necesitan saber para obtener la salvación eterna. Y quiero subrayar especialmente lo último que dije, esto es, de que ella es completamente clara en relación al objetivo final que persigue, cual es la salvación de los seres humanos. En cuanto a esto, en cuanto a lo que hemos de creer para nuestra eterna salvación, ella es una antorcha que alumbra, una lámpara y lumbrera para nuestro camino al cielo. En cuanto a otros áreas de conocimiento ella no pretende ser eso.

Por eso, porque la Biblia es totalmente clara, sostenemos que no necesitamos de una iglesia que interpreta para saber lo que hemos de creer, ya que la Biblia misma nos lo dice en palabras que no necesitan de interpretación. Por eso también afirmamos que la Escritura se interpreta a sí misma. Para cada doctrina hay pasajes bien claros que nos dicen lo qué hemos de creer sin necesidad de que alguien los interprete primero. Y estos pasajes claros, a su vez, proyectan luz sobre los de difícil interpretación.

Pero veamos algo más en detalle la enseñanza bíblica al respecto.

Primero: En numerosos pasajes la Biblia presupone la perspicuidad o claridad bíblica como algo natural, pues expresa en esos pasajes que todos, no sólo los instruidos, lean la Biblia y que basados en ella crean y juzguen entre la verdad y el error. Ahí está por ejemplo, el pasaje de Juan 5:39 que dice: “Escudriñad las Escrituras”, o el ejemplo de la congregación de Berea en Hechos 17 cuyos miembros “escudriñaban cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así.” Lo mismo lo atestigua el hecho de que la mayoría de las epístolas fueron dirigidas a congregaciones enteras para que fuesen leídas ante ellas.

Segundo: La Biblia no sólo presupone la perspicuidad o claridad bíblica, sino también la enseña específicamente para de esta manera poner atajo a las ideas de muchas personas e iglesias en el sentido de que la Biblia es un libro oscuro que primero debe ser aclarado. Así, por ejemplo, en 2 Pedro 1:19 ella dice de sí misma de que es “una antorcha que alumbra en lugar oscuro”, y en Salmo 119:105 de que ella “es lámpara a mis pies, y lumbrera a mi camino” y en Salmo 19:7 de que ella “hace sabio al sencillo.” Hasta los escritos de San Juan, que generalmente son catalogados por muchos como especialmente oscuros, son entendidos según 1 Juan 2:12-13 no sólo por los padres, o por los jóvenes, sino también por los hijitos.

Pero la Biblia será un libro oscuro para todos los que ignoren el idioma en que ella les es presentada o que no se familiaricen debidamente con el idioma bíblico. Así, si no tuviéramos la Biblia en español, no podríamos entenderla. Pero también tenemos que acostumbrarnos al castellano de la Biblia leyéndola frecuentemente para así familiarizarnos con ella. De esta manera la entenderemos mejor. Si los seres humanos leerían la Biblia tan frecuentemente como leen los diarios o las revistas, sin duda la entenderían mejor porque sus palabras y su manera de expresarse les sería familiar. Formaría parte de su vocabulario y lenguaje diario. Por eso también exhorta tantas veces la Biblia que la leamos, estudiemos, escudriñemos y nos ocupemos con ella.

La Biblia dice expresamente que ella es un libro con significado escondido y encubierto para todos los que toman una posición contraria para con ella, esto es, todos los que no se dejan enseñar por la Biblia sino consideran que ellos pueden y deben enseñar y juzgar a ella. Dios nos ha dado la Biblia para corregir nuestros pensamientos erróneos acerca de Dios y de cosas divinas. Pero si no nos dejamos enseñar por ella, si persistimos en nuestros conceptos, los oponemos a los conceptos bíblicos y hasta nos ponemos a juzgar la Biblia en base a ello, entonces se cumplirán en nosotros las consecuencias predichas en la Biblia, esto es, ella será y seguirá siendo para nosotros un libro oscuro y hasta ofensivo.

La Biblia también será y seguirá siendo un libro oscuro para todos los que están llenos de prejuicios para con ella o determinadas enseñanzas de ella, de manera que ni siquiera dan debida consideración y atención a lo que ella dice. Así para todos los que, por ejemplo, han asumido una posición contraria a la enseñanza bíblica de la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en la Santa Cena las palabras de Cristo: “Esto es mi cuerpo” y “esto es mi sangre” serán palabras oscuras, ya que inmediatamente les impondrán su idea de que el cuerpo y la sangre de Cristo no están realmente presentes sino sólo simbolizados o representados y así no dejarán hablar al texto bíblico y nunca llegarán a entender lo que ese texto les dice en palabras tan claras y sencillas.

Hay muchos que no creen ni aceptan la doctrina de la perspicuidad y claridad bíblica y que la combaten con muchos argumentos. Quiero referirme brevemente a algunos de ellos. Algunos sostienen que si la Biblia fuera tan clara no habría necesidad del santo ministerio. Pero el santo ministerio no fue instituido para aclarar la Biblia sino para predicar a los seres humanos el camino de la redención. Dios se preocupa seriamente de nuestra eterna salvación y por eso no sólo nos dio la Biblia para leerla sino también instituyó el santo ministerio para que nos predique y guíe en el camino de la salvación. Además dio la Biblia para que los fieles, por medio de ella, puedan ver si es que sus pastores son verdaderos o falsos, si se mantienen fiel a la palabra apostólica o no.

Otro argumento que se ha esgrimido contra la perspicuidad y claridad bíblica es el gran desacuerdo que evidentemente existe entre los teólogos en la interpretación bíblica. Pero ese desacuerdo no existe porque la Biblia no es clara sino porque no se dejan guiar sólo por la Biblia y en cambio insisten en sus propios conceptos acerca de Dios y de cosas divinas y tratan de imponer éstos a la Biblia. Si se acepta en simple fe lo que la Biblia enseña no se puede errar en cuanto a la enseñanza cristiana. Pero si se la rechaza o trata de acomodar, se tendrá camino abierto para toda clase de errores. Por eso instaba Lutero siempre de nuevo a no sustituir la Biblia con interpretaciones sino a dejar que ella sola hable.

Por eso, como dije hace un ratito, la Iglesia Luterana no basa su doctrina en interpretación alguna, ni siquiera en la de Lutero, sino sólo en el texto bíblico, mientras todos los demás, en las doctrinas en las cuales difieren de nosotros, las basan en la interpretación de alguien o en algo extrabíblico, como ser, la experiencia cristiana u otras cosas parecidas.

Especialmente se ha esgrimido contra la perspicuidad y claridad bíblica el hecho irrefutable de que la Biblia tiene muchos pasajes oscuros. No se puede discutir la existencia de tales pasajes, pero al mismo tiempo es indiscutible que en cuanto a la doctrina y la vida cristiana ella es tan

clara que realmente es una lámpara y lumbrera a nuestro pie. Pasajes oscuros o no se refieren directamente a la enseñanza cristiana o, si se refieren, es posible hallar la misma enseñanza expuesta en otros pasajes en palabras bien claras. Muchos teólogos afirman eso. Hasta San Agustín dice: “En los pasajes claros de la Escritura se encuentra todo lo necesario para la fe y vida.” Los pasajes oscuros debieran incitarnos a escudriñar tanto más las Escrituras, para admirar la insondable majestad y sabiduría divinas y encontrar el verdadero significado de esos pasajes oscuros a través de los claros.

Es interesante, en esta relación, ver la insistencia de Lutero en sostener que sin la iluminación del Espíritu Santo es imposible entender siquiera una letra de la Biblia. Pero hay que entender que Lutero distingue aquí entre el entendimiento externo que pueden tener todos los seres humanos de mente cabal, y el entendimiento espiritual o interno que sólo pueden tener los creyentes. Según Lutero cualquier incrédulo puede entender, por ejemplo, el sentido gramatical de las palabras de institución de la Santa Cena, pero para captar el sentido interno o espiritual de esas palabras se requiere un corazón que crea en Jesucristo como su Salvador.

También se ha esgrimido contra la perspicuidad y claridad bíblica el hecho de que ella contenga cosas incomprensibles para la mente humana. A lo menos en ese sentido, dicen ellos, la Biblia no es clara. Pero, en realidad, el argumento no tiene mucho sentido, ya que aun esos misterios la Biblia los explica en palabras muy claras, aunque el misterio o la doctrina en sí, como la de la Santa Trinidad, la persona de Cristo, la presencia real, etc., excede nuestra capacidad de entendimiento. Es importante que se distinga aquí entre el “que” y el “como”. El “que”, o sea, en qué consiste el misterio, eso lo explica claramente la Biblia. Pero el “como”, esto es, como es posible que esto sea así, eso no cabe a nosotros entenderlo y está más allá de nuestra capacidad de entendimiento.

Finalmente se han usado algunos pasajes bíblicos para cuestionar la perspicuidad y claridad bíblica, ante todo 2 Pedro 3:16 y 1 Corintios 13:12. Con respecto al primero de ellos quisiera agregar a lo que pueden leer sobre él en otros libros, que aquí San Pedro se remite a lo que dije en el párrafo anterior, es decir, dice que San Pablo se refiere aquí a algunos misterios de la fe y que algunos indoctos e inconstantes los tuercen, como también otras escrituras. De modo que no critica a los escritos de San Pablo, tampoco afirma que la Biblia sea oscura, sino enjuicia a los indoctos e inconstantes, quienes hacen lo dicho para su propia perdición. En cuanto al segundo pasaje quisiera recordar que no habla de la Escritura sino de nuestro conocimiento de Dios y de cosas divinas en esta vida en comparación con nuestro conocimiento de lo mismo en la eternidad. En esta vida vemos a Dios sólo en parte, como a través de un velo, lo conocemos sólo por medio del espejo de su palabra y a través de la fe en la misma. En la eternidad, en cambio, será quitado el velo y veremos a Dios cara a cara. O sea, es incorrecto usar este pasaje como hablando en contra de la perspicuidad y claridad bíblica.

De modo que no tiene fundamento la afirmación de que la Biblia es un libro oscuro, pero afirmar eso es algo muy oportuno para muchos, ya que si ella es oscura entonces necesita ser iluminada, y ¿quién hará eso sino la iglesia o seres humanos? De modo que una Biblia oscura es algo esencial para toda teología no bíblica.

Con esto doy por terminado este capítulo sobre la Sagrada Escritura. Mi mayor placer sería si he podido contribuir, siquiera en algo, para que también para Uds. la Biblia sea el fundamento inamovible de nuestra fe y que den siempre infinitas gracias a Dios por el indescriptible tesoro que Él nos ha dado con su Palabra.

Lección 11

La DOCTRINA ACERCA de DIOS

En las tres próximas lecciones queremos estudiar acerca de Dios. Es este un tema tan vasto y profundo, tratado por tantos libros y autores, analizado profundamente desde antiquísimos tiempos por muchos pensadores y presentado sencillamente por una inmensidad de creyentes, que casi no sé por dónde comenzar y qué decir además de las lecturas que les he asignado. Trataré, sin embargo, de orientarlos de alguna manera con lo que les diré. Pero tendré que limitarme a lo más esencial, ya que el tiempo no me permitirá entrar en los muchos y diversos detalles. Tampoco vale la pena invertir tiempo analizando teorías y especulaciones, ya que eso es más bien un asunto de estudios avanzados y especializados.

A Dios le conocemos sólo por lo que él nos ha revelado acerca de sí mismo. Aparte de ello no le podemos conocer, ya que vive en una luz inaccesible. Pero aun estudiando su revelación, percibimos de inmediato que con nuestra mente finita no podemos entender la infinitud de Dios. Por eso debemos emprender el estudio de Dios en humilde fe, reconociendo nuestras limitaciones y siguiendo el principio: “Si no puedes entender qué es Dios, ten cuidado de no hacer de él lo que no es.” Pero justamente eso es lo que tantas veces se ha hecho con Dios. Cada uno lo ha moldeado a su gusto.

Sabemos de Dios sólo cuanto él gusta revelarnos acerca de sí. Así cuando Moisés quería ver la gloria de Dios, le fue negado su deseo. Dios le dijo: “Verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro” (Éxodo 33:23). Pero lo que nos revela en la Biblia es suficiente para lo que persigue con ello, nuestra salvación. Y eso debe ser suficiente también a nosotros.

Pero los que no tienen la Biblia, saben aún mucho menos de él. De la naturaleza a su alrededor, empero, saben que hay un ser supremo al cual han tratado de definir de diferentes maneras. Han hablado de él como “el que es” o “el ser absoluto”. Otros, sintiendo que Dios es totalmente diferente a nosotros o a cualquier cosa creada, han hablado de él como “el que no existe”, y teólogos modernos lo han definido como “el totalmente otro”. Como ven, todos se sirven de términos sumamente vagos con lo cual evidencian su incapacidad de definirlo. Y en comparación con ese conocimiento y terminología tan vagos lo incompleto que sabemos acerca de Dios a través de la Biblia aun es mucho.

La Biblia no pierde tiempo tratando de probar que Dios existe, al contrario, asume o presupone que Dios es, que existe, que es una realidad. Es que hay tantas cosas por todas partes que prueban la existencia de Dios que es insensatez negarlo y cerrar los ojos a esa realidad. Por eso dice el salmista: “Dice el necio en su corazón: No hay Dios” (Salmo 14:1) ¿Cómo se puede, por ejemplo, cuestionar la existencia de Dios cuando nuestra misma existencia y la de todo lo que nos rodea depende de él y debe su existencia a él?

Como se podrá concluir de lo oído hasta ahora, Dios se revela de distintas maneras, básicamente de dos maneras, esto es, por medio de la naturaleza y por medio de la Biblia, de manera que obtenemos nuestro conocimiento acerca de Dios básicamente de dos fuentes, de la naturaleza y de la Biblia. La Biblia es para nuestro tiempo la única fuente y norma de la doctrina cristiana.

Por eso hablamos de un conocimiento natural y de un conocimiento sobrenatural o cristiano acerca de Dios. Veamos primero sobre:

El conocimiento natural de Dios

Resumiendo lo que Uds. pueden leer con más detalle en los libros de dogmática de Mueller y Pieper, cuando hablamos de conocimiento natural de Dios nos referimos al conocimiento que Dios imparte acerca de sí mismo

a) Mediante las obras divinas de la creación, las cuales se evidencian a sí mismo como obras divinas. De eso escribe el salmista cuando dice: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Salmo 19:1). A eso se refiere San Pablo cuando escribe: “Las cosas invisibles de Dios, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1:20). Quiere decir con ello que aunque Dios mismo sea invisible, sin embargo se puede saber acerca de él, sobre su personalidad, eternidad y soberanía “por medio de las cosas hechas”. Y este es un testimonio tan fuerte que San Pablo dice al final “que no tienen excusa”. Por eso paganos de todas las edades y latitudes han tratado de servirle cada uno a su manera, y gentiles inteligentes han confirmado lo dicho. Así se expresó Cicerón, un famoso orador romano que vivió antes de Cristo: “No se ve a Dios, sin embargo se le reconoce por sus obras.” Y Aristóteles, un famoso filósofo griego que vivió antes de Cristo, dijo: “Aunque (Dios) por naturaleza sea invisible a todo ser mortal, él es visto en sus obras.” De esto fluye la así llamada prueba cosmológica de la existencia de Dios.

b) Mediante la continua actividad divina en el reino de la naturaleza y de la historia. Dios permitió a los diferentes pueblos ir sus caminos pero entretanto no se ha dejado sin evidencia, sino se ha manifestado de múltiples maneras, “dándoles lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría sus corazones” (Hechos 14:16-17). Él ha intervenido en los acontecimientos mundiales, ha determinado las esferas de los individuos y los límites de los pueblos, continuamente se ha dado a conocer en la historia de la humanidad para que le busquen y le hallen (Hechos 17:26-28). Esta es la prueba histórica de la existencia de Dios.

c) Mediante la Ley divina escrita en el corazón del hombre. El conocimiento que los seres humanos tienen acerca de lo moralmente bueno o malo San Pablo lo atribuye a la Ley escrita por Dios en sus corazones. Este conocimiento es corroborado por la conciencia, la cual acusa o absuelve a los seres humanos y también apunta hacia un día del juicio que vendrá, tal cual lo afirma San Pablo en Romanos 2:15-16. Este es un conocimiento que Dios ha implantado en los corazones de los seres humanos y que ellos tienen por naturaleza, y así pertenece al conocimiento natural que los seres humanos tienen acerca de Dios. Esta es la así llamada prueba moral de la existencia de Dios.

Este conocimiento natural de Dios no debe ser considerado como un remanente de la imagen de Dios en el ser humano, ya que esa imagen se perdió totalmente con la caída en pecado y es restaurada sólo en parte en los cristianos por la obra del Espíritu Santo. El conocimiento natural de Dios es una prenda indestructible del alma humana la cual lamentablemente fue afectada y distorsionada por la caída en pecado, igual que todas las demás prendas naturales del ser

humano.

Ha habido teólogos que han negado de que el ser humano por naturaleza esté dotado de un conocimiento natural de la existencia de un ser divino que lo gobierna y dirige todo. Sin embargo, el hecho de que todos los gentiles tratan de servir a Dios de una manera u otra, indica que ellos están conscientes de su existencia. Pero así como ha habido teólogos que han negado esto, ha habido otros que lo han exaltado de manera desmedida y le han asignado demasiado valor, llegando hasta a afirmar que los gentiles pueden ser salvos por sólo ese conocimiento natural, sin necesidad del conocimiento revelado en la Biblia. Especialmente teólogos católicorromanos han sostenido esto.

Eso lógicamente es incorrecto y antibíblico, ya que según la Biblia ni siquiera los príncipes de este siglo han conocido la sabiduría de Dios “que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido en corazón de hombre.” Aun cuando ese conocimiento natural se haya desarrollado al máximo, según la Biblia, “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:9, 14). Mientras ese conocimiento natural de Dios no sea detenido en el ser humano por su impiedad e injusticia, él lo estimulará a inquirir acerca de Dios “para que busque a Dios, si en alguna manera, palpando, pueda hallarle” (Hechos 17:27). Empero, bajo la presente condición pecaminosa en que viven los seres humanos, su conocimiento natural de Dios sólo les servirá para el segundo propósito, esto es, que no tengan excusa. Y así la condición del ser humano por naturaleza es una de sin esperanza alguna en el mundo. No sabe nada de un Salvador. Sólo, en el mejor de los casos, por el conocimiento natural de Dios sabe de su eternidad, omnipotencia, soberanía, santidad y justicia.

Pero porque personas detienen o suprimen de manera perversa e intencional aun ese conocimiento natural de Dios, es que hay ateístas. Así el ateísmo no es progreso alguno en el pensamiento religioso del ser humano, sino más bien algo antinatural, decadencia y tiniebla espiritual y moral.

Resumiendo lo dicho hasta ahora sobre el conocimiento natural de Dios podría decirse que su valor no consiste en que acerca más al ser humano al reino de Dios, de manera que la iglesia sólo tenga que asumir o enganchar donde aquel dejó, sino sólo acusa y condena al ser humano por naturaleza, y así solamente provee un punto de contacto con el evangelio. Por eso también dijo Lutero que, si Dios no hubiese escrito la Ley en el corazón del hombre, necesitaríamos mucha predicación antes que el hombre sintiera el golpe de la Ley en su conciencia.

Otro valor que tiene el conocimiento natural de Dios es que sirve de fundamento para elaborar lo que se llaman las pruebas racionales que afirman la existencia de Dios. De entrada en seguida hay que reconocer que no hay argumento concluyente, irrefutable para sustentar la existencia de Dios. La doctrina acerca de Dios es y sigue siendo un artículo de fe. Sin embargo, en el correr del tiempo se han tratado de elaborar distintas pruebas racionales de la existencia de Dios. Hace un ratito ya me he referido a algunas de ellas, la prueba cosmológica, la prueba histórica y la prueba moral. Hay dos más a las cuales quiero referirme brevemente.

Una de ellas es la que se llama la prueba ontológica de la existencia de Dios. Esta prueba arguye

que en nuestra mente se alberga el concepto de un ser supremo perfecto en todo sentido, el que es Dios. Este ser debe existir, de lo contrario no sería perfecto ya que carecería del atributo de la existencia y otro ser pudiera ser encontrado que tuviera todos los atributos, también el de la existencia. La debilidad de esta prueba consiste en que equipara pensar con realidad. No porque se piensa algo, realmente existe. Pero no es mi objetivo ahora valorar o rebatir ésta u otras pruebas. Sólo quiero mencionarlas para vuestro conocimiento.

La otra prueba es la llamada teleológica. La primera parte de esa palabra viene de los términos griegos “*telos*” o “*teleos*” que significan fin u objetivo. Esta prueba arguye que evidentemente todas las cosas sirven a un fin. La misma historia también toma su curso según ciertos principios éticos. Por eso, dicen, debe haber un ser o inteligencia suprema que ha determinado y encaminado todo eso. ¿Pero es eso de que todo tenga un objetivo o esté encaminado de acuerdo a ciertos principios éticos una prueba concluyente de que realmente existe un ser supremo?

Pero aunque ninguna de estas pruebas sean concluyentes, ni den un conocimiento verdadero de Dios, tienen algún valor. Indican aun al incrédulo que es una necedad negar la existencia de Dios.

El conocimiento sobrenatural o cristiano de Dios

El conocimiento sobrenatural o cristiano de Dios lógicamente tiene a la Biblia como su fuente de conocimiento y nos enseña lo que llamamos la doctrina de la Santa Trinidad, es decir, que el único y verdadero Dios consta de tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Veremos esto algo más en detalle.

La Biblia enseña enfáticamente la total unidad de Dios. Dice por ejemplo en 1 Timoteo 2:5: “Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.” Lo mismo dice en Gálatas 3:20, Efesios 4:6, 1 Corintios 8:4-6, Juan 5:44. Pero ella no solo indica que hay un solo Dios y que Dios es uno, sino expresamente dice a los israelitas: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Deut.6: 4). Y por eso en seguida viene la aplicación que si hay solo un Dios, un Jehová, un fiel Salvador, un Sumo Bien, entonces: “Amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”, y algo más adelante: “Estas palabras las repetirás a tus hijos” (Deut.6:5,7). O sea, Dios quiere que verdaderamente creamos y nunca olvidemos que él sólo es Dios. E Isaías se sirve de la unidad de Dios para tanto consolar como exhortar a los israelitas. Dice: “Vosotros sois mis testigos, dice Jehová, y mi siervo que yo escogí, para que me conozcáis y creáis, y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios, ni lo será después de mí. Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve.” Por eso concluye: “No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú” (Isaías 43:10-11).

Por eso llamamos la religión de la Biblia monoteísta porque cree en un solo Dios. Ella es una constante protesta contra toda forma de politeísmo, es decir, de que haya muchos dioses. También se opone al concepto del dualismo, es decir, de que haya dos fuerzas que coexistan desde la eternidad y que constantemente luchen por la supremacía, Dios y el diablo, la fuerza del bien y la fuerza del mal. Monoteísmo no debe confundirse con monismo, esto es, el sistema filosófico que en realidad niega la unidad de Dios y considera todo, Dios y el universo, materia y espíritu, cuerpo y alma, sólo como distintas apariciones de un elemento único. O sea, borra la

diferencia entre el Creador y lo creado. Es un concepto filosófico que se evidencia en el panteísmo, esto es, la creencia que ve Dios en todo, que identifica a Dios con el universo. También se evidencia en el materialismo que sostiene que la materia es indestructible y está dotada de poderes eternos y así, prácticamente, la eleva a la posición de Dios. También se manifiesta en el espiritualismo, esto es, el sistema filosófico que sostiene que las ideas son la única base de la realidad.

Pero mientras la Biblia enseña claramente la unidad de Dios, por otro lado también enseña con la misma claridad que hay tres personas en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Lo enseña en Mateo 28:19 cuando Jesús ordena a sus discípulos a bautizar “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.” Lo enseña en el bautismo de Jesús por Juan donde claramente aparecen las tres personas. Lo enseña en la bendición paulina en 2 Corintios 13:14. Por eso decimos que creemos en la Santa Trinidad. Es imposible para nuestra limitada razón humana comprender como Dios es uno y que, sin embargo, haya tres personas. Por eso, por siglos ha habido también muchas luchas en la Iglesia, pero finalmente ella logró definir su doctrina al respecto. Para entender ésta debidamente, es necesario que estudiemos algunos términos claves en la presentación de la misma. Esos términos son ante todo dos: Esencia y persona.

El primero, esencia, en terminología filosófica, significa lo que subyace toda manifestación exterior. Así dos personas pueden ser diferentes en su manifestación exterior, por ejemplo, uno alto, otro bajo, pero sin embargo ambos tienen algo en común, ambos son seres humanos y tienen en común todo lo que es propio de ello. Eso es lo que llamamos esencia. Por eso hablamos de la esencia humana. Por eso, según la definición del diccionario Larrouse, esencia es “lo que constituye la naturaleza de una cosa.” Pero en relación a la Trinidad ese término adquiere un significado diferente, único. No significa algo que es común a muchos, sino a la esencia que es propia sólo de Dios y que pertenece en forma total e indivisible a cada una de las tres personas de la Santa Trinidad. Por eso mismo también la esencia divina no es algo abstracto, un concepto, sino algo concreto, algo verdaderamente existente, ya que existe sólo una vez y pertenece en forma total e indivisible a cada una de las personas de la Santa Trinidad. La esencia divina es Dios mismo. Lutero tiene unas palabras muy apropiadas al respecto. Dice: “Por su nacimiento de otro, un ser humano no sólo llega a ser una persona individual, distinta de su padre, sino también una esencia individual. El hijo no permanece en la esencia de su padre, ni el padre en la esencia de su hijo. Pero aquí (en la majestad divina) el Hijo es nacido como otra persona y, sin embargo, permanece en la esencia de su Padre y el Padre en la esencia del Hijo; se separan pues como personas pero permanecen en una sola esencia indivisa e inseparable...Cómo sea posible eso, lo debemos creer, ya que hasta los ángeles, quienes continuamente lo contemplan gozosos, no pueden profundizarlo.” (St. Louis, X, 1008 ss.)

El otro término es persona. Ese término lo define el Artículo 1 de la Confesión de Augsburgo que dice: “Con la palabra persona no se entiende una parte ni una cualidad en otro sino lo que subsiste por sí mismo...”. Como lo insinúa esta cita, la Iglesia Cristiana se valió del término persona para refutar el error unitario de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son sólo tres manifestaciones, o tres modos de actuar, o tres energías, o tres cualidades en Dios. Se quiere expresar con el término persona que en el uno Dios hay tres yos, tres individuos racionales. Lutero dice apropiadamente: “Lo llamamos una persona, aunque ello no sea buen hablar, más bien balbucear. Pero no podemos hacer otra cosa, pues no tenemos palabra mejor.” Teólogos

modernos dicen que el concepto de persona ha cambiado a través del tiempo y que por eso no se puede usar más esa palabra para las personas de la Trinidad. Hay que tener cuidado con esto, pues lo que generalmente ha cambiado es la teología de los modernistas quienes no quieren aceptar más el concepto bíblico de las tres personas en la unidad de Dios. Y aunque haya cambiado el concepto de persona, sabemos lo que enseña la Biblia al respecto, y entonces se debe explicar lo que se quiere decir con la palabra persona. Lo mismo era antes, ya que también entonces la palabra persona no era perfecta y necesitaba explicación, como se ve de la cita de Lutero.

Así debo explicar ahora que, aunque con la palabra persona se entienda algo que subsiste por sí mismo, en la enseñanza cristiana se usa esa palabra en un sentido único. Si hablamos de tres personas humanas, entonces cada una de ellas tiene su manera de ser personal, su voluntad personal, su actividad personal. Tres personas tienen tres maneras de ser, tres voluntades, tres actividades. Pero con las tres personas de la Santa Trinidad es distinto. Todas ellas tienen una y la misma esencia numéricamente, una y las mismas cualidades divinas numéricamente, las mismas obras divinas numéricamente. Tres seres humanos tienen una misma esencia según la especie; pero las tres personas en Dios tienen una misma esencia según el número. Por eso es algo tan incomprensible para la mente humana la doctrina de la Santa Trinidad. Es algo que sobrepasa nuestra capacidad de entendimiento.

Habiendo explicado que comprende la Iglesia Cristiana bajo esos términos, posiblemente entiendan ahora algo mejor la definición que dice que, según la Biblia, creemos en la Santa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas en una sola esencia o naturaleza divina. También les ayudarán a comprender, por lo menos en parte, las controversias que se suscitaron en la Cristiandad debido a la doctrina de la Trinidad y de las cuales veremos algo más adelante.

Pero aparte de estos dos términos hay algunas expresiones que requieren algo de explicación. Los teólogos distinguen entre operaciones internas y operaciones externas de la Santa Trinidad. Las primeras, como lo dice el nombre, se refieren a los actos que ocurren dentro de la Deidad y con los cuales una persona se diferencia de otra. Por eso se llaman también actos personales. Esas operaciones son el que el Padre haya engendrado al Hijo, o que el Hijo haya sido engendrado por el Padre, o que el Espíritu Santo proceda del Padre y del Hijo. Estas operaciones internas son divisas, o sea, no son ejecutadas por las tres personas juntas sino por cada una de ellas separadamente. Las operaciones externas, en cambio, son actos en los cuales participan las tres personas de la Deidad conjuntamente, como ser, la creación, la redención, la santificación, etc. Estas operaciones externas son indivisas, esto es, no son ejecutadas por cada una de las personas de la Deidad separadamente sino por las tres personas en conjunto. La única operación externa en la que no participaron el Padre y el Espíritu Santo fue la obra de la redención propiamente dicha, ya que sólo el Hijo de Dios encarnó, sufrió, murió, resucitó y ascendió otra vez a los cielos. Debido a ello, los dogmáticos han llamado la obra redentora de Cristo una operación mixta, ya que fue una obra que Cristo ejecutó sólo, aunque con alguna presencia del Padre y del Espíritu Santo.

Relacionado con lo anterior hay un término famoso en la historia de la Iglesia Cristiana, el término “filioque”, que significa “y del Hijo”. Se refiere a si el Espíritu Santo procede sólo del

Padre, o del Padre y del Hijo. Nosotros, basados en la Biblia (Juan 14:16 y 15:26) creemos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. La Iglesia Oriental, en cambio, cree que el Espíritu Santo procede sólo del Padre y a causa de ello hasta se separó de la Iglesia Occidental.

Hay numerosos otros términos, como podrán ver en las lecturas asignadas, pero para los fines prácticos de esta clase me limitaré a estos en esta lección.

Controversias relacionadas con la doctrina acerca de Dios

A través del tiempo, la Iglesia Cristiana ha tenido que luchar en dos frentes, contra los que negaban las tres personas en Dios y los que negaban la unidad de Dios. Veamos primero los que negaban las tres personas en Dios. Se los conoce generalmente como monarquianos, unitarios, antitrinitarios, etc., y aparecieron en diferentes formas. Algunos decían: Hay sólo una persona divina, pero esta una persona ha aparecido de distintas maneras o ha asumido distintos roles, primero como Padre, luego como Hijo, finalmente como Espíritu Santo. Esto se conoce como el monarquianismo modalista o sabeliano, ya que Sabelio lo promulgó. Otros decían: Jesús no es persona divina, sólo humana, pero Dios actuó de manera extraordinaria en él, y por eso puede ser llamado Dios. El Espíritu Santo tampoco es persona divina, sólo una fuerza divina que actuó de manera extraordinaria en Moisés, los profetas y en Cristo. Esto se conoce como el monarquianismo dinamista o adopcionista. Hoy en día pertenecen a cualquiera de éstos todos los unitarios, los Testigos de Jehová y todos los que de una manera u otra niegan la verdadera divinidad de Jesucristo. También hay algunos, como por ejemplo, Karl Barth, quienes no quieren usar el nombre persona para las personas en Dios. Barth así habla de tres maneras de ser de Dios. Ellos también podrían estar entre los que niegan la doctrina cristiana de la Santa Trinidad.

Para refutar estas doctrinas erróneas lógicamente tenemos muchos pasajes bíblicos. Recuerden algunos textos que enseñan la Trinidad, como Mateo 28:19, 3:16-17 y 2 Corintios 13:14. Recuerden también que constantemente la Biblia habla del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo como de personas distintas y separadas unas de otras, las cuales personalmente hacen las obras propias de personas individuales, de manera que es imposible negar la Santa Trinidad a menos que se tergiverse o hasta niegue el texto bíblico.

Veamos ahora el otro frente con el cual tuvo y aún tiene que vérselas la Iglesia Cristiana en cuanto a la enseñanza de la Trinidad, o sea, los que niegan la unidad de Dios. Son los que enseñan que hay tres esencias o naturalezas divinas, una para cada una de las personas en Dios. Se los conoce como triteístas y subordinacionistas. Los últimos hablan de Jesucristo y del Espíritu Santo como dioses inferiores o subordinados al Padre, o sea, claramente hablan de más de un Dios. Hay muchos, inclusive luteranos modernos, que en mayor o menor grado son subordinacionistas.

Para refutar estos errores recuérdese que, según la Biblia, no se puede hablar de una multiplicación o de una subordinación de la esencia divina, ya que ella asigna a cada una de las tres personas en Dios la misma esencia divina, no sólo según la especie sino también según el número. San Pablo dice claramente: “Sabemos... que no hay más que un Dios” (1 Corintios 8:4). Y cada persona en Dios tiene esa esencia divina en su totalidad. Ella no está dividida en tres partes, de modo que el Padre tenga un tercio, el Hijo otro tercio y el Espíritu Santo el tercio

restante. No. Cada persona en Dios tiene la esencia divina completa e indivisa. San Pablo dice expresamente en cuanto a Jesucristo: “En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9).

Muy importante en esta relación es el uso del nombre Jehová en el Antiguo Testamento. Recuérdese que Jehová era el nombre que sólo podía darse para la única majestad divina. Era una afrenta usarlo para otra cosa que no era Dios. Diferente era con otros nombres, como por ejemplo, Elohim, que también se usaban para Dios, pero que al mismo tiempo podían usarse para personas que ejercían funciones consideradas divinas y que gozaban de autoridad divina. Pues bien, ese nombre Jehová el Antiguo Testamento lo usa no sólo en cuanto al Padre sino también refiriéndose al Hijo (Éxodo 3:2-4; Jeremías 23:6) y al Espíritu Santo (2 Samuel 23:2). Del mismo modo el Nuevo Testamento también da el nombre Dios tanto al Hijo (Juan 20:28; 1 Juan 5:20) como al Espíritu Santo (Hechos 5:3-4).

Y ya que no hay división ni subordinación en cuanto a la esencia divina, de manera que cada persona en Dios tiene la misma esencia divina en su totalidad, por eso, según la Biblia, tampoco hay división ni subordinación en cuanto a los atributos, las obras y la adoración divinas. Por eso mismo Uds. podrán ver que la Biblia atribuye a cada una de las personas de la Trinidad los mismos nombres divinos, los mismos atributos divinos, las mismas obras divinas y la misma adoración divina. En el libro “*Doctrina Cristiana*” del Dr. J. T. Mueller podrán hallar muchos textos bíblicos que comprueban esas afirmaciones.

Con esto tengo que terminar con esta lección aunque no he terminado todavía propiamente con el tema de la Santa Trinidad, de manera que tendré que continuarlo en la próxima lección. Pero antes de terminar quisiera dejar con Uds. algunas preguntas relacionadas con lo que hemos tratado para que Uds. las analicen y respondan.

1) ¿Cómo explica Ud. lo escrito en Juan 17:3 donde dice Jesucristo: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”? ¿No niega allí Jesucristo de que sea verdadero Dios, de que sea consubstancial al Padre? ¿No se contradice allí Jesucristo con lo que afirma en Juan 10:30: “Yo y el Padre uno somos”?

2) ¿No demuestra el hecho de que el Hijo haya sido engendrado por el Padre, y de que el Espíritu Santo proceda del Padre y del Hijo, que el Hijo es inferior y posterior al Padre, y que el Espíritu Santo es inferior y posterior al Padre y al Hijo? ¿Cómo explicaría Ud. eso a la luz de Juan 1:1-3 y de lo que afirma el Credo Atanasiano?

3) En Juan 1:3 dice: “Todas las cosas por el (Verbo) fueron hechas.” En Colosenses 1:16 dice San Pablo: “En él (Cristo) fueron creadas todas las cosas.” En 2 Tesalonicenses 2:13, afirma el apóstol Pablo: “Dios os ha escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad.” En todos estos y otros versículos parecidos Dios aparece actuando por o a través de Cristo o el Espíritu Santo. ¿No indica eso una cierta subordinación, de que Dios Padre se está sirviendo del Hijo y del Espíritu Santo para que hagan esas cosas como una especie de sirvientes suyos? ¿No niegan esos versículos la una esencia divina?

4) ¿Cómo explica Ud. Juan 14:28 donde dice Jesús: “El Padre mayor es que yo”? ¿No indica ese

versículo claramente la subordinación del Hijo para con el Padre? ¿Cómo es que justamente Juan, el que defendiera la verdadera deidad de Jesucristo, afirma eso?

Los dejo con estas preguntas para que las estudien y analizen y luego las discutiremos en clase. Hasta entonces.

Lección 12

La DOCTRINA de la SANTA TRINIDAD en el ANTIGUO TESTAMENTO

La doctrina de la Santa Trinidad, de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas distintas en una sola esencia o naturaleza divina, son un Dios, se halla no sólo en el Nuevo Testamento, tal cual lo vimos, sino también en el Antiguo Testamento. Muchas veces se oye decir que esa doctrina no se halla en el Antiguo Testamento, o que por lo menos no está revelada claramente allí, que en el mejor de los casos ese Testamento sólo tiene veladas referencias o alusiones a esa doctrina. Por un lado, se debe reconocer que las referencias del Antiguo Testamento relativas a la Santa Trinidad son más bien veladas o menos claras que las del Nuevo Testamento, pero por otro lado de ningún modo se puede afirmar que esa doctrina no se halla en el Antiguo Testamento. En las lecturas que les asigné se citan muchos pasajes bíblicos para probar lo dicho, y sería bueno que los cotejaran, pero yo, en esta charla, quiero referirme sólo a algunos de ellos.

Isaías dice (42:1): “He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones.” Aquí Isaías cita a tres personas. El “mí” en mi siervo y mi Espíritu sin duda se refiere a la primera persona, a Dios Padre. Con la palabra “siervo” se refiere a Dios Hijo, y con la palabra “Espíritu” a la tercera persona de la Trinidad. Otro pasaje en ese mismo libro dice (48:16): “Acercaos a mí, oíd esto: desde el principio no hablé en secreto; desde que eso se hizo, allí estaba yo; y ahora me envió Jehová el Señor, y su Espíritu.” Claramente se mencionan aquí, al final, la primera y tercera personas de la Trinidad, y la persona que está hablando, viendo el contexto, no puede ser otra que otra persona divina, la cual entonces sería Dios Hijo. De manera que otra vez tenemos aquí a la Santa Trinidad. En Salmo 2:7 claramente el salmista se refiere a Dios Padre y a Dios Hijo al decir: “Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy.” Y en Joel 2:28, se halla una clara referencia a Dios y al Espíritu Santo. Dice allí: “Después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones.” Y todas estas afirmaciones provenientes de profetas y dirigidas a un pueblo que sostenían: “Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Deuteronomio 6:4). O sea, tenemos aquí la enseñanza de un Dios y tres personas.

Además, quiero llamar vuestra atención a algunos pasajes que de por sí no definen la doctrina de la Santa Trinidad pero que, después de ver los pasajes que vimos y muchos otros parecidos, se ve que se refieren a la Santa Trinidad. Ahí están, por ejemplo, los muchos pasajes donde Dios habla de sí mismo en plural, como por ejemplo, Génesis 1:26, donde Dios dice de sí mismo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen”, o Génesis 3:22 donde Dios dice: “He aquí el hombre es como uno de nosotros”, o Isaías 6:8 donde Dios pregunta: “¿Quién irá por nosotros.” Después tenemos la bendición aarónica: “Jehová te bendiga, y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz” (Números 6:24-26). Y el canto de los serafines en Isaías 6:3: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos.” Como habrán visto, ninguno de esos pasajes menciona específicamente las personas de la Santa Trinidad, pero el hecho de que usen el plural para Dios o repitan tres veces el nombre con que se refieren a Dios es, creemos, una clara referencia a la Santa Trinidad.

Interesante en esta relación es también la expresión bíblica “el ángel del Señor” en el Antiguo Testamento. Sin duda, en muchas ocasiones, esa expresión se refiere a lo que dice, es decir, a un ángel. Pero hay ocasiones en que el contexto nos indica que no se refiere a un simple ángel, sino a una persona de Dios. Y posiblemente usa la palabra “ángel” para esa persona de Dios porque ha sido enviada para una misión especial, ya que la palabra “ángel” en su idioma original significa “enviado”. Así por ejemplo, según Éxodo 3:2, “el Ángel de Jehová” se le apareció a Moisés en una zarza ardiente, pero después en el v. 4 ese “Ángel de Jehová” se identifica a sí mismo como Dios y en el v.6 se describe a sí mismo como el Dios de Abraham, etc. O en Génesis 31:11 el ángel de Dios le habla a Jacob, pero apenas dos versículos después ese ángel de Dios se identifica a sí mismo como “el Dios de Betel” o el Dios de Abraham, etc. Según Éxodo 14:19, “el ángel de Dios” iba delante del campamento de Israel en una columna de nube, pero según el v. 21 del capítulo anterior era Jehová mismo el que iba de esa manera frente a ellos. Según los intérpretes, este enviado o “ángel del Señor” era el Hijo de Dios. Así estos textos indican que Jesucristo era verdadero Dios, ya que lo llaman Jehová, pero también que en Dios había varias personas, o sea, enseñan la Santa Trinidad.

La incomprendibilidad de la doctrina de la Santa Trinidad

En la lección anterior les hablé de los conceptos “esencia” y “persona”, de lo que significan esas palabras y de que creemos que hay un Dios, pero tres personas en una sola esencia divina. Esto es, distinguimos entre esencia y persona, pero teniendo en cuenta lo que enseña la Biblia, casi no podemos hacer esa distinción, ya que ella asigna a cada persona, no sólo al Padre sino también al Hijo y al Espíritu Santo, no sólo una parte, digamos un tercio, sino toda la divinidad, toda la esencia divina. Y hay sólo una esencia divina. Por eso, Lutero tiene palabras muy duras para los escolásticos quienes trataban de establecer una diferencia entre la persona y la esencia divina y dice que ellos no sabían de que estaban hablando. Pero, por otra parte, debemos establecer entre las personas divinas una diferencia real y verdadera, no sólo supuesta o imaginaria, ya que la Biblia describe al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo como personas verdaderamente distintas y, según ella, sólo el Hijo, y ni el Padre ni el Espíritu Santo, se hizo hombre, padeció, murió y resucitó. O sea, estamos acá ante un misterio incomprendible para nuestra limitada razón humana, de modo que debemos excluir toda conclusión matemática y lógica y simplemente creer lo que nos dice la Biblia. Por eso también se debe advertir seriamente contra todo intento de hacer comprensible para la razón humana la enseñanza de la Santa Trinidad.

Se han hallado muchas analogías en la naturaleza, las ciencias y la vida diaria para ilustrar la enseñanza de la Santa Trinidad. Algunas de ellas son: La flor de lis, tres pétalos unidos a un tallo, el símbolo litúrgico de un triángulo y un círculo superpuestos, el sol que calienta, ilumina y hace crecer, tres fósforos tomados juntos que producen una sola llama, etc. Ustedes sin duda saben de muchas otras analogías, muy lindas muchas de ellas. Pero todas ellas son en realidad una ilustración insuficiente del misterio de la Santa Trinidad, pues no demuestran ya sea el hecho de que en Dios hay tres personas distintas o el hecho de que es una sola la esencia divina. Por eso mismo también, no deben usarse esas analogías para probar o para confirmar la enseñanza de la Santa Trinidad. Ella debe brotar y ser probada sólo de la Biblia. Hacerlo de otra manera sólo lleva a falsas conclusiones. Empero, no es nada erróneo que un cristiano, que ya cree en la Santa Trinidad, se sirva de esas analogías a manera de ilustración. El famoso teólogo luterano Juan Gerhard dice de esas analogías: “Ellas meramente ilustran, no prueban; no contribuyen a la

percepción, pero contribuyen a representar lo que ya se ha percibido. Uno debe usarlas sobria y cuidadosamente. Ellas no pueden ser aducidas contra un oponente; sólo pueden satisfacer a un creyente.”

Ha habido muchos intentos de explicar de manera racional la enseñanza de la Santa Trinidad derivándola de la esencia o de los atributos divinos. Así San Agustín, por ejemplo, trató de probar la Trinidad del atributo divino del amor. Decía “que no hay más que tres personas; porque si yo amo, debe haber tres: Yo el que amo, el objeto que amo y el amor correspondido. Así se ve la Trinidad cuando se ve el amor.” Así ha habido muchos intentos similares a través del tiempo, pero han sido todos intentos inútiles, pues no prueban nada, sólo ilustran algo. La enseñanza de la Santa Trinidad puede ser entendida y probada sólo de la Sagrada Escritura.

La falla de los intentos previamente aludidos reside en que tienen como base la razón del hombre, la cual determina o imagina la esencia de Dios. O sea, desarrolla una doctrina basada y originada en el yo del ser humano, en el proceso del cual acomoda o hasta ignora lo que enseña la Biblia al respecto. Eso, lógicamente, es inaceptable. ¿Quién es el ser humano para que se ponga a definir la esencia de Dios? Está asumiendo un rol que no le incumbe, una función que está completamente fuera de su alcance. Se vuelve tan soberbio que pretende entender al majestuoso Dios quien “habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver” (1 Timoteo 6: 16).

Ese es el caso con la teología moderna en sus diferentes manifestaciones. Algunos de entre ellos evidentemente se inclinan hacia el unitarismo y, aunque conservan todavía los nombres Padre, Hijo y Espíritu Santo, no los toman más como personas sino como manifestaciones o energías o voluntades de Dios, o sea, resucitan las antiguas herejías del monarquianismo, sólo bajo otros nombres y con pequeñas variantes. Otros se inclinan más al reconocimiento de una triple esencia. Basan su enseñanza de Dios en su experiencia religiosa. La triple manera de actuar de Dios que han experimentado en sus vidas, dicen, corresponde a una relación trinitaria metafísica en Dios que ya existía antes del mundo. Probablemente más de uno se sienta impresionado y atraído por algunas de estas enseñanzas, pero no nos dejemos confundir por la apariencia de las mismas. No concuerdan con la enseñanza bíblica de la Iglesia Cristiana, y nunca lo harán, a menos que se acepte nuevamente a la Biblia como la fuente única de enseñanza.

La doctrina cristiana de la Santa Trinidad ha sido objeto de duras críticas muchas veces. Se la ha criticado como una desafortunada herencia del pasado de la cual la Iglesia Cristiana no se ha podido deshacer todavía. Se la ha criticado como demasiado puntillosa y artificiosa, insistiendo en detalles que en realidad son insignificantes desde el punto de vista bíblico, como demasiado teórica y poco práctica, a tal punto que hasta obstruye la verdadera piedad cristiana. Pero, en realidad, son críticas infundadas. No son una herencia desafortunada del pasado sino parte de la herencia una vez dada a los santos, por la cual San Judas nos exhorta contender ardientemente (v. 3). La Iglesia primitiva, en las luchas trinitarias, ha obedecido esta exhortación y nosotros debemos imitar su ejemplo. Y eso de que sea demasiado puntillosa también carece de base, ya que hay que tomar la Biblia al pie de la letra. Además, las grandes diferencias toman su origen en detalles pequeños, insignificantes a primera vista, de modo que hay que cuidar éstos para evitar aquellos. Finalmente, eso de que la doctrina de la Santa Trinidad sea demasiado teórica, poco práctica, hasta obstructora de la verdadera piedad cristiana, que es suficiente creer en Cristo

como el revelador del amor divino. Parece que fuera una buena crítica. Lamentablemente sólo lo parece, pero en realidad no lo es. Es cierto, Cristo es el revelador del amor divino para con la humanidad perdida y condenada, pero lo es sólo porque es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, porque es el Hijo de Dios que en el cumplimiento del tiempo se hizo hombre para que con su vida, pasión, muerte y resurrección redimiese a los seres humanos a fin de que recibiesen la adopción de hijos. A este Hijo de Dios glorifica el Espíritu Santo en los corazones humanos hasta el día del Juicio Final, de modo que crean en él y se salven. Hablar de otro amor, de otro Salvador, de otra salvación es vana palabrería, que en realidad desconoce el verdadero amor de Dios, a pesar de toda su piadosa terminología. Y ese es el amor divino que se predica desde los púlpitos de los que niegan la Santa Trinidad, un amor divino ilusorio y mentiroso, que no consuela en la angustia y en la hora de la muerte.

Pero esa crítica de que la doctrina de la Santa Trinidad sea demasiado teórica y poco práctica, hasta obstructora de la verdadera piedad cristiana, quizás indique como nos ven otros, o como nosotros a veces tratamos esa enseñanza. En el trato de esa enseñanza debemos cuidarnos de no perder de vista el énfasis de la misma. El Padre que nos ha creado y que, a pesar de haberlo ofendido, nos ama y ha enviado a su Hijo para redimirnos; el Hijo que encarnó, padeció, murió y resucitó para salvarnos eternamente; el Espíritu Santo que crea la fe en nuestros corazones, nos santifica, para que nos apropiemos la salvación lograda por el Hijo. Las tres diferentes personas divinas que conforman la una esencia de Dios, todas ellas según el tenor de la Biblia y los tres credos ecuménicos, tienen todas un mismo objetivo, la eterna salvación de los seres humanos. Y para mantener intacta esa doctrina es imprescindible que mantengamos intacta la doctrina de la Santa Trinidad. Pero muchas veces, en nuestro celo por la verdad, damos la impresión y en verdad muchas veces sólo batallamos por la doctrina misma de la Santa Trinidad, de que hay un sólo Dios pero tres personas, cada una verdadero Dios, y nos olvidamos o damos la impresión de que nos olvidamos del verdadero objetivo de ella.

La Biblia, como hemos visto, por un lado claramente enseña la absoluta unidad de Dios y por otro lado con la misma claridad enseña que hay tres personas en esa una esencia divina. Pero en ninguna parte la Biblia siquiera insinúa en lo más remoto resolver el problema matemático que tal trinidad en unidad presenta. Por eso no debe ser nuestra preocupación resolver ese problema. Nuestra actitud debe ser la de un discípulo que escucha devotamente, que proclama fielmente tanto la unidad como la trinidad de Dios sin que añada, quite o altere algo de ello, que usa los términos esencia, persona, Trinidad, etc., con la cautela debida ya que no son términos bíblicos sino eclesiásticos, escogidos por la Iglesia porque en su juicio se aproximaban más a lo que enseña la Biblia al respecto y para definir nuestra posición ante las herejías que se originaron. Pero dentro de todo esto, no debemos olvidar el verdadero objetivo de toda esta enseñanza, la salvación de los seres humanos, y que para mantener intacta esa enseñanza debemos mantener intacta aquella.

A primera vista pareciera que fuera más bien buscada o imaginaria la relación entre la enseñanza de la Trinidad y de la salvación, que debiera ser posible tener la enseñanza correcta respecto de la salvación sin que se necesite tener la enseñanza correcta respecto de la Trinidad. Pero eso es erróneo, hay una estrecha relación. Y como confirmación de ello observen que todas las religiones que de una u otra manera niegan la enseñanza bíblica de la Santa Trinidad, también yerran en la enseñanza bíblica de la salvación del ser humano. Tome las diferentes

manifestaciones de la teología moderna, o los Adventistas, los Testigos de Jehová, los Mormones, los Unitarios, etc. Ninguno de los que se ha apartado de la doctrina bíblica de la Santa Trinidad aún conserva la doctrina bíblica de la salvación.

La esencia de la Santa Trinidad

En lo que resta de esta lección quiero tratar de describirles lo mejor que pueda la esencia de Dios, en base a lo que la Sagrada Escritura nos dice al respecto. Y dije esto de esa manera porque en realidad es tarea imposible definir debidamente a Dios. Leemos en Job 11:7: “¿Crees que puedes penetrar en los misterios de Dios y llegar hasta lo más profundo de su ser?” En otra parte del mismo libro leemos: “Dios es tan grande, que no podemos comprenderlo; tampoco podemos contar sus años” (36:26). Por eso escribe San Pablo: “Dios habita en luz inaccesible” (1 Timoteo 6:16). Dios es inaccesible para nuestra limitada mente humana. No hay nadie y nada que le sea parecido o igual. Generalmente cuando estudiamos algo, tratamos de encontrar algo que sea parecido a ello para que, después de hacer las comparaciones del caso, tengamos una idea del objeto que se estudia. Eso es imposible con Dios, ya que no hay nada ni nadie parecido a Dios. Por eso pregunta Moisés: “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?” (Éxodo 15:11). La respuesta lógicamente es nadie.

La Biblia usa algunas expresiones figuradas para darnos una idea acerca de Dios, pero hay que tener cuidado de interpretarlas correctamente. Así la Biblia llama a Dios Vida. Juan dice acerca de Cristo: “Este es el verdadero Dios, y la vida eterna” (1 Juan 5:20) Y el salmista dice: “Mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo” (Salmo 84: 2). Y San Juan escribe en su evangelio: “En él estaba la vida” (Juan 1:4). No quiere decir que en Dios había un cierto tipo de vida, sino de que la vida es una de las características esenciales de Dios. Él es la vida misma, la fuente, el autor, el dador, el preservador y el restaurador de toda vida. Por eso le dijo Jesús a Marta cuando Lázaro ya estaba muerto por cuatro días: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25).

Otras expresiones parecidas que la Biblia usa para darnos una idea de Dios son: “Dios es amor” (1 Juan 4:8) o “Dios es luz” (Juan 8:12). Respecto de la última expresión nos dice Juan (1:4 y 5): “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece.” A primera vista pudiera parecer que la expresión “luz” se refiere al conocimiento o entendimiento del Salvador, y ciertamente eso no es totalmente descartable, pero es mejor referirlo a las consecuencias o efectos de ese conocimiento, esto es, la esperanza, la seguridad, la felicidad que proceden de ese conocimiento. Por eso canta el salmista: “Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?” (Salmo 27:1). Eso mismo se ve también con el término opuesto, tinieblas, el cual no significa ante todo ignorancia sino más bien las consecuencias de ello, esto es, desesperación y condenación. Por eso dice Jesús: “El que me sigue, no andará en tinieblas” (Juan 8:12).

La Biblia usa todavía otras figuras para describirnos a Dios, como por ejemplo, ”roca”. Dice en Deuteronomio 32:3-4: “Engrandeced a nuestro Dios. Él es la Roca.” Lógicamente esto no quiere decir que Dios verdaderamente sea una roca o algo parecido, sino es una expresión figurada por medio de la cual la Biblia quiere indicarnos la firme protección que nos da Dios, de modo que

realmente podemos apoyarnos en él como en una roca.

Así aunque en realidad es imposible conocer a Dios, él se nos ha dado a conocer a través de esas expresiones, de modo que podamos darnos una idea correcta, aunque sea limitada, de su ser. Pero especialmente se nos ha dado a conocer, nos ha revelado Dios su ser en su Hijo Jesucristo, cuando éste “fue hecho carne, y habitó entre nosotros y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14), ya que “en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9) y en él “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Colosenses 1:14). Por medio del profeta Jeremías (31:34) Dios había prometido que él se nos daría a conocer de esa manera. Dijo: “No enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.”

Y es bueno, hasta necesario, que tengamos a lo menos ese conocimiento de Dios, para que le temamos, le sirvamos y le adoremos de manera debida y agradable. Dios quiere que le temamos con temor reverente, no servil. Dios quiere que le sirvamos como hijos agradecidos, no como siervos en penitencia. Dios quiere que le adoremos a él, no a cualquiera; quiere que le adoremos de manera debida, no de cualquier manera; quiere que le adoremos en espíritu y en verdad. Todo esto es de primerísima importancia, y para ello es necesario que conozcamos a Dios a lo menos en tanto él se nos ha revelado en su Palabra y en su hijo Jesucristo.

Dios ha revelado también mucho acerca de sí por medio de los nombres que él mismo se dio, ya que no se dio esos nombres sólo para darse un nombre, sino para describirse a sus seguidores por medio de ellos. Por eso veamos algo

Los nombres con los que Dios se identifica.

Jehová: Cuando Moisés debía conducir a los israelitas de Egipto a la Tierra Prometida, preguntó a Dios cuál sería el nombre que debía darle, si los israelitas le preguntaran. Y Dios les contestó: “Yo soy el que soy. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: Yo soy me envió a vosotros. Además dijo Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre; este es mi memorial por todos los siglos” (Éxodo 3:14-15).

“Yo soy el que soy”, eso es lo que significa Jehová según la explicación de Dios mismo. Y eso era muy significativo en ese momento, ya que los israelitas estaban sufriendo en Egipto, amenazados de ser exterminados. Dios parecía que se había olvidado de ellos. Yo soy el que soy, les hace decir Dios. Yo soy siempre el mismo, no cambio, no dependo del tiempo, de circunstancias, de nada. No cambio de parecer. Las promesas que una vez he dado, las guardaré eternamente. Yo soy el que soy. No hay nada con lo cual pueda ser comparado o medido o comprendido. Yo soy el que soy. Soy único. Por eso dice Moisés en otra parte: “Jehová vuestro Dios es Dios de dioses, y Señor de señores” (Deuteronomio 10:17). Y concluye en el Salmo 90: “Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación. Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios” (vv. 1-2). De idéntica manera lo describe San Juan en el Apocalipsis: “El que es y que era y que ha de venir”, “el Alfa

y la Omega, principio y fin” (1:4 y 8).

Elohim: Nuestras Biblias traducen este nombre de Dios con la palabra Dios. Es un nombre que denota grandeza y poder. Aparece en Deuteronomio 32:39 donde dice: “Ved ahora que yo, yo soy, y no hay dioses conmigo; yo hago morir, y yo hago vivir; yo hiero, y yo sano; y no hay quien pueda librar de mi mano.” A veces la Biblia usa ese nombre figuradamente para magistrados pero por la misma idea de grandeza y poder.

El: Nuestras Biblias también traducen este nombre divino con la palabra Dios, pero es usado más bien para clasificar o distinguir a Dios de otros seres, especialmente seres humanos que se consideran dioses. En la gran mayoría de los casos este nombre divino se halla ligado a algún adjetivo que lo define, como por ejemplo, El-Hay que significa el Dios vivo (Salmo 42:2), o El-Elyon que significa el Dios altísimo (Salmo 78:35), o El-Shaddai que significa el Dios omnipotente (Éxodo 6:3), o El-Olam que significa el Dios eterno (Isaías 40:28), o El-Elim que significa Dios de dioses (Daniel 11:36).

La Biblia nos presenta otros nombres de Dios todavía, pero éstos me parecen ser los más importantes y significativos para nuestro estudio.

Dios es independiente

Dios es totalmente independiente. Su ser depende de absolutamente nada fuera de Dios. En el idioma teológico se llama este atributo la aseidad de Dios. La palabra aseidad viene de dos palabras latinas, a ser, que significan por sí, de manera que la expresión: la aseidad de Dios significa el atributo divino de que existe por sí mismo. Él no llegó a existir debido a cierta causa o causas fuera de él. Es absolutamente independiente.

El padre eclesiástico Orígenes estaba en lo correcto cuando enseñaba el “nacimiento eterno” del Hijo de la esencia del Padre. En la lección pasada oímos de las operaciones internas que diferencian a las personas de la Santa Trinidad. Oímos que el Padre engendró al Hijo, y que el Hijo fue engendrado por el Padre. Eso no fue un acto que alguna vez tuvo lugar en alguna lejana eternidad, tampoco es un proceso aun no completado, sino es el acto personal ilimitado por el tiempo que distingue al Padre del Hijo. Por eso, apropiadamente, se lo llama nacimiento eterno.

Lutero dice al respecto: “Dios tiene su esencia de nadie, tampoco tiene comienzo o fin, pero existe desde la eternidad en y por sí mismo, de manera que de su esencia no puede decirse que 'era' o que 'llegó a ser', porque nunca tuvo comienzo, ni puede comenzar a llegar a ser; nunca cesó ni puede dejar de existir, pero de él siempre debe decirse que 'él es' o 'él existe', esto es, Jehová.”

La Biblia recalca el atributo de la aseidad de Dios indicando que Dios creó y preserva todo. Dios lo creó todo, hasta las más grandes potestades. Dice San Pablo: “En él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él” (Colosenses 1:16). Y a los griegos censura San Pablo diciendo: “El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos

por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas” (Hechos 17:24-25). Y todo ello porque, como vimos, Dios “tiene vida en sí mismo.”

Resumiendo quisiera citar unos pensamientos del teólogo luterano Quenstedt. Dice que la existencia de Dios tiene su fuente en su mismo ser, no en el sentido de que él mismo hizo que el que no existiera existiese, sino en el sentido de que no fue producido por nadie.

Dios es infinito

¿Qué se entiende con ello? El teólogo luterano Hollaz dice lo siguiente: “La infinidad de Dios consiste en que la esencia y los atributos de Dios no tienen límites.” San Pablo lo describe así: “¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Romanos 11:33). Job dice de la perfección de Dios: “Es más alta que los cielos;...más profunda que el Seol” (Job 11:8). Salomón escribe de Dios: “He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener” (1 Reyes 8:27). Isaías escribe: “Jehová dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies” (66:1). Se ve como los santos escritores luchan para hallar un modo de describirnos la indescriptible inmensidad e infinidad de Dios. Se sirven de comparaciones, pero Dios en realidad está más allá de toda limitación. Él es infinito. No tiene fin. Veamos algunos de los áreas a los cuales estamos sujetos, nosotros los seres humanos, pero Dios no, ni en su esencia ni en sus acciones.

Nosotros estamos sujetos al tiempo: horas, días, semanas, meses, años, ayer, hoy, mañana. Dios creó el tiempo para nosotros, pero él mismo no se sujetó al mismo, él “habita la eternidad” como dice Isaías (57:15). Esto no es lo mismo que tiempo sin fin, sino ausencia de tiempo, ausencia de pasado, presente y futuro. La Escritura muchas veces para expresar esa idea usa la expresión: Por los siglos de los siglos.

Nosotros estamos sujetos al espacio. Cada objeto ocupa un espacio que no puede ser ocupado por otro al mismo tiempo. Nada puede estar en dos lugares diferentes al mismo tiempo. Pero Dios está por encima del espacio. No está limitado al mismo. El Salmo 139 habla de ello indicando que por eso nadie puede escapar de la presencia divina y que nadie puede estar más allá del alcance divino.

Nosotros estamos sujetos a leyes, las de la naturaleza, de causa y efecto y muchas otras. Toda nuestra vida está regulada por ellas. No podemos escapar de ellas. Pero Dios no; él no está sujeto a ellas. El las usa cuando quiere, o prescinde de ellas cuando le place. Y cuando hace eso, tenemos los milagros. Y lo mismo sucede con toda otra clase de leyes, por ejemplo, las de la lógica. De ahí que tenemos tantos misterios de la fe, cosas que no se conforman a nuestra lógica, porque Dios está por encima de esas leyes. También cuando Dios creó al mundo y todo lo que en él hay se evidenció eso; lo creó como quiso, sujeto a todas esas leyes sin que él mismo se sujetara a ellas. Para nuestra mente limitada y sujeta a todas esas leyes, es imposible comprender la infinidad de Dios.

Habría mucho que decir todavía, pero hay que terminar alguna vez, y creo que esto es un momento oportuno para hacerlo. En la próxima lección les hablaré de los atributos de Dios.

Lección 13

Los ATRIBUTOS de la SANTA TRINIDAD

Cuando hablamos, por ejemplo, de seres humanos, distinguimos entre su naturaleza y sus atributos, entre su esencia y sus cualidades. Todos tienen la misma naturaleza o esencia, son seres humanos, pero lo que los diferencia son sus atributos o cualidades. Uno es lindo, otro feo; uno gordo, otro flaco; uno bueno, otro malo, etc. Así es como hay personas distintas. Aunque todos son seres humanos, lo que los diferencia es la suma de los atributos de cada uno de ellos, de modo que son muchos los que tienen la misma naturaleza humana, pero cada individuo es único debido a los atributos personales que tiene. Él es el resultado de la suma de todos los atributos que se han juntado en su personalidad.

Tal no es el caso con Dios, ya que él es solamente uno en número y esencia. Él no consta de partes. Cuando la Biblia habla de los atributos de Dios, lo hace sólo acomodándose al modo de pensar y hablar humanos. Los atributos de Dios son su misma esencia, no hay diferencia entre ellos y la esencia divina. Ellos no son cualidades añadidas a la esencia divina para diferenciarla de algo, sino son sólo, por decirlo así, un pobre intento de describir algunos aspectos de la perfecta e incomprensible naturaleza divina, para que así podamos tener alguna idea acerca de lo que es Dios en realidad.

El problema proviene de nuestra limitada razón humana que no entiende ni puede entender la esencia o naturaleza divina. Por eso Dios, en la Biblia, se acomoda a nuestra limitada razón humana y nos da una pequeña idea acerca de él. Y para entenderlo nosotros, tal cual nos lo indica la Biblia, tenemos que distinguir entre la esencia de Dios y sus atributos, como si fueran cualidades que se han adherido una por una a la naturaleza de Dios. También tenemos que distinguir entre los distintos atributos de Dios. Así la Biblia distingue entre la esencia de Dios y sus atributos al hablar del amor de Dios, de la ira de Dios y de la longanimidad de Dios (Romanos 5:8; 1:18; 2:4), y cuando lo hace nosotros debemos imaginarnos a Dios como existente y como poseyendo esos atributos. No hay otra manera en que podamos darnos una idea acerca de Dios.

En esta relación espero que lean atentamente lo dicho en la *Dogmática* de Mueller en cuanto a cómo debemos entender los atributos en Dios comparado con los de los seres humanos, donde dice que no debemos entenderlos unívocamente, ni equívocamente, sino análogamente. Y especialmente importante es eso a causa de las funestas consecuencias cuando se aplican los atributos a Dios de una manera errónea. Se llega a conclusiones y enseñanzas totalmente equivocadas. Hasta se atribuye a los distintos atributos divinos actitudes totalmente distintas a las que la Biblia les atribuye.

Eso es justamente lo que se debe evitar, atribuir a los distintos atributos divinos actitudes distintas a las que la Biblia les atribuye. Pero eso es justamente lo que se hace. Se dice y hasta se enseña que ya que Dios es amor no puede condenar eternamente, que dado que Dios es justo no debe estar satisfecho con los méritos de Cristo sino debe exigir que cada uno haga bien por el mal que hizo. Estos son sólo algunos ejemplos de las muchas barbaridades que se dicen y enseñan, y, ¿por qué? Porque se califica a los atributos divinos según razonamientos humanos y

no se deja valer lo que la Biblia enseña en cuanto a ellos. No se debe atribuir a los diferentes atributos divinos actitudes distintas a las que la Biblia les asigna.

Finalmente una observación más. Debemos aprender a ver los atributos de Dios como medios para manifestarnos su amor. “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” dice la Biblia en Hebreos 10:31. Así es, porque Dios es justo, es celoso, es todopoderoso. Es cosa seria. Él no juega. El seguro cumplirá con sus amenazas. Pero él también es, ante todo, amor. Él nos castiga porque quiere nuestra salvación. Él nos abate porque quiere levantarnos. Dios no sólo ama sino que es amor. Por amor envió a su Hijo a este mundo para que nos redimiese con su Pasión y muerte cuando aún éramos enemigos suyos. Por amor, pese a tanta ingratitud humana, hace predicar hasta el fin de los siglos por todo el mundo la salvación lograda por Jesucristo. Arde de amor hacia los seres humanos. Y debido a que sabe y cree eso el creyente, la justicia, la ira y el poder de Dios dejan de ser para él algo horrendo y destructor para volverse en algo edificador, iluminador e inspirador.

Mucho se ha escrito y dicho sobre modos de clasificar los atributos de Dios. No voy a perder tiempo con ello. Podrán leer más acerca de ello en las lecturas asignadas. Su valor, en realidad, es relativo. Lo importante es que tanto en la clasificación como en la descripción de los atributos de Dios usemos sólo la Biblia como fuente de información y no la falible razón humana. En esta lección, igual que nuestro libro de texto, clasificaré los atributos de Dios en: a) Negativos y b) Positivos.

Los atributos negativos

Los atributos negativos de Dios son su unidad, su simplicidad, su inmutabilidad, su infinidad, su inmensidad, su omnipresencia y su eternidad. O sea, atributos que no tenemos nosotros, pero Dios si los tiene, porque Él es perfecto y no hay nada imperfecto en Él.

La unidad de Dios. Ya vimos este atributo de Dios en la Lección 11 cuando les hablé del conocimiento sobrenatural o cristiano de Dios y en la Lección 12 cuando les hablé de la esencia de Dios. Por eso no pasaré más tiempo hablándoles sobre este atributo. Sólo quiero recordar que se trata del atributo, en virtud del cual la esencia divina no es sólo indivisa, sino también indivisible. No puede haber nadie al lado o aparte de Dios. Él es único.

La simplicidad de Dios. Según este atributo Dios no consta o no está compuesto de partes, ya que es infinito y lo infinito excluye toda parte. Es cierto, la Biblia habla de las partes de Dios, de sus ojos, oídos, manos, etc., pero esas son expresiones figuradas para que podamos darnos una idea de Dios, de que nos ve, oye, ayuda, etc. La Biblia también habla de los atributos de Dios, pero también hace eso para que podamos darnos una idea de Dios ya que no tenemos idea de un ser simple e infinito. Todos esos atributos son la una e indivisa esencia divina. La Biblia también habla de las tres personas de la Santa Trinidad, pero asimismo nos indica que cada una de esas personas no tiene sólo una parte de la deidad sino la deidad total, de modo que sigue intacta la simplicidad de Dios.

La inmutabilidad de Dios. El teólogo luterano Baier dice de este atributo divino: “La inmutabilidad consiste en que Dios no está sujeto a mutación alguna, ni en cuanto a su esencia

(por lo cual Dios es inmortal e incorruptible), ni en cuanto a sus atributos, ni en cuanto a su posición, ni en cuanto a su voluntad o propósito.” Los seres humanos cambiamos de muchas maneras, pero Dios no. Esto debe servirnos tanto de advertencia como de consuelo.

Algunos pasajes bíblicos hablan como si Dios haya cambiado de parecer. Por ejemplo, en Génesis 6:6 dice: “Se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra.” Algo parecido leemos en 1 Samuel 15:11. Pero observemos que apenas unos versículos después del último pasaje, en el v. 29, dice expresamente de Dios: “Él no es hombre para que se arrepienta.” O sea, tenemos acá otro de los tantos misterios de Dios, algo que no podemos entender con nuestra limitada razón humana. En realidad él es inmutable, pero para que podamos entenderlo, él se nos describe como si fuera mutable. Un axioma dice correctamente al respecto: “Dios entra en el tiempo y el espacio sin volverse temporal o local en su esencia.” De modo que la Biblia habla de Dios en dos sentidos: a) De Dios en su majestad, estando por encima de todo tiempo y espacio; y b) De Dios acomodándose al concepto humano de tiempo y espacio. Y sólo en este último sentido es inteligible para nosotros. De modo que, según el ejemplo bíblico, debemos imaginarnos que el en sí inmutable Dios es bueno o airado según sean diferentes los objetos con que trata.

Críticos sostienen que en la creación y en la encarnación se registró un cambio en Dios. Es cierto, en la creación se registró un gran cambio, pero en el mundo, no en Dios. El mundo surgió de la no-existencia a la existencia, pero Dios siguió siendo el mismo. Y en cuanto a la encarnación, la Biblia sostiene que el Hijo de Dios, sin que se registrara cambio alguno en su deidad, asumió en su persona divina la naturaleza humana de la virgen María. De modo que la encarnación tampoco afectó la inmutabilidad de Dios.

La infinidad de Dios. Todas las criaturas son finitas, o sea, están sujetas a los límites de tiempo, espacio, actividad, etc. Pero Dios es infinito, o sea, está por encima de todos los límites de tiempo, espacio, actividad, etc., tanto en su esencia como en sus atributos. Él creó el tiempo pero él mismo no está sujeto a ninguna de las limitaciones del tiempo. Él creó el espacio pero él mismo es inconmensurable. Por eso, porque Dios está por encima de todo límite o medida humana, se habla también de la Inmensidad de Dios. Debido a ello ningún ser humano puede usar su intelecto o razón como base para analizar la esencia y actividad de Dios. La inmensidad de Dios nos demuestra la abismal diferencia entre Dios y las criaturas, por más grandes que éstas fueren. ¡Qué insolencia, entonces, que seres humanos juzguen y corrijan a Dios!

La omnipresencia de Dios. Todas las criaturas están limitadas a un lugar, hasta los mismos ángeles, los cuales no son omnipresentes. Pero Dios no está confinado a un lugar, es omnipresente, esto es, está en todas partes al mismo tiempo. Numerosos pasajes de la Biblia enseñan eso. Uno de ellos es Salmo 139:7-10 donde dice: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano y me asirá tu diestra.” Veamos algunos detalles de la omnipresencia de Dios que merecen especial consideración.

Dios, como ya vimos, es sólo uno en número y esencia y está presente sólo una vez en todo el universo, sin embargo penetra con su presencia y acción hasta la más ínfima parte del universo.

Y no está presente sólo con su poder o influencia sino esencialmente. En la cita anterior del salmo dice el salmista que si subiere a los cielos o fuere al Seol, o dondequiera que sea, allí estaría Dios. Y en Jeremías 23:24 dice: “¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?” El detalle en ambos pasajes es que Dios ve a todos, porque él está presente esencialmente en todas partes.

También vimos que Dios creó el espacio pero que el mismo no se sujetó al mismo, que no es contenido ni confinado por algún espacio, que está por encima de todo espacio. Eso se aplica de un modo especial a la omnipresencia de Dios. Aunque Dios está en todas las criaturas, y está tan presente en ellas que San Pablo dice a los atenienses que “en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:28), sin embargo al mismo tiempo Dios está fuera de la criatura y nunca llega a ser una criatura o una parte de ella. Siempre sigue la diferencia del creador a la criatura, del infinito a lo finito. Dios nunca llega a ser criatura o parte de ella.

También cabe recordar en esta relación que la omnipresencia divina no debe conceptuarse como algo corpóreo, material. Dios es un espíritu y por eso, su presencia es espiritual. Su presencia tampoco está circunscrita localmente, ni siquiera por el universo. En ocasión de la dedicación del primer templo de Jerusalén Salomón enfrenta la errónea idea prevaleciente en muchos de aquel entonces, en el sentido de que Dios puede ser circunscrito a cierto lugar, y dice: “He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?” (1 Reyes 8: 27). Dios está presente en todas partes sin extensión o contracción, sin multiplicación o división. Podríamos hablar de extensión o contracción, multiplicación o división de Dios sólo si aplicáramos a él el concepto de espacio, y eso no sería bíblico como ya vimos. Esta pregunta cobró mucha importancia en las discusiones con los reformados quienes sostenían que el cuerpo o la naturaleza humana de Cristo no era suficientemente grande como para albergar toda la plenitud de la deidad. Lutero respondió a ello: “El orgulloso y altanero espíritu...manifiesta de este modo su grosero y torpe pensar ya que no piensa de la omnipresencia divina de otro modo como si Dios fuera algo enorme y extenso que llena el universo y hasta se extiende mas allá de él, como una bolsa de paja tan llena que la paja sale por arriba y por abajo; en otras palabras, como si Dios fuera omnipresente de un modo local, de una manera física y tangible.” Algo más adelante prosigue Lutero: “Observe esta paradoja: Un cuerpo humano es demasiado extenso para la divinidad; en verdad, muchas miles de divinidades podrían hallar amplio espacio en sólo un cuerpo humano; por otro lado, un cuerpo es demasiado pequeño para una sola divinidad. Nada es tan pequeño, Dios es aún más pequeño; nada es tan grande, Dios es aún más grande; nada es tan corto, Dios es aún más corto; nada es tan largo, Dios es aún más largo; nada es tan extenso, Dios es aún más extenso; nada es tan estrecho, Dios es aún más estrecho; en breve, la esencia de Dios está tanto más allá de palabras y pensamientos, que es simplemente indescriptible.”

De esta omnipresencia general de Dios, la Biblia distingue dos presencias especiales de Dios. Una es su misericordiosa presencia con los suyos, la así llamada “unión mística”. San Juan dice (14:23): “Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.” Por eso, la Biblia llama a cristianos templos de Dios (1 Corintios 3:16). La otra es la gloriosa presencia de Dios con los bienaventurados redimidos en el cielo. Dice la Biblia: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino...” (Mateo 25:34) y: “Así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:17).

La Eternidad de Dios. La Biblia usa la palabra eternidad a veces para significar un largo período de tiempo, otras veces para un tiempo sin fin, pero en su sentido estricto esa palabra no tiene ninguno de esos dos significados. Significa la ausencia de tiempo; ni principio, ni fin; ni pasado, ni presente, ni futuro, sino digámoslo así, un constante e interminable presente. Así es Dios. Para él no hay tiempo, no hay sucesión de eventos; ni pasado, ni paso al futuro, sino sólo un constante e interminable presente. En tal sentido es interesante ver lo que dice en Salmo 2:7: “Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy.” Allí el hecho de que el Padre haya engendrado al Hijo es dicho que ocurrió hoy, pero el hoy de Dios, el hoy eterno. No es algo que ocurrió alguna vez en el pasado, o algo que está haciéndose todavía en un permanente hoy, sino es el hoy de Dios donde no hay tiempo. Así se define la constante relación entre el Padre y el Hijo, el Padre como engendrador y el Hijo como engendrado, en un acto sin tiempo. Algo descriptivo de esto también es lo que dice en Salmo 90:4: “Mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigilias de la noche.” Para Dios no hay tiempo. Por eso también puede exclamar confiado el creyente: “Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación... Desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios” (90:1-2). Por eso tampoco debe impacientarse el creyente cuando Dios aparentemente demora con su ayuda, o se deja esperar con dar el merecido a los malhechores.

Los atributos positivos

Los atributos positivos de Dios son vida, conocimiento, sabiduría, santidad, justicia, verdad, poder, amor, bondad, gracia, misericordia. O sea, se trata de atributos que también tienen los seres humanos, pero que se adscriben a Dios de una manera superior o en un sentido absoluto. Veámoslos.

La vida. En ambos testamentos Dios es llamado el Dios viviente o el Dios vivo. Así demuestra que él no es un ídolo muerto de madera o piedra, o un héroe muerto o desaparecido, sino un Dios que vive y obra y siempre está presente. Algunos textos lo presentan también como inmune a la muerte y la descomposición, con vida eterna. Muchos textos también presentan a Dios jurando por su vida diciendo: “Vivo yo, dice Jehová, que” haré esto o aquello. Así Dios garantiza con su vida que llevará a cabo sus promesas. Eso es aplicable también a la Iglesia de Dios, “las puertas del infierno no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18) ya que está edificada sobre la roca de vida. La gran diferencia en cuanto a vida entre Dios y las criaturas radica en que la vida en Dios es algo propio de él, algo que él tiene de sí mismo, algo que no recibió de algo o de alguien, mientras la vida en las criaturas es algo recibido de Dios. El dio vida a todo ser viviente. Todos “en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:28). Finalmente cabe decir que este atributo de vida la Biblia lo adscribe no sólo al Padre sino a cada una de las tres personas de la Santa Trinidad. En su oportunidad veremos eso más en detalle.

El conocimiento de Dios. En tanto el conocimiento que tienen los seres humanos y los ángeles es limitado, el conocimiento absoluto de Dios si distingue del de las criaturas: a) por el alcance del conocimiento, ya que la Biblia le atribuye a Dios omnisciencia, de que lo sabe todo, y presciencia, de que sabe las cosas antes de que sucedan. También sabe las cosas posibles. El conocimiento absoluto de Dios también se distingue del de las criaturas b) por el modo de conocer, ya que Dios sabe todas las cosas, sean cuales fueren, en un acto simple de su intelecto,

de modo que no necesita estudiar o investigar primero para saber. Dios no necesita de medios para saber, por eso dice la Biblia que Dios sabe los pensamientos de los seres humanos aun cuando éstos no se hayan manifestado por palabras, obras o gestos. Este atributo de Dios debe servir a los cristianos tanto de advertencia como de consuelo, ya que nada le pasa inadvertido a Dios, sea bueno o sea malo.

En relación con el conocimiento de Dios debe tratarse la pregunta de cuál es la relación entre la infalible presciencia de Dios y la libre voluntad y responsabilidad humanas. Se arguye que si hay verdaderamente una infalible presciencia de Dios, entonces todo debe suceder tal cual Dios lo ha previsto. Pero eso entonces significaría el fin del ejercicio de la libre voluntad y de la responsabilidad del ser humano. En base a esto se ha llegado hasta a negar totalmente la omnisciencia divina, o por lo menos la ligada a las acciones malas y pecaminosas. Eso lógicamente no es bíblico. Lo que enseña la Biblia al respecto puede sintetizarse así:

- a) La presciencia divina incluye todas las cosas y es infalible, esto es, todo sucede tal cual Dios lo previó, de lo contrario se negarían claras enseñanzas bíblicas;
- b) la Biblia distingue entre esa presciencia y la causa eficiente de las acciones malas; según ella la presciencia más bien presupone como ya existentes las cosas que prevé. Por eso correctamente afirma la Fórmula de la Concordia: “La presciencia o pre-conocimiento de Dios prevé y preconoce también lo malo, pero no en el sentido de que fuese la misericordiosa voluntad de Dios que lo malo acontezca;...Dios no obra ni efectúa lo malo, tampoco lo apoya y promueve, sino la voluntad depravada y perversa del diablo y de los hombres...” (DS, XI, 6-7).
- c) Pero hay una presciencia divina que difiere de la anterior en dos sentidos que son: Abarca sólo a los escogidos de Dios y logra lo previsto. Es lo que llamamos la predestinación. Esta presciencia siempre produce sólo lo bueno, nunca lo malo.
- d) Al sostener la doctrina bíblica de la presciencia de Dios que vimos recién seguimos con el insoluble problema mencionado antes, de la imposible relación para nuestra razón humana entre la infalible presciencia divina y la libre voluntad y responsabilidad humana.

La Biblia sostiene ambas verdades y por eso también debemos sostenerlas nosotros, aunque nunca podremos coordinarlas. Lo mejor que podemos hacer es seguir el ejemplo de la Fórmula de Concordia la cual acepta que todo sucederá como Dios lo previó pero previene contra toda clase de cavilaciones en cuanto a lo que Dios ha previsto para nosotros o para otros, porque ahí entramos en el área de lo misterioso, de lo que Dios no nos ha revelado. Esto lógicamente no es una solución científica al problema pero sin duda es más científico decir no sé a algo que se ignora que simular una respuesta que al final es nada más que un engaño.

Otro problema está ligado al tema ya visto, de que para Dios no hay tiempo, ¿cómo entonces se puede hablar de la presciencia divina? La Biblia lo hace, pero lo hace para que entendamos a Dios. Como seres humanos no podemos entender algo sin tiempo. Para nosotros algo o fue, o es, o será. Y así Dios, para que tengamos una idea de su omnisciencia, nos habla también de su presciencia. Seres humanos y ángeles no tienen presciencia, a menos que Dios les revele algo sobre el futuro de manera especial. Lo que sepan seres humanos acerca del futuro es nada más que suposición, al igual que lo que predigan adivinos.

La sabiduría de Dios. Pudiera parecer superfluo tratar de la sabiduría de Dios habiendo tratado de

su conocimiento, pero hay dos razones para hablar de ella separadamente. a) En Romanos 11:33 la Biblia nombra la sabiduría y el conocimiento como dos atributos similares pero distintos de Dios; b) Sabiduría aun en el hablar común significa más que conocimiento. Una persona puede tener mucho conocimiento pero carecer totalmente de sabiduría. Dios no, tiene ambas. Aparte de saber todo, planea, dispone y dirige todo sabiamente para que todo sirva a sus fines apropiados. Lo manifiesta en su gobierno, en que siempre ordena de modo infalible todos los pasos humanos, dirigiéndolos sin ser dirigido. Por eso dice Job (12:13) en medio de su sufrir: “Con Dios está la sabiduría y el poder; suyo es el consejo y la inteligencia.” Dios manifiesta su sabiduría en el campo de la naturaleza y de la gracia. Cada faceta de la naturaleza demuestra la sabiduría del creador, pero aún más evidente es ello en la salvación de la humanidad, de modo que nadie puede contemplar todo ello sin que sea movido a admirar y alabar la sabiduría de Dios.

La voluntad de Dios. Ambos testamentos hablan expresamente de la voluntad de Dios. Además, todos los restantes atributos de Dios que veremos pueden ser considerados como relacionados a la voluntad de Dios. Pero antes de considerarlos tenemos que ver dos preguntas, que son: a) ¿Es la voluntad de Dios influenciada por causas? y b) ¿Puede clasificarse la voluntad de Dios?

En cuanto a la primera pregunta cabe recordar lo que ya vimos, de que Dios no depende de nada. Eso lógicamente se aplica también a su voluntad. En él no se hallan causa y efecto como dos cosas separadas. Su voluntad no es motivada por causas, pero para que podamos entender a Dios, la Biblia nos lo presenta y nos insta a distinguir en Dios causa y efecto. Por eso, según la Biblia, debemos imaginarnos a Dios como airado a causa de nuestros pecados o perdonando nuestros pecados a causa de los méritos de Cristo.

Algo parecido pasa con la clasificación de la voluntad divina, la cual en realidad no se puede clasificar, ya que ella es sólo una y es idéntica con su esencia. Pero debido a nuestra limitada razón humana, según la Biblia, hacemos la siguiente clasificación:

- 1) La primera y la segunda voluntad divina;
- 2) La voluntad divina irresistible y la resistible;
- 3) La voluntad divina absoluta y la mediata;
- 4) La voluntad divina de la gracia y la condicional; y
- 5) La voluntad divina revelada y la escondida.

En la Dogmática de Mueller tienen la descripción de todas estas distintas voluntades, y por eso no me ocuparé con ello. Espero empero que lo lean detenidamente en el libro de Mueller.

La Santidad de Dios. La santidad de Dios denota, en primer lugar, su majestad según la cual él es superior a todo lo creado. Ese es el significado de la palabra original hebrea en el versículo de Isaías 6:3: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos.” En tal sentido la santidad de Dios describe la esencia divina e incluye todos sus atributos, y el Santo de Israel es el mismo que el Dios de Israel, el único Dios verdadero, fuera de quien no hay otro. En segundo lugar, la santidad de Dios describe la absoluta pureza ética de Dios, en la cual también es totalmente exaltado sobre todos. Eso demuestra también el versículo citado arriba, cuando el profeta, contemplando la santidad de Dios, es recordado de su impureza. Esta santidad de Dios hace que nos aproximemos a él con la mayor reverencia, ya que somos sólo polvo y ceniza. Sólo por Cristo podemos llegar en su presencia.

La justicia de Dios. La Biblia expresamente llama a Dios el justo. Moisés dice: “Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; es justo y recto” (Deuteronomio 32:4). Esta afirmación representa un problema para nuestro pensar humano, ya que entre seres humanos consideramos justa una persona cuando conforma su conducta a la ley que nos rige. Pero, ¿qué ley rige para Dios? Dios dio la ley pero él no está sujeto a ninguna. Un axioma dice: “Dios es justo, porque quiere y hace todo conforme a su propia Ley.”

En relación al ser humano, la justicia de Dios es: a) Una justicia legal, la revelada en la Ley, y b) Una justicia evangélica, la revelada en el Evangelio. La primera es: a) legislativa, ya que es la norma de conducta y de justicia para los seres humanos; b) remuneratoria, por cuanto remunera lo bueno; y c) vindicativa, porque castiga lo malo. La justicia evangélica es lo contrario de la justicia legal. Esta última exige y condena, mientras la otra promete y da, ya que consiste en que Dios deja de lado su justicia legal y declara justo al pecador y le perdona sus pecados de pura gracia, por los méritos de Cristo, mediante la fe. La salvación del pecador viene sólo de la justicia evangélica, y la fe en esta justicia evangélica es la esencia del cristianismo. La Biblia demuestra que Dios castiga adecuadamente el pecado al indicar que Cristo sufrió por el pecado en nuestro lugar y que el que rechaza esto deberá sufrir eternamente por ello.

La verdad de Dios. Mientras según la Biblia todos los seres humanos son mentirosos Dios es el absolutamente veraz. San Pablo dice (Romanos 3:4): “Quede asentado que Dios es veraz y todo hombre falaz.” Dios no puede mentir ni según su esencia, ni según sus palabras y obras. La Biblia enfatiza tanto esta verdad porque el ser humano no cree ni las amenazas de Dios en la Ley ni sus promesas en el Evangelio. Por eso la enfática afirmación de Jesús: “Mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35). La absoluta veracidad de Dios, ya sea en su ira como en su gracia, debe tanto despertar a los seres humanos de su seguridad carnal como también impulsarlos a creer firmemente en las misericordiosas promesas de Dios en el Evangelio.

El Poder de Dios. El poder de Dios se distingue del poder humano en modo y en extensión. En cuanto al modo leemos en Génesis 1:3: “Y dijo Dios: Sea la luz, y hubo luz.” En cuanto a la extensión del poder de Dios leemos en Lucas 1:37: “Nada hay imposible para Dios.” Por eso decimos que Dios es todopoderoso. Por eso es totalmente insensato afirmar que el poder de Dios se agotó y alcanzó el límite de su capacidad en la creación. Igual de insensato es sacar conclusiones sobre lo que quiere hacer Dios, pues Dios dice en la Biblia lo que quiere hacer. Así sería erróneo concluir que, ya que Dios es todopoderoso, perdona pecados sin los méritos de Cristo, pues eso contradiría Romanos 3:24. Finalmente es un error blasfemo afirmar que Dios no es todopoderoso porque no puede morir, mentir, etc., pues la omnipotencia divina consiste en que puede hacer todo lo que no implique una imperfección o contradicción en Dios.

Dios ejerce su poder de dos maneras: a) Por medios, y b) Sin medios. El primero llamamos su poder mediato, y el segundo su poder absoluto. Pero en ambos casos es el mismo omnipotente poder de Dios el que lo hace, ya que es siempre el omnipotente Dios el que creó, sostiene y gobierna todas las cosas. Todas aquellas cosas que Dios hace sin servirse de los medios regulares la Biblia las llama milagros. En cuanto a estos debemos recordar, según la Biblia, que a) Dios siempre puede realizar milagros, aun hoy en día, y no hay ley natural que se lo pueda impedir, y b) nosotros debemos servirnos de los medios instituidos por Dios y no exigir milagros. Estas

reglas no se aplican a lo que llamamos fe heroica.

La bondad de Dios. Objetivamente, la bondad de Dios denota el hecho de que Dios es el absolutamente bueno, en tanto todos los seres humanos, antes o después de la caída, son sólo relativamente buenos. Pero Dios es pura bondad, en y por sí mismo. Es bueno recordar eso, para no ser orgullosos, cuando observamos mejores dones en nosotros que en otros, o no ser envidiosos en caso contrario, ya que el orgullo y la envidia son los dos grandes perturbadores, tanto en la iglesia como en el estado.

Subjetivamente, la bondad de Dios es la misericordiosa compasión de Dios por sus criaturas, especialmente como pecadores que son. Para recalcar esta sublime verdad en todas sus facetas, la Biblia usa diversas palabras que en sí son sinónimas de bondad, pero que en realidad recalcan cada una un aspecto especial de bondad. Veamos algunas de ellas. Misericordia: Compasión divina por la miseria humana debida al pecado. Amor: Dios ama al ser humano y lo quiere de vuelta en su comunión. Gracia: Dios ama al ser humano aunque no lo merezca. Paciencia: Dios espera pacientemente el arrepentimiento del pecador. Todos estos atributos describen la médula del mensaje evangélico. Lógicamente Dios espera que se halle un reflejo de estos atributos divinos en los hijos de Dios.

Muchas veces se arguye contra la bondad de Dios el hecho de que haya tantas catástrofes naturales, desgracias personales, calamidades públicas, guerras, destrucciones, etc., pero debemos recordar que aun castigando, Dios es amor, aun permitiendo el mal él busca nuestro bien. Esas son llamadas al arrepentimiento. Y cuando esas llamadas son infructuosas o desechadas con ridículo, causan a Dios incontable dolor. El mal consiste en que los seres humanos no se ven como pecadores que únicamente merecen el castigo de Dios y que hasta el más ínfimo bien lo reciben sólo debido a la gracia de Dios. No ven que lo deben únicamente a la gracia de Dios de que puedan ser eternamente salvos. Por eso, porque es tan difícil para el ser humano aceptar esa verdad, la Biblia recalca tanto y de tantas maneras el atributo de la bondad de Dios. Ella es la médula de todo el mensaje evangélico.

Lección 14

La DOCTRINA ACERCA de la CREACIÓN

La doctrina de la creación no es una doctrina oscura o poco respaldada en la Sagrada Escritura. Hay numerosas doctrinas bíblicas que están respaldadas por sólo unos pocos pasajes bíblicos, pero en cuanto a la doctrina de la creación hay a lo menos 75 pasajes en el Antiguo y Nuevo Testamentos que refieren a ella. La Biblia asume que Dios hizo el cielo y la tierra, que el ser humano está con Dios en una relación de criatura a creador, y que el ser humano le debe obediencia a su Señor Dios porque Él lo creó a él y a todas las cosas.

La mayoría de los pasajes que hablan de la creación simplemente declaran que Dios es el creador del cielo y de la tierra. Ellos sirven de base para la afirmación general y todo incluyente del Credo Apostólico: “Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.” Sin embargo, hay un buen número de pasajes bíblicos que entran en bastantes detalles relativos a la creación del cielo y de la tierra, de las plantas, los animales y el ser humano.

La más completa afirmación bíblica relativa a la creación la tenemos al comienzo de la Biblia, en Génesis 1 y 2. Después de esta sección sigue casi inmediatamente el relato de la caída en pecado. Referencias posteriores a la creación sirven ya sea para interpretar el relato de Génesis o para añadir detalles.

Uno de los detalles que explican es que la creación no es sólo la obra de Dios Padre, como se podría suponer según las palabras del Credo Apostólico, sino la obra de la Santa Trinidad, del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, ya que hay pasajes que hablan del Padre como el creador, pero lo mismo también del Hijo y del Espíritu Santo. En cuanto al Hijo tenemos Juan 1:1-3 donde dice: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.” Lo mismo también Colosenses 1:16-17. Con respecto al Espíritu Santo dice en Job 26:13, “Su espíritu adornó los cielos.” Es que la creación es una de las obras externas de la Santa Trinidad, como vimos en la Lección 11, y por eso participan en ella las tres personas. Y así hay numerosos otros detalles, pero los veremos a medida que avancemos en el tema.

Definiciones

En esta clase oiremos mucho de creación, evolución y posiciones intermedias y, por eso, creo que es conveniente, antes de entrar a fondo en el tema, definir lo que se entiende con esos términos.

¿Qué es lo que diferencia creación de evolución? Ambas, tanto la creación como la evolución, tratan de explicar cómo llegaron a existir las distintas cosas en nuestro mundo y en el universo. Los evolucionistas creen que la materia evolucionó, posiblemente de una masa original de hidrógeno a los 92 elementos que naturalmente existen según nuestro conocimiento. También creen que esto fue un proceso natural, y que de la misma manera materia no viviente llegó a ser viviente. De esta materia no viviente, pero ahora viviente, creen que se desarrollaron, en un proceso ramificador, todas las formas de vida que conocemos. Así creen que hasta el ser humano

resultó de un largo proceso de evolución. Todo esto, creen, es la consecuencia de procesos estrictamente naturales.

El creacionista cree que tanto la materia como la energía se originaron por el omnipotente poder de Dios. Niega que éstas sean eternas; tienen un comienzo. Cree que Dios por su poder omnipotente hizo que la materia fuese como la conocemos hoy en día. Además cree que por el poder omnipotente de Dios la materia no viviente vino a ser viviente, y que desde el principio la cosas vivientes existían en una gran variedad de formas. Finalmente cree que el ser humano fue creado especialmente por Dios y que no se ha desarrollado de organismos inferiores.

El creacionista, al igual que el evolucionista teísta del cual oiremos en un ratito, reconoce que Dios en el principio estableció las leyes naturales por medio de las cuales regularmente gobierna el universo. Por medio de éstas regularmente hace todo. Pero el creacionista también cree que Dios puede suspender o dejar de lado estas leyes naturales y usar su poder divino, tal cual lo hizo en la creación. Por eso ora el creacionista; pide que Dios dirija todas las cosas de tal manera que se logre lo que él desea, si es que está de acuerdo a la voluntad de Dios, pero también pide que Dios intervenga directamente si es que lo que desea no pueda lograrse por el proceso regular de las leyes naturales.

Hace un momento mencioné al evolucionista teísta. Es que hay muchos que no quieren asumir una posición extremista, ya sea la del creacionista o la del evolucionista, y así adoptan una posición intermedia. Una de ellas es la del evolucionista teísta donde se aceptan algunos principios bíblicos como que Dios creó la materia y energía y las leyes naturales, y gobierna y dirige todo el proceso por medio de ellas, pero también se aceptan numerosos principios evolucionistas como la evolución de los diferentes seres vivientes de una forma original de vida y la negación de la historicidad de Adán. Básicamente aceptan todo el concepto de evolución en tanto no se descarte a Dios como el que lo dirigió todo. La otra posición es la del creacionista progresivo el cual acepta que Dios creó todo en una serie de actos creativos o intervenciones creativas sobrenaturales de Dios separados por vastos períodos de tiempo. Generalmente acepta los días de Génesis como días regulares, pero entre éstos o los actos creativos permite largos períodos de desarrollo, de manera que no acepta que Dios lo creó todo en una semana regular como las nuestras. Cree en la historicidad de Adán y en su creación de parte de Dios.

Aparte de las diferencias ya vistas y de otras que veremos más adelante entre creacionistas y evolucionistas quiero subrayar una ahora, y es la del tiempo. El creacionista trata de un mundo o un universo relativamente joven, pues cree que Dios lo creó todo, de acuerdo a la Biblia, hace 6000 o algo más de años. Pero el evolucionista necesariamente trata de un mundo viejo para que las distintas especies hayan tenido el tiempo de desarrollarse. El concepto de la evolución no tiene espacio de operación si la tierra o el universo tienen sólo diez miles o cien miles de años. Preferiblemente por lo general hablan de millones o billones de años.

Macroevolución y microevolución

En cualquier discusión sobre el tema de la creación y evolución es importante diferenciar entre macroevolución y microevolución. ¿Qué es lo que se entiende con esos términos?

Con microevolución se entiende el hecho y el concepto de que las cosas vivientes cambian. Dios no creó todas las variedades de gatos, perros y seres humanos que tenemos hoy en día. La mayoría de ellos se desarrollaron de la especie biológica creada por Dios en el principio. Así microevolución comprende todos los cambios que se registraron en las cosas vivientes, incluyendo hasta el origen de nuevas especies. Poca controversia hay en relación a ello. Los creacionistas aceptan esa realidad. Es bíblica. Sólo Dios no cambia. Pero insisten los creacionistas de que esa realidad no prueba todavía la teoría general de la evolución o macroevolución.

Con macroevolución se entiende el concepto de que todas las cosas vivientes se han desarrollado o evolucionado de un solo o de solo unos pocos antecesores. Este concepto de la macroevolución es el que desechan los creacionistas por ser contrario a las evidencias científicas disponibles y al relato bíblico de la creación. Desafortunadamente muchos concluyen que la realidad de la microevolución prueba la existencia de la macroevolución. Y eso es erróneo.

La cuestión no es si es que se registraron cambios sino si es que se registraron cambios de la magnitud postulados por la macroevolución. Muchas veces se presenta la posición del creacionista como si negara todo cambio. Eso no es el caso. Lo que niegan es la existencia de cualquier evidencia que pruebe la macroevolución y de que de la microevolución se pueda probar la macroevolución.

Es totalmente anticientífico lo que postula la macroevolución, es decir, de que de alguna especie simple se hayan desarrollado todas las especies vivientes que tenemos hoy en día. Tampoco hay evidencia científica o histórica alguna que demuestre que una papa se haya cambiado en una frutilla, un perro en un gato, un caballo en una vaca o un mono en un ser humano. Aun donde es posible cruzar especies, ellas revierten otra vez a la original cuando se las deja solas. Para preservar las especies originales, Dios en su gran sabiduría ha puesto ciertas barreras evitando así infinidad de cruzamientos. El estudio de genes y cromosomas demuestra eso maravillosamente.

Lo dicho indica la gran debilidad de la teoría de la evolución, es decir, la falta de pruebas. No puede ser probada. Erróneamente se la presenta muchas veces como algo probado e irrefutable, pero eso es erróneo. Es algo que requiere nuestra fe, fe en algo sumamente dudoso. Por eso, contra la idea de muchos, el creacionista tiene una gran ventaja, como lo es la de depositar su fe en algo seguro y digno de fe, el informe de la Palabra de Dios.

Los días de la creación

La enseñanza bíblica es que Dios creó al mundo en seis días como los nuestros, y eso indica otra diferencia entre creacionistas y evolucionistas, o sea, la diferencia no radica sólo en el proceso seguido sino también en el tiempo usado. Pero el asunto del tiempo no es discutido sólo entre creacionistas y evolucionistas, sino también entre muchos de los que dicen seguir la Biblia, aunque muchos de ellos posiblemente no la conozcan suficientemente. Por eso es necesario ver algo más de cerca este asunto.

Desde hace tiempo se ha querido interpretar los días de la creación como largos períodos de tiempo, para así dar lugar para los años requeridos para la evolución. Pero, como veremos, es

imposible interpretar así esos días, y tampoco resuelve los problemas entre el informe bíblico y los postulados de la evolución.

Si seguimos la regla básica de interpretación bíblica, o sea, de que la Biblia se interpreta a sí misma, entonces es imposible interpretar los días de la creación como largos períodos de tiempo. Es cierto, a veces la Biblia usa la palabra “día” para referirse a un período de tiempo, pero no así en el relato de la creación. La razón porqué digo eso es sencillamente el texto mismo. Observe que en el versículo 5 dice: “Y fue la tarde y la mañana un día.” Y la misma expresión la hallamos al final de cada uno de los seis días. Los intérpretes dicen que esa es una forma hebrea de expresar la idea de un día completo. Pero obsérvese que siempre usa el singular, tarde, mañana, día, y no el plural como tendría que ser en caso de que fueran largos períodos de tiempo.

Otra evidencia se halla en los versículos 14 y 16 que dicen: “Dijo luego Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años...E hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; e hizo también las estrellas.” Si la palabra día debe significar un largo período de tiempo, entonces ¿qué significa acá estaciones y años? Sin duda es un problema para nosotros, saber cómo eran los días antes de ese cuarto día cuando Dios creó el sol y la luna, pero básicamente no pueden haber sido diferente de los días posteriores, ya que la misma descripción: “Y fue la tarde y la mañana un día” se halla tanto antes como después de ese día. Obsérvese además que los distintos animales y el ser humano fueron creados el quinto y sexto días, los cuales según la teoría de la evolución evolucionaron a lo que son hoy en día en millones de años. Pero según la Biblia fueron creados el quinto y sexto días, cuando ya había sol y luna que regían el día y la noche, de modo que carece de importancia ver cómo eran los días antes de ese cuarto día.

Hay quienes afirman que los días de la creación no eran días regulares de 24 horas sino días consistentes de un largo período de luz seguido por un largo período de noche. Pero eso crearía otros problemas. Una evidencia de ello se tuvo cuando hace unos años el Surveyor I fue enviado a la luna para tomar unas fotos. En la luna se tienen dos semanas de luz solar seguidas por dos semanas de oscuridad. Durante las dos semanas de luz solar, la temperatura asciende a más o menos 200 grados sobre zero y durante las dos semanas de oscuridad la temperatura desciende a más o menos 200 grados bajo zero. ¿Pueden imaginarse lo qué hubiera pasado a las plantas, creadas el día tercero, si el período de luz hubiera sido de billones de años e igual de largo el período de oscuridad? ¿Qué planta hubiera sobrevivido?

Otro pasaje bíblico al cual quiero llamar la atención es Éxodo 20:9-11 que dice: “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios;...Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día.” Esto es una clara referencia a la longitud de los días de la creación y nos indica que deben ser entendidos como los días en que vivían los israelitas, esto es, como días regulares, ya que traza un paralelo entre la semana de trabajo judía y la semana de la creación. El mismo paralelo se halla en Éxodo 31:12-17. Aquí también habla del sábado, de que había que observarlo so pena de muerte, y entonces al final, en el versículo 17, como resumen dice: “Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y reposó.”

Sin duda, uno de los grandes problemas relacionados con este tema son los fósiles, las rocas, etc. que parecen indicar un mundo mucho más viejo que el que indica la Biblia. Permítanme responder a esta problemática con algo que leí en algunos libros. Imaginémos un cientista de nuestro tiempo, estando en el jardín de Edén, la tarde del sexto día de la creación. ¿Qué hallaría? Posiblemente, entre otras cosas, hallaría un fértil jardín, animales totalmente desarrollados caminando entre árboles frutales y una pareja de seres humanos adultos. ¿Y qué podría concluir de lo que halló? Podría concluir que el jardín ya debe haber estado allí por bastantes años, que Adán y Eva deben haber vivido en él por a lo menos 25 años y que los árboles frutales deben haber sido plantados allí hace un buen número de años. Si cortara uno de los árboles y contara los círculos quizás descubriría que el jardín ya existía varios cientos de años. Y si midiera la profundidad de la tierra del jardín y asumiera que esa tierra se formó de la roca al mismo ritmo en que se forma la tierra hoy en día bajo condiciones similares, podría concluir que ese jardín ya debe haber existido miles de años. Y si mirara los cielos y viera allí las mismas estrellas que vemos hoy en día y considerara que algunas de ellas están a millones de años de luz de la tierra, podría concluir que esta tierra y estas estrellas ya tienen millones de años.

Pero cada una de esas conclusiones sería errónea. Las estrellas no tendrían millones de años sino sólo algo más de 48 horas. El suelo había aparecido sólo hace unos tres días y esos árboles habían surgido llevando frutos pocos momentos después que apareciera el suelo. Y los dos adultos que podían hablar tan inteligentemente acerca de los animales en el jardín, tenían menos de 12 horas de vida.

Algunos dirán, eso es fantasía, es imposible, es erróneo. ¿Será? Para Dios nada es imposible. ¿Cómo me prueban que es erróneo, que el mundo no fue creado así? Mientras no me lo prueben no puedo aceptar esas críticas. Pero aparte de eso, lo que quiero demostrar es que, tomando el relato bíblico de la creación al pie de la letra, es bien posible que tengamos un mundo que aparenta ser mucho más viejo de lo que en realidad es. Y por eso, no nos dejemos engañar por las apariencias, concluyendo de ellas que el mundo tiene millones de años, sino creamos el único informe digno de fe, el informe de Dios mismo, el único que sabe cómo se originó todo.

El orden de la creación

Quiero llamar la atención al hecho puntualizado también en el libro *Doctrina Cristiana* del Dr. J. T. Mueller, de que, según la Biblia, Dios no creó todo de una vez sino siguió un orden admirable. En general podemos decir que primero procedió a crear la materia prima y luego, sobre ella y de ella, hizo todas las distintas cosas. Pero aparte de ello quiero llamar también la atención a otro detalle que recalca el Dr. Mueller, y que es de que este orden de la creación no debe entenderse como un proceso de evolución, pues en ninguna parte la Biblia siquiera insinúa que el mundo se haya desarrollado por medio de fuerzas residentes dentro de la materia prima creada al principio, sino sólo por medio del poder creador de Dios. También la teoría de los dos factores, de que Dios haya desarrollado las cosas por medio de las leyes naturales, etc., es desechable, ya que Dios en ningún modo hizo las cosas por medio de la materia prima sino de ella.

Según algunos hubo un larguísimo período de tiempo entre lo relatado en Génesis 1:1 y 1:2, o sea, entre la creación de la materia original y la organización del planeta tierra. Muchos de los

que enseñan eso, dicen que originalmente el mundo fue creado para los ángeles y que, por eso, no oímos nada de la creación de estos durante uno de los seis días de la creación. De ese mundo hecho para los ángeles, dicen, informa Génesis 1:1. Algún tiempo después los ángeles malos cayeron en pecado y como castigo por ello su mundo fue destruido y los ángeles malos echados al infierno. De lo que quedó de ese mundo destruido, dicen, Dios entonces hizo nuestro mundo. Por eso informa Génesis 1:2: “La tierra estaba desordenada y vacía.” Los que defienden esta teoría sostienen que entre Génesis 1:1 y 1:2 pasó muchísimo tiempo y de esta manera piensan poder reconciliar la enseñanza de la Biblia con los que afirman que el mundo tiene millones de años. También piensan poder explicar de esa manera el hallazgo de tantos fósiles, los cuales, según ellos, serían remanentes de ese mundo que fuera destruido.

Pero aunque esta teoría pudiera parecer linda, no es bíblica. El término usado en Génesis 1:2 y traducido en nuestra Biblia con: “La tierra estaba desordenada y vacía”, en realidad no significa un desorden propio de una destrucción, sino la falta de orden que existe antes de que algo sea organizado, como era de suponer que fuera ya que Dios recién había hecho la materia prima y no la había organizado todavía. Por eso también traducen algunas Biblias: “La tierra estaba sin orden y vacía.” Además en Génesis 1:31 dice: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera.” Difícilmente podría haber dicho Dios que todo era bueno en gran manera si los ángeles ya habían caído en pecado y parte del mundo ya había sido destruido por el pecado de ellos. Tanto los ángeles como todo el resto de la creación estaban todavía en un estado de perfección al final del sexto día.

Algunos detalles de la creación

Un aspecto que se enseña respecto de la creación es que Dios creó al mundo de la nada. La misma palabra crear significa hacer algo de la nada. Pero es interesante observar que el texto de Génesis, aunque implica eso, no lo enseña específicamente. Otros textos lo hacen, como Hebreos 11:3, donde dice: “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía.” Este concepto de la nada debe entenderse como verdaderamente nada ya que antes de la creación no había absolutamente nada fuera de Dios, y cuando en Génesis 1:1 dice “en el principio creó Dios” se refiere justamente al momento cuando aún no había nada y comenzaron a existir las cosas fuera de Dios. Recién desde ese momento hubo principio. Antes de ello no había principio dado que Dios no tiene principio. También el tiempo y el espacio son creaturas del Dios infinito que entonces tuvieron principio.

Es interesante observar que el primer día fue creada la luz. Hoy en día se considera la luz ante todo como una especie de energía. En tiempos idos se asignaba primordial importancia a la materia, pero hoy en día se considera la materia sólo como lo que contiene la energía, y ésta como lo realmente importante. En vista de ello es digno de observar que durante el primer día Dios creó la luz, una especie de energía, en lugar de crear una sustancia material. La luz que Dios creara ese primer día fue la luz elemental la que luego conectara a ciertos cuerpos luminosos, de modo que ella ya existía antes de que existiera el sol, la luna y las estrellas. Este hecho de que la luz fuera creada y existiera antes de que fuesen creados y existiesen los cuerpos luminosos ha sido calificado repetidas veces como no científico. Sin embargo, hoy en día se reconoce universalmente que la luz puede existir separado del sol y que puede ser causada por acción química o eléctrica. Cualquier cuerpo sólido puede volverse incandescente siendo

calentado hasta 700 u 800 grados Fahrenheit de temperatura. Del mismo modo líquidos pueden emitir luz cuando son calentados suficientemente.

En el versículo 6 traduce nuestra Biblia: “Haya expansión en medio de las aguas.” Otras versiones traducen “firmamento” o “bóveda”. Considero que la palabra expansión es la mejor. Muchas veces se ha tratado de ridiculizar la Biblia como si ella enseñase que el firmamento es una sólida bóveda de hierro que separa el cielo de la tierra o como si ella compartiese la idea babilónica de un universo de tres pisos. La traducción “firmamento” o “bóveda” sin querer puede dar pie a esas insinuaciones. Además en Jeremías 10:12 dice: “Extendió los cielos con su sabiduría.” Lo mismo en varios otros pasajes del Antiguo Testamento. Todos ellos hablan del cielo como algo extendido sobre ellos, no como una bóveda firme. Esto coincidiría también mejor con el significado básico de la palabra hebrea traducida con “expansión” en Génesis 1:6.

El mismo texto también habla de aguas debajo de la expansión y aguas sobre la expansión. Hay discrepancia sobre el significado de estas palabras. Yo personalmente me inclino a compartir la interpretación de los que piensan que las aguas sobre la expansión son las nubes y el agua en estado de evaporación en la atmósfera, en tanto las aguas debajo de la expansión son los ríos, lagos, océanos, etc. Estas dos aguas están en un constante circuito pero sin embargo están separadas.

Al tercer día Dios cubrió la tierra de verdor, hierba verde y árboles de fruto, cada uno con su semilla en él. El mundo botánico es un mundo maravilloso del cual podría escribirse muchísimo para lo cual no tengo el tiempo, pero todo ello lo creó Dios al tercer día prácticamente en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, hay un pequeño detalle al cual creo que debo referirme. Tanto en la creación de las hierbas y los árboles como en la de las aves, los peces y los animales terrestres siempre de nuevo nos encontramos con la expresión: “Según su especie” o “según su género”. Al parecer, los traductores no están seguros cual expresión es mejor. Hay confusión en cuanto a los términos. Pero, sea cual fuere, lo que quiere indicar el texto es que Dios creó todas las distintas especies o géneros o cómo se las quiera llamar. Ellas no se desarrollaron de una especie simple, inferior, en un largo proceso de evolución, sino cada especie tenía la capacidad de multiplicarse según su especie.

La así llamada creación de nuevas especies en laboratorios hay que ver cuán reales son. Por de pronto es cosa comprobada que esos híbridos producidos no pueden reproducirse y que revierten otra vez a lo original cuando se los deja solos.

Anteriormente ya me he referido a la creación de los cuerpos celestes y la luz. Aparte de lo dicho en esa ocasión quisiera indicar que Dios no creó los cuerpos celestes sólo para que sean lumbreras sino también para que separasen el día de la noche y sirviesen de señales para las estaciones, para días y años. Así es. Toda vida, cambio, estación, etc., en la tierra es regulada maravillosamente por ellos hasta el día de hoy. Además es importante observar que la Biblia no enseña ningún sistema astronómico pero que indica las siguientes verdades: a) La tierra fue creada antes del sol igual que la luz; b) La tierra no fue creada para el sol sino el sol para la tierra. Cuando llegue el fin del mundo porque el Evangelio ya ha sido predicado en todo el mundo, entonces también desaparecerán el sol, la luna, las estrellas y todo el mundo presente. Es importante observar lo qué dice al respecto el Dr. J. T. Mueller en su libro “*Doctrina Cristiana*”.

El quinto día Dios creó todos los animales marinos y las aves. El Dr. J. T. Mueller en su libro ya mencionado dice que los animales acuáticos fueron creados del agua pero que no se menciona el material del cual fueron creadas las aves. El v. 20 en nuestra Biblia dice: “Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra.” Pero al parecer es deficiente la traducción de la primera parte de ese versículo, ya que muchas Biblias en lugar de la palabra “produzcan” traducen: “Llénense” o “bullan” las aguas de animales vivientes. Y el Dr. H. C. Leupold en su comentario de Génesis dice: “La situación no es análoga a la del trabajo del tercer día donde la tierra produjo. Acá no son las aguas las que producen. Son erróneas las versiones que traducen: 'Produzcan las aguas'. Lutero no cometió ese error... Simplemente no sabemos de qué fuente brotaron peces y aves. Ellos son requeridos solamente a llenar sus dominios.” Y eso es todo lo que se puede decir sobre ello. Si se dice más es mera suposición. Carece de toda base sostener que evolucionaron de algo.

Es interesante observar la diferencia en cuanto a la bendición de multiplicación dada a estos animales. A los peces dice: “Fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares.” La fertilidad de los peces es asombrosa. Por ej., en un solo arenque se han hallado 68,000 huevos y en algunas temporadas sólo pescadores noruegos solían pescar 300 millones de arenques sin que se agotaran. Pero a las aves sólo dice Dios: “Multiplíquense.” Y la fertilidad de las aves es mucho menor que la de los peces. Algunas aves ponen sólo dos huevos, otras más. Eso es nada en comparación con los miles de huevos de los peces. ¡Cuán sabio es Dios! Si las aves se multiplicaran lo mismo que los peces sin duda no veríamos el sol.

El sexto día Dios creó a los animales terrestres y al ser humano. Tanto podría decirse de ellos, especialmente del ser humano, de células y cromosomas, de cada uno de los maravillosos órganos humanos, de la preeminencia del ser humano, etc., pero el tiempo no me lo permite. Cuando trate la doctrina del hombre veremos brevemente algunos puntos de ello. Por de pronto quiero que lean atentamente las páginas 119-121 del libro “*Doctrina Cristiana*”. Pero quiero ampliar brevemente algunos puntos.

De acuerdo a Génesis 1 y 2 el ser humano es una criatura especial de Dios, la corona de la creación. Las diferentes especies o géneros de animales fueron creados por la palabra de Dios, pero de muchas maneras estos dos capítulos muestran que cuando Dios creó al ser humano estaba haciendo una criatura especial, una criatura que sería el objeto de su especial interés y preocupación. ¡Cuán distinto es el cuadro del hombre que nos presenta la teoría de la evolución! Primitivamente un animal, viviendo en las ramas de los árboles o en cuevas, trepando ramas como los monos, comunicándose con otros por gruñidos, sin poder hablar ni conocer a Dios. Ni la menor semblanza de la imagen de Dios con que fuera creado. En eso desemboca el ser humano cuando quiere saber más que Dios.

Muchos dicen que Adán nunca existió, que ese nombre es sólo un nombre representativo de la raza humana. Es cierto, en el idioma hebreo *adam* puede significar tanto ser humano como un individuo determinado. Sin embargo, es evidente que en los primeros capítulos de Génesis se refiere a una persona que existió y llevaba ese nombre. Digo eso porque en varias tablas genealógicas aparece Adán junto a otros individuos y especialmente San Pablo lo menciona repetidas veces como un individuo. Más aún, todo el argumento de Pablo carecería de base si

Adán no es una persona que existió.

Muchos dicen que en Génesis 1 y 2 tenemos dos relatos distintos de la creación, el primero de Génesis 1:1 a 2:4a y el segundo de Génesis 2:4b a 2:25. Esgrimen muchos argumentos para sustentar sus teorías e incluso hablan de diferentes autores. Sin duda oirán más de ello en el curso de Génesis. Pero por de pronto permítanme decirles que no hay necesidad de considerar esos dos relatos como diferentes, sino debemos verlos como complementarios. Aparentemente Dios contesta tres preguntas en esos dos capítulos. La primera pregunta: ¿De dónde viene toda la materia y energía en el universo? la contesta en Génesis 1:1. La segunda pregunta: ¿Cómo se originó el planeta tierra y todo lo relacionado a él? la contesta en Génesis 1:2 a 2:3. Y la tercera pregunta, que nos interesa especialmente a nosotros como seres humanos, ¿cómo se originó la raza humana? la contesta en Génesis 2:4 a 2:25. La última sección presupone que se conoce lo dicho en el capítulo anterior y sólo completa lo que falta allí.

Esta lección, como ven, ha tocado un tema muy importante y sobremanera controvertido y lamentablemente no he podido profundizarlo con Uds. como quisiera. Sin embargo, he tratado de tocar los puntos más candentes y significativos del mismo. Pero, hay un punto final que creo debo tocar. Muchas veces, en relación a este tema, se arguye diciendo: Lo importante no es el cómo sino el qué. Dicen ellos que Dios en el relato bíblico de la creación no ha tenido la intención de indicarnos cómo creó al mundo sino sólo de que lo creó, de modo que sólo necesitamos creer que Dios lo creó todo, cualquiera haya sido el método que haya empleado para ello. Pero, pregunto, ¿si no tuvo la intención de indicarnos el cómo, porqué lo hizo? porque, evidentemente, en Génesis Dios nos indica cómo creó al mundo, de lo contrario sólo hubiera dicho: “En el principio creó Dios el cielo y la tierra” y basta. Además, pregunto, ¿cómo saben esas personas que Dios no tuvo la intención de indicarnos el cómo? Presionados, posiblemente, bien pronto dejarían entrever que ellos no quieren pasar ridículo ante los demás y por eso asumen esa actitud. Además, posiblemente, bien pronto afirmarían: Y ¿qué diferencia hace? Total, nadie se salva creyendo que Dios creó el mundo de esta o de aquella manera. Nos salvamos sólo creyendo que Cristo murió por nuestros pecados. Es cierto. Pero, pregunto yo, si se toman la libertad de dudar el relato bíblico de la creación, ¿quién nos asegura que mañana no harán lo mismo con otras declaraciones bíblicas ridiculizadas por el mundo como el nacimiento virginal, la resurrección de Cristo, la ascensión de Cristo, la segunda venida de Cristo, etc.? El que duda o niega una cosa no tardará mucho en dudar y negar también la otra. Y, por eso, es importantísimo que aceptemos al pie de la letra lo que Dios nos dice en cuanto a la creación del mundo en su santo libro.

Lección 15

La DOCTRINA ACERCA de la PROVIDENCIA de DIOS

Después de la creación del hombre, dice la Biblia, Dios reposó de la obra que había hecho. Esto no significa que terminó toda actividad de Dios, sino sólo que reposó de la obra propia de la creación. El mundo que había creado no era autosuficiente, no se mantenía sólo, sino necesitaba la continua asistencia divina, y esto es lo que se entiende con la providencia de Dios. Algunos lo llaman también la creación continuada. El Diccionario Larousse define providencia como la suprema sabiduría de Dios que dirige todas las cosas. Esa definición es buena pero deficiente, pues la providencia de Dios comprende más. En Hebreos 1:3 dice: “Quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder.” Ahí vemos otro aspecto de la providencia de Dios, de que lo sustenta todo. Quiero llamar vuestra atención a la definición que se halla en el libro del Dr. Mueller, ya que es bien completa, y observen las tres palabras en letra gruesa. Dice: “La providencia divina es el acto externo de la Trinidad entera por el cual Dios a) sostiene con toda eficacia todas las cosas creadas, tanto total como individualmente, tanto las especies como los individuos; b) coopera en sus acciones y efectos; c) gobierna libre y sabiamente todas las cosas para su gloria y el bienestar y la seguridad del universo, especialmente de los creyentes.” Veamos esto algo más en detalle.

La naturaleza de la providencia de Dios

La providencia de Dios no es algo que en sí es contrario a la razón humana. Si el ser humano reconoce la existencia de Dios como Ser Supremo, y su conciencia le dice eso. Si admite que ese Dios es omnipresente, omnisciente y omnipotente y que se preocupa por el mundo que creara, no podrá menos que aceptar entonces como lógico también el concepto de que el mundo depende de Dios y de que Dios lo preserva. Sostener lo contrario sería en ese caso lo mismo que negar la existencia de Dios.

Y lo mismo si se observa la naturaleza. ¡Cuán maravillosa es toda ella! Plantas, animales, clima, etc., todo en un perfecto equilibrio. Todo bien planeado y defendido. Y en el campo de la bioquímica, una maravilla tras otra, de modo que el ser humano con todo su estudio y tecnología se encuentra ante cada vez mayores y nuevos enigmas. Todo lo cual indica la existencia de un Ser Supremo, de infinito poder y sabiduría, el cual hizo y dirige todo eso.

De modo que, sea donde miremos, dentro o fuera de nosotros, estamos rodeados de testimonios que nos dicen: El mundo no se sostiene por sí mismo, sino es sostenido y gobernado por uno superior a él, por Dios. Así la providencia de Dios es una de las cosas que él nos ha manifestado acerca de sí en la naturaleza.

Pero aunque no sea contraria a la razón, la doctrina de la providencia divina permanecería para siempre oculta y vaga si sólo dependiera de la razón, porque desde la caída, ésta está totalmente ciega y dominada por el pecado. Sin duda, esa doctrina sería ignorada si Dios no nos la hubiera revelado en la Biblia y no nos hubiera dado fe para creerla. Así, en el final de los análisis, ella es un artículo de fe.

La Biblia enseña esa doctrina en muchas partes. Veamos algunas de ellas. En Hebreos 1:3, hablando de Jesucristo, ella dice: “Quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder.” Según el Salmo 104, Dios hace que la tierra lleve su fruto y que el sol y la luna salgan y se pongan a su debido tiempo y entonces sigue diciendo: “Todos ellos esperan en ti, para que les des su comida a su tiempo. Les das, recogen; abres tu mano, se sacian de bien. Escondes tu rostro, se turban; les quitas el hálito, dejan de ser y vuelven al polvo” (vv. 27-29). A los sabios atenienses dice Pablo que Dios “da a todos vida y aliento y todas las cosas” y que “en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:25 y 28). Sólo a Dios le debemos nuestra existencia, ya que “no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). A los colosenses dice Pablo que Dios no sólo creó todas las cosas sino también que “todas las cosas en él subsisten” (Colosenses 1:16-17). Ciertamente sólo a Dios se lo debemos que el mundo aún no se haya desvanecido y desintegrado. Como ven, abundan los pasajes bíblicos que nos enseñan la providencia de Dios.

El alcance de la providencia de Dios

La providencia de Dios abarca todas las creaturas. Ninguna es tan grande que no la necesite, y ninguna tan pequeña que no reciba su atención. San Pablo dice: “Todas las cosas en él subsisten” (Colosenses 1:17). Y el salmista sostiene: “Los ojos de todos esperan en ti” (145:15).

La providencia de Dios abarca la creación inanimada. Job escribe: “Dios, en su furor, remueve las montañas; las derrumba y nadie se da cuenta. El hace que la tierra se sacuda y que sus bases se estremezcan” (Job 9:5-6). Y en otra parte (28:25-26) dice el mismo Job: “Dios le fijó la fuerza al viento y puso un límite al agua, estableció las leyes de la lluvia y señaló el camino a la tormenta.” Y en el Salmo 148:8 vemos que el fuego y el granizo, la nieve, el vapor y el viento de tempestad, todos ejecutan su palabra. El alcance de la providencia de Dios no tiene límites.

Los incrédulos muchas veces se mofan de los cristianos cuando éstos piden a Dios que haga llover o los guarde de las inclemencias del tiempo o de las catástrofes de la naturaleza. Y, sin embargo, si Dios no regula la naturaleza ¿quién lo hace? Si Dios no mantuviera los protones del átomo en su lugar, ¿cuál sería la devastación del mundo? Si Dios no controlara y dirigiera los pequeños átomos, cuánto peligro correríamos.

Lo mismo puede afirmarse acerca del mundo vegetal. Dice el Salmo (104:14): “El hace producir el heno para las bestias, y la hierba para el servicio del hombre.” ¡Cuán maravilloso es el mundo vegetal! ¡Cuánto color! ¡Cuánta variedad! Según los expertos en botánica hay más de 250.000 especies, sin contar las variedades individuales, y cada una de éstas con su propia necesidad de suelo, aire y ambiente, para vivir, cumplir su objetivo y reproducirse. Y Dios no pierde el control de ninguna de ellas.

Y ¿qué diremos del mundo animal? “Los ojos de todos esperan en ti y tú les das su comida a su tiempo” (Salmo 145:15). “Tú eres el que envía las fuentes por los arroyos...dan de beber a todas las bestias del campo...El hace producir el heno para las bestias...Los leoncillos rugen tras la presa, y para buscar de Dios su comida.” En el anchuroso mar “se mueven seres innumerables, seres pequeños y grandes...Todos ellos esperan en ti, para que les des su comida a su tiempo.”

(Salmo 104:10-27). Tal es la preocupación de Dios por los animales que el diablo ni siquiera podía entrar en los cerdos de los gadarenos sin que tuviera el permiso expreso del Señor.

Y si Dios cuida así de plantas y animales, ¿cuánto más lo hará de los seres humanos? San Mateo escribe: “Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?... Si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?” (6:26-30). En verdad, el ser humano es el objeto más importante en la providencia de Dios. Aunque se ha rebelado contra Dios con su pecado, sin embargo, Dios “hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos” (Mateo 5:45). Sea cual fuere su color o posición social “no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños” (Mateo 18:14).

Dios cuida y dirige cada persona individual. Cada una tiene asignada su misión en esta vida y Dios la equipa para ello como vemos en muchísimos casos de hombres grandes y pequeños. Así preparó a Moisés. Así dijo a Jeremías: “Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones” (1:5).

La providencia de Dios incluye todo lo que concierne al ser humano: Sus pensamientos y sus emociones, su tiempo y sus posesiones, sus problemas y sus habilidades, hasta los más mínimos detalles, como el sentarse y el levantarse y cada uno de sus cabellos. Dice Salomón en Proverbios 20:24: “De Jehová son los pasos del hombre.” Y en Salmo 31:15 leemos: “En tu mano están mis tiempos.”

La providencia de Dios se realiza en que, según palabras de Lutero, Dios “me provee abundante y diariamente de todo lo necesario para la vida”. Abre su mano y satisface nuestros deseos. Algunas veces lo hace de modo sobrenatural como cuando alimentó milagrosamente a los israelitas en el desierto o a la viuda de Sarepta. Sean muchos o sean pocos, no importa para el Señor. Pero por regla lo hace por medio de nuestro trabajo.

La providencia de Dios se realiza además, según continua diciendo Lutero, en que Dios “me ampara contra todo peligro, y me guarda y protege de todo mal.” Muchos pasajes e historias bíblicas afirman eso. En Salmo 91:1,3 y 10 dice: “El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente...Él te librá de la mano del cazador, de la peste destructora...No te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada.” Vean también el Salmo 121.

Dios hace eso de diversas maneras. Generalmente aparta el peligro de modo que ni nos damos cuenta que corrimos peligro. Dondequiera estemos, estamos cercados de peligros, pero generalmente no nos percatamos de ello porque Dios lo aparta sigilosamente. Otras veces nos salva pero de modo que nos damos cuenta. Entonces decimos que tuvimos suerte, pero no fue eso. Dios lo encaminó de tal modo que no nos hiriera. Así se salvó Pablo de la conspiración para asesinarlo porque su sobrino oyó de ello y denunció lo que se planeaba. Y así podremos hallar infinidad de ejemplos que confirman la verdad expresada en Job 5:19: “En seis tribulaciones te librá, y en la séptima no te tocará el mal.”

La providencia de Dios incluye también el reino del mal y del dolor ocupado por el diablo y sus

ángeles. Sólo porque nuestro Dios es omnipotente puede controlar y mantener en sujeción a estos espíritus malignos. Y ¡gracias a Dios! que lo hace.

Otro reino incluido en la providencia de Dios es el Reino de Gloria. No podemos imaginarnos como será esa vida celestial. Por eso la Biblia la describe figuradamente comparándola sólo con lo más precioso que podamos imaginarnos, pero aun eso es deficiente. Será un lugar con plenitud de gozo y alegría sin fin. Y ¡gracias a Dios! que ha proveído también para ello.

Pero la providencia de Dios no incluye sólo cosas grandes y preciosas sino también pequeñas e insignificantes. Muchas veces eso no nos parece digno de Dios. Que él sustente y dirija los asuntos grandes e importantes, sí, pero que él se ocupe también, por ejemplo, de cada piojito acá en la tierra eso nos parece indigno e impropio de él. Nos parece mucho más apropiado que esas cosas diminutas las deje a cargo de subalternos. Pero eso sería contrario a claros pasajes bíblicos. Lucas dice: “Aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados” (12:6). Si el sol no desdeña brillar sobre un gusanito, ¿por qué no ha de proveer Dios por él? En verdad, si pensamos todo esto algo más, veremos que lo que parecía ridículo, en realidad es algo lógico y apropiado. Por ejemplo:

- 1) Si Dios se tomó el trabajo de crear aun las cosas más pequeñas, ¿por qué no se ha de ocupar también de preservarlas?
- 2) Para Dios no hay nada grande o pequeño, importante o insignificante. Si decimos que lo hay, estamos aplicando conceptos humanos a Dios.
- 3) Dios está totalmente en todas partes, por eso, no puede haber cosa, por más pequeña que fuere, donde él no está totalmente.
- 4) Dios no pierde nada de su energía por ocuparse de tantas cosas pequeñas, así como el sol no pierde nada iluminando cada detalle.
- 5) Si Dios no controla las cosas pequeñas ¿cómo podría sostener y dirigir las grandes, ya que las grandes siempre consisten de las pequeñas? Controlando las pequeñas controlará las grandes.
- 6) Cosas pequeñas también son importantes y pueden tener incalculables consecuencias. Observen el pequeño átomo y la devastación que puede causar.

O sea, no es nada ilógico que Dios incluya las cosas diminutas en su providencia. Pero no es por eso que lo creemos, sino porque la Biblia lo dice. Dios incluyó hasta los más ínfimos detalles en su providencia. Verdaderamente “grande es Jehová, y digno de suprema alabanza; y su grandeza es inescrutable” (Salmo 145:3).

Los principios de la providencia de Dios

Dios no dirige el mundo de manera caprichosa, sin usar reglas o alterando a voluntad las reglas de juego o usando siempre de nuevo medidas drásticas. Una vez lo hizo en ocasión del Diluvio, pero después de ello se comprometió a “mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y

la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche” (Génesis 8:22). Aun catástrofes naturales como terremotos, erupciones volcánicas, etc., están bajo esa regla y siguen leyes definidas de causa y efecto.

Cuando Dios creó el mundo no sólo creó las cosas sino también las reglas que las rigen. Así al crear la luz, puso en efecto las leyes de la óptica y del tiempo; al hacer el firmamento, las aguas y la tierra, estableció las leyes físicas, químicas y geológicas; al crear los cuerpos celestes puso en efecto las leyes astronómicas; al hacer los seres vivientes tanto del reino vegetal como animal, estableció las leyes biológicas, genéticas, etc., que rigen a cada uno de ellos; y al crear al ser humano puso en efecto todas las leyes que rigen su existencia individual y colectiva. Todas estas leyes no son algo impuesto a las cosas, sino algo propio de ellas, su instinto, su naturaleza, su manera de ser. Y son leyes eternas, establecidas para siempre. Teorías y leyes humanas van y vienen, pero estas leyes permanecen. Y por medio de ellas Dios lleva a cabo hasta el fin su divina providencia.

Pero hay una excepción a esta regla, el ser humano. Dios lo creó libre, con la libertad de elegir, y eligió la rebelión. Y en consecuencia, desde entonces el ser humano está sujeto a obediencia y sujeción, pero ante todo Dios estableció también para él la regla de la gracia, según la cual Dios, por los méritos de Cristo, no le imputa sus transgresiones sino se las perdona y lo libra de las terribles consecuencias del pecado.

El modo de operar de la providencia de Dios

Dios preserva, sustenta y dirige todo a través de ciertos medios que llamamos causas secundarias para diferenciarlas de Dios, la causa primaria. Según la Biblia, tanto Dios como los medios actúan, como vemos en Salmo 127:1 donde dice: “Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican; si Jehová no guardare la ciudad, en vano vela la guardia.” Debemos entender cómo funciona esto. La enseñanza bíblica es que las causas secundarias no actúan en forma coordinada a la causa primaria que es Dios, sino en forma subordinada, de modo que hacen sólo lo que Dios actúa en ellos y eso sólo en la medida y en tanto Dios lo actúa. El momento que Dios cesa de actuar, ellos también cesan. Es cierto, podemos hablar de un movimiento, una energía y un efecto natural de las cosas, ya que el sol brilla, la medicina sana, el pan alimenta, pero eso lo que llamamos natural, en realidad es la acción de Dios sobre y a través de esos medios.

Debemos tener cuidado de no separar el actuar de Dios del actuar de los medios como si fueran dos acciones separadas. No debemos atribuir parte a Dios y parte a los medios ya que la Biblia atribuye la misma acción totalmente a Dios y a los medios. Tampoco debemos separar el actuar de Dios del de los medios en cuanto a tiempo como si Dios actuara primero y luego los medios. Para desechar este concepto dicen expresamente los dogmáticos luteranos que el actuar de las causas secundarias no es el efecto de un actuar previo de Dios sino el resultado de un continuo actuar de Dios en las criaturas y a través de ellas. Todo esto es un insondable misterio para nuestra razón, pero a manera de analogía podría citar el escribir. Cuando escribimos no hace la mitad la mano mitad el lápiz sino la mano escribe y el lápiz escribe, y las dos lo hacen al mismo tiempo.

Todo esto es muy importante sostenerlo, por ejemplo, contra el deísmo el cual excluye a Dios de esto y sostiene que las leyes de la naturaleza lo hacen todo. Quenstedt dice de ello: “Es erróneo decir que las causas secundarias separan la causa primaria del efecto, ya que el efecto es el resultado inmediato tanto de la causa primaria como de la secundaria.” Las leyes de la naturaleza no son algo que difiera de la voluntad y el actuar de Dios, sino son la voluntad y el actuar de Dios en cuanto a la existencia y el actuar de las criaturas. En esta relación se podrá preguntar: ¿Está Dios atado a las leyes de la naturaleza? La respuesta es: Dios escogió actuar a través de las leyes de la naturaleza y, lógicamente, como tal puede escoger otro modo de actuar si así le place. Él tiene la libertad de hacerlo.

La providencia de Dios y la libertad humana

Entre las causas secundarias que Dios usa están los seres humanos tanto buenos como malos. Según Isaías 10:12-15 el soberbio rey asirio es un hacha en la mano del Dios Altísimo. El rey Herodes es aquel de quien se sirve Dios para cumplir su profecía: “De Egipto llamé a mi Hijo” (Mateo 2:15). Balaam no puede complacer a Balac sino debe responderle: “La palabra que Dios pusiere en mi boca, esa hablaré” (Números 22:38). Dios actúa a través de seres humanos.

Pero eso nos hace preguntar: Si los seres humanos son los medios que Dios usa ¿tienen ellos libertad de acción? ¿Son ellos responsables de lo que hacen? ¿No es Dios responsable, al menos en parte? La Biblia enseña claramente que cada ser humano es totalmente responsable por lo que hace, y por eso cada ser humano será juzgado según lo que haya hecho, sea bueno o sea malo. Todo esto, de que el ser humano es responsable aunque Dios en su providencia lo dirige, es un misterio velado para nosotros, reservado para Dios.

Pero algunos detalles nos ha revelado. Cuando Dios creó al hombre le dio la libertad de escoger, de modo que hacía todo libremente. Pero cuando cayó en pecado perdió esa libertad en asuntos espirituales, aunque conservó cierta libertad en asuntos civiles. Por eso puede escoger entre robar o no, matar o no, emborracharse o no. También conservó la habilidad de reconocer algunas verdades acerca de Dios, de que es justo y demanda que también lo seamos, que le obedezcamos y lo honremos. Dios dio a todo ser humano la habilidad de reconocer eso.

Pero ¿qué ha hecho el ser humano con ello? San Pablo en Romanos 1 nos informa. Dice en vers.21: “Habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios”, y en vers.28: “Ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios.” No consideraban a Dios lo suficientemente importante como para darle el lugar que se merecía en sus vidas y pensamientos y, en cambio, trataron de eliminar toda influencia suya. Deliberadamente se entregaron a sus pasiones y se deleitaron en sus pecados. Constantemente abusaban la libertad que aun tenían. Por eso “no tienen excusa” (Romanos 1:20) y son responsables por sus acciones. Abundan los ejemplos para demostrar eso.

Claro eso no contesta todavía plenamente la cuestión de cómo es posible que el ser humano dependa totalmente de Dios para hacer algo y que sin embargo proceda contra Dios y sea responsable por ello. ¿No es Dios igual responsable, a lo menos en parte, del pecado que se comete? Si un ladrón ni siquiera puede desear lo ajeno, menos aún tomarlo, ¿no es Dios responsable porque le da esa voluntad y fuerza para hacerlo? Si Dios sabe que la libertad que da al ser humano será abusada, ¿no es Dios responsable porque le da esa libertad? Eso es el

problema.

Otra vez, no tenemos la respuesta plena a este problema, pero algunas cosas a lo menos nos ha revelado Dios. Estas son:

- 1) Dios no quiere el pecado y está opuesto a todo pecado.
- 2) Dios muchas veces impide las malas intenciones de hombres.
- 3) Dios hace que el pecado cometido sirva a un buen fin.
- 4) Dios a veces permite el pecado para castigar el pecado.
- 5) El diablo actúa en los seres humanos a tal punto que controla sus emociones y voluntad de modo que dirige hacia el mal la energía que Dios le provee. Pilato dijo a Jesús: “Tengo autoridad para crucificarte, y tengo autoridad para soltarte” (Juan 19:10). Y tenía razón. Dios le dio la energía para hacer eso, pero la mala dirección que Pilato dio a esa energía, esa venía del diablo.
- 6) Dios actúa en y a través de seres humanos, también cuando hacen lo malo.

Todas estas afirmaciones demuestran que Dios también participa en las acciones malas de los seres humanos, pero claro su participación en ellas es distinta a su participación en las acciones buenas. En las buenas todo es de Dios, tanto la energía para hacerlas como la dirección que les da. Pero en las malas es Satanás el que las dirige hacia el mal. Dios aún trata de llevar al ser humano al arrepentimiento, pero si se rehúsa entonces además pierde toda habilidad de decidir sobre lo que vendrá. Una vez que el ser humano ha cedido a Satanás y se ha rendido al mal, entonces pierde todo control de las cosas y es impelido a todo mal, pero Dios entonces las toma bajo su providencia. Dios las usa entonces para que sirvan para sus fines, su honor y el bien último del pecador. Así David cedió al orgullo y la ambición pero Dios ahora hizo que David en su orgullo decretara un censo, lo cual sirvió al propósito de Dios de castigar a Israel. Todo esto nos indica cuan perverso es dar lugar al mal, jugar con el pecado. No podemos jugar con el pecado sin que pronto el pecado juegue con nosotros y nos lleve a toda clase de mal, y perdamos todo control sobre él.

Dios provee al pecador sólo la aptitud de hacer lo malo no la dirección. Da, por ejemplo, al asesino la fuerza para empuñar el puñal pero no le da la intención de usar esa fuerza para el mal.

Lógicamente, esto no satisface todas nuestras preguntas, pero no podemos decir más. Si igual lo hacemos, terminaremos negando alguna de las siguientes verdades bíblicas:

- 1) Que Dios coopera en todos los actos;
- 2) Que Dios no tienta a nadie al mal; y
- 3) Que el ser humano pervierte para el mal la fuerza que Dios le da.

No debe inquietarnos que tantas preguntas queden sin contestar pues ¿quiénes somos nosotros para que tengamos que entender la mente y los caminos del Señor? Tampoco debe alarmarnos el hecho que Dios actúa en seres humanos cuando pecan, ya que no pierde nada de su pureza porque ellos mal usan la energía que les da.

Otra pregunta en relación a esto es: ¿Tienen que suceder las cosas tal cual suceden (la necesidad inmutable) o podrían suceder de otro modo (la contingencia de las cosas)? ¿Es el fatalismo algo incluido en la providencia de Dios? La Biblia nos enseña tanto la necesidad absoluta como la

contingencia de las cosas. Todo depende del punto de vista. Si se examinan las cosas desde el punto de vista de Dios, debemos sostener la necesidad absoluta, pues todo tiene que suceder y siempre ha sucedido tal cual Dios lo ha predeterminado. Pero si se examinan las cosas desde el punto de vista del ser humano, debemos sostener que las cosas pueden suceder de otro modo y que, por eso, debemos actuar con responsabilidad. Por eso trató Jesús verdaderamente de disuadir a Judas, los judíos y Poncio Pilato del mal que querían cometer, aunque tenía que cumplirse el plan de Dios para la salvación del mundo.

Por eso, según la voluntad de Dios, debemos usar responsablemente lo que Dios ha puesto a nuestra disposición, para sanarnos al médico y la medicina, para sustentarnos nuestra ocupación diaria, para salvarnos los medios de gracia. Haciendo eso, se cumplirá la voluntad inmutable de Dios, pero tratar de averiguarla aparte de los medios puestos por Dios es algo necio e insensato.

Lo mismo también en cuanto a la hora de nuestra muerte. Desde el punto de vista de Dios está fijada exactamente la hora de nuestra muerte, pero desde el punto de vista del ser humano puede prolongarse la vida. Por eso debemos usar los medios para preservarla y prolongarla. Es una bondad especial de Dios que él nos hable respecto a nuestra muerte desde el punto de vista del ser humano.

Los objetivos de la providencia de Dios

Sin duda, Dios tiene varios objetivos con su providencia. Creó y sigue manteniendo todavía este mundo con todas sus bellezas, riquezas y recursos para beneficio del ser humano, tanto temporal como eterno. Todos los acontecimientos a nivel personal, nacional o global los dirige y encamina de tal modo que redunden en beneficio de su iglesia acá en la tierra, la conversión del pecador, la salvación de sus electos. Por ejemplo, la situación histórica y política del mundo cuando nació Jesús, el desparramo de los judíos por el mundo, eran la condición ideal para la venida de Jesús y la predicación del evangelio en el mundo. Alejandro Magno conquistó el mundo, pero era un instrumento en las manos de Dios para dar al mundo un idioma común, el griego, para que el evangelio pudiese ser predicado en todas partes. Invariablemente Pablo comenzaba predicando en las sinagogas judías, pero cuando éstos rechazaban el evangelio, Dios lo arreglaba de tal manera que “por su transgresión vino la salvación a los gentiles” (Romanos 11:11). Así podemos rastrear toda la historia del mundo. O vengamos más cerca a nuestros tiempos. Dios, por ejemplo, usó la Primera Guerra Mundial para que nuestra iglesia en los EE.UU., que era predominantemente alemana, se volviese más angla y así alcanzase más personas con el evangelio. Lo mismo con la Segunda Guerra Mundial en Brasil.

Toda la historia del mundo está regulada de tal modo que redunde en beneficio del evangelio. Por cierto, no podemos rastrear todos los acontecimientos históricos, ni ver exactamente cuándo y cómo Dios traerá su evangelio a los distintos pueblos, pero eso no refuta lo que está claro a todas luces, que los caminos de Dios son maravillosos y revelan su amor para con los suyos.

Otro objetivo de la providencia de Dios es preservar la fe de los que ya creen. San Pablo dice: “Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28). Sea lo que acontezca a los cristianos, sea bueno o malo, Dios lo encamina todo de tal manera que redunde en su salvación eterna. Las

cosas buenas para que se convenzan que Dios es bueno y que quiere su felicidad eterna. Las cosas malas para purificar sus corazones y acercarlos más a Dios.

Cristianos muchas veces tienen que llevar cruces muy pesadas. Eso no significa que Dios los odie o esté castigando como sería fácil de suponer en esos casos. Muy al contrario, Dios sin duda alguna tiene cosas especiales en mente. Quizás quiere purificar su fe y vida de imperfecciones. Quizás quiere que otros se inspiren en su actitud cristiana frente a tribulaciones. Quizás quiere prepararlo para una obra especial que tiene en mente. Tal era el caso con San Pablo. ¡Cuánto sufrió San Pablo! El mismo nos lo describe en 2 Corintios 11 y 12. Pero todo era sólo parte del método de Dios en prepararlo y mejorarlo para su misión como heraldo del evangelio. Y lo mismo es hoy día. Nuestro todopoderoso Dios dirige, gobierna y controla todas las cosas de tal modo que todo lo que nos acontezca redunde para nuestro bien, para fortalecer y preservar nuestra fe. Por eso, sea lo que suframos podemos decir con Isaías (41:10): “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.”

El objetivo final de la providencia de Dios es la gloria y el honor de Dios. A causa de su honor Dios está en medio de su Iglesia y le ayuda. Por eso dio su voz y “se derritió la tierra.” Por eso hace desolaciones en la tierra e impone el cese de las guerras. Todos sus juicios, todas sus acciones son para que “digan en las naciones: Jehová reina”, y exclamen con el salmista: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios; seré exaltado entre las naciones; enaltecido seré en la tierra” (46:10).

Sin duda, muchas veces se habla de las grandes obras de Dios, la creación, la salvación, la santificación, etc., pero se olvida algo la grande obra de Dios que estamos viendo ahora, la providencia de Dios. Es que todo va tan regular en el mundo que uno ya lo toma todo como algo natural, no como un actuar especial de Dios. Pero debemos verlo como el actuar de Dios para que también exclamemos: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!” (Romanos 11:33). “Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito” (Salmo 147:5).

Lección 16

La DOCTRINA ACERCA de los ÁNGELES

Cuando el autor de la epístola a los Hebreos se propone demostrar que Cristo es más excelente que toda criatura afirma de él en 1:4 que fue “hecho tanto superior a los ángeles”, dando a entender de esa manera que los ángeles eran las más perfectas de entre todas las criaturas creadas por Dios en su bondad. De esas más perfectas de las criaturas queremos ver en esta lección.

Los ángeles en general

El término “ángel” es un título oficial que significa “mensajero” y viene del griego “anglos”. En sí no tiene connotación alguna, buena o mala. Su equivalente hebreo es “maleach”, y viene de una raíz que significa “enviar”. El término “ángel” por lo tanto significa un mensajero que ha sido enviado. En tal sentido la Biblia usa esa palabra, y no sólo en relación a ángeles sino también en relación a seres humanos, por ejemplo, Juan el Bautista en Malaquías 3:1 y los mensajeros o ángeles de las siete iglesias en Asia Menor en Apocalipsis 2 y 3. Hasta también la usa en relación a Cristo, el enviado de Dios con una misión especial. Por eso es muy importante estudiar bien el contexto de un pasaje determinado que usa la palabra ángel para ver a que ángel o enviado se refiere. Pero si uno quisiera describir a los ángeles según su naturaleza entonces habría que llamarlos “espíritus”. De manera que de acuerdo a lo que son, son espíritus, pero de acuerdo a lo que hacen, son ángeles, mensajeros enviados.

La doctrina de los ángeles es una doctrina bíblica, aunque no es fundamental. Uno puede salvarse aunque no sepa nada de ella. Pero porque la Biblia la enseña debemos creerla. No hacerlo, sería pecado. Nuestras confesiones no se refieren específicamente a ella, sólo ocasionalmente, pero no porque carecía de importancia para ellas, sino sólo porque no era un punto de controversia entre las iglesias de ese entonces. Desde siempre ya la doctrina de los ángeles ha sido negada y ridiculizada por los seres humanos, pero nosotros creemos en ella, porque la Biblia la enseña en muchísimos pasajes, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, como lo veremos a medida que avancemos en esta lección.

Negar la existencia de los ángeles es cosa seria en varios sentidos. Uno de ellos, porque implica negar la existencia del diablo y, no habiendo diablo, lógicamente no es necesario cuidarse de él y, francamente, no podemos hacer mayor favor al diablo que negar su existencia, pues entonces ya somos presa de él. ¿Es de extrañarse que en el mundo incrédulo y hasta en muchas iglesias liberales haya tanta burla y mofa del diablo? ¿No será que el diablo mismo las instiga a hacer eso?

Quizás sea beneficioso ver algunos ejemplos específicos de falsas enseñanzas acerca de los ángeles. Para los mormones, ángeles son almas humanas que se han elevado a un nivel superior de desarrollo. Para la Ciencia Cristiana, ángeles son sólo pensamientos y comunicaciones entre la deidad y los seres humanos. Para los espiritistas, ángeles no son seres celestiales especiales sino los espíritus de seres fallecidos. Lógicamente ninguna de estas diferentes creencias tiene base bíblica. En cuanto a la última, téngase en cuenta que los ángeles ya existían cuando Adán y Eva aún vivían, o sea, no había muerto nadie todavía, de modo que es imposible que ángeles

sean los espíritus de seres fallecidos. Viendo estas diferentes creencias, se ve cuán importante es tener la información segura de la Biblia acerca de los ángeles.

Según la Biblia, los ángeles fueron creados por Dios, aunque, es cierto, no son mencionados en el relato bíblico de la creación en Génesis 1 y 2. Pero eso no indica que no fueron creados ya que es evidente que el informe bíblico de la creación nos relata solamente la creación de las cosas físicas, de las que no forman parte los ángeles. Entre los pasajes bíblicos que nos informan de la creación de los ángeles en los días de la creación está Colosenses 1:16 que dice: “En él (Cristo) fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles.” Y Salmo 148:2 que dice: “Alabadle, vosotros todos sus ángeles.” Este salmo insta a las distintas criaturas a alabar a Dios, y entre ellas menciona a los ángeles, de modo que son criaturas de Dios. Pero la Biblia no dice nada en cual día de la semana de la creación fueron creados los ángeles. Por eso, eso es materia de especulación sobre la cual no podemos definirnos, pero tampoco es necesario hacerlo. Entre los días más mencionados como posibles está el cuarto, porque en ese día Dios creó a los cuerpos celestiales, y los ángeles son criaturas celestiales, y el segundo porque en ese día Dios creó los cielos.

En Hebreos 1:14 hablando de los ángeles dice: “¿No son todos espíritus ministradores...?” O sea, según esto, los ángeles son espíritus, es decir, no tienen cuerpos, no tienen carne ni sangre. Por eso, son invisibles. Según su modo de composición, no se los puede detectar. Pero a veces, nos informa la Biblia, aparecieron en forma visible, porque en esos momentos excepcionalmente asumieron formas o propiedades humanas. No sabemos cómo ocurrió eso, pero es evidente que de esa manera se revelaba la presencia de los ángeles a los seres humanos y les transmitían importantes y consoladoras verdades acerca de ellos y de sus servicios.

La falta de cuerpo sin embargo no implica que los ángeles carecen de personalidad, lo cual no es sorprendente, ya que la personalidad es un componente espiritual en los seres. La Biblia claramente indica que los ángeles tenían facultades que demostraban personalidad. Eran seres conscientes y racionales, que podían hablar inteligentemente, experimentar emociones y conocer objetos. Llevaban nombres personales, como Gabriel o Miguel, y tenían rangos, como tronos, poderes y autoridades, ángeles y arcángeles, aunque no sabemos nada acerca del orden o secuencia de estos rangos.

La naturaleza de los ángeles también nos dice algo respecto del tipo de presencia que tienen. Como son espíritus no ocupan lugar alguno, pero como son criaturas no son ni pueden ser omnipresentes. Pueden estar sólo en un lugar a la vez. Esta clase de presencia de los ángeles se la llama presencia ilocal. Todo esto es muy significativo en cuanto al diablo. Él también tiene presencia ilocal. No es omnipresente, como quizás muchos piensan. Puede estar sólo en un lugar a la vez. Pero no debe olvidarse que tiene muchos cómplices, los otros ángeles malos, los incrédulos y nuestra propia carne. Usando a todos estos, el diablo puede ser tan efectivo en su obra satánica como si fuera omnipresente.

Ya que todo lo que Dios creó era “bueno en gran manera”, debemos deducir que los ángeles también lo eran, totalmente libres de todo mal y pecado. Pero como este estado de cosas no duró para muchos de ellos, también debemos concluir que los ángeles fueron creados con libre voluntad. No eran autómatas, moralmente indiferentes o dados al pecado, sino positivamente

buenos. Ese estado original de los ángeles se llama su estado de gracia. En ese estado de gracia los ángeles conocían perfectamente a Dios, le amaban sobre todas las cosas, creían, confiaban y esperaban en él y obedecían su voluntad. Todo lo hacían como algo natural, sin ser forzados a ello. Sin temor a equivocarnos podemos decir que fueron creados a la imagen de Dios. Por eso posiblemente también la Biblia los llama “hijos de Dios” en Job 38:7.

Además cabe destacar los siguientes detalles en cuanto a los ángeles en general: Son inmutables, esto es, no cambian, no envejecen. Son inmortales, no constan de partes como el ser humano que decaen o cambian sino permanecen siempre, pero como tienen principio no podemos llamarlos eternos, mejor sería llamarlos sempiternos. Son muy ligeros para moverse como lo indican muchos textos y el hecho de que tengan alas. Pero las alas indican también otra cualidad, la de ser muy poderosos, como lo confirman también muchos textos bíblicos. Son muy poderosos, pero no todopoderosos. Son muy numerosos. No sabemos cuántos son, pero la Biblia habla de huestes, ejércitos, etc. Tan numerosos son que nunca escasearán para las necesidades humanas. Pero su número es estable; no disminuyen porque no mueren, y tampoco aumentan porque no se reproducen como los seres humanos. Dios los creó todos de una vez.

El matrimonio de “los hijos de Dios” con “las hijas de los hombres” en Génesis 6:2 no se refiere a matrimonios entre ángeles y seres humanos, sino a matrimonios entre creyentes o seguidores de Dios e hijas de incrédulos que tuvo lugar en ese entonces.

En la Biblia, ante todo en el Antiguo Testamento, aparece a veces la expresión “Ángel del Señor” o “Ángel del Pacto”. Ambas se refieren a Jesucristo. Como dije al principio de esta lección, para determinar a qué se refiere la expresión “ángel” hay que fijarse en el contexto. Esto se aplica acá. El teólogo luterano Quenstedt dice al respecto: “Siempre y cuando el nombre Jehová o un atributo divino o una obra divina o adoración divina es acordada a un ángel que se le aparece a los patriarcas o a otros creyentes, entonces debe entenderse que no está hablando acá de un ángel creado sino del ángel increado, esto es, del Hijo de Dios.”

Los ángeles buenos

Lamentablemente no todos los ángeles permanecieron en el estado de gracia en que habían sido creados, se rebelaron como veremos más adelante. Pero muchos permanecieron fieles. Estos son los ángeles buenos, a los cuales Dios entonces permitió gozar la gloria celestial y estar en su presencia. Además, Dios los confirmó en su estado original, de modo que ya no pueden pecar ni caer más y siempre ven el rostro del Padre celestial, aun mientras le sirven acá en la tierra. Como consecuencia de ello, tampoco morirán más. La Biblia no nos dice cuando todo esto sucedió. Creemos que Dios, en su beneplácito, hizo eso enseguida después que una porción de ángeles se apartara de él, rebelándose. Dios los había creado a todos iguales, en el mismo estado de gracia y con la misma oportunidad de gozar en la presencia de Dios. Todos con la misma libertad de probar su lealtad a Dios. Y los ángeles buenos son los que en el uso de esa libertad permanecieron fieles a Dios. Y ahora Dios les confirió todo lo que dije al principio de este párrafo. Y cuando nuestro Señor venga para el Juicio, ellos serán los que le acompañarán y le ayudarán en el proceso.

La Biblia dice que los ángeles buenos son santos. Ser santo significa no tener pecado. Nosotros,

cuando creemos en Cristo como nuestro Salvador, también llegamos a ser santos, pero sólo por lo que Cristo hizo por nosotros. No así los ángeles. Ellos son santos en sí mismos, nunca cometieron pecado alguno y por eso nunca necesitaron Salvador alguno. Siempre permanecieron en su estado original de santidad. Y no sólo no cometieron pecado alguno sino también odian toda manifestación de pecado en otros y se alegran cuando un pecador se arrepiente y cree.

La Biblia nos presenta diferentes clases de ángeles buenos, aunque no nos dice nada en cuanto al orden que siguen. Dos de esas clases de ángeles son querubines y serafines. ¿Qué son querubines y serafines? Las opiniones en cuanto a ello son variadas. Lutero dice que esos términos no se refieren a rango sino al semblante con que aparecen a los hombres. Se llaman querubines porque aparecen con semblante joven, alegre y lindo, y se llaman serafines porque aparecen con semblante brillante y resplandeciente. El intérprete Leupold, hablando de los querubines puestos a la entrada del jardín de Edén, dice que son seres parecidos a los ángeles, y los clasifica como la más alta clase de seres vivientes. La Biblia los presenta como teniendo el privilegio de estar en la presencia inmediata del Rey celestial y ligados especialmente a sus juicios. Para los judíos eran una figura bien conocida y por eso no tenemos descripción alguna de ellos en la Biblia.

Los ángeles buenos son muy numerosos. Muchos pasajes lo prueban. Citaré dos. En Daniel 7:10 leemos: “Millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él.” Y en Apocalipsis 5:11 dice: “Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono...y su número era millones de millones.” En ambos casos no se nos quiere dar un número exacto de los ángeles sino sólo aproximado, de que son muy numerosos. ¡Qué consolador es recordar que constantemente estamos cercados por tal multitud de ángeles! ¡Cuán seguros debemos sentirnos cuando estamos en los caminos de Dios!

También podemos concluir de la Biblia que los ángeles buenos son espíritus sabios, aun cuando no hay ningún texto que lo diga específicamente. La mayor sabiduría es conocer a Dios, y los ángeles buenos tienen ese conocimiento dado que siempre están en la presencia de Dios. Como los ángeles buenos son santos también son sabios, dado que santidad y sabiduría siempre van juntos. También las obras que de acuerdo a las Escrituras deben hacer los ángeles presupone que tengan gran sabiduría. Pero aunque los ángeles buenos sean sabios, hasta muy sabios, no son omniscientes, ya que esa es una prerrogativa que únicamente corresponde a Dios.

Los ángeles buenos también son muy poderosos. Pueden hacer cualquier cosa apropiada a sus naturalezas y sus caminos. Muchos pasajes bíblicos así lo atestiguan. En Salmo 103:20 dice: “Benedicid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra.” Y muchas historias bíblicas confirman eso. Pero aunque sean muy poderosos no son todopoderosos. Eso sólo es Dios. En Hebreos 1:14 dice: “¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?” Dios los usa para ejecutar su voluntad, para lo cual muchas veces necesitan gran poder. No es que Dios necesite de ellos. Si quiere puede hacer lo que quiere sin ayuda alguna, como lo hizo al crear el mundo. Pero es su deseo y voluntad hacer las cosas a través de los ángeles. En tal sentido ellos son presentados muchas veces con alas para demostrarnos su gran bondad, poder y agilidad para socorrernos. La Biblia menciona a dos de ellos por nombre: A Gabriel y a Miguel. Hay muchas historias bíblicas que nos informan de la ayuda que proveen los ángeles, y muchos de nosotros la hemos experimentado en nuestras propias vidas y familias. Lo que se dice del ángel guardián

ciertamente no es cuento, es realidad.

Los ángeles buenos no son sólo guardianes sino también registradores. Registran todas nuestras acciones y palabras, por más secretas que ellas nos parezcan. En Eclesiastés 5:4-6 leemos: “Cuando a Dios haces promesa, no tardes en cumplirla;...Cumple lo que prometes. Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas...No digas delante del ángel, que fue ignorancia.” Los ángeles son testigos de nuestras promesas y de nuestras faltas de cumplimiento y se dan bien cuenta cuando damos pobres excusas.

Constantemente la Biblia demuestra el interés de los ángeles buenos en nuestro bienestar espiritual. Asistieron a la promulgación de la Ley, anunciaron el nacimiento de Juan el Bautista y Jesús, estuvieron en Getsemaní, en la resurrección y la ascensión de Jesús, etc. Ellos adoran en nuestras congregaciones, ayudan y se alegran cuando un pecador se arrepiente, y tratan de ayudarnos, donde sea posible, para que algún día gocemos del cielo con ellos. Y cuando llegue nuestra última hora nos darán su último servicio, llevarán nuestra alma, como la de Lázaro, al seno de Abraham. Pero así como ayudan a los creyentes, así también sirven como instrumentos de Dios para castigar a los transgresores e incrédulos.

Los ángeles buenos jugarán un papel muy importante en el día del Juicio. Llama la atención cuantos versículos hablan de ello. Citaré algunos de ellos. En Mateo 24:31 dice que el Hijo del Hombre “enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro. “ O sea, ellos harán sonar las trompetas de Dios. Pero lógicamente, los ángeles no son los que devuelven la vida a los muertos. Eso lo hace sólo Dios, el Señor de la vida, tal cual dice el profeta Ezequiel (37:12): “Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío, y os haré subir de vuestras sepulturas.” Por eso atribuimos la resurrección de los muertos directamente a Dios, pero indirectamente a los ángeles, los cuales como instrumentos de Dios harán sonar las trompetas de la resurrección. Luego juntarán a los escogidos. Lo mismo leemos en Marcos 13:27 donde dice: “Entonces enviará sus ángeles, y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.” Ellos además dividirán a los congregados en dos grupos. Dice en Mateo 13:49: “Saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos.” El que realmente apartará a los congregados será el Señor, pero lo hará por medio de los ángeles. El evangelista Mateo (25:31) dice: “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos.” Cuando Jesús ascendió al cielo aparecieron dos ángeles que dijeron a los discípulos que ese mismo Jesús vendría otra vez. Si, vendrá otra vez acompañado de ángeles para juzgar a las naciones. Finalmente, los ángeles buenos también echarán a los condenados al infierno. Dice en Mateo 13:41-42: “Enviaré el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego.”

En el Padrenuestro pedimos: “Hágase tu voluntad como en el cielo así también en la tierra.” En el cielo, todos los ángeles cumplen constantemente la voluntad de Dios. Humildemente doblan sus rodillas ante él, le aman, alaban y confían en él, aman y guardan su palabra, respetan y cumplen su voluntad y siempre andan como verdaderos hijos de Dios. ¡Qué bondad la de Dios de que haya puesto a esos santos ángeles como nuestros guardianes y protectores!

Finalmente, aunque los ángeles buenos sean tan santos y perfectos y dignos de nuestra mayor estima, no debemos adorarlos. No tenemos ninguna orden o promesa bíblica para tal práctica, como tampoco ninguna instancia bíblica donde tal práctica haya sido aprobada por Dios. Pero en dos ocasiones un ángel expresamente rechaza eso. Una de esas ocasiones está registrada en Apocalipsis 22:8 y 9 donde dice: “Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas. Pero él me dijo: Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios.” El otro pasaje (Apocalipsis 19:10) dice lo mismo. De modo que no debemos adorar a los ángeles. Los Artículos de Esmalcalda conceden que los ángeles buenos interceden por nosotros en el cielo, pero niegan que a causa de ello debamos orar a ellos y adorarlos.

Los ángeles malos

Lamentablemente no todos los ángeles son buenos, también hay ángeles malos. Son malos no desde la creación sino desde el momento después de la creación y antes de la caída en pecado de Adán y Eva en que algunos de los ángeles dejaron el estado beatífico en que habían sido creados. San Judas (v. 6) los describe como “ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada.” Todos habían sido creados igual de beatíficos, pero algunos dejaron ese estado, no porque Dios los haya creado para ello o con menos cualidades beatíficas, sino porque ellos optaron eso. Todos habían sido creados con libre voluntad, no estaban obligados a ser buenos para siempre, tenían la libertad de optar. Dios permitió que de su libre voluntad le sirviesen. Así su servicio sería algo grato y placentero a Dios. La caída de los ángeles malos es una prueba de la libertad que poseyeron pero abusaron y de que su acción fue algo voluntario.

Uno se pregunta lógicamente ¿cómo pudo ocurrir eso? ¿qué ocasionó esa caída? Ya vimos que Dios no fue la causa de ello ni pudo serlo. Si buscamos la verdadera causa, buscaremos en vano. La Biblia no nos da información específica al respecto. Quizás fue orgullo, o un excesivo amor propio, o un desmedido ansia por honor y poder divinos de parte de algunos ángeles. No se sabe. El texto de Judas citado arriba pudiera indicar que no querían seguir sujetos a su Señor. Más no se puede decir, y para no cometer algún error, lo mejor es pararse aquí, donde se para la Escritura, y solamente decir que algunos ángeles no permanecieron en la verdad, no quedaron en su posición bienaventurada, abandonaron un estado que no dejaba nada que desear. Un asunto deja muy claro la Escritura, la culpa no era de Dios, sino de los ángeles. En el proceder de los ángeles malos uno hizo de jefe, quien por eso es llamado el diablo, el príncipe de los demonios, esa vieja serpiente y Satanás, y sus seguidores, sus ángeles. No se puede determinar exactamente cuándo y cómo pecaron los otros ángeles, si todos lo hicieron al mismo tiempo o uno tras otro, pero seguro es que todos pecaron.

En 2 Pedro 2:4 dice: “Dios no perdonó a los ángeles que pecaron.” Ahí el texto no sólo quiere decir que el pecar comenzó con ellos sino que de ahí en más el pecar vino a ser una constante característica de ellos. No pueden sino pecar. Su intelecto se ha entenebrecido. No pueden distinguir más entre bien y mal. A eso se refiere Jesús cuando dice que “no hay verdad en él” y que se volvió “mentiroso.” Mentir es algo natural para él y constantemente está diseminando mentiras. Su mismo nombre así lo indica, ya que diablo viene del griego “diaballein” que

significa difamar, calumniar, prevaricar. El nombre Satanás viene del hebreo “shatan” y tiene un significado parecido, cual es, odiador, adversario, acusador, uno que está en acecho. El diablo difama a Dios ante los hombres a tal punto que cambian el servicio a Dios por el de los ídolos, y también difama a los hombres delante de Dios. Sin embargo, se puede ver lo necio que se ha vuelto su intelecto si se observa la saña con que buscaba la destrucción de Cristo. Estaba como ennegrecido de modo que no veía que de esa manera sólo se destruía a sí mismo. Sin duda tiene gran conocimiento tanto de cosas naturales como sobrenaturales, pero todo ese conocimiento se ha pervertido por su odio a Dios y a sus criaturas. Todo su ser se ha contaminado de tal modo que la Biblia los llama “espíritus inmundos” (Mateo 10:1) y “huestes espirituales de maldad” (Efesios 6:12).

Para los ángeles malos no hay esperanza alguna. Dante en su “Divina Comedia” ha puesto a la entrada del infierno la inscripción: “Abandone la esperanza todo el que entre aquí.” Y tiene razón. No hay esperanza alguna para los ángeles malos en el infierno. Han sido confirmados en su maldad y pecaminosidad. Están en prisiones eternas de oscuridad, reservados para el juicio (Judas 6; 2 Pedro 2:4). No pueden escapar. El fuego eterno ya está preparado para ellos. Y obsérvese es un fuego eterno, no un fuego temporal o corrector. Pedro dice que Dios no les perdonó, o sea, no les tuvo compasión, no les asignó un Salvador, no les dio un tiempo de gracia, ni una oportunidad de arrepentirse, ni medios de gracia. Uno se pregunta cómo es que Dios, quien es tan rico en perdonar para con los seres humanos no tuvo perdón alguno para los ángeles caídos. Y no tenemos respuesta bíblica para ello, sólo suposiciones. Se supone que Dios no perdonó ni proveyó un Salvador para los ángeles malos porque cayeron no a consecuencia de ser tentados por alguien fuera de ellos, como los seres humanos, sino a consecuencia de una tentación que surgió dentro de ellos mismos. Eso pudiera parecer muy lógico pero va contra la doctrina de la sola gracia. Si Dios proveyó un Salvador para los seres humanos porque, digámoslo así, eran menos culpables ya que cayeron en pecado a consecuencia de ser tentados por uno fuera de ellos, entonces ya no es más de pura gracia. Pero la Biblia enseña claramente que somos salvos sólo por la gracia de Dios. Por eso, no podemos aceptar esa suposición y debemos dejar pendiente esa pregunta.

El castigo eterno de los ángeles malos se describe como un horno de fuego donde son atormentados, cadenas que los tienen amarrados y prisiones eternas que los tienen encerrados. Pero estas expresiones no se refieren tanto a un lugar como a una condición; dondequiera los ángeles estén allí están en esa condición, llevan su infierno, sus cadenas y sus prisiones consigo. Pero en el día del Juicio Final será confirmado también el juicio sobre el diablo y sus ángeles. No se puede determinar dónde está el infierno y cómo es el fuego allí, si es un fuego material o inmaterial, si es uno que quema sólo las mentes y almas de los condenados. Sea como fuere, una cosa está segura, el castigo que Dios tiene en mente para ellos es un castigo real y verdadero.

Estando confirmados en su maldad, los ángeles malos mantienen una actitud hostil hacia Dios y su creación, especialmente hacia el ser humano. Por eso la Biblia los llama el enemigo o el adversario. En su encono hacia los seres humanos no sólo los atacan como personas sino también sus bienes e instituciones en los cuales se funda su felicidad temporal y espiritual. Atacan sus cuerpos con enfermedades, sus posesiones temporales y ante todo sus almas. En Efesios 6:11 San Pablo exhorta a los cristianos a vestirse con toda la armadura de Dios contra las acechanzas del diablo, porque lo que realmente busca el diablo es que los cristianos pierdan su alma. A eso va

dirigido todo su afán.

El estado de incredulidad en que viven muchos seres humanos, es obra del diablo, pues es el resultado de la potestad que el diablo ejerce sobre ellos. Pero cuando ese estado se intensifica lo llamamos obsesión diabólica. Distinguimos entre obsesión espiritual y obsesión física. Un ejemplo claro de obsesión espiritual es Judas Iscariote. El diablo le había sugerido traicionar a Jesús y él lo acató demostrando de esa manera que había cedido a la autoridad del diablo. En Juan 13:27 dice: “Satanás entró en él”, o sea, lo poseyó espiritualmente impulsándolo con fuerza cada vez mayor a cometer su despreciable acción.

Cuando oímos de la comisión de atroces crímenes, nos percatamos del inmenso poder que Satanás ejerce sobre algunas personas, como lo vemos también en muchos ejemplos bíblicos. Por eso, Juan el Bautista llama a los fariseos “¡Generación de víboras!” (Mateo 3:7) y nuestro Señor Jesucristo dice que son descendientes del diablo, lógicamente porque lo imitan. Todos esos ejemplos nos indican que en la obsesión espiritual el obsecado coopera consciente y voluntariamente con el diablo y, por eso, la obsesión espiritual no elimina la responsabilidad humana, pues aunque el diablo constantemente incita al obsecado, éste sin embargo se place en obedecer sus impulsos. Algunas veces casos de obsesión espiritual aparecen tan velados que confunden a personas y parecen ser obrados por el Espíritu Santo, no el diablo, como en el caso de herejes. En esos casos el diablo se ha cambiado en el ángel de la luz. La obsesión espiritual no parece ser algo tan horrible a la vista como la obsesión física, pero en realidad es algo mucho más desastroso.

Como ejemplos de obsesión física tenemos los muchos casos de endemoniados que fueron exorcizados por Jesús o los apóstoles. La manera en que Jesús o los apóstoles les hablan indica que el diablo en persona estaba allí y que había tomado posesión parcial o total de esa persona. Hasta verdaderos creyentes pueden llegar a ser así poseídos. Cuando una persona llega a ser poseída así físicamente, ella no es responsable de lo que dice y hace, ya que es un instrumento involuntario del diablo y, en momentos de recobro, deplora profundamente lo dicho y hecho. Debemos tener mucho cuidado de no identificar cada caso de epilepsia o demencia como obsesión física sino, en lo posible, distinguirlos debidamente.

En este tema entra también lo relacionado a ocultismo, hipnotismo, sonambulismo, clarividencia, espiritismo, etc. Hay que tener mucho cuidado con estas cosas. No hay vuelta que darle, el diablo usa muchas veces apariciones, fantasmas, visiones, etc. para aterrar o burlarse de seres humanos. Pero visiones también pueden venir de Dios o de ángeles buenos. Todo esto es un asunto sumido en profundo misterio en el cual no tenemos mucha instrucción divina. Es sumamente difícil determinar qué está todavía en el ámbito de los poderes naturales y dónde comienza lo sobrenatural. Aunque hay fuerzas de la mente humana que todavía están parcial o totalmente veladas para nosotros, hay fenómenos para los cuales evidentemente no hay explicación natural posible. Hay cosas que trascienden nuestro mejor conocimiento humano y desafían toda explicación natural, y la única explicación posible que tenemos es que han sido producidas por el príncipe de las tinieblas. No hay duda, si queremos hacer justicia a la Escritura, muchas de esas cosas debemos referirlas directamente a la operación del diablo.

El diablo tiene especial aversión hacia la iglesia. Disemina herejías, obstruye el trabajo de los

ministros de la iglesia, provoca persecuciones y adversidades dentro de la iglesia, estorba la atención y adoración de los fieles, obstaculiza la conversión de seres humanos, etc. El diablo también obstaculiza el gobierno de los pueblos inculcando falsos consejos y planes en los gobernantes y levantando insurrecciones y alteraciones del orden político. Finalmente, el diablo odia el orden y la tranquilidad en la relación familiar, y por eso siembra discordia y contienda para así impedir paz y prosperidad en la actividad de la familia. En todos los distintos ordenes de la vida trata de meter su cuchara con su influencia perniciosa y destructora.

Sin embargo, toda esta devastadora obra del diablo está sujeta al supremo dominio y control de Dios. No puede hacer más de lo que Dios le permita. De modo que aunque el mundo esté lleno de demonios, no pueden hacernos daño verdadero alguno, y no tenemos por qué temerlos. Dios tiene su manera de actuar y se sirve también del servicio de los ángeles malos para lograr sus objetivos tanto en los creyentes como en los incrédulos. Dios es superior a todos los ángeles malos. ¡Gracias a Dios!

Lección 17

La DOCTRINA ACERCA del HOMBRE El HOMBRE ANTES de la CAÍDA

En la lección pasada vimos acerca de la principal creatura invisible, los ángeles. En esta y las siguientes lecciones estudiaremos acerca de la principal creatura visible, el ser humano. Más aún, casi me atrevería llamar al ser humano la más importante no sólo de las creaturas visibles sino de todas las creaturas, dado que hasta los mismos ángeles están para servir al ser humano. En este estudio veremos al ser humano en dos diferentes etapas, que son: a) El hombre antes de la caída o en estado de integridad, y b) El hombre después de la caída o en estado de corrupción.

La creación del ser humano El hombre antes de la caída

La Biblia nos relata detalladamente la creación del ser humano en Génesis 1:26 a 2:27. Todos los detalles relacionados a este último acto creador de Dios sirven para demostrarnos la gloria y el sublime propósito de Dios ligado a la creación del hombre.

Cuando Dios se propuso crear al hombre no dijo simplemente como cuando creó las otras cosas, “haya hombres” o “salgan hombres”, sino dice el texto que dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza.” El hecho de que usa el plural nos indica que intervinieron en ello las tres personas de la Santa Trinidad, y que esa Santa Trinidad resolvió hacer al hombre a imagen y semejanza de Dios. Más adelante veremos algo más sobre el significado de estos dos términos. También se ve de ese texto que Dios hizo o dio forma al hombre del polvo de la tierra, es decir, hablando humanamente, Dios hizo un esfuerzo especial en dar forma al hombre, y luego sopló en su nariz aliento de vida y le dio dominio sobre todos los animales que había creado. ¡Qué privilegio el del ser humano!

Quiero llamar especial atención a la parte de Génesis 2:7 que dice: “Y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.” Esto se interpreta como el acto en el cual Dios dotó de alma al ser humano. Alma tiene que ver con vida en el ser humano. Por eso cuando se separa el alma del cuerpo, se produce la muerte. En Génesis 1:30 dice que los animales también tienen vida. Sin embargo, esto no significa necesariamente que el principio de vida en los animales sea idéntico al del hombre. Y la diferencia radica en el modo en que lo recibieron. Los animales recibieron su principio de vida en coincidencia con su cuerpo, cuando Dios dio la orden. Pero el hombre recibió su principio de vida en un acto distinto, cuando Dios sopló en su nariz aliento de vida, lo cual no consiste en que Dios le sopló aire en sus pulmones sino en que le sopló el Espíritu de Dios, de modo que aunque tenga vida como los animales, tiene un principio de vida muy superior al de los animales, en lo espiritual y en lo moral. No faltan quienes sostengan que cuando Dios sopló en la nariz del hombre aliento de vida, le impartió una partecita de la deidad. Eso es erróneo. Dios es indivisible y cuando creó al hombre creó un hombre no un semidios.

La antedicho parecería confirmar la posición de los dicotomistas, o sea, los que sostienen que el ser humano consiste de dos partes esenciales, cuerpo y alma. Están también los tricotomistas, quienes sostienen que el ser humano consta de tres partes esenciales, cuerpo, alma y espíritu.

Casi todos los antiguos dogmáticos luteranos son dicotomistas. Evidentemente muchas veces alma y espíritu son términos sinónimos. Otras veces son usados para referirse a diferentes aspectos del total de la vida espiritual, espíritu al aspecto superior y alma al inferior.

El ser humano, de cuya creación vimos en el párrafo anterior, era un ser inteligente. Lo vemos de varias maneras. Sin necesidad de aprender, el ser humano entendía lo que se le decía, por ejemplo, cuando Dios le dio permiso de comer de todo árbol y le prohibió comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. Podía hablar y pensar, como se ve cuando dio nombre a toda bestia, ave y ganado. Tenía conocimientos, como se ve de los nombres que dio a los animales, los cuales eran apropiados a la naturaleza de cada uno de ellos. Podía analizar y discernir, como se ve del hecho de que no podía hallar ayuda idónea para sí y de cómo reaccionó cuando vio a la mujer. Todo lo contrario de un ignorante que gradualmente evolucionaba como quieren enseñar algunos. Ese hombre además era un ser moral y responsable como se ve de la prohibición que Dios le impuso. Debía demostrar su fidelidad a su Señor y Creador mediante el uso responsable de su libertad.

Dios creó a la mujer de una parte del hombre y en seguida instituyó el estado del matrimonio, definiendo de paso el orden de la creación, el hombre como cabeza de la misma; la base del matrimonio, esto es, la íntima unión en amor mutuo y hasta la muerte de un hombre con una mujer; el resultado del matrimonio, cual es, de que serían una sola carne, indicando la íntima unión de los dos.

La imagen de Dios

El ser humano fue creado a imagen de Dios, esto es, Dios confirió al ser humano cierta forma y carácter de manera que se parecía a Dios, en tanto una criatura material puede parecerse al Dios inmaterial. El texto bíblico lo describe así: “Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (Génesis 1:26). El texto original usa allí dos palabras, “zelem” que se traduce con imagen, y “damuth” que se traduce con semejanza. Las dos palabras, en realidad, son sinónimas, pero si hay alguna diferencia, sería ésta: “zelem” significa tanto como la sombra o perfil de una cosa, mientras “damuth” tanto como la relación o semejanza de esa sombra con la cosa. Y hay teólogos que fuerzan esa mínima diferencia y la aplican en su teología. Pero eso es erróneo, pues en el versículo siguiente (v.27), que informa de la ejecución del plan de Dios, que sin duda coincidió con lo resuelto, se usa sólo la palabra “zelem” imagen. Dice allí: “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó.” Los dos términos son usados en el v. 26 no para indicar algún detalle de diferencia sino sólo para subrayar la semejanza del ser humano con Dios. Así lo entendió también Lutero y la mayoría de los teólogos luteranos.

El hombre fue creado a la imagen de Dios, a la imagen que es común a las tres personas de la Santa Trinidad. Por eso a veces el texto bíblico dice “a imagen de Dios”, otras veces “a nuestra semejanza”. Eso descarta también la opinión de algunos en el sentido de que el hombre fue creado a la imagen de Jesús, ya sea según su naturaleza humana o según su naturaleza divina. En ningún lugar afirma la Biblia que el ser humano fue creado a la imagen del Hijo.

Pero ¿en qué consiste la imagen de Dios? Veamos por un momento el pasaje Génesis 2:17 donde

Dios prohíbe al ser humano comer del árbol de la ciencia del bien y del mal “porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.” Esta es la primera mención de la muerte en la Biblia y está condicionada al cumplimiento de la voluntad de Dios. En caso de cumplirla no moriría. O sea, antes de pecar el ser humano no moría, era inmortal. Pero, por otro lado, si era inmortal y perdía esa condición sólo al pecar, se puede deducir, que el ser humano en su estado original era sin pecado. Por eso dice también San Pablo (Romanos 5:12): “El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte.” Ninguna de las dos cosas citadas existía antes. De modo que el ser humano en su estado original era sin pecado y en consecuencia de ello, inmortal, sano en cuerpo y alma y libre de todo germen de enfermedad y de la muerte. Y dejaría de ser eso sólo por propia culpa.

No había mancha de pecado en el ser humano en su estado original. Por eso, Dios lo describió como muy bueno. De tener la menor mancha, Dios lo hubiera descubierto. En Génesis 2:25 dice: “Estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban.” Esto no debe entenderse como si carecían de todo sentido de vergüenza tal cual sucede con personas en campos de nudistas o en pueblos incultos, o como si no tenían un sentido moral suficientemente desarrollado tal cual lo vemos en niños pequeños. Tampoco significa que eran moralmente indiferentes. Lo que quiere decir es que sus almas eran puras y esa pureza se transmitía a sus cuerpos.

Nuestros teólogos sostienen que la imagen de Dios en el ser humano consistía en la debida disposición de su intelecto y voluntad. Basan eso en los textos que hablan de la restauración de la imagen de Dios en el ser humano, como Colosenses 3:10 y Efesios 4:24, los cuales sólo refieren a esa disposición en su intelecto y voluntad. Veamos por ejemplo, Colosenses 3:10. Dice: “Os habéis vestido del hombre nuevo, el cual se va renovando hacia un verdadero conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó.” San Pablo tiene delante de sí la imagen de Adán cuando fue creado. Y en esa imagen ve ante todo un detalle, el verdadero conocimiento. Esa era una notable característica del primer hombre y esa sería también una característica del nuevo hombre, cuando la imagen de Dios sería restaurada en él. Adán sabía muy bien cuál era la verdadera adoración de Dios y como debía llevar una vida justa y santa. Hace un ratito vimos lo inteligente que era Adán, pero el conocimiento al cual se refiere acá San Pablo es ante todo otro, es ante todo un conocimiento espiritual, un conocimiento de Dios y de su voluntad. Pero por otro lado, este conocimiento de Adán no era igual al conocimiento ilimitado y absoluto de Dios, ya que no era igual a Dios sino una imagen o semejanza de él. Pero sin duda era muy profundo y amplio.

Veamos también Efesios 4:24. Dice: “Vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.” Acá San Pablo insta a los efesios que se vistieran del nuevo hombre, y luego traza un paralelo entre ese nuevo hombre y el creado por Dios a imagen suya, y lo describe como creado “en la justicia y santidad de la verdad.” El nuevo hombre debe llegar a ser como era el creado por Dios, justo y santo en la verdad. La verdad vive en él y se manifiesta en sus efectos, produciendo frutos de justicia y santidad.

Así la imagen de Dios consistía en la debida disposición del intelecto y de la voluntad del ser humano. Dios los dispuso de tal modo que sobre todo amaban a Dios, gustaban hacer todo lo que su bien dispuesto intelecto les prescribía hacer y evitaban todo lo contrario. Su bien dispuesto

intelecto también dirigía sus apetitos sensitivos de tal modo que sin dificultad alguna acataban lo que su intelecto y voluntad les prescribían.

A estas excelentes cualidades naturales en cuerpo y alma que tenía el ser humano en su estado original Dios agregó todavía la de dominio sobre las demás criaturas. El ser humano verdaderamente dominaba sobre ellas y ellas se sometían a su dominio. Después de la caída, el ser humano aún conserva cierto dominio sobre las demás criaturas, pero sólo mediante el uso de armas, fuerza y destreza. Tiene que luchar para mantener su dominio. No le viene sólo, como algo natural y como una consecuencia de la imagen divina con que fue creado, sino que ahora tiene que lograrlo si puede.

Una dificultad a todo lo antedicho se halla en lo que dice en Génesis 9: 6: “El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre.” Como está hablando del hombre después de la caída, cuando perdió la imagen de Dios, uno se pregunta en qué sentido dice que es hecho a imagen de Dios. Por eso algunos hablan de imagen de Dios en sentido amplio e imagen de Dios en sentido estricto. Aquí, en Génesis 9:6, dicen que habla de imagen de Dios en sentido amplio, o sea refiere al hombre que, aún después de la caída, conserva todavía algunas cualidades como alma racional, etc., que lo distingue de los animales. Imagen de Dios en el sentido estricto sería para ellos entonces lo que hemos visto en los párrafos anteriores. Pero esta posición tiene sus riesgos ya que puede dar lugar a pensar que el ser humano en su estado natural conserva todavía algo de la imagen de Dios, lo cual sería contrario a la Biblia. El hombre aún conserva cualidades que lo distinguen de los animales, pero es erróneo identificar éstas con la imagen de Dios. Lutero entiende que la expresión “imagen de Dios” en Génesis 9:6 se refiere al hombre como la noble criatura que una vez llevó la imagen de Dios y en la cual Dios restaurará su imagen por medio de la fe en Cristo. Esta interpretación, sin duda, es la preferible.

La imagen de Dios en el hombre era algo concreado. No pertenecía a la esencia misma del ser humano, pero sin embargo era parte de la naturaleza de aquellos seres humanos que Dios creara. Cuando Adán y Eva cayeron en pecado y perdieron la imagen de Dios, seguían siendo seres humanos en todo *el* sentido de la palabra, pero su naturaleza original ya no era más completa, sino ahora era corrupta e impura. Había perdido algo de lo que Dios le había dado cuando lo creó. Dios no creó primero el cuerpo y el alma y luego como algo extra le agregó la imagen suya. El texto bíblico no da lugar para esa interpretación. Según enseñanza católicorromana la imagen divina no pertenecía a la naturaleza original con que fuera creado el ser humano, sino fue algo añadido posteriormente, de modo que cuando el ser humano cayó en pecado y perdió la imagen divina, sólo perdió ese don sobreañadido, nada más y quedó con la naturaleza tal cual Dios la había creado originalmente. Por eso no es un ser totalmente corrupto y perdido.

De que esta imagen divina pertenecía a Adán y Eva de igual manera se ve claramente del relato bíblico de la creación, especialmente de Génesis 1:27 donde dice: “Creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.” También se lo concluye correctamente de Colosenses 3:10 y Efesios 4:24, donde San Pablo se dirige a congregaciones enteras compuestas de hombres y mujeres y en todos los cuales había de restaurarse la imagen divina.

Todo este cuadro bíblico del hombre creado a la imagen de Dios es totalmente distinto al cuadro del hombre presentado por el saber y pensar humanos, tanto ahora como en el pasado. Presentan un ser humano que ha evolucionado de un estado bruto al de ahora, o que originalmente era neutro moralmente, sin conocimiento del bien y del mal, sin virtud alguna, o que fue creado en seguida con dos fuerzas antagónicas dentro de él que desde el principio han estado constantemente en pugna entre sí. Estas y otras enseñanzas similares, con diversas variantes, siempre han circulado, y todavía circulan, hasta en medio de la cristiandad, pero sin duda alguna, todas ellas son contrarias a la Biblia. Y lo peor del caso, sirven de base para la errónea creencia de que el ser humano puede ser su propio salvador, de que por sí mismo puede elevarse a la estatura de Dios. Por eso son totalmente desechables.

*La caída del ser humano
El hombre después de la caída*

Únicamente dos seres humanos estuvieron en el estado de integridad, Adán y Eva. La imagen de Dios no se propagó, ya que la concepción de Caín, el primer hijo de Adán y Eva, tuvo lugar después que ellos fueran expulsados del Paraíso. El evento por medio del cual terminó el estado de integridad y comenzó el estado de corrupción, se llama la Caída, porque fue una caída de una posición de eminencia a una de degradación.

Todos, sin duda, sabemos la historia de la caída relatada en Génesis 3, pero hay algunos detalles a los cuales quisiera llamar vuestra atención. Dice el texto que la serpiente se acercó y habló a Eva. En Apocalipsis 12:9, se identifica a la serpiente con el diablo. Sin duda, estaba la serpiente, pero el diablo actuaba en ella y se valió de ella y de toda clase de ardides y medias verdades, como lo hace hoy en día todavía, para hacer caer al ser humano.

Comienza diciendo a Eva: “¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?” La manera en que formula la pregunta indica que quería conseguir que Eva dudase de la bondad de Dios. Además, observen, Dios no prohibió comer de todo árbol del huerto, como decía el diablo sino sólo del árbol de la ciencia del bien y del mal. A esto responde Eva: “Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis.” De modo que Eva corrige lo dicho por el diablo, pero al referirse al árbol del cual no debían comer agrega algo que Dios no había dicho, esto es, “ni le tocaréis”, lo cual muchos lo interpretan como que Eva empezaba a sentirse molesta con la prohibición divina. Además la afirmación final, “para que no muráis”, dicen los entendidos en la materia, está formulado de tal manera en el idioma hebreo que denota duda, vacilación.

Al ver eso el diablo cobra ánimo y se vuelve aún más agresivo. Le dice a Eva: “No moriréis “ O sea, se atreve decir a Eva que Dios es un mentiroso, cuando el mentiroso era él. Y sigue: “Sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.” O sea, Dios no quiere que sean como él, es un envidioso. En realidad él no quiere vuestro bien verdadero.

Ante esto la mujer, al decir de Calvino, echó al árbol “una mirada impura, infectada con el veneno de la concupiscencia.” Vio que el árbol era bueno para comer, agradable a los ojos y

codiciable para alcanzar sabiduría, y tomó de su fruto, y comió. Y el pecado se había consumado. Luego dio también a Adán, para no estar sola, y él también comió, no se opuso. Tampoco opuso resistencia alguna mientras Eva era tentada por Satanás. Ella había sido creada para ser su ayuda idónea, pero ahora resultó ser su arruinadora.

Esta acción de Eva y Adán era de las más terribles consecuencias para ellos y para toda la raza humana. Cayeron del estado de inocencia en que habían sido creados. El diablo engañosamente le había dicho a Eva: “Serán abiertos vuestros ojos.” Fueron abiertos, pero para mal, vieron que estaban desnudos. Perdieron la pureza que hasta ahora había envuelto sus almas. Necesitaban algo para cubrir su vergüenza, y tuvieron miedo de Dios y se escondieron.

Otra consecuencia fue que el hombre perdió su condición de santo y de inmortal. Por ese pecado apareció la muerte en el mundo. San Pablo escribe: “Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres” (Romanos 5: 12). Y unos versículos después (v.18) dice: “Por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres.” Los hombres sufrirían la muerte en todo el sentido de la palabra, el fin de la vida física, el fin de la vida de Dios en el ser humano y el fin de la vida con Dios en la eternidad, o, para decirlo de otra manera, sufrirían la muerte física, espiritual y eterna. Había perdido la imagen de Dios con que había sido creado.

Dios había dicho a Adán: “El día que de él comieres, ciertamente morirás.” Pudiera parecer que Dios no cumplió al pie de la letra su amenaza, ya que el hombre no cayó muerto en seguida. Pero sólo parece así. Murió inmediatamente. El germen de la muerte, en ese mismo momento, entró en su organismo y empezaba a morir. Pero ante todo murió espiritualmente. Se ve esto en que en seguida tenía miedo de Dios, se escondía y se avergonzaba de su desnudez. Todas estas son obras de las tinieblas y evidencian que el hombre, aunque todavía vivo físicamente, ya estaba muerto espiritualmente.

La caída en pecado era una rebelión contra la Ley de Dios, porque comieron de la fruta prohibida. Pero este acto externo pecaminoso fue precedido por varios actos internos pecaminosos, cuando empezaron a dudar de la bondad de Dios y de la verdad de su amenaza y cuando desearon ser iguales a Dios y a comer de la fruta prohibida. Descartaron la Ley de Dios y, como consecuencia, la desobedecieron. El acto externo era nada más que la manifestación externa de lo que ya había pasado internamente.

Una vez consumado el hecho, Dios enfrentó al hombre con algunas preguntas, para hacerle ver lo que había hecho. Pero en lugar de confesar el mal hecho hizo lo que todos hacemos, buscó excusas y echó la culpa en otros. Adán culpó a Eva, y Eva a la serpiente, y ambos en última instancia culpaban a Dios. Así trataron de minimizar su responsabilidad.

La historia de la Caída ha sido desde siempre objeto de mucho ridículo y negación, debido a que se tiene un concepto erróneo del pecado y del ser humano. La doctrina de la caída no coordina en modo alguno con la teoría de la evolución y por eso hasta se habla de una caída hacia arriba, en lugar de hacia abajo. Para muchos, el pecado no es la humillación sino la exaltación del ser humano, el estado donde se puede demostrar como ser humano y el trasfondo indispensable para la práctica de la virtud. La caída incluso se conceptúa como el acontecimiento más afortunado de

la humanidad. Hasta personas que se catalogan de cristianas, juegan con ideas como éstas. Pero por más atractivas que fueren, carecen totalmente de fundamento bíblico, y la experiencia y la conciencia humanas las refutan por completo. Solamente personas enceguecidas por Satanás, como lo fue Eva, pueden aceptar tales ideas.

El pecado en general

Cuando se habla de pecado, la generalidad de las personas piensa inmediatamente en cosas horribles y malas, como las barbaridades hechas por Jeff Dahmer de Milwaukee, o las atrocidades cometidas por Sadam Hussein de Irak, o las matanzas raciales en Sudáfrica, etc. Pero pecado, para que sea pecado delante de Dios, no necesita ser algo malvado, horrible o despreciable delante de los seres humanos. Pecado delante de Dios es todo lo que no está de acuerdo a la ley que él nos dio. Esa es enseñanza bíblica. Según ella pecado es toda falta de conformidad en el ser humano con la norma dada por Dios en su ley. Y esa falta de conformidad puede consistir tanto en una condición o estado de cosas, como lo es el pecado original, como también en acciones individuales, ya sea internas o externas. En 1 Juan 3:4 dice: “Todo aquel que comete pecado infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley.” En el texto original griego está la palabra “anomía”, traducida acá con “infracción de la ley”, que transmite bastante bien la idea de la palabra original, ya que “anomía” viene de dos palabras griegas que son: “nomos” que significa “ley” y “a” que indica negación, de manera que “anomía” sería tanto como ilegalidad, falta de conformidad a la ley, oposición a la ley, violación de la ley, etc. Y pecado, por lo tanto, según la Biblia, sería esa falta de conformidad a la ley, ese actuar en violación de la ley.

La Biblia usa varias palabras para pecado. Ahí está “chattath” en el Antiguo Testamento y “hamartía” en el Nuevo Testamento. Ambos expresan la idea de “no dar en el blanco” y así indican la esencia del pecado, pero también de que se ha cometido algo ofensivo contra Dios. Después está “pesha” en el Antiguo Testamento y “parábasis” en el Nuevo Testamento que transmiten más bien la idea de transgresión y rebelión. Otra palabra es “apostasía” que tiene el mismo significado que la misma palabra en español, y “asébeia” que indica impiedad, desprecio, rebelión contra Dios. San Pablo los llama también “obras de la carne” en Gálatas 5:19-21, término muy descriptivo especialmente para nuestro tiempo con tanto libertinaje y corrupción moral.

El ser humano como ente moral creado por Dios, dotado de inteligencia y voluntad, no está libre para crear su propio código legal y vivir de acuerdo a él. También es imposible que asuma una posición intermedia o neutral, pues indefectiblemente servirá a algo. Está obligado empero, según la Biblia, a conformar cada pasaje de su vida a la ley de Dios y a servirle a él. Y cuando no sucede eso entonces tenemos una falta de conformidad a la ley de Dios, tenemos violación de la ley de Dios, tenemos pecado, tenemos algo malo, aunque a nosotros a veces no nos parezca así, o lo podamos explicar o disculpar de múltiples maneras. Sigue siendo pecado delante de Dios.

Pero ¿serán pecado también los pensamientos, deseos y actos hechos en ignorancia y sin premeditación? ¿el enojo de un niño? ¿la incredulidad de un pagano que aún no conoce el Evangelio? ¿el repentino estallido de una pasión incontrolable? La respuesta bíblica a ello es que toda falta de conformidad a la ley de Dios, ya sea una condición, deseo, pensamiento o acto,

hecho a sabiendas o no, deliberadamente o no, es infracción de la ley divina, pues la Biblia cataloga como pecaminosas todas las emociones de la carne. Por eso dice San Pablo que “éramos por naturaleza hijos de ira” (Efesios 2:3). Por eso llama la Biblia pecado las incitaciones de la carne que surgen involuntariamente en el corazón del creyente, ya que San Pablo dice: “El mal que no quiero, eso hago” e inmediatamente sigue diciendo: “Ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí” (Romanos 7:19-20). Mas aún, cuando San Pablo escribe acerca de sus ataques al Evangelio, los cuales fueron hechos en ignorancia y antes de su conversión, él no sólo los reconoce como pecados, sino que a causa de ellos se considera el peor de los pecadores (1 Timoteo 1:13-16). Por lo tanto están en error los católicorromanos, reformados y calvinistas que consideran pecaminosos sólo aquellos actos que han sido hechos con conocimiento y premeditación.

Dado que el pecado es “anomía”, o sea, violación, transgresión de la ley, es importante ver qué se entiende con la ley, cuya transgresión es pecado. La Fórmula de Concordia define la ley como aquella enseñanza divina donde se nos revela la inmutable y justa voluntad de Dios. Sólo esa inmutable y justa voluntad de Dios es la ley para los seres humanos. Mandamientos dados por seres humanos son obligatorios sólo cuando gozan del respaldo divino, como es el caso con ordenanzas dadas por autoridades civiles o por padres, lógicamente siempre y cuando no contradigan la voluntad de Dios. Mandamientos eclesiásticos (ayunos, peregrinaciones, etc.) no son obligatorios, ya que Dios no le dio esa autoridad a la Iglesia, más aún se lo prohibió (Mateo 23:8). Por eso no debemos hacernos cargos de conciencia por ello. La única ley que debe regir en la Iglesia es la ley dada por Dios, y lo que no ha sido estipulado por ella debe ser regulado por el amor cristiano para llegar a un acuerdo mutuo, en consonancia con la Sagrada Escritura.

Por otra parte, la ley de Dios no debe ser obedecida sólo en parte, sino en todo sentido. Dios requiere en su ley la pureza de la naturaleza humana y por eso también la pureza de todos los actos, tanto internos como externos, que correspondan a una naturaleza recta y pura, como ser pureza de pensamientos, de deseos, de palabras y de obras. Este concepto del alcance de las exigencias de la ley de Dios, y especialmente el concepto de que el estado pervertido de la naturaleza con la que nacemos es verdaderamente pecado y condena, ha sido objetado desde siempre, abierta y secretamente. Pero por más que se lo objete o critique, eso no cambia en nada la realidad de esa enseñanza bíblica. Y todos los intentos por negar culpabilidad frente a esas exigencias de la ley de Dios, fallan ante la conciencia que sigue acusándonos.

Después de la Caída la conciencia del ser humano le revela también la voluntad de Dios. Y lo hace de dos maneras como lo indica Romanos 2:15 donde San Pablo, hablando de los gentiles que no tienen ley, dice que muestran “la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos.” Se ve aquí que la conciencia: a) revela, y b) juzga. Pero, lamentablemente, esta función de la conciencia, después de la Caída ya no es más infalible, ya que desafortunadamente hay conciencias que yerran, de manera que hay seres humanos que consideran permitido y hasta ordenado cosas que Dios en realidad ha prohibido, como la adoración de imágenes, mientras otros consideran prohibido lo que Dios ha permitido, como ciertas comidas, etc. Por eso, después de la Caída, podemos reconocer con toda certeza la inmutable voluntad de Dios sólo de la Sagrada Escritura. Aunque el Evangelio sea la médula de la Sagrada Escritura, sin embargo ella también nos da una completa revelación de la voluntad de Dios.

De ella también podemos ver con toda seguridad cuales leyes sólo tenían valor temporal y local, de modo que no requieren obediencia de todos los seres humanos en todos los tiempos. Lamentablemente ocurre hoy día todavía que leyes que eran temporales o locales, como la del sábado, se las considera generales. La voluntad de Dios para todos los seres humanos son sólo aquellas leyes dadas por Dios para todos los seres humanos. Y esas leyes no son ni siquiera los Diez Mandamientos, tal cual Dios los diera a los judíos, sino los Diez Mandamientos repetidos y explicados para nosotros en el Nuevo Testamento, tal cual los tenemos en nuestro Catecismo Menor. Es lógico que mandamientos dados a personas particulares no pueden ni deben referirse a todos los seres humanos, pues eran sólo para esas personas.

Hay dos aspectos importantes respecto al pecado en general, como lo son la causa y las consecuencias del pecado, que debo tratar todavía, pero no puedo hacerlo en esta lección, ya que se tornaría demasiado larga. Por eso, serán temas que trataré en la próxima lección.

Lección 18

La DOCTRINA ACERCA del HOMBRE El HOMBRE DESPUÉS de la CAÍDA

Todos los seres humanos tienen la tendencia natural de culpar a otros, hasta a Dios mismo, del mal que hacen. Ya Adán lo hizo en el jardín de Edén, cuando de manera irreverente le dijo a Dios: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí” (Génesis 3:12), culpando así de su caída, primero, a su mujer y luego principalmente a Dios.

Los líderes históricos del protestantismo reformado también culpan a Dios del origen y de la existencia del mal. Calvino dice: “El primer hombre cayó porque Dios lo vio como una cosa buena... Por lo tanto el hombre cayó en pecado porque Dios en su providencia lo decretó así” (Institución Cristiana, III, 3, 28). Y Zwinglio, hablando de la iniquidad de Esaú, dice: “Dios en su providencia creó (a Esaú) para el propósito de que viviese, en realidad, de que viviese inicualemente.” Así estos dos hombres tildaban a Dios como la causa del pecado.

La Biblia enseña claramente que Dios no es la causa del pecado. Dice ella: “Vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Génesis 1:31) y “todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre sino del mundo” (1 Juan 2:16) y “Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; es justo y recto” (Dt.32:4). Por eso declara la Fórmula de la Concordia: “Dios no es el creador, autor o causa del pecado” (DS, I, 7).

Más aún, enseña la Biblia que el pecado entró en el mundo, primero, a través del diablo y segundo, a través del hombre mismo. Dice ella que Satanás “ha sido homicida desde el principio” (Juan 8:44), que “engaña al mundo entero” (Apocalipsis 12:9) y que por él los creyentes están constantemente en peligro de ser “extraviados de la sincera fidelidad a Cristo” (2 Corintios 11:3). Y el hombre es responsabilizado de su pecado tanto por su conciencia (Génesis 3:8) como por Dios, porque voluntariamente permite ser seducido a ello (Efesios 2:2-3). Por eso dice Jesús de sus adversarios: “Los deseos de vuestro padre (el diablo) queréis hacer” (Juan 8:44).

Lógicamente, nuestra razón humana no se da por satisfecha con esta explicación. Pregunta: ¿Por qué hizo Dios que el hombre pudiera caer? ¿Por qué, en su omnisciencia, no impidió Dios que el diablo tentara al hombre y, por ende, impidiera su caída? Debemos confesar que no podemos responder a estas preguntas. Y nadie puede. El paganismo ha tratado de hacerlo con la doctrina del dualismo, que enseña que el mal ha existido siempre, desde la eternidad, junto a Dios. Pero eso es contrario a la Biblia y nos deja con la pregunta: ¿Cómo se originó el mal? ¿Por qué permite Dios que siga el mal? Mary Backer Eddy, la fundadora de la Ciencia Cristiana, pensó resolver el problema diciendo que el pecado no existe, que es sólo una idea, un error mental. Según ella la idea del pecado está sólo porque sostenemos esa idea, nada más. Pero eso es contrario a la Biblia y nos deja con la pregunta: ¿Cómo se originó esa idea del pecado? ¿Por qué permite Dios que esa idea entre en nuestras mentes? ¿Por qué no la erradica Dios de la conciencia?

No hay en verdad respuesta satisfactoria a la pregunta: ¿Cómo entró el pecado en el mundo? Esa es también una de las preguntas que será respondida recién en el cielo. Pero lo que sí sabemos ya aquí es que el pecado es real, que está en el mundo, y que Cristo con su amarga Pasión y muerte y con su gloriosa resurrección nos libró de la culpa y de las consecuencias de ese pecado. Por eso, aunque no podamos saber cómo pudo originarse el pecado, creamos a lo menos lo que sabemos.

El lugar del pecado

El verdadero lugar del pecado es el alma con su intelecto y voluntad. Jesús dice: “Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones...” (Mateo 15:19). El cuerpo participa del pecado porque es el órgano del alma. El hecho de que el pecado tenga su asiento en el alma indica que el ser humano ha sido corrompido en el centro del poder, y de que por ende no pueda producir obra buena alguna. Esto refuta también la teoría pagana de que el alma es pura, sólo el cuerpo es malo.

Las consecuencias del pecado

Como vimos en la clase anterior, pecado es transgresión, infracción a la ley y por eso, el que peca llega a ser culpable ante el dador de esa ley, Dios, y se hace merecedor del castigo determinado por Dios para ello. Y cuando consideramos esas consecuencias vemos lo horrible que es el pecado. En los ojos humanos lo que es pecado delante de Dios muchas veces parece insignificante, pero delante de Dios no lo es. Siempre es una afrenta a la majestad de Dios, al Rey de reyes, y a su santa voluntad. Así el comer de Eva y Adán del fruto del jardín no era algo malo en sí. Pero de que comieran del fruto del árbol del cual Dios expresamente les había prohibido hacerlo, eso era una afrenta al Dios Excelso y a su voluntad y por eso requería ser castigado de acuerdo a ello. Y así es siempre por más insignificante que nos pareciere lo que hacemos. Por eso son tan terribles las consecuencias del pecado.

En Romanos 6:23 dice San Pablo: “La paga del pecado es muerte.” Y en Romanos 5:12: “La muerte pasó a todos los hombres por cuanto todos pecaron.” Así muerte es la consecuencia del pecado, muerte espiritual, muerte temporal y muerte eterna. Muerte no es aniquilación, sino separación. Así muerte espiritual es separación espiritual del hombre de Dios, la fuente de toda justicia, de todo bien, de todo goce, de todo don espiritual. Y con esta muerte espiritual entra en nuestras vidas una catástrofe cuya magnitud no llegamos a comprender plenamente aunque es algo que constantemente nos rodea, la continua y gradual disolución de nuestros cuerpos mortales, la constante descomposición de nuestra salud y fuerzas, la cual termina finalmente en la separación de cuerpo y alma, en la muerte física. Y, a menos que aceptemos a Cristo, esta muerte física finalmente acabará en la eterna separación de la criatura de su Creador en los tormentos eternos en el infierno.

Es importante que se vea lo predicho como la consecuencia del pecado. Tantas veces se ve enfermedades, sufrimientos, muerte como algo natural, no como lo que es en realidad, una consecuencia del pecado. Especialmente importante es eso en nuestro tiempo, en que se trata de explicar todo como algo natural, descartando a Dios. Eso es un grave error. Pero claro esas consecuencias son de diferente significado según uno sea creyente o incrédulo. Si uno es

incrédulo entonces ello tiene el significado de un castigo real y verdadero, pero si uno es creyente entonces ello ya no es castigo sino una corrección paternal y amorosa.

Pero la terrible consecuencia del pecado se torna aún más evidente cuando consideramos la total devastación causada por el pecado según nos lo revela la doctrina bíblica del pecado original.

El pecado original

La doctrina del pecado original es de primerísima importancia ya que toca algo básico del cristianismo. Nos da la respuesta a preguntas tales como: ¿Puede salvarse a sí mismo el ser humano? ¿Es capaz de ayudar en su conversión? ¿Tiene libre albedrío en asuntos espirituales? ¿Es la total corrupción la esencia misma de la naturaleza humana? Si se responde erróneamente a estas preguntas ello invariablemente afectará de manera equivocada lo que creamos en cuanto a la creación, la salvación, la conversión, la santificación y la encarnación del Hijo de Dios. Como ven, es sumamente importante creer lo correcto en cuanto a esa doctrina.

Pero lamentablemente el ser humano natural no la percibe correctamente. Es una de las cosas a las cuales se refiere San Pablo al decir: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios” (1 Corintios 2:14). La razón humana percibe que hay algo malo en la naturaleza humana, que hay una inclinación al mal, pero debido a su misma corrupción este conocimiento es tan incompleto que sólo se puede obtener un conocimiento completo del verdadero alcance de este pecado por medio de la Biblia. Por eso dicen los Artículos de Esmalcalda: “Este pecado original es una corrupción tan profunda y perniciosa de la naturaleza humana que ninguna razón la puede comprender, sino que tiene que ser creída basándose en la revelación de la Escritura” (AE, III, I, 3).

La enseñanza bíblica acerca del pecado original

¿Cómo describe la Escritura al pecado original? Para describirlo, ella usa términos como “el pecado que mora en mí” (Romanos 7:17), “la ley en mis miembros” (Romanos 7:23), “las concupiscencias” (Romanos 6:12) “los deseos de la carne” (Gálatas 5:16), “el deseo de lo prohibido”, “la codicia”, etc. Todo lo expresado en estos términos bíblicos la Iglesia lo ha incorporado en un término forjado por ella, esto es, “pecado original”, un término que indica que este pecado se originó en Adán, está en el origen de cada descendiente de Adán y es la causa originaria de todas las transgresiones que comete.

¿Qué es, entonces, el pecado original? Nuestro Catecismo inglés contesta en las preguntas 94 y 95: “Pecado original (pecado hereditario) es la total corrupción de toda nuestra naturaleza humana”, de manera que “el hombre por naturaleza no tiene verdadero temor, amor y confianza en Dios. Está privado de la justicia (de Dios), se inclina sólo al mal y es espiritualmente ciego, muerto y enemigo de Dios.” Como podrán concluir de esta contestación, el pecado original no es un acto sino una condición en la cual nacen todos los seres humanos desde la caída en pecado. Comprende: a) culpa hereditaria, y b) corrupción hereditaria. Veamos por separado cada uno de esos dos aspectos.

La culpa hereditaria de toda la humanidad

En primer lugar, por lo tanto, el pecado original incluye la culpa hereditaria, esto es, cada hombre, mujer y niño es culpado por naturaleza de la transgresión de Adán. Ahora bien, toda la lógica de nuestra mente carnal se ha rebelado y abalanzado en contra de este aspecto de nuestra doctrina, porque todo en nosotros por naturaleza se rebela contra la idea de que seamos culpados de algo que no hicimos, de algo que hiciera Adán. Toda clase de personas, hasta cristianos y luteranos, han expresado de las más variadas maneras su oposición a esta doctrina. Pero ahí están las claras declaraciones bíblicas. En Romanos 5:18 dice: “Por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres”, en otras palabras, por el delito de uno (Adán) todos fueron condenados. Y en Romanos 5:19 dice: “Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores”, en otras palabras, a causa de la desobediencia de un solo hombre, muchos fueron hechos pecadores. Mas aún, Dios nos ha dado también evidencia visible de aquella sentencia universal condenatoria, al permitir que todos los seres humanos, como consecuencia de aquello, sean nacidos en un estado de total corrupción, ya que dice San Pablo (Efesios 2:3): “Éramos por naturaleza hijos de ira.” Y en el pasaje de Romanos 5 visto antes, Dios ha ligado directamente la sentencia universal de condenación con la declaración universal de justificación, ya que dice: “Como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida” (Romanos 5:18). De modo que si se niega que todos son culpables delante de Dios por el pecado de Adán, entonces también se niega que por lo hecho por Cristo todos son salvos, y así se ataca la doctrina central de la Biblia, la doctrina de la justificación objetiva.

Dado que el pecado original es, como vimos, culpa verdadera, por eso lleva también consigo castigo verdadero. Por eso dice la Escritura en Efesios 2:3 que somos “hijos de ira” no a causa de alguna transgresión que hayamos cometido sino ya “por naturaleza”.

Se ha preguntado: ¿Es justo y recto que Dios nos cargue con el pecado cometido por Adán y nos castigue por ello? De muchas maneras se ha tratado de contestar esta pregunta de una manera satisfactoria para la razón humana. Pero no es ni justo ni necesario vindicar a Dios. ¿Quiénes somos nosotros para desafiar u objetar la justicia de Dios que dice: “Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:9). Además Dios ya ha atribuido a todos los seres humanos la obediencia de Cristo y así, de pura gracia, ha removido la culpa que llevamos a causa de Adán. Por eso, cuando Israel impugnó la justicia de Dios por castigar en los hijos los pecados de sus padres, Dios les recordó que siempre y cuando el hijo se volviere de sus pecados “no llevará el pecado del padre” (Ezequiel 18:20). Además, Dios ha prometido que “todas las cosas”, también los males de este mundo que sufrimos a causa del pecado de Adán “les ayudan a bien a los que aman a Dios” (Romanos 8:28). Por eso, es tanto innecesario como malvado cuestionar la justicia de Dios por culparnos también a nosotros con el pecado de Adán.

La total corrupción hereditaria de toda la humanidad

Según la Biblia, todo ser humano, debido a la culpa de la transgresión de Adán, es corrupto y totalmente pecaminoso por naturaleza. David dice: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5). Y Jesús dice que todo hombre por naturaleza está

fuera del reino de Dios y tiene que ser regenerado, tiene que “nacer de nuevo”, porque “el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”. Y eso se aplica también a todos nosotros ya que dice: “Lo que es nacido de la carne, carne es” (Juan 3:5-7).

Esta total corrupción del ser humano por naturaleza es, en primer lugar, algo negativo, o sea, consiste en que carecemos de los atributos que los seres humanos tenían antes de la Caída. La Fórmula de la Concordia dice que “el hombre se encuentra desprovisto de la justicia con la cual fue creado originalmente, y en asuntos espirituales está muerto a lo bueno y dispuesto a hacer lo malo” (DS, I, 2). La Confesión de Augsburgo dice que todos “por naturaleza no pueden tener verdadero temor de Dios ni verdadera fe en él” (CA, II, 1). San Pablo escribe a los efesios que los irregenerados están “muertos en delitos y pecados” (Efesios 2:1), es decir, muertos a causa de delitos y pecados. De modo que el ser humano, por naturaleza, está tan completamente corrupto que carece totalmente de la justicia y santidad original creadas y del sublime conocimiento de Dios que tenía originalmente con la imagen de Dios.

Pero esta total corrupción del ser humano es descrita también en la Biblia como algo positivo, o sea, como algo que tenemos aunque lo que tengamos sea malo, pero lo tenemos y por eso se lo califica como algo positivo. Y lo que tenemos es una “constante, viciosa disposición hacia lo malo” que San Pablo llama deseo, codicia, concupiscencia, el deseo de lo prohibido, etc. Y esta disposición a lo malo también la tenemos nosotros los cristianos pues San Pablo dice: “Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente” (Romanos 7:23), “porque el deseo de la carne es contra el Espíritu” (Gálatas 5:17).

Sin embargo, al describir esta total corrupción como algo positivo no quiero que se me malinterprete como si estuviera enseñando lo que en la teología se conoce como el error flaciano. El asunto gira alrededor de los términos sustancia y accidente. Con sustancia se entiende aquello que subsiste por sí mismo y, podría agregarse, aquello de que está compuesto una cosa, por ejemplo, la yema y la clara del huevo, pues un huevo no sería huevo si no tendría esos componentes. Con accidente se entiende aquello que se agrega a algo, que no es parte esencial de algo, por ejemplo, veamos un huevo podrido; esa podredumbre es algo que se agregó al huevo, no es parte esencial del mismo. Así el pecado original, esa corrupción de la naturaleza humana, es un accidente, pues es algo que se agregó a la naturaleza humana que Dios había creado. Flacius sostenía que el pecado original es la sustancia de la naturaleza humana y por eso se habla del error flaciano. Pero claro, para hacerle justicia a Flacius hay que entender por qué se remontó a la afirmación de que el pecado original es la sustancia misma de la naturaleza humana. Había en ese tiempo numerosos teólogos que enseñaban que el pecado original era sólo una pequeña mancha, una pequeña imperfección que se había agregado a la naturaleza humana y que, por eso, el ser humano podía convertirse y salvarse por sus propios esfuerzos. Eso lógicamente es antibíblico, y por eso Flacius, para defender la enseñanza bíblica de que el ser humano no puede convertirse ni salvarse a sí mismo, de que el pecado original es una total corrupción de la naturaleza humana, no sólo una leve mancha, afirmó que el pecado original es la sustancia de la naturaleza humana. Pero fue un error afirmar eso, ya que cuando Dios creó al ser humano, él no tenía pecado original y sin embargo era verdadero ser humano. Y al afirmar yo que la total corrupción es algo positivo, o sea, algo que tiene, no quiero que se me malinterprete, de que estoy defendiendo el error flaciano.

Pero, ¿cuál es el efecto de esta total corrupción en la mente y la voluntad humanas? La respuesta correcta a esta pregunta es vital para la doctrina de la conversión. Con respecto al intelecto o la mente, dice la Escritura que los seres humanos tienen “el entendimiento entenebrecido”, que están “ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay” (Efesios 4:18), que están en “ignorancia” (Efesios 5:8) y “muertos” (Efesios 2:1). Más aún, dice expresamente el Espíritu Santo: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14). El hombre natural no entiende absolutamente nada de cosas espirituales. Es como si un ciego quisiera juzgar una pintura. Además es muerto espiritual; sí, tan muerto y ciego espiritual que considera locura el evangelio, en tanto ve a la ley, que lo condena, como el verdadero camino de salvación (Gálatas 3:3, 10-12). Pero, según la Biblia, es aún más, es enemigo de Dios. Leemos en Romanos 8:7: “La mente carnal es enemistad contra Dios.” Siempre está inclinada a emitir un juicio precipitado, falso y corrupto en asuntos espirituales. Por eso dice la Fórmula de Concordia: “Aunque es cierto que la razón humana o el intelecto natural tiene aún una chispa débil del conocimiento de que existe un Dios, y también de la doctrina de la ley (Romanos 1:19s), no obstante es tan ignorante, ciega y perversa que, aun cuando los hombres más ingeniosos y eruditos de la tierra leen u oyen el evangelio del Hijo de Dios y la promesa de la salvación eterna, no tienen la facultad de percibirlo, comprenderlo, entenderlo o creerlo y considerarlo como verdadero, sino que cuanto más diligencia y fervor usan en su empeño de comprender estas cosas espirituales con la razón, tanto menos las entienden o creen y antes de que el Espíritu los ilumine y enseñe, consideran todo esto sólo como insensato y falso (1 Corintios 2:14; 1:21; Efesios 4:17s; Mateo 13:11ss; Lucas 8:10; Romanos 3:11-12). Por esta razón nos dice la Escritura categóricamente que el hombre natural, en lo que se refiere a las cosas espirituales y divinas, es tinieblas. (Efesios 5:8; Hechos 26:18; Juan 1:5). Del mismo modo enseña la Escritura que el hombre pecador no sólo es espiritualmente débil y enfermizo, sino también difunto y enteramente muerto (Efesios 2:1; Colosenses 2:13)” (DS, II, 9-10).

E igual que la mente así también la voluntad del hombre natural está totalmente depravada. No está sólo muerta en lo espiritual y por eso incapaz de querer en lo más mínimo algo placentero a Dios sino está también viva en lo carnal, oponiéndose activamente a la ley de Dios. Y tan activa está que constantemente se opone a la ley de Dios y no puede sino sólo pecar. San Pablo lo dice de este modo: “La mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede” (Romanos 8:7). Aun cuando el hombre natural determina hacer cosas que son buenas exteriormente a los ojos del mundo, como por ejemplo, ser un buen ciudadano, obedecer las leyes civiles, alimentar a los hambrientos, ayudar a los necesitados, etc., nunca puede hacerlas con la motivación correcta y agradable a Dios, cual es, hacerlas por temor y por amor a Dios, tal cual lo ordena el Primer Mandamiento. Eso es totalmente imposible para él, porque ¿cómo puede él, un pobre pecador, quien según la descripción de San Pablo está “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12), cómo puede él amar a ese Dios a quien por naturaleza no conoce ni teme? Es imposible.

Más aún, debido a los pecados y transgresiones de los que el ser humano se sabe culpable delante de Dios, él constantemente también se ve acosado por su conciencia e impelido a huir de la presencia del Señor. El Dr. Lutero ilustra en la manera tan propia y exclusiva de él esa total perversidad de la mente y la voluntad de nuestros primeros padres inmediatamente después de la caída. Muestra lo estúpidos que eran en su pensar cuando trataron de hacer lo imposible al

intentar huir de la omnipresencia de Dios, al tratar de esconderse de él entre los árboles del jardín, al tratar de engañar al omnisciente Dios en cuanto al porqué le tenían miedo y se escondían de él. Muestra lo perversa que era su voluntad cuando pretendieron mentir al mismísimo Dios e intentaron, en última instancia, de echarle a él la culpa de la caída en pecado y trataron de negar su propia culpa en lo acaecido. Y pese a todo ello, vean la bondad de Dios. Pese a toda la perversidad e intencional maldad de nuestros primeros padres, Dios les trajo la primera palabra de absolución, el primer mensaje de gracia y perdón, en la promesa de la Simiente de la mujer.

Y esta depravación de la mente y de la voluntad debida a la Caída no es algo que afectó sólo a los primeros padres sino es algo que ha pasado a todos los seres humanos por medio del proceso natural de la generación, de manera que Dios diga de todos ellos: “Todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Génesis 6:5) y: “Todos están bajo pecado, como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Romanos 3:9-12). Tan completa es la corrupción de todos los seres humanos que la Biblia hasta describe los varios miembros y las funciones del cuerpo y del alma como sirviendo sólo al pecado. Por eso, al describir a los seres humanos según su naturaleza, dice la Escritura que “tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar” (2 Pedro 2:14). Vemos, pues, que todos los seres humanos de todo el mundo que han nacido por el proceso natural de la generación están por naturaleza totalmente corruptos en cuerpo y alma, en los más elevados y nobles poderes de su intelecto y voluntad.

Las consecuencias de la corrupción hereditaria

Muchas son las consecuencias de esta corrupción hereditaria. En cierto sentido todas aquellas cosas de las que he hablado, en las que se manifiesta la corrupción hereditaria, como el ser muerto y ciego espiritual, el ser enemigo de Dios, el tener esa constante inclinación hacia lo malo, etc., podrían llamarse consecuencias de esa corrupción hereditaria, pero en realidad no lo son en el sentido estricto de la palabra. En realidad ellos son la esencia misma de la corrupción hereditaria, aquello de lo que consiste. Como consecuencias mismas de la corrupción hereditaria quisiera enumerar tres: a) La muerte temporal y eterna; b) Los pecados actuales; y c) La pérdida del libre albedrío.

Como hemos visto en lo precedente, la corrupción hereditaria incluye la muerte espiritual, el hecho de que seamos muertos en delitos y pecados (Efesios 2:1), que estemos totalmente enajenados de la vida que es de Dios. Si esta condición de muerte espiritual no es superada y eliminada por la fe en Cristo, el Vencedor de la muerte, entonces seguirán las consecuencias, después de la muerte física vendrá la muerte eterna o la condenación eterna.

En relación a la muerte física se ha debatido la pregunta si es que las palabras “el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2:17) se refieren a una muerte segura que sucedería inmediatamente después de cometido el pecado o que tendría lugar recién después de algún tiempo. Sin duda, según el texto, es preferible lo primero, ya que la expresión “el día que de él comieres” liga estrechamente el acto de pecar con la consecuencia, la muerte. La muerte física que tuvo lugar recién después de muchos años, fue nada más que el final de un proceso de

desintegración que comenzó inmediatamente con la comisión del pecado. Así hasta hoy en día, todos los seres humanos comienzan a morir en el mismo momento en que nacen, porque son hijos de Adán y, por ende, pecadores.

Más importancia teológica tiene la pregunta del porqué justamente el comer de esa fruta de ese árbol causó la muerte a Adán y Eva. Muchos teólogos de línea teológica no tradicional se han expresado en el sentido de que la muerte no fue causada por la transgresión en sí del mandato divino, sino más bien porque el diablo había tomado posesión del árbol prohibido o porque esa fruta contenía alguna sustancia venenosa. Con esta interpretación un tanto rara se quiere quitar al primer pecado el carácter de una transgresión directa de un mandato de Dios. Pero eso es un error. El comer de esa fruta no causó la muerte porque ella en sí era mala o dañina, sino porque Dios había prohibido comer de ella. Esa es la única interpretación posible que fluye del texto bíblico. Lutero dice al respecto: “Esta es la verdadera y real causa de esta miseria, de que Adán haya pecado contra Dios y despreciado su mandamiento y seguida al diablo.” Y la manera en que Satanás sedujo a pecar a Adán y Eva tiene su analogía en la manera en que aún hoy en día seduce a seres humanos, a no considerar la Biblia como la Palabra de Dios y a dejar de lado los mandatos y las órdenes de Dios.

En relación con todo este asunto se ha levantado también la pregunta del porqué Dios les dio a aquellos seres humanos una orden tan insignificante. Se piensa que para algo tan importante y de tan vastas consecuencias hubiera sido mejor si les hubiera dado una orden que hubiera tenido relación con todo el Decálogo. Nuestros teólogos responden a ello que Adán y Eva ya tenían inscrito el Decálogo en su corazón y que por eso no era necesario repetirlo, pero que Dios, para que Adán y Eva pudiesen ejercitar y demostrar su obediencia, les dio un mandamiento que no tenían en su corazón. Lutero recalca mucho este asunto. Asumimos la debida actitud hacia Dios sólo cuando libre y voluntariamente nos sometemos a su palabra, aun cuando no entendamos porqué Dios habla, ordena y actúa justamente de esta manera y no de otra. Dice Lutero que Dios en cierto modo pidió a Adán que demostrara su reverencia y obediencia en este árbol de la ciencia del bien y del mal y que así, en cierto modo, ejercitara su devoción a Dios. Del mismo modo debemos también nosotros considerar, aceptar y seguir la Palabra de Dios como un ejercicio en nuestra devoción a Dios, entendamos porqué Dios nos lo ha dicho o no, de modo que en todo nos dirijamos sólo por lo que Dios nos dice en su Palabra.

Otra consecuencia de la corrupción hereditaria son los muchos pecados actuales en deseos, pensamientos, palabras y obras que cometemos a diario y de los cuales nos hacemos culpables los seres humanos. Y eso es algo bien lógico. Si entendemos que la corrupción hereditaria consiste en que nacemos con una naturaleza completamente corrupta, entonces también podremos entender fácilmente que de esa fuente corrupta no pueden sino fluir hechos corruptos. No se puede esperar que de una fuente sucia fluyan aguas puras. Así como la fuente así será también lo que fluye de ella. Y así es como decimos que otra consecuencia de la corrupción hereditaria son los muchos pecados actuales. Esa es otra razón porqué se llama la corrupción hereditaria el pecado original, porque en él se originan los muchos pecados que cometemos.

Finalmente otra consecuencia de la corrupción hereditaria es la pérdida del libre albedrío, o sea, el hecho de que en cosas espirituales no nos podamos decidir a creer en Dios, sino que sólo tengamos la libertad de oponernos a Dios y de rechazar su gracia. En cosas terrenales tenemos

todavía la libertad de decidir en favor o en contra de algo, aunque esa libertad también está grandemente influenciada por nuestra naturaleza pecaminosa, pero en cosas espirituales tenemos sólo la libertad de decidir en contra no en favor. Eso se debe al hecho de que somos espiritualmente muertos por la Caída en pecado. Pero este es un tema que veremos algo más ampliamente al principio de la Lección 20, y por eso no diré más ahora.

Lección 19

La DOCTRINA ACERCA del HOMBRE

El HOMBRE DESPUÉS de la CAÍDA - los PECADOS ACTUALES

En la lección anterior vimos de un pecado que no se comete sino de un pecado que es una condición en la que nacemos, de una condición que es verdaderamente pecado, de modo que si alguien jamás hubiere tenido pensamiento malo alguno, ni hubiere pronunciado palabra mala alguna, ni hubiere hecho obra mala alguna, sin embargo sería culpable delante de Dios y digno de condenación. Ahora no veremos de ese pecado como una condición sino de un pecado que se comete tanto en deseos, pensamientos, palabras u obras, como haciendo lo prohibido u omitiendo de hacer lo ordenado por Dios, como consecuencia de aquella condición en la que nacemos. Esos pecados se llaman actuales porque consisten de actos o hechos que hacemos. La Biblia los llama de diversas maneras, como por ejemplo, “obras de la carne” (Gálatas 5:19), “hechos inicuos” (2 Pedro 2:8), “obras infructuosas de las tinieblas” (Efesios 5:11), “obras muertas” (Hebreos 6:1; 9:14), “el viejo hombre con sus hechos” (Colosenses 3:9). Todos estos son nombres muy descriptivos.

Podríamos definir los pecados actuales con las palabras de Hutter: “La transgresión actual es todo acto, ya sea externo o interno, que está en conflicto con la Ley de Dios.” O con las palabras de Hollaz: “El pecado actual es un desvío, ya sea por un acto de comisión o de omisión, de la regla de la Ley divina, por el cual incurre el individuo en la responsabilidad de la culpa y se expone al castigo.” O en la palabras de nuestro Catecismo luterano: “El pecado actual es toda transgresión de la Ley divina en deseos, pensamientos, palabras y obras.”

De lo precedente se ve que no sólo se comete pecado actual haciendo lo malo sino también dejando de hacer lo ordenado por Dios. Y justamente a esto último se debe prestar especial atención ya que fácilmente se lo olvida. El apóstol Santiago escribe (4:17): “Al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado.” Y nuestro Señor Jesucristo dijo al siervo que había escondido su talento en la tierra: “Siervo malo y negligente” condenándolo con la severa sentencia: “Al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 25:26 y 30). Además, los pecados de omisión se miden en relación a los dones recibidos, porque dice Jesucristo: “Al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lucas 12:48). Sin embargo, aunque se debe llamar la atención a los pecados de omisión, no se debe llegar a ser legalista, sino se debe incitar al cumplimiento de la voluntad de Dios por medio del amor manifestado por Jesucristo, de modo que se lo haga de buena gana y sin coerción.

Las causas del pecado actual

En base a la Biblia podemos hablar de causas internas y causas externas. La verdadera causa interna es, como ya vimos, la naturaleza perversa con la que nace el ser humano. Por eso llama la Biblia los pecados actuales “obras de la carne” o “el viejo hombre con sus hechos.” Pero aparte de ello, la Biblia menciona también otras causas secundarias dentro de nosotros como, por ejemplo, la ignorancia espiritual. En relación a los que le crucificaron oraba Jesús (Lucas 23:34): “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” Observemos, que Jesús pide perdón por ellos, lo cual indica que aunque lo hicieron en ignorancia eran culpables. Igual San Pablo, se confesaba como el peor de los pecadores porque había perseguido a la iglesia de Cristo, aunque

lo había hecho en ignorancia. Otras causas secundarias dentro de nosotros mencionadas por la Biblia son emociones y pasiones pecaminosas como, por ejemplo, temor, ira, amor, etc., que hacen de que el ser humano anteponga su seguridad y deseos personales a la voluntad de Dios. Por eso negó Pedro a Cristo y el joven rico se negó entregar sus bienes a los pobres. Pero después que Pedro había negado al Señor, nos dice la Biblia que salió fuera y lloró amargamente, de modo que su negación era pecado, y serio pecado, aunque no lo había hecho con premeditación sino movido por alguna emoción pecaminosa. Finalmente otra causa secundaria dentro del hombre mencionada por la Biblia son los hábitos pecaminosos, de modo que uno se acostumbra a hacer lo malo y no puede hacer más lo bueno. Por eso previene el Señor diciendo: “¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?” (Jeremías 13:23).

Como causas del pecado actual fuera del hombre la Biblia menciona al diablo y a nuestros semejantes. En primer lugar, el diablo quien no sólo es descrito como “el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Efesios 2:2) sino también como el “adversario” de los hijos de Dios (1 Pedro 5:8-9). Su manera de actuar se ve claramente en la historia de la caída en pecado y de la tentación de Jesús, y por eso somos exhortados a resistirle “firmes en la fe” (1 Pedro 5:9). De numerosos ejemplos bíblicos se ve que la acción diabólica no se limita sólo a lo moral, sino se extiende también a lo físico. La otra causa fuera del hombre mencionada por la Biblia son nuestros semejantes quienes por medio de palabras y conversaciones impías, cantos y escritos pecaminosos, hechos y ejemplos perversos nos inducen a hacer también lo malo.

En esta relación cabe preguntarse si es que Dios y su providencia no es en alguna manera causante del pecado. Dios gobierna el mundo y las vidas humanas y, al hacerlo, ¿no permite acaso el pecado y así se vuelve parte causante? Como recordarán ya les dije que, según enseñanza bíblica, Dios no es la causa del pecado, ni de manera directa ni indirecta. Sin embargo, la Biblia dice que Dios permite el pecado, porque dice: “Los dejé a la dureza de su corazón” (Salmo 81:12) y el Espíritu Santo dice que Dios “ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos” (Hechos 14:16). Pero aunque Dios permita el pecado, sin embargo no acepta la culpa del mismo ya que en los mismos pasajes dice que los dejó en la dureza de “su” corazón y ha dejado que anden en “sus propios” caminos. Por eso dicen los dogmáticos que Dios participa del acto como tal, pero no participa de la pecaminosidad del mismo. Dado que la Biblia dice que “en él (Dios) vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:28) se concluye correctamente que Dios participa en todo lo que hacemos; pero dado que la Biblia también dice que Dios es santo y que aborrece a todos los obradores de iniquidad (Salmo 5:5-6), se concluye correctamente que Dios no participa de aquello que hace malo lo que hacemos.

Sabemos que esta distinción dogmática entre el hecho como tal y la pecaminosidad del mismo no satisface a la razón humana, pero sirve en el sentido de que limita nuestro pensar a lo que la Biblia dice en cuanto a ello. Toda afirmación más allá de ello, sólo resultará en alguna negación bíblica. Porque si decimos que Dios no tiene que ver nada con los actos pecaminosos, entonces negamos la enseñanza bíblica de la providencia de Dios y de su participación en los actos humanos. Y si afirmamos que Dios no participa sólo del acto como tal sino también de la pecaminosidad del mismo, entonces contradecimos la enseñanza bíblica que pone toda la culpa del pecado sólo en el hombre, nada en Dios. Además, la misma conciencia no excusa al ser humano de la culpa del pecado sino lo acusa.

Los escándalos o tropiezos

Cuando se seduce a alguien a pecar entonces, según la Biblia, se causa escándalo. Podríamos definirlo de esta manera: “Dar escándalo es enseñar o hacer algo por medio de lo cual inducimos a otro a no creer, o a creer un error, o a hacer algo malo, por lo cual se condena eternamente por culpa nuestra.” Por eso advierte tan seriamente contra ello la Biblia. Jesús dice en Mateo 18:6: “Cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar.”

Según la Biblia se puede causar escándalo no sólo haciendo lo malo sino también haciendo de manera imprudente cosas en sí permitidas. Por ejemplo, Dios no prohíbe el uso moderado de vino, pero hay personas que en su conciencia creen que está prohibido todo uso de vino. Si ahora como con personas que creen eso, y tomo vino, y quizás hasta las induzco a tomar vino, o sea, a hacer algo que ellos en su conciencia consideran pecaminoso, entonces pongo en peligro su fe. Según San Pablo Dios no nos impuso prohibiciones en cuanto a comidas, bebidas y días, pero esa libertad nuestra está limitada en la práctica por el amor, de modo que aunque tengamos esa libertad no debemos hacer uso de ella cuando un hermano débil pueda tropezar a causa de ello. Y eso no se refiere sólo a comidas, bebidas y días, sino a infinidad de cosas en sí ni prohibidas, ni ordenadas por Dios.

La regla general a seguir en cuanto a esto es: Debemos desistir del uso de nuestra libertad cristiana a menos que la verdad del Evangelio esté en peligro. Y eso sucede cuando el hermano débil insiste en que sólo él tiene razón y juzga al que tiene la verdad como a un transgresor del mandamiento de Dios, que se condenará eternamente. En tal caso el hermano débil se vuelve en un hermano errado, y debe aplicarse lo dicho en Colosenses 2:16: “Nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta”, etc. Y en Gálatas 5:1, “Estad, pues firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres.” Puede suceder que, debido al uso de la libertad que entonces debemos hacer, alguien sea inducido a actuar en contra de su conciencia, pero entonces la responsabilidad de ello no recae en nosotros sino en los que con su insistencia nos obligaron a hacer uso de nuestra libertad. Como ejemplo de lo predicho sería bueno que estudien y expliquen la diferente actitud asumida por Pablo en cuanto a la circuncisión de Timoteo y Tito según Hechos 16:3 y Gálatas 2:3-5.

Del causar escándalo debemos distinguir el escandalizarse o darse uno por escandalizado. Esto último ocurre cuando alguien censura la ética y las doctrinas bíblicas, o las cruces del cristianismo y en base a ello y a otras cosas similares rechaza el evangelio y vive en pecado. Muchos seres humanos se escandalizan cuando en su orgullo se ofenden en el evangelio, de que no pueden hacer absolutamente nada para su salvación, de que son salvos sólo por la gracia de Dios. Muchos seres humanos se escandalizan cuando su razón toma ofensa en la insensatez de la cruz y en los problemas teológicos que presenta la Biblia. Muchos cristianos se escandalizan cuando deben sufrir cruces, aflicciones y persecuciones debido a su fe cristiana, y por eso hasta la desechan. Por eso dijo Jesús: “Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí” (Mateo 11:6).

Las tentaciones

Hay tentaciones al mal y tentaciones al bien. Las tentaciones al mal provienen del diablo, de nuestros semejantes y de nuestra naturaleza perversa y tienen por objeto seducirnos al mal. Ejemplos de ello son la tentación de Adán y Eva en el jardín de Edén y la de nuestro Señor Jesucristo en el desierto. Las tentaciones al bien provienen de Dios y tienen por objeto probar y fortalecer nuestra fe. Ejemplos de ello son cuando Dios ordenó a Abraham sacrificar a su hijo Isaac o cuando Dios permite la aparición de herejías para así probar la fidelidad de los creyentes a su palabra. Muchos objetan que Dios tiene ya que entonces se hace causante de pecado, dicen. Pero a ello responde la Biblia: “Dios no os dejará ser tentados más de lo que podáis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13).

De modo que si alguien cae en la tentación, no cae por culpa divina sino por demasiada confianza en sí mismo y por desechar la gracia divina, como cuando Pedro negó a su Señor. Pero cuando alguien resiste la tentación no lo hace por propio mérito o fuerza sino sólo por la gracia de Dios, tal como lo confiesa San Pablo respecto del agujijón que le fue dado en su carne y que le fue una verdadera tentación a dejar su apostolado.

Clasificación de los pecados actuales

La clasificación de las diferentes clases de pecados actuales bajo títulos apropiados sirve a un propósito bien útil y necesario. Sirve para constatar más profundamente la multitud de nuestras transgresiones, cuán innumerables y variadas son. Y como consecuencia de ello, el evangelio, el cual nos asegura que Dios nos ha perdonado todos estos pecados por los méritos de Cristo, nos llegará a ser un tesoro tanto más precioso de valor incalculable e infinito. He clasificado los pecados actuales bajo trece distintos rubros. Dos de ellos ya los hemos visto, esto es, pecados de omisión y de comisión y los escándalos y tropiezos, y por eso no los veremos más. Veremos los once restantes.

a) Pecados voluntarios y pecados involuntarios

La voluntad humana, a sabiendas o no, toma parte en la comisión de todo pecado, de modo que todo pecado podría ser llamado pecado voluntario. Pero esa participación varía según los pecados y por eso hacemos la diferencia. En algunos casos la participación de la voluntad es muy pronunciada de modo que planea hasta los mínimos detalles del pecado a cometer. Esos lógicamente los llamamos pecados voluntarios o premeditados. En otros casos la voluntad humana queda tan relegada que casi desaparece y el pecado es producido casi exclusivamente en ignorancia, o por temor, amor u otros sentimientos. Esos, por eso mismo, los llamamos pecados involuntarios o de ignorancia. En el caso de cristianos también hablamos de pecados de debilidad, ya que ellos en realidad no quieren pecar sino desean servir a Dios, pero debido a su debilidad espiritual y a la naturaleza carnal que todavía llevan consigo, caen cada tanto en esos pecados en deseos, pensamientos, palabras y obras. No se debe hablar de pecados de debilidad de incrédulos dado que son espiritualmente muertos. Niños e infantes lógicamente son menos culpables que adultos. Aunque sus deseos, pensamientos y obras, debido a su carne corrupta, son verdaderos pecados actuales, no podemos calificarlos de pecados voluntarios o premeditados,

esto es, pecados hechos con conocimiento del mal, porque la Biblia dice que niños “no saben hoy lo bueno ni lo malo” (Dt.1:39).

b) Pecados contra la conciencia

Íntimamente ligado a lo anterior están los pecados hechos contra la conciencia, violentando la conciencia. Nuestros teólogos clasifican estos pecados en cuatro grupos, que son:

1) Pecados contra una conciencia debidamente informada.

2) Pecados contra una conciencia mal informada, más frecuentemente llamada conciencia errante. Una conciencia errante causa innecesarios e incorrectos escrúpulos a su dueño dado que está mal informada. El pagano que cree que debe adorar a un ídolo, es puesto ante un dilema debido a esa falsa información, y haga lo que haga, pecará. Si obedece la voz de su conciencia errante y adora a un ídolo, peca contra el Primer Mandamiento de Dios y se condenará. Y si no obedece la voz de su conciencia y no adora a un ídolo, entonces infringe la palabra de Dios que prohíbe hacer cualquier cosa contra la conciencia, y se condenará. No hay escapatoria para tal persona a menos que su conciencia sea debidamente informada por la Biblia. Por eso es algo tan condenable la falsa doctrina, porque pervierte la conciencia y lleva a condenación no importa lo que se haga.

3) Pecados contra una conciencia probable ocurren cuando, por ejemplo, estamos por hacer algo y hay varios modos de hacerlo, pero no nos hacemos la molestia ni nos tomamos el tiempo de averiguar cuál es el mejor y más apropiado modo de hacerlo de acuerdo a la voluntad de Dios. Si lo haríamos, la conciencia nos prevendría de hacer lo malo y nos guiaría a hacer lo bueno. Pero no nos importa actuar en conciencia. Eso se refiere tanto a cosas religiosas como a seculares. Un cristiano, en todo lo que dependa de él, trata de obrar en conciencia, de hacer lo correcto ante Dios, y por eso siempre pide a Dios que lo guíe en todo lo que haga.

4) Pecados contra una conciencia dudosa. San Pablo escribe: “El que come con dudas es culpable, porque no procede por convicción, y todo lo que no procede de convicción es pecado” (Romanos 14:23).

Todo este asunto de los pecados contra la conciencia nos muestra lo importante que es la debida educación en la palabra de Dios, para que así tengamos una conciencia que nos guíe correctamente.

c) Pecados contra Dios, contra el prójimo y contra nosotros mismos

Todos los pecados son transgresiones de la Ley de Dios, y por eso mismo son pecados contra Dios. Sin embargo, las transgresiones contra la primera parte del Decálogo son pecados contra Dios en un aspecto muy especial, ya que profanan su persona y su ser, su nombre y su doctrina, su palabra y sus sirvientes. Ellas constituyen un crimen contra la majestad divina y llevarán las peores consecuencias. Pecados contra nuestro prójimo son nuestras transgresiones de la segunda tabla del Decálogo, especialmente también cuando no reprendemos a nuestro hermano sabiendo que peca, yerra o profesa alguna doctrina errónea, sino lo dejamos en su fatal error. Pecados

contra nosotros mismos son, por ejemplo, suicidio, fumar, drogadicción, fornicación, impureza. San Pablo dice: “El que fornicar, contra su propio cuerpo peca” (1 Corintios 6:18).

d) Pecados graves y pecados menos graves

Toda transgresión de la Ley siempre es un grave pecado, porque cada una de ellas es una ofensa a Dios y cada una de ellas trae consigo eterna condenación. El profeta Ezequiel dice (18:20): “El alma que pecare, esa morirá.” Pero algunos pecados son más graves que otros, por ejemplo, los pecados de adultos son más graves que los de pequeños niños que no han llegado aún a la edad del discernimiento y conocimiento; y según la Biblia, los pecados de los israelitas, de los escribas y fariseos en tiempos de Jesús eran aún mucho más horribles que los de Sodoma y Gomorra, porque habían recibido en mucha mayor medida la gracia de Dios, durante todo el tiempo del Antiguo Testamento y luego con la venida de Cristo. Por eso dijo Jesús: “En el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti” (Mateo 11:24). Y ahora, con el Nuevo Testamento en nuestras manos y las muchas profecías cumplidas delante de nuestros ojos, nuestra generación ha experimentado más gracia que todas las generaciones previas. Si nosotros ahora despreciamos y desechamos el mensaje divino, si lo olvidamos y volvemos nuestro afecto y servicio y adoración a otros dioses, entonces nuestro pecado es de lo más grave, porque dice la Biblia que aquel siervo que sin conocer hizo cosas dignas de azote será azotado poco, pero “aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes... porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lucas 12:47-48).

Muchas cosas determinan la menor o mayor gravedad de un pecado, como ser, quién lo comete, porqué lo comete, contra quién lo comete, las consecuencias de lo hecho, etc. El más grave de todos los pecados, según la Biblia, es el de la incredulidad (Juan 3:18).

e) Pecados mortales y pecados veniales

En cuanto a las consecuencias los pecados suelen dividirse en pecados mortales y veniales. En realidad, todos los pecados son mortales, pero desde el mismo momento en que un ser humano acepta a Jesús como su Salvador, sus pecados ya no lo pueden dañar más, porque “Cristo nos redimió de la maldición de la ley” (Gálatas 3:13). Así los hechos malos de un creyente hijo de Dios ya no son más pecados mortales sino veniales, no porque en sí hayan sido hechos menos pecaminosos, sino porque han sido totalmente perdonados y no pueden hacerle más daño alguno. En el caso de un tal creyente llamamos pecados mortales aquellos pecados con los cuales ahuyenta o expelle al Espíritu Santo de su corazón, de modo que destruye la fe salvadora en Jesucristo. En el caso de incrédulos no se puede hablar de pecados veniales. Todos sus pecados son mortales, porque todos llevan a la muerte y no cree en el perdón que sólo Cristo le puede dar.

La doctrina Católica Romana define al pecado venial como “una ofensa menos seria contra la ley de Dios,... que merece los castigos de Dios en esta vida o en el purgatorio” (Catecismo de Baltimore No. 3, preguntas 70-72). Esa definición es errónea porque aminora la gravedad de los pecados menores y no los hace merecedores del castigo eterno. La Biblia dice: “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas”

(Gálatas 3:10). Y en Santiago 2:10 dice: “Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos.” También yerran en cuanto a esto los calvinistas al decir que los electos no pueden perder la fe por más enormes que fuesen sus pecados.

f) Pecados dominantes y pecados no dominantes

Esta división coincide con la anterior, la de pecados mortales y veniales. En incrédulos siempre son dominantes los pecados, aunque no los ejecuten muchas veces, porque como incrédulos que son están muertos en pecados y el diablo tiene la supremacía en ellos. Solamente en el caso de creyentes se puede hablar de pecados no dominantes, pero si ellos no luchan más contra la carne y el pecado los domina otra vez, han dejado de ser creyentes.

g) Pecados secretos y pecados manifiestos

Pecados secretos son: a) los que no son conocidos hasta al que los cometió; b) los que sólo son conocidos al transgresor y a Dios, por ejemplo, mentiras, pensamientos malos, etc.; c) los que son conocidos por unos pocos, pero no son de conocimiento público. Si sabemos del pecado secreto de alguien no debemos publicarlo, sino debemos tratar con la persona misma privadamente para restaurarla.

Pecados manifiestos son los que son de conocimiento público como la promulgación de falsas doctrinas, vivir en adulterio, etc. Cuando un pecado es manifiesto, entonces es nuestra obligación reprocharlo públicamente, sea quien fuere el culpable, aunque lo fuere el mismo líder de la iglesia.

h) Pecados ajenos de cuya culpa participamos

En Levítico 19:17 dice que si no reprochamos a nuestro prójimo por su pecado también seremos responsables por ello. Y el Dr. Mueller, al definir este pecado, dice: “Participamos de los pecados ajenos si ordenamos, aconsejamos o toleramos que otros cometan obras malas, o no nos oponemos a ellas ni las revelamos, de manera que nos hacemos moralmente responsables de tales pecados.” Hoy en día se piensa generalmente que no hay que meterse en las cosas de otros, pero Dios quiere que veamos unos por otros y que así nos ayudemos unos a otros. Muchos pasajes bíblicos así lo indican, y hasta pasajes que se refieren a casos específicos. Dios en Romanos 1:32 expresamente nos prohíbe que nos complazcamos en los pecados de otros. Nos complacemos en los pecados de otros cuando leemos o miramos con gusto cosas de contenido inmoral, falso o pecaminoso. También participamos de los pecados de otros cuando hacemos causa común o tenemos comunión eclesiástica con los que profesan falsas doctrinas, o sea, doctrinas contrarias a la Palabra de Dios. Por eso insta San Pablo a todos a separarse de los que desechan la enseñanza apostólica.

i) Pecados que piden venganza al cielo

Estos son los crímenes cometidos contra los indefensos, las viudas, los huérfanos, los pobres y los oprimidos, el no dar a los obreros el jornal que se merecen y cosas parecidas, también la persecución y matanza de cristianos. En fin, todos los pecados contra los indefensos claman a

Dios por venganza y serán castigados por él.

j) El pecado del endurecimiento

El pecado del endurecimiento es el terrible pecado de resistir persistente y porfiadamente al llamado del Espíritu Santo y al testimonio de la Palabra de Dios. Un ejemplo lo tenemos en Faraón quien siempre de nuevo se oponía a la voluntad de Dios y así constantemente aumentaba en su porfiada resistencia. El hombre natural, en lo que a él concierne, sólo puede endurecerse en pecado y enemistad contra Dios. San Pablo describe eso en Romanos 1:20-23. Y el cristiano tampoco está libre de este peligro del endurecimiento, ya que todavía tiene que vérselas con su naturaleza pecaminosa, con su inclinación natural de amar y servir al pecado, de seguir la perversa voluntad de su malvado corazón, pese a todas las advertencias de su conciencia, de sus amigos creyentes, de Dios mismo en la naturaleza, en la historia, en su Palabra. Nuestro Señor muchas veces previene contra ello con la expresión de que viendo no ven y oyendo no oyen y luego describe sus funestas consecuencias. Y San Pablo, en Romanos 1:24-32, describe el terrible juicio del endurecimiento que Dios trae sobre los que persisten en su incredulidad y en su servicio al pecado.

Cuando uno lee ese pasaje de Romanos se ve lo terrible que es el endurecimiento y el cuidado o hasta el terror que hemos de tener de no resistir en lo más mínimo, para no caer en esa rutina.

k) El pecado contra el Espíritu Santo

Mientras el pecado del endurecimiento puede ser perdonado todavía en tanto Dios no haya pronunciado sobre él el juicio del endurecimiento, el pecado contra el Espíritu Santo nunca puede ser perdonado, porque es el pecado imperdonable. Por eso es tan importante que sepamos exactamente cuál es ese pecado. San Mateo lo describe así: “Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado ni en este siglo ni en el venidero” (Mateo 12:31-32). Otros textos bíblicos que hablan de este asunto son: Marcos 3:28-29; Lucas 12:10; 1 Juan 5:16; además Hebreos 6:4-6 y 10:26-27. Espero que cotejen estos textos.

De los textos citados pueden sacarse las siguientes conclusiones en cuanto al pecado contra el Espíritu Santo:

a) El pecado contra el Espíritu Santo no es un acto contra su persona sino contra su obra. El Dr. C. F. W. Walther dice en su libro “*Ley y Evangelio*” (p. 325): “No cabe duda de que el Espíritu Santo no es más glorioso y excelso, sino que es igual que el Padre y el Hijo. Por lo tanto, no puede significar que el pecado imperdonable es la blasfemia contra la persona del Espíritu Santo. Antes bien, se refiere a la blasfemia contra el oficio del Espíritu Santo. El que desprecia el oficio del Espíritu Santo, está perdido; este pecado no puede ser perdonado.”

b) No se trata meramente de un pensamiento blasfemo que puede aquejarnos a todos, sino de expresiones pronunciadas contra el Espíritu Santo, ya que Jesucristo expresamente dice: “Al que hable contra el Espíritu Santo.” Y se trata de expresiones donde la obra del Espíritu Santo es

llamada la obra de un espíritu inmundo. Eso es justamente lo que pasó con los fariseos en el pasaje de Mateo. Aunque se habían convencido que Jesús había hecho un milagro divino, lo blasfemaron de la peor manera diciendo que era obra de Beelzebú (v. 24). A eso se liga luego la seria advertencia de Jesús acerca del pecado que no recibirá perdón.

c) Se trata de un pecado que es hecho deliberadamente (Hebreos 10:26) y por personas que han sido convencidas internamente de la verdad divina, pero que no sólo desechan esa verdad reconocida sino hasta la blasfeman (Hebreos 6:4-6), como lo vimos en el caso de los fariseos.

d) Se trata de una maldad en la que se persiste, porque los que cometen ese pecado son descritos como pecando continuamente, según lo indica el verbo original griego en Hebreos 10:26. Lo mismo implica el otro pasaje de Hebreos el cual indica que constantemente crucifican de nuevo al Hijo de Dios y lo exponen al vituperio público.

e) Se trata de un pecado que es para muerte, según lo describe San Juan (1 Juan 5:16). El apóstol no nombra el pecado contra el Espíritu Santo por nombre, pero según el texto es el único al cual puede referirse allí. Y por ese pecado no se debe pedir, dice el apóstol.

¿En qué consiste, por lo tanto, el pecado contra el Espíritu Santo?

Para evitar cualquier posible mal entendimiento aclaremos primero en que no consiste el pecado contra el Espíritu Santo. a) La blasfemia contra el Espíritu Santo no consiste en la impenitencia e incredulidad que dura hasta el fin, porque la Biblia no culpa a todos los que mueren en incredulidad de haber cometido ese pecado. b) El pecado contra el Espíritu Santo tampoco consiste en toda resistencia que se ofrece al Espíritu Santo, dado que todos los seres humanos por naturaleza resisten al Espíritu Santo hasta que son convertidos de resistidores en no resistidores. c) El pecado contra el Espíritu Santo tampoco consiste en la blasfemia de la verdad divina en tanto el ser humano está todavía en ignorancia y ceguera espiritual, de lo contrario San Pablo no podría haberse convertido (1 Timoteo 1:13), ni San Pedro, quien había negado a su Señor por miedo (Lucas 22:61-62), habría podido llegar nuevamente a la fe.

¿En qué consiste, por lo tanto, el pecado contra el Espíritu Santo?

¿Cuándo se lo comete? El teólogo luterano Hollaz lo define así: “El pecado contra el Espíritu Santo consiste en renunciar maliciosamente, oponerse viciosamente y blasfemar horriblemente la verdad divina que uno ha reconocido claramente y aprobado en su conciencia, además de rechazar de modo obstinado, constante y pertinaz todos los medios de salvación.” Y el teólogo luterano Baier dice esto: “El más grave de todos los pecados actuales, que es llamado el pecado contra el Espíritu Santo, consiste en la renunciación maliciosa y en la impugnación blasfema y pertinaz de la verdad divina que alguna vez era conocida por la persona que ahora comete ese pecado.”

Este es el pecado imperdonable. Y es imperdonable no a causa de su magnitud, como si la sangre de Jesucristo no fuese suficiente para cubrir también ese pecado, sino porque rechaza justamente ese ofrecimiento del perdón en la sangre de Jesucristo por la obra del Espíritu Santo. De modo que si alguien cae en ese pecado, ello no se debe a alguna deficiencia en Dios, o en los méritos

de Cristo, o en la operación del Espíritu Santo, sino única y exclusivamente a la maldad y perversidad humanas. Por otro lado, si por la gracia de Dios hemos escapado a este pecado y todavía somos hijos de Dios por la fe en Jesucristo, entonces ello se debe no a algo en nosotros, sino única y exclusivamente a la obra de Dios en nosotros. Por eso dice Dios: “En mí está tu ayuda” (Oseas 13:9). Y si, por la misericordia de Dios, se halla en nosotros aun la más pequeña llama de fe, o el más leve deseo de creer en Jesucristo y de escapar de este terrible pecado, entonces tenemos la garantía segura y cierta de Dios de que no nos hemos hecho culpables de esta horrible iniquidad y de que todavía somos hijos de Dios, porque dice la Biblia: “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

Lección 20

La DOCTRINA ACERCA de la GRACIA DE DIOS El HOMBRE y el LIBRE ALBEDRÍO

En la última parte de la lección 18 y en la lección 19 hemos visto dos de las consecuencias de la corrupción hereditaria, cuales son, la muerte temporal y eterna y los pecados actuales. Ahora queremos ver brevemente una tercera consecuencia de ello, cual es, la pérdida del libre albedrío en asuntos espirituales.

En realidad, lo que pueda decirles en cuanto a la pérdida del libre albedrío, no es nada nuevo en relación a lo que ya han aprendido en cuanto a la corrupción hereditaria, cuando vieron que el ser humano es por naturaleza un muerto espiritual, que está desde nacimiento muerto en transgresiones y pecados. Pero dado que la expresión “libre albedrío” no significa siempre lo mismo para diferentes personas, y dado que esa diversidad de significado hasta ha dado lugar a conclusiones erróneas y antibíblicas, es necesario estudiar algo más este asunto. Para aclarar tanto la terminología como el concepto del libre albedrío quiero decir lo siguiente:

a) Si bajo la expresión “libre albedrío” entendemos el hecho de que el ser humano, a distinción de las criaturas irracionales, tiene y hace uso de su voluntad y razón, entonces debemos decir que el ser humano, aun después de su caída en pecado, tiene libre albedrío. Es cierto, el ser humano después de la caída está muerto en transgresiones y pecados y no puede no pecar, pero sin embargo peca usando su voluntad y se goza en ello. Nace con el deseo de pecar. Es que, según San Juan, es “carne nacido de la carne” y San Pablo dice: “La mente carnal es enemistad contra Dios” (Romanos 8:7). Y en Génesis 8:21 leemos: “El intento del corazón del hombre es malo desde su juventud.” De modo que no puede sino pecar, pero lo hace libremente. Esta libertad se conoce como la libertad formal. El teólogo luterano Juan Gerhard dice unas palabras muy apropiadas en cuanto a ello. Dice: “En el ser humano se hallan tanto la libre voluntad como la servidumbre al pecado; porque tanto peca como tampoco puede dejar de pecar, y sin embargo peca libremente y se deleita en el pecado; aunque es impulsado a nada sino sólo al mal, y es impulsado a ello con toda su energía, sin embargo lo escoge libremente, esto es, voluntaria y espontáneamente, no involuntariamente o por coerción” (Loci, locus “De Libero Arbitrio”, 29).

b) Si bajo la expresión “libre albedrío” entendemos el hecho de que el ser humano, después de la caída, tiene la capacidad de querer lo espiritualmente bueno, esto es, de creer el evangelio de Jesucristo y de cumplir los mandamientos divinos por amor a Dios, entonces debemos decir que el ser humano, después de la caída, no tiene libre albedrío, ya que por naturaleza no puede reconocer el evangelio como la verdad sino lo considera una locura. San Pablo dice: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender” (1 Corintios 2:14). Tampoco puede obedecer la ley de Dios movido por el amor a Dios ya que es enemigo de Dios por naturaleza. Solamente cuando la palabra libre albedrío se entiende en ese sentido espiritual, decimos que el ser humano, después de la caída y antes de su conversión, no tiene libre albedrío, especialmente de que no puede aceptar el evangelio de la gracia de Dios en Jesucristo, sino sólo puede rechazarlo. Hay que tener bien presente que toda esta cuestión no gira alrededor de la libertad de la voluntad del hombre en sí, sino alrededor de su libertad en relación al objeto con el cual se ocupa la voluntad.

c) Se debe sostener, sin embargo, que el ser humano, después de la caída, tiene en alguna medida, la capacidad de rendir una justicia exterior o civil. Pero es necesario incluir la expresión “en alguna medida”, porque esa justicia exterior o civil tiene muy poca estabilidad, dado que la concupiscencia innata del ser humano y la seducción del diablo, bajo cuyo reino están todos los incrédulos, son tan poderosos que generalmente toda la probidad y rectitud humanas y toda la justicia civil sucumben ante ellos. En la Apología de la Confesión de Augsburgo dice: “La voluntad humana... puede, dentro de ciertos límites, practicar lo que llamamos justicia civil o justicia de las obras; puede hablar de Dios, rendir a Dios cierto culto mediante la obra exterior, obedecer a las autoridades, a los padres... puede contener las manos de cometer asesinato, adulterio, hurto... Pero es tanta la fuerza de la concupiscencia, que los hombres obedecen con más frecuencia a los afectos malos que al juicio recto. Y el diablo, que opera con mucha eficacia en los impíos, como dice Pablo (Efesios 2:2), no deja de incitar a esta naturaleza endeble a cometer toda clase de delitos. Estas son las causas por qué aun la justicia civil es cosa rara entre los hombres” (XVIII, 4-5).

De modo que a manera de resumen podría decirse que la Biblia y nosotros enseñamos que, después de la caída y antes de su conversión, el ser humano no tiene libre albedrío en absoluto en lo espiritual, sólo tiene la inclinación al mal, sólo puede pecar, y lo hace gustosa y voluntariamente. Pero en cuanto a asuntos terrenales, a justicia exterior o civil el ser humano tiene en alguna medida libre albedrío.

Esta enseñanza bíblica y nuestra ha sufrido muchos embates. Lutero luchó por ella contra Erasmo y escribió un libro sobre ello, titulado en español “La Voluntad Determinada”, el vol. IV de las Obras de Lutero. Sería bueno que lo leyeran. Esta enseñanza ha sido negada y sigue siendo negada por muchas corrientes teológicas, los pelagianos, semipelagianos y sinergistas, es negada lógicamente también por la razón y filosofía humanas. Muchos argumentos se han levantado contra ella. Algunos de ellos aparecen en las páginas 157-158 del libro *Doctrina Cristiana* de Mueller y yo quiero que Ustedes los lean y analizen debidamente.

La doctrina acerca de la gracia de Dios

La doctrina de la salvación por la gracia mediante la fe es el artículo fundamental y distintivo del cristianismo por el cual se diferencia la religión cristiana de todas las demás religiones. Ella sola es el fundamento de nuestra fe cristiana. Ella sola es la verdad que debemos creer para ser eternamente salvos de las consecuencias del pecado, y ella sola es la verdad que la Iglesia debe proclamar al mundo hasta el fin de los siglos, si es que ella quiere permanecer fiel a su cometido. Por eso, con justa razón, nuestra Iglesia pone todo su énfasis en la conservación de esa verdad.

La gracia de Dios es la fuente de la cual brota nuestra salvación. Debido a su gracia Dios libremente, sin que fuera obligado de alguna manera por algo a ello, impulsado sólo por el amor hacia los seres humanos perdidos en pecado, envió a su Hijo Jesucristo para redimirlos. Sin su gracia nunca habría habido redención, nunca habría habido perdón de pecados, nunca habría habido evangelio. Por eso es correcto decir: La gracia de Dios en Jesucristo es el fundamento en el cual se basa nuestra fe cristiana.

Definición de la gracia divina

¿Qué es y qué se entiende en realidad con la gracia de Dios en la que se basa nuestra fe? Lamentablemente se trata de un término muy abusado y, por eso, es necesario definirlo en base a la Biblia.

La palabra gracia significa la misericordiosa disposición que Dios, a causa de Cristo, abriga en su corazón hacia los pecaminosos seres humanos, y que consiste en que él, en su íntimo ser, no les imputa más sus pecados sino se los perdona. En tal sentido aparece la palabra gracia por ejemplo, en Romanos 3:24-25 donde dice: “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre.” Esta misericordiosa disposición Dios se la comunica a los seres humanos por medio del evangelio con el propósito de que sea creída por ellos. Por eso leemos en Hebreos 4:16: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorrernos”. En tal sentido saluda San Pablo a Timoteo diciendo: “Gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Señor” (2 Timoteo 1:2). En ese mismo sentido de la palabra gracia la Biblia se sirve de numerosos otros términos con los cuales expresa la misma misericordiosa disposición en Dios, a causa de Jesucristo, de perdonarles los pecados a los pecadores, términos tales como amor (Juan 3:16), misericordia (Tito 3:5), bondad (Tito 3:4), etc. Cada uno de estos términos, es cierto, tiene ciertas connotaciones especiales dignas de ser consideradas pero, en líneas generales, todos ellos expresan la misma misericordiosa disposición que Dios, a causa de Cristo, abriga hacia los pecadores y por la cual le perdona a ellos todos sus pecados, sin que ellos lo hayan merecido o hayan hecho algo para ello.

Sin embargo, la Biblia también usa el término gracia en un sentido más amplio, para referirse a algo en el ser humano, esto es, a las buenas cualidades y a las buenas obras que Dios produce en los creyentes por medio de su misericordiosa disposición. Así aparece en 1 Pedro 4:10-11 donde dice: “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da.”

Cuando los cristianos en este versículo son exhortados a ser buenos administradores de la multiforme gracia de Dios, entonces la palabra gracia significa acá la capacidad que Dios da a los cristianos de decir y hacer lo correcto y de servirse mutuamente en la manera debida, de modo que produzcan los frutos de la gracia. Así se trata de una gracia que capacita al ser humano. Esa gracia en la terminología teológica se la denomina gracia inherente o gracia infusa.

Pero cuando la Escritura usa la palabra gracia para referirse a la causa por la cual Dios se siente movido a perdonar los pecados y salvar a los seres humanos, entonces la usa siempre en el sentido de misericordiosa disposición de Dios, nunca en el sentido de gracia inherente o gracia infusa. Eso se ve claramente en que la Biblia, siempre cuando trata de indicar la causa por la cual recibimos el perdón de los pecados y la salvación, lo atribuye sólo a la gracia de Dios y lo niega totalmente a los obras humanas. En Efesios 2:8-9 dice: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras para que nadie se gloríe.”

Y en Romanos 3:24 y 28 dice: “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús. Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.”

Y en Romanos 11:6 dice: “Si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra.” También la fe, aunque es un don de Dios en el ser humano, no justifica ni salva como buena obra, o como buena cualidad, o como fuente de buenas obras que es, sino como medio o instrumento a través del cual el ser humano se apropia el perdón que Dios le ofrece. Eso lo demuestra la Biblia en que, cuando trata de la justificación y salvación, no sólo contraponen las obras a la gracia sino también a la fe. Para ello observen otra vez los pasajes Efesios 2:8-9 y Romanos 3:28 citados arriba. Además ahí está Romanos 4:5 que dice: “Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.” Distinguir entre gracia como misericordiosa disposición de Dios y gracia como gracia inherente es de primerísima importancia cuando se trata de la justificación y salvación, porque ahí radica la diferencia entre el cristianismo y todas las demás religiones. Apenas se enseñe de gracia en el sentido de gracia inherente haciendo que ella sea la causa total o parcial de nuestra justificación y salvación, entonces ya no se es más cristiano. Aunque se use todavía la palabra gracia, ya no se enseña más salvación por gracia, sino por obras. Y aunque se lo llame todavía religión cristiana, ya no lo es más. San Pablo dice: “De Cristo os desligasteis los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gálatas 5:4).

Uno de los errores básicos de todas las así llamadas iglesias cristianas que no enseñan más doctrina cristiana es justamente éste, de que en cuanto a la justificación y salvación del ser humano hablan de gracia no en el sentido de misericordiosa disposición de Dios, sino como gracia inherente o buena cualidad en el ser humano, o que busquen una combinación de los dos. La Iglesia Católica Romana, según el Catecismo de Baltimore # 3 (pp.61-62), enseña que la gracia es una cualidad espiritual infundida por Dios en el alma humana, y uno de sus efectos es que con ella nos ganamos el cielo. Así gracia para ella no es la misericordiosa disposición de Dios de perdonarnos los pecados por los méritos de Cristo sino una cualidad infundida en el alma humana con la cual se merece el cielo. Los calvinistas definen correctamente la gracia como misericordiosa disposición de Dios pero lo echan a perder al negar que la gracia sea universal y que Dios nos la dé en los medios de gracia. Según ellos, ¿en qué debe fijarse la persona que oye que la gracia salvadora en Cristo no es para todos y que no es dada en el evangelio, pero que quiere estar seguro que ella es para él? Debe fijarse y confiar en algo en él, en alguna renovación producida en él, esto es, gracia inherente. Lo mismo sucede con los que creen en alguna actividad reveladora del Espíritu Santo aparte de los medios de gracia, como muchos carismáticos, pentecostales, etc. Para estar seguros de su salvación se fijan y confían en revelaciones y operaciones del Espíritu Santo dentro de ellos en lugar de confiar en la misericordiosa disposición de Dios en Cristo. Todos ellos basan su fe de que son salvos en las sensaciones de gracia dentro de su corazón, esto es, en gracia inherente. Y así niegan realmente a Cristo. ¡Cuán importante es entender correctamente el concepto bíblico de la gracia salvadora!

Lo mismo sucede con los muchos que enseñan que el ser humano de alguna manera ayuda para llegar a la fe salvadora, se decide a creer. Según ellos el ser humano se salva no sólo por lo que Dios hizo sino también por lo que el ser humano hace. Muchísimos tienen esa línea de pensar, inclusive muchos luteranos. Conceptúan la fe salvadora no como el medio a través del cual el ser

humano se apropia la salvación ofrecida en el evangelio, sino como una buena cualidad, o una virtud en el ser humano, o como una autodecisión por la cual se merece la salvación. Y como resultado práctico de ello resulta que el ser humano para su salvación no confía más sólo en la misericordiosa disposición de Dios en Cristo, sino en algo en él, en la gracia inherente. Muchos bienintencionados cristianos que quieren estar seguros de su salvación se fijan si se sienten perdonados, si sienten estar en gracia con Dios, en lugar de confiar lisa y llanamente en la palabra de perdón en el evangelio. Otra vez, su fe está basada en algo en ellos, en la gracia inherente, en lugar de basarse sólo y exclusivamente en la misericordiosa disposición de Dios en Cristo tal cual nos lo comunica el evangelio.

Si se quiere mantener intacta y pura la doctrina cristiana entonces es imprescindible que, en cuanto a la justificación y salvación del pecador delante de Dios, se mantenga y sostenga en toda su amplitud que la gracia de Dios es su misericordiosa disposición en Cristo, de perdonarnos los pecados. Sólo así se mantendrá en plena vigencia la doctrina bíblica de que el mundo ha sido totalmente reconciliado con Dios por medio de la obra redentora y la satisfacción vicaria de Jesucristo, sin participación o contribución alguna del ser humano, ni siquiera para completarlo. Sólo así los medios de gracia mantendrán su significado bíblico, o sea, de ser a) Señales y testimonios seguros de la misericordiosa voluntad de Dios para con nosotros, esto es, de que nos ofrecen y dan el perdón de los pecados, y b) Obran y fortalecen la fe en nosotros. Sólo así se mantendrá intacta la doctrina bíblica acerca de la fe, como medio a través del cual recibimos el perdón de los pecados y la salvación eterna, porque la fe simplemente toma o nos apropia el perdón que Dios en su misericordia y por los méritos de Cristo nos ofrece. Por eso se puede observar también que en todas las distintas iglesias que he mencionado previamente y en las que se toma la gracia como algo inherente en el ser humano y no como la misericordiosa disposición de Dios en Cristo, que en todas ellas la fe no se toma en el sentido bíblico como medio receptor. Sólo así se puede obtener la seguridad del perdón y de la salvación, porque en su gracia Dios nos ofrece una reconciliación completada y acabada, mientras en la gracia inherente se trata siempre de algo que nosotros debemos hacer o completar y así siempre estamos en la duda si hemos hecho lo suficiente. Sólo así se mantendrá intacta la doctrina bíblica de la santificación y las buenas obras, porque la santificación y las buenas obras son siempre un fruto o efecto de la fe en la misericordiosa disposición de Dios en Cristo. Las buenas obras nunca deben hacerse para ganarse la gracia de Dios sino siempre deben ser obras hechas en gratitud por la gracia y salvación recibidas de Dios. La misericordiosa disposición de Dios en Cristo expresada en el evangelio es la bienaventurada seguridad que tenemos como creyentes. Ella obra la fe en nosotros, la conserva y nos activa de modo que siempre hagamos buenas obras sin que algo o alguien nos obligue a ello.

Cuando la iglesia de la Reforma nuevamente recuperó el concepto correcto de la gracia como la misericordiosa disposición de Dios en Cristo, ella nuevamente volvió a la pureza apostólica de la doctrina cristiana. Así la iglesia se limpió nuevamente de las impurezas que en el correr del tiempo y de muchas maneras se habían infiltrado en ella. Y así eso sigue siendo todavía la característica de la verdadera doctrina luterana de que define la gracia salvadora como la misericordiosa disposición de Dios en Cristo de perdonarnos los pecados, indicando así que toma bien en serio lo de la sola gracia y de la sola fe sin las obras de la ley.

Atributos de la gracia salvadora

a) La Gracia en Cristo. La gracia salvadora de Dios es algo hecho libremente. Su gracia, su misericordiosa disposición le movió hacer todo lo necesario para salvar a los pecadores. No es que Dios tenía que hacerlo, que algo lo obligaba a ello. No. Libremente, impulsado sólo por su amor hacia la pecaminosa e irremisiblemente perdida humanidad hizo todo lo necesario para salvarla. Pero la gracia salvadora de Dios tampoco es indiferencia hacia el pecado, de que sencillamente lo ignoraba o pasaba por alto. No. Su justicia demandaba reparación, redención. Muchos arguyen si es que Dios, en uso de su omnipotencia y autoridad absoluta, no podría haber pasado por alto los pecados y simplemente perdonarlos. Pero ¿qué vale discutir lo que Dios podría haber hecho, cuando la Biblia claramente revela su voluntad, de que es justo y no dejará ningún pecado sin castigar?

Se necesitaba expiación pero ¿quién la haría? El hombre tendría que hacerlo, porque la culpa es suya, pero no puede, porque la culpa es demasiado grande y los poderes humanos limitados. No hay, ni hubo, ni habrá manera en que pueda hacerlo. Y aunque lleve una vida perfecta, no expiaría con ello mal alguno, ya que habría hecho únicamente lo que debe hacer. Pero lo que no podía hacer hombre alguno, eso lo hizo Dios. San Pablo escribe en 2 Timoteo 1:9-10: “Dios nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio.” Dios nos quería salvos y encontró la manera de hacerlo. Sabemos cómo lo hizo. Cristo llegó a ser nuestro sustituto y nos redimió. Isaías escribe: “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros....él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5-6). Fuimos redimidos a gran precio, por la sangre preciosísima de Cristo. Muchos se ofenden en un Dios tan sanguinario. Esperan algo más estético, algo más elegante. Pero ¿quiénes somos nosotros para criticar a Dios? Mejor brinquemos de gozo por su disposición misericordiosa y por habernos salvado.

Muchos arguyen que el sacrificio de Cristo en realidad no fue suficiente para cubrir la culpa de todos los pecados de todos los seres humanos, pero aunque no fue suficiente, Dios lo aceptó como tal. Si cotejamos, empero, los pasajes bíblicos no hallaremos ninguno que diga que fuimos redimidos sólo en parte por el sacrificio de Cristo sino todos lo asignan sólo a “la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3:24). De modo que ese argumento no tiene base bíblica.

La gracia salvadora es gracia sólo en Cristo. Ese es el concepto bíblico, y por eso cristiano, de la gracia salvadora. Es una gracia inmerecida en lo que a nosotros concierne, porque méritos humanos y gracia divina se excluyen mutuamente, pero gracia divina y los méritos de Cristo no se excluyen mutuamente, sino están conectados indisolublemente. La gracia salvadora incluye siempre la expiación lograda por Cristo satisfaciendo así la justicia divina. Si mezclamos méritos humanos, anulamos la gracia divina. Y si descartamos a Cristo también la anulamos. Por eso es lo mismo hablar del evangelio de la gracia de Dios y del evangelio del Cristo crucificado. El que desecha la gracia de Dios en Cristo no tiene gracia salvadora, no tiene con qué consolarse tanto en la vida como en la muerte.

b) Gracia Universal. La gracia de Dios abarca a todos los seres humanos y por eso decimos que es universal. Esa es la expresa doctrina bíblica. San Pablo escribe a Tito (2:11): “La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres.” Y en Juan 3:16 dice: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” Y nadie puede, ni debe, limitar la palabra “mundo” a cierto grupo solamente. Así lo indica Pablo a Timoteo (1 Timoteo 2:4): “Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.” Y San Pedro (2 Pedro 3:9) lo recalca aún más diciendo: “Dios no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.” Lo mismo el profeta Ezequiel (Ezequiel 33:11): “Jehová no quiere la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva.”

Hay muchos que limitan la gracia de Dios a los que primero se arrepienten o hacen buenas obras o llenan otras condiciones consideradas necesarias por ellos. Eso es un error. Observen la parábola del hijo pródigo. El padre no exigió a su hijo que primero se vistiera y limpiara, antes de que le pudiera perdonar y aceptar nuevamente. No. Le perdonó y aceptó tal cual era. A todos, hasta a los más perdidos, hace decir: “Venid, que ya todo está preparado” (Lucas 14:17).

Algunos niegan que la gracia de Dios sea universal ya que salva sólo a los que creen. ¿No dice acaso, afirman, “el que creyere...será salvo” (Marcos 16:16)? Es cierto, eso dice, pero en ninguna parte dice que Dios es misericordioso y que su gracia es sólo para los creyentes. Al contrario, ofrece su gracia a todos, crean o no, la acepten o no. Por cierto, para recibir esa gracia, disponible para todos, debemos aceptarla, y la fe es la mano que acepta o toma esa oferta divina. Pero nuestra fe no hace que Dios nos ame y ofrezca su gracia, sólo es la mano que la toma. El buen pastor ama a su oveja, pero si la oveja se escapa de los brazos del buen pastor, salta a un precipicio y se quiebra la nuca, la amó en vano el buen pastor, pero sin embargo la amó y sigue amando. Eso era el caso con los judíos cuando Jesús llorando decía: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (Mateo 23:37) Si, la gracia divina es universal, hasta abarca también a los que en su obstinación inducen a otros a no creer y a rechazar a Cristo (2 Pedro 2:1-2).

Considerando los muchos testimonios bíblicos para la gracia universal, pudiera parecer imposible que alguien la cuestione, y sin embargo es así. Desde siglos es así. Hoy en día tenemos las iglesias calvinistas reformadas que hacen eso. Calvino enseñaba que Dios no creó a todos los seres humanos para el mismo destino, sino que predestinó a algunos para la salvación eterna y a otros para la condenación eterna. La razón por la cual él y sus seguidores dicen eso no radica en la falta de pasajes bíblicos que enseñan la gracia universal o en la falta de claridad de los mismos sino en la pervertida razón humana. Dice la razón: Es un hecho que no todos se salvan. Por lo tanto, si es que Dios quiere salvar a todos, debe haber algo en el ser humano o él debe hacer algo, por lo cual algunos se salvan y otros no. Esa orientación teológica se llama sinergismo. Niega que seamos salvos de pura gracia y concede algún mérito a lo que haga el ser humano. Otros razonan: Es un hecho que no todos se salvan. Por lo tanto, si somos salvos de pura gracia, la gracia no puede ser universal, Dios no quiere salvar a todos, de lo contrario todos se salvarían. Esa orientación teológica se llama calvinismo. Niega la gracia universal de Dios. No debemos permitir que la razón humana nos lleve a uno u otro lado, sino debemos mantener firme la verdad bíblica de que el ser humano se salva de pura gracia y que la gracia de Dios es universal. Eso, es

cierto, presenta un problema, pero no es nuestro deber resolverlo, sin embargo eso no impide que lo veamos algo más a fondo.

c) Gracia Seria y Eficaz. Cuando Dios ofrece su gracia, nos dice la Biblia, la ofrece en forma seria y eficaz, y la ofrece a todos, y esa gracia es la única causa de nuestra salvación. Sin embargo, la experiencia y la Biblia nos muestran que no todos se salvan. ¿Porqué? Muchos dicen porque Dios en realidad no quiere salvar a todos, ni siquiera a todos los que oyen el evangelio, aunque desea que sea predicado a todos. A muchos, dicen, los llama sólo externamente. Sólo a los electos los llama de manera seria y eficaz. Más aun, a algunos, dicen, da fe sólo por un tiempo, para luego abandonarlos y darles tanto mayor condenación. Esta horrible respuesta, aunque sea racional, es totalmente antibíblica, porque la gracia de Dios es siempre y para con todos seria y eficaz. Veámoslo.

En primer lugar, Dios ordenó que el evangelio de la salvación en Cristo sea predicado a todos los seres humanos. Esa sola orden debiera convencernos de la seriedad de Dios. ¿Podemos imaginarnos, en verdad, que Dios sea tan hipócrita que nos haga anunciar un perdón inexistente o que no quiera dar? ¿O que todo sea sólo una broma? Véanlo llorando amargamente por Jerusalén por desechar a Cristo. Véanlo enviar siempre de nuevo a sus sirvientes para convidar a todos los que pueda a las bodas. ¿Será posible que todo ello sea sólo hipocresía? ¡Qué insulto siquiera pensar eso de Dios!

Cuando Dios ofrece su gracia él es serio. Jesucristo invita a todos en su palabra a venir a él y hallar reposo, y realmente lo quiere. Él se ofrece a todos en su palabra y realmente desea que todos, por obra del Espíritu Santo, la oigan y crean en él y perseveren en esa fe salvadora hasta el fin.

Otra prueba de que la gracia de Dios es seria y eficaz la tenemos en todos los pasajes donde se nos dice por qué no todos los que son invitados se salvan. La causa no está en Dios, de que no los quiera o los haya pasado por alto, sino en el hombre. “Vosotros no quisisteis”, les dice Jesús (Mateo 23:37), o, “Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo” (Hechos 7:51), les echa en cara Esteban.

¿Cómo es posible que el débil hombre resista al todopoderoso Dios?

Muchos piensan que eso se debe a que ni en la palabra ni en los sacramentos está activo el omnipotente Dios. Pero eso es un error. En Romanos 1:16, San Pablo llama al evangelio “poder de Dios para salvación” y en Tito 3:5 llama al bautismo “lavamiento de la regeneración”. ¿No se requiere el omnipotente poder de Dios para ello? O sea, el omnipotente Dios está activo en los medios de gracia. Pero hay una diferencia. Lutero dice: Cuando Dios actúa por medios, puede ser resistido; pero cuando actúa sin medios, en majestad directa, nadie puede resistirle. Así es. Para engendrar y mantener nuestra fe, el omnipotente Dios no actúa directamente, sino se sirve de los medios de gracia. Por eso podemos resistirle. Tenemos un ejemplo de ello en la naturaleza. Sólo el Dios omnipotente puede producir y mantener la vida pero lo hace por medios. Usa a los padres para generarla. Usa la comida para mantenerla. Pero el débil hombre puede oponerse al omnipotente Dios tanto para producir como para mantener y hasta para destruir esa vida que es don de Dios.

No sabemos por qué Dios no actúa directamente para engendrar y mantener nuestra fe, sino lo hace por medios. Pero sabemos que así es, y que así le ha agradado hacerlo. Esto es otro de los misterios que Dios no nos ha revelado en esta vida, y no es nuestro deber revelar o resolver este misterio.

La Biblia también habla de endurecimiento. Ella nos dice que a veces Dios endurece a personas de modo que ya no puedan arrepentirse más y creer. Pero Dios lo hace sólo como un castigo a personas que previamente persistentemente han endurecido sus corazones al mensaje del evangelio y persistentemente han resistido al obrar del Espíritu Santo en sus corazones. Entonces Dios finalmente les retira su gracia de modo que el Espíritu Santo no obre más en ellos. Pero no es que Dios no quiera salvarlos. Los quiere salvar. Trató de hacerlo. Pero ellos no querían y como consecuencia de ello los endureció. La Biblia tiene muchos ejemplos de ello.

Todas las objeciones a la gracia universal y a la gracia seria y eficaz se deben a que la razón humana busca una explicación al misterio del porqué no todos se salvan. El mismo sermón es predicado a 100 personas, 20 lo aceptan y creen, 80 lo desprecian y desechan. ¿Cómo se explica eso? Calvino dice: Los 80 son llamados sólo externamente por la palabra y por eso no pueden creer, y los 20 son llamados seriamente y por eso tienen que creer. Parece lógico, ¿no es así? Los sinergistas dicen: Los 80 eran tan malos que consideraban el evangelio insensatez, y los 20 no eran tan malos, no lo consideraban insensatez, y así permitieron que Dios hiciera su obra en ellos. Otra vez parece lógico, ¿no es así? ¿Y qué decimos nosotros, los luteranos? No tratamos de explicarlo. Lo dejamos a Dios. Sólo insistimos en cuatro premisas que son:

- 1) Dios llama a todos por igual.
- 2) Todos son igual de depravados.
- 3) Los 80 desecharon el evangelio debido a su maldad.
- 4) Los 20 no son mejores y harían lo mismo que los 80 a no ser por la obra de la gracia divina en ellos.

Ahí nos paramos. Es cierto, eso no satisface a nuestra razón, pero eso no debe inquietarnos. Nosotros enseñamos que la gracia de Dios es universal, seria y eficaz, porque la palabra de Dios así lo enseña, y con eso nos basta.

En los libros *Doctrina Cristiana* de Mueller y *Christian Dogmatics*, Vol. II, de F. Pieper hay un párrafo especial sobre la terminología teológica en cuanto a la voluntad divina de la gracia, tema al cual quisiera referirme específicamente, pero me falta el tiempo y espacio. En parte ha sido tratado en lo que ya dije. Espero que lo lean detenidamente porque es de gran importancia para entendernos bien.

La gracia es dada en los medios de gracia y recibida por la fe. La gracia salvadora, como vimos, es la misericordiosa disposición de Dios en Cristo de perdonarnos los pecados. No es algo en el hombre, una cualidad o algo bueno en él, debido a lo cual Dios le perdona. No. Como dice Lutero, es un pensamiento que Dios abriga en su mente y por el cual se acerca y salva al pecador. Pero, estando en Dios, ¿cómo podía saber el ser humano de ello? Había sólo un camino. Dios debía anunciárselo. Y lo hizo. En el evangelio “nos dio a conocer el misterio de su voluntad” (Efesios 1:9).

En el evangelio nos dice “que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19). Y esta palabra del evangelio es vida y poder de Dios. En el agua del Bautismo nos regenera y renueva en el Espíritu Santo (Tito 3:5) y en la Santa Cena asegura a los creyentes del perdón de sus pecados, vida y salvación eternas. Y todos los que creen estas palabras, tienen lo que dicen y prometen, a saber, el perdón de los pecados por la gracia de Dios en Cristo Jesús. Por eso, para estar seguro de la gracia de Dios, el cristiano usará diligentemente los medios de gracia.

La doctrina de la gracia de Dios que hemos visto, es la verdad básica de la fe cristiana. Todas las demás doctrinas son o presuposiciones o consecuencias de ella, pero ella es la doctrina central, y debe seguir siéndola en la iglesia fundada sólo en la revelación de Dios. Es llamativo, siempre cuando cristianos se apartaban de la revelación de Dios, su principal error siempre estaba relacionado a la doctrina de la gracia. Así era con los judíos en tiempos de Jesús, los maestros judaizantes en tiempos apostólicos, la Iglesia Católica Romana; y así es hoy en día todavía. Por eso, la iglesia que quiere seguir fielmente la revelación de Dios, debe guardar esta doctrina con especial cuidado. Salvación por gracia, sin las obras de la ley, era la médula de la Reforma, y ella sigue siendo, hoy en día todavía, la médula de todas las iglesias que se agrupan alrededor de las confesiones luteranas. Ella debe seguir siendo la médula de nuestra confesión y proclamación, a menos que también nosotros caigamos en los destructores errores en los cuales divagan tantos que nos rodean. Por eso, nuestra diaria plegaria al bondadoso Padre celestial debe ser: ¡Bendito Dios, presérvanos tu palabra y tu verdad!

¡Amén y amén!

Anotaciones:

**SISTEMÁTICA
I**

**MANUAL
de
ESTUDIO**

Ejercicios para las lecciones
Lecturas asignadas y preguntas para la discusión y aplicación

Rev. Juan G. Berndt

Instituto Hispano de Teología
Chicago, Illinois
1990, 1993

Lección 1

FACTORES FORMATIVOS de la TEOLOGÍA

Objetivos

- Ver los medios de que se vale Dios para revelarnos la verdad.
- Ver qué se entiende con y cuál es la diferencia entre teologías subjetivas y teología objetiva.
- Ver qué se entiende con revelación natural y cuáles son sus limitaciones.
- Ver experiencias y sentimientos cristianos como fuente de revelación de la verdad.
- Ver la tradición como fuente de revelación de la verdad.
- Ver la posición bíblica en cuanto al conocimiento de la verdad.
- Tratar de definir qué es la religión.
- Ver algunas diferencias básicas entre la religión cristiana y algunas de las grandes religiones del mundo.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 1-9.
- Grau, Introducción a la Teología, pp. 34-44 y 67-140.
- Berkhof, Introducción a la Teología Sistemática, pp. 102-124.

Preguntas

1. ¿Cuáles son los distintos puntos de vista teológicos que presenta el Dr. Mueller en su libro? Descríbalos brevemente.
2. Cómo los clasifica Grau en su libro?
3. ¿Qué se entiende con teologías subjetivas? ¿Qué es teología objetiva? ¿Cuál es la diferencia entre ambas?
4. Indique las tres vertientes de la teología subjetiva según Grau.
5. ¿Qué es revelación natural según mi lección? ¿Cómo la llama Grau?
6. ¿Qué es revelación especial según mi lección?
7. ¿Cuál es el alcance del conocimiento de la verdad que el ser humano puede obtener de la revelación natural? ¿Porqué?
8. ¿Qué pasaje bíblico nos habla de ello? ¿Qué nos dice?
9. Muchos piensan que los sentimientos y las experiencias de seres humanos iluminados por Dios pueden servir de base para conocer la verdad de Dios, ¿qué piensa Ud. sobre ello? Justifique su respuesta.
10. ¿Qué se entiende con el concepto de tradición?
11. ¿Cómo justifican los católicorromanos el uso de la tradición como fuente de conocimiento de la verdad? ¿Qué le parece eso a Usted?
12. ¿Qué posición ocupa la iglesia en la teología católicorromana para definir la verdad a creer? ¿Cómo lo justifican?
13. ¿Qué se entiende con el concepto encarnacional en la teología católicorromana?

14. ¿Qué piensa acerca de la afirmación que en cualquier religión se puede hallar a Cristo?
15. ¿Qué diría Ud. acerca de toda esta temática? ¿Qué le indica? Justifique su respuesta.
16. ¿Cómo define Mueller a la verdadera religión?
17. ¿Cuáles son algunos términos que la Biblia usa para religión?
18. ¿A cuántas religiones se pueden reducir finalmente todas las religiones? ¿Porqué? ¿Qué dice la Biblia al respecto?
19. ¿Qué le parece la definición: “La religión es la relación personal del hombre con Dios” como una definición adecuada para cubrir a todas las religiones?
20. ¿Qué le parece el argumento de “la similitud del fenómeno psicológico” como demostración de la igualdad de todas las religiones? Explique su respuesta.
21. ¿Qué le parece la afirmación de Anselmo: “Creo para que entienda”? Explique su respuesta.
22. ¿Cómo consideró Schleiermacher la religión?
23. ¿Cuál es la diferencia entre Schleiermacher y sus contemporáneos por un lado y Barth por otro lado?
24. ¿Cómo explica Berkhof el origen de la religión? ¿Por qué halla defectuoso el sistema histórico y psicológico?
25. ¿Cuáles son los postulados básicos del brahmanismo?
26. ¿Qué es el Nirvana del budismo?
27. ¿Cuál es el mensaje central del confucianismo?
28. ¿En qué consiste el mensaje de Lao-Tsé?
29. ¿Cuál es la enseñanza de Zoroastro?
30. ¿En qué consiste la religión de Mahoma?
31. ¿Cuál es la diferencia entre los libros sagrados de las otras religiones y la Biblia?
32. ¿Cuál es la diferencia entre Cristo y los líderes o fundadores de las otras religiones?

Lección 2

FUENTES de CONOCIMIENTO

EL CRISTIANISMO, la RELIGION ABSOLUTA

Objetivos

- Ver las fuentes de conocimiento de las religiones.
- Ver el concepto de la revelación especial.
- Ver la Biblia como la única fuente de conocimiento de la religión cristiana.
- Ver el concepto de la fuente de conocimiento interno.
- Ver las causas de las divisiones en la cristiandad.
- Ver al cristianismo como la única religión absoluta.
- Ver la falsedad de la premisa de que todas las religiones presentan algo de la verdad.
- Ver algo sobre la historia de la dogmática.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 9-19.
- Grau, Introducción a la Teología, pp. 45-52 y 141-155.
- Berkhof, Introducción a la Teología Sistemática, pp. 47-70, 75-90, 95-100, 125-158 y 191-210.

Preguntas

1. ¿Qué influencias han tenido en la religión los avances en el campo científico y otros?
¿Porqué? Enumere influencias tanto negativas como positivas.
2. ¿Se pueden aplicar en el campo religioso los mismos principios de estudio y de investigación que se aplican en el campo científico? Justifique su respuesta.
3. ¿Qué entiende San Pablo con la expresión “religión de la carne” o “sabiduría de los hombres”?
4. ¿Cómo caracteriza San Pablo esa “religión de la carne”?
5. ¿Cómo se manifiesta esta “religión de la carne”?
6. ¿En cuales dos grupos se pueden clasificar todas las religiones del mundo? Analice si es posible una posición intermedia.
7. ¿Qué entiende con la expresión “fuente de conocimiento de una religión”? Cite algunas de esas fuentes.
8. ¿Qué resulta de la fuente de conocimiento que se use?
9. ¿Cuál es la posición luterana al respecto? ¿Qué valor tienen en ello las confesiones luteranas?
10. ¿Qué son revelaciones particulares? ¿Cuál es su valor?
11. ¿Qué se entiende con la iglesia como fuente de conocimiento de la iglesia?
12. ¿Qué se entiende con la conciencia cristiana como fuente de conocimiento de la iglesia?
13. ¿Qué relación tiene con todo esto el uso de axiomas racionales?
14. ¿Cuál es la causa de las divisiones en la cristiandad?
15. Berkhof habla de la fuente de conocimiento interna, ¿qué entiende con ello?

16. ¿Cuál ha de ser nuestra actitud para con otras religiones?
17. ¿Qué opinión deben merecernos las otras religiones, según lo expresa Grau?
18. ¿Como debe interpretarse Romanos 2:11-15? ¿Puede interpretarse en el sentido de que otras religiones también salvan?
19. Analice la afirmación de que el cristianismo es sólo una religión más. Justifique su respuesta.
20. ¿Qué le parece la afirmación de que el cristianismo es la religión más perfecta? Justifique su respuesta.
21. ¿Por qué es el cristianismo la religión absoluta? Cite a lo menos dos razones y algún versículo bíblico.
22. ¿Cuándo sólo es el cristianismo la religión absoluta?
23. ¿Cuál es la tarea de la dogmática según Schleiermacher?
24. ¿Quién fue el primero en estructurar algo así como un sistema de teología? ¿Cuál fue su intención?
25. ¿Quién es la más grande autoridad de la Iglesia Católicorromana y cuál fue su obra?
26. Enumere a lo menos tres maneras en que dicen que Dios se revela a los seres humanos aparte de la Biblia y la naturaleza.
27. ¿Cuál es la relación, piensa Usted, entre la revelación especial y la Sagrada Escritura? Justifique su respuesta.

Lección 3

¿QUÉ es la TEOLOGÍA?

Objetivos

- Ver distintos conceptos de lo que se entiende por teología
- Ver el antiguo concepto luterano de lo que es teología.
- Ver teología en sentido concreto y en sentido abstracto.
- Ver teología como una habilidad práctica.
- Ver teología como una habilidad concedida por Dios.
- Analizar la afirmación: La oración, meditación y tentación hacen al teólogo.
- Ver que teología tratada como doctrina debe ser doctrina bíblica.
- Ver qué se entiende por teología original y derivada.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 19-28 y 54-56.
- Grau, Introducción a la Teología, pp. 25-33.
- Berkhof, Introducción a la Teología Sistemática, pp. 25-36 y 41-45.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 40-76.

Preguntas

1. ¿Qué se entiende generalmente con el término teología?
2. ¿Cómo consideran los antiguos teólogos este uso del término teología? ¿Porqué?
3. ¿Qué es para ellos teología en el sentido concreto y qué teología en el sentido abstracto? ¿Porqué?
4. ¿Cuál es el significado original de la palabra teología?
5. Por eso, desde el punto de vista etimológico, ¿cómo puede definirse teología en el sentido subjetivo y en el sentido objetivo, dice Mueller?
6. ¿Por qué no se la usa en ese sentido? ¿Puede ofrecer alguna base bíblica para ello?
7. ¿Qué se quiere decir con la afirmación de que la teología es una habilidad práctica? ¿También lo es la teología sistemática? ¿Cómo?
8. ¿Qué quiere decir la expresión: El teólogo no nace, sino que se hace? ¿Cómo?
9. ¿Qué quiere decir Lutero con la tentación como algo para hacer al teólogo?
10. ¿Qué relación existe entre el teólogo y la fe?
11. ¿Qué me puede decir de la teología de los no regenerados?
12. ¿Cuál es el uso que debe hacer el teólogo de las ciencias humanas? ¿Porqué?
13. ¿En qué sentido debe el teólogo desempeñarse como un guerrero espiritual?
14. ¿Cuáles son algunas cualidades propias e impropias de un teólogo?
15. ¿Cuáles son algunas características del teólogo descritas por Lucas en Hechos 18:24-28?
16. ¿Cómo define Mueller la teología tratada como habilidad? Mencione los 5 puntos que menciona, preferiblemente en sus propias palabras.

17. ¿Qué es teología original y qué es teología derivada?
18. ¿Cuál es la única teología derivada que puede servir de fuente a la religión cristiana?
¿Porqué?
19. ¿Cuál es la única verdadera experiencia cristiana? ¿Por qué no puede haber contradicción entre ésta y la Biblia?
20. ¿Por qué no puede el corazón regenerado servir de fuente a la religión cristiana?
21. ¿Cuál es la relación entre los dogmas y la teología, según Berkhof?
22. ¿Cómo definió Schleiermacher la teología dogmática?
23. ¿Cómo evalúa Berkhof esta tendencia subjetiva de definir la teología? Cite sus tres objeciones.
24. Ya que Schleiermacher tiene un concepto subjetivo de la teología dogmática ¿qué característica tiene para él el dogma y la verdad?
25. ¿Cuál es la relación y el orden de secuencia entre la religión y la ética?

Lección 4

LEY y EVANGELIO

DOCTRINAS FUNDAMENTALES y NO FUNDAMENTALES

PROBLEMAS TEOLÓGICOS o CUESTIONES PENDIENTES

La IGLESIA y SUS DOGMAS

Objetivos

- Ver artículos puros y mixtos y sus diferencias.
- Ver las diferencias en cuanto al propósito e importancia entre las distintas doctrinas reveladas.
- Ver brevemente que son Ley y Evangelio, su importancia, similitudes, diferencias y usos.
- Ver que son doctrinas fundamentales y no fundamentales.
- Ver cuáles son las doctrinas fundamentales.
- Ver que son doctrinas fundamentales primarias y secundarias.
- Ver que entendemos por problemas teológicos o cuestiones pendientes.
- Definir qué es un dogma o una doctrina.
- Ver la necesidad de los dogmas.
- Analizar el concepto del desarrollo de los dogmas.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 28-41.
- Grau, Introducción a la Teología, pp. 53-63.
- Berkhof, Introducción a la Teología Sistemática, pp. 4-24.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 76-103.

Preguntas

1. ¿Qué son artículos mixtos y qué son artículos puros?
2. ¿Son más seguros o dignos de fe los artículos mixtos? Justifique su respuesta.
3. ¿Cuál es el propósito central de todos los artículos de fe?
4. ¿Qué es Ley y qué es Evangelio en el sentido propio de la palabra?
5. ¿Por qué es importante la distinción entre Ley y Evangelio?
6. ¿Por qué desecha la teología moderna la división y la relación entre Ley y Evangelio?
7. ¿Cuál es la diferencia entre Ley y Evangelio en cuanto a contenido?
8. ¿A quiénes se debe predicar primordialmente la Ley, y a quienes el Evangelio?
9. ¿Cuál es la función de la Ley y cuál la del Evangelio en llevar una vida santa?
10. ¿Cómo sólo se puede combatir el pecado en el ser humano?
11. ¿En qué consiste la diferencia entre doctrinas fundamentales y no fundamentales?
12. ¿Cuál es la doctrina más fundamental de todas?
13. ¿Cuáles 5 doctrinas presupone ésta, por lo cual ellas también son fundamentales?
14. ¿Qué entendemos bajo doctrinas fundamentales secundarias?
15. ¿Qué debe hacer la iglesia para conservar incólume la pureza de doctrina? ¿Porqué?

16. ¿Puede disculparse alguien de no creer doctrinas no fundamentales? Justifique su respuesta.
17. ¿Qué son problemas teológicos o problemas pendientes? Justifique su respuesta.
18. ¿Debemos tratar de darles solución? Justifique su respuesta.
19. ¿Es científico o erudito darles solución? Justifique su respuesta.
20. ¿Qué significa la palabra “dogma” en el griego clásico?
21. ¿En qué sentido es usada la palabra “dogma” en el Nuevo Testamento?
22. ¿En qué sentido se usa muchas veces esa palabra en círculos teológicos?
23. ¿Cuáles cuatro detalles relativos a la doctrina expresa la definición de esa palabra formulada por las facultades de los dos seminarios?
24. ¿Qué piensa de la expresión de que los dogmas son el fruto de la experiencia religiosa o de la reflexión dogmática?
25. ¿Qué relación debe existir entre lo que se entiende generalmente bajo “la doctrina” y “una doctrina”?
26. ¿Qué me puede decir en cuanto al desarrollo de las doctrinas?
27. ¿Son sólo las doctrinas expresadas en las confesiones las enseñanzas de la iglesia? Explique su respuesta.
28. ¿Cuál es la causa que se alega y cuál la verdadera causa de la oposición de muchos a las confesiones?
29. ¿Porqué, dice Berkhof, son esenciales los dogmas?
30. ¿Qué elementos, dice Berkhof, están incluidos en los dogmas?

Lección 5

El PROPÓSITO de la TEOLOGÍA CRISTIANA

La TEOLOGÍA, la CIENCIA y la SEGURIDAD POSITIVA

La TEOLOGÍA y el DESARROLLO DOCTRINAL y la LIBERTAD ACADÉMICA

Los SISTEMAS TEOLÓGICOS

Objetivos

- Ver el propósito de la teología cristiana.
- Ver cuál es la misión de la iglesia cristiana y su relación con el propósito de la teología cristiana.
- Ver la relación y las diferencias entre la teología cristiana y la ciencia.
- Ver la relación entre la teología cristiana y la seguridad positiva del creyente.
- Ver los indicios de la inseguridad en la fe.
- Ver la relación entre la teología cristiana y el desarrollo doctrinal.
- Ver la relación entre la teología cristiana y la libertad académica.
- Ver acerca de sistemas teológicos.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 41-54.
- Berkhof, Introducción a la Teología Sistemática, pp. 36-41 y 70-73.

Preguntas

1. ¿Cuál es el verdadero propósito de la teología?
2. ¿En qué fundamenta su respuesta?
3. ¿Cómo puede la teología lograr ese propósito?
4. ¿Podría hablarse de propósitos secundarios? ¿Cuáles incluiría entre éstos?
5. ¿Qué piensa de las iglesias cuyas actividades se limitan casi exclusivamente a programas sociales y políticos?
6. ¿Cuáles dos posiciones se ha asumido en círculos religiosos en relación con la ciencia?
7. ¿Qué opinión le merecen esas dos posiciones? ¿Es necesario asumir una de ellas? Explique su respuesta.
8. ¿Cuáles son las diferencias básicas entre ciencia y religión en cuanto a la materia que tratan, la metodología y el propósito?
9. ¿Por qué últimamente se tiende a mirar más favorablemente a la religión?
10. ¿Cuál debe ser la actitud de los cristianos hacia la ciencia?
11. ¿Puede aplicarse el término ciencia a la teología? Justifique su respuesta.
12. ¿Cuáles dos principales objeciones, dice Berkhof, se presentaron en contra del estado científico de la teología?
13. ¿Qué se quiere decir con la afirmación de que la teología es un habitus exhibitivus, no un habitus demonstrativus?

14. ¿De qué depende la seguridad que tengamos en nuestra fe?
15. ¿Qué nos dice cada uno de los siguientes pasajes bíblicos al respecto? Juan 8:31-32, Romanos 10:17 y 1 Corintios 2:5.
16. ¿Cuáles son algunos indicios de la falta de seguridad de tener la fe salvadora, la verdad de Dios?
17. ¿Qué relación tiene con todo esto la teología subjetiva y la teología objetiva?
18. ¿Qué diría Ud. si alguien le dijera: Yo baso mi fe en Cristo, no en la Biblia?
19. ¿Qué se quiere decir con la expresión “desarrollo doctrinal”?
20. ¿Por qué se cree que sea necesario un desarrollo doctrinal?
21. ¿Cuál es la posición bíblica en cuanto al desarrollo doctrinal? Justifique su respuesta con pasajes bíblicos.
22. ¿Qué diría a quienes afirman que se ha registrado un desarrollo, por ejemplo, en la doctrina de la justificación, pues en el Antiguo Testamento el énfasis estaba en la obras, no en la fe en Cristo?
23. ¿Cuáles son algunas consecuencias de la aplicación del desarrollo doctrinal? Presente algunos ejemplos.
24. ¿Qué se quiere decir con la expresión de conceder libertad académica?
25. ¿Cuál es la verdadera libertad del cristiano?
26. ¿Cuál es la posición bíblica en cuanto a conceder libertad académica? Justifique su respuesta con pasajes bíblicos.
27. ¿Cuáles son algunas de las consecuencias por haber concedido libertad académica?
28. ¿En qué sentido podemos decir que la teología o doctrina cristiana es un sistema?
29. ¿Cuáles son algunos usos inadecuados de sistemas en la formulación de la doctrina cristiana?
30. ¿Cuáles son las consecuencias de ese uso inadecuado de sistemas?
31. ¿Cuál es el sagrado deber del teólogo cristiano al sistematizar la doctrina cristiana?
32. ¿Qué respondería Ud. a la afirmación de que Lutero desarrolló su sistema de doctrinas alrededor de la enseñanza de la justificación por la fe?
33. ¿Cuáles son los métodos más importantes, dice Berkhof, que adoptó la iglesia protestante después de la Reforma en la distribución del material dogmático?
34. Sea cual fuere el método, ¿cuál es el principal requisito que debe reunir para que sea bueno?

Lección 6

La DOCTRINA ACERCA de la SAGRADA ESCRITURA

Objetivos

- Ver la importancia de la doctrina acerca de la Sagrada Escritura.
- Ver que la Sagrada Escritura es la única fuente de conocimiento en la teología luterana.
- Ver otras fuentes de conocimiento que se usan como ser, la razón humana, las tradiciones y el consenso de la iglesia, las revelaciones privadas, la infalibilidad papal y la convicción cristiana.
- Ver los diferentes usos de la razón humana en la teología.
- Ver la Sagrada Escritura como palabra de Dios.
- Ver porqué se acepta el testimonio de la Sagrada Escritura acerca de sí misma.
- Ver las afirmaciones de la Sagrada Escritura acerca de sí misma como palabra de Dios.
- Considerar la afirmación de que Jesucristo es la palabra de Dios.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 57-64.
- Grau, Introducción a la Teología, pp. 165-176 y 239-243.
- Di Pardo, La Santa Biblia: Palabra inspirada de Dios, pp. 21-23 y 36-58.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 193-217.
- Graebner, Perfiles de Teología Doctrinal, párrafos 10 y 11.

Preguntas

1. ¿Es importante que en la enseñanza de la doctrina cristiana se le conceda un capítulo especial a la Sagrada Escritura? ¿Porqué?
2. ¿Cuál es una postura básica luterana en cuanto a doctrinas a enseñar?
3. Enumere otros principios de conocimiento que se usan.
4. ¿Qué entiende Ud. bajo el concepto razón humana?
5. ¿Por qué debe rechazarse la razón humana como fuente de conocimiento?
6. ¿Qué dice Di Pardo al respecto?
7. ¿Por qué no puede ser la razón iluminada una fuente de conocimiento?
8. ¿Entre cuáles dos usos de razón distinguimos? ¿Cuál de esos dos usos es aceptable en la teología? ¿Porqué?
9. ¿Cómo se pueden clasificar las contradicciones? Explíquelas algo.
10. ¿Qué piensa de la afirmación de que los artículos de fe son contrarios a la razón?
11. ¿Qué piensa Ud. en cuanto a las tradiciones como fuente de conocimiento teológico?
12. ¿Cuál es la posición luterana en cuanto al consenso de la iglesia como fuente de doctrina? ¿Porqué?
13. ¿Qué se entiende por revelaciones privadas? ¿Conoce Ud. quizás personalmente alguna denominación donde se siguen las revelaciones privadas?
14. ¿Qué piensa Ud. de las revelaciones privadas como fuente de conocimiento teológico?

Justifique su posición.

15. ¿Qué diferencia hay entre la iluminación interna por medio de revelaciones privadas y la iluminación para poder creer?
16. ¿Qué piensa Ud. de la experiencia cristiana? ¿Existe? ¿Puede servir de fuente de conocimiento teológico? Justifique su respuesta.
17. ¿Qué piensa Ud. de la postura luterana de enseñar en cuanto a la Biblia lo que ella enseña de sí misma? Explique algo su respuesta.
18. ¿Qué piensa de la objeción de que eso es razonar en un círculo vicioso?
19. ¿Cómo se identifica la Biblia a sí misma, especialmente el Antiguo Testamento, como palabra de Dios?
20. ¿Qué relación tiene con esta temática la afirmación bíblica de que las cosas debían ocurrir así para que se cumpliera la Escritura?
21. ¿Cómo identifica la Biblia el Nuevo Testamento como palabra de Dios?
22. ¿Qué piensa de la expresión de que la Biblia no es sino contiene palabra de Dios? Explique algo su respuesta.
23. ¿Qué respondería a la afirmación de que Jesús es la palabra?
24. ¿Cuáles cuatro características dice Grau tenían los hombres por medio de los cuales Dios nos hizo llegar su palabra?
25. ¿Cómo habló Dios a, en y por los profetas?

Lección 7

La INSPIRACIÓN de la SAGRADA ESCRITURA

Objetivos

- Ver la doctrina de la inspiración de la Sagrada Escritura.
- Profundizar algo 2 Timoteo 3:16 y 2 Pedro 1:21 como textos básicos para la enseñanza de la inspiración de la Sagrada Escritura.
- Ver que Dios impulsó a los santos escritores a escribir y les sugirió los pensamientos y las palabras para expresar esos pensamientos.
- Ver la diferencia entre inspiración e iluminación.
- Ver la diferencia entre inspiración y revelación.
- Ver la diferencia entre inspiración y asistencia o dirección divinas.
- Ver que toda la Sagrada Escritura es igualmente inspirada por Dios.
- Ver que la Escritura es verbalmente inspirada por Dios.
- Ver que los santos escritores no eran autómatas.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 64-68.
- Grau, Introducción a la Teología, pp. 177-201.
- Di Pardo, La Santa Biblia: Palabra Inspirada de Dios, pp. 59-71 y 159-166.
- Berkhof, Introducción a la Teología Sistemática, pp. 159-174.
- Graebner, Perfiles de Teología Doctrinal, párrafo 12.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 217-232.
- The Inspiration of Scripture, documento de la Comisión de Teología y Relaciones Eclesiásticas de la Iglesia Luterana-Sínodo de Missouri, pp. 5-9.

Preguntas

1. ¿Qué nos dice 2 Timoteo 3:16 en cuanto al alcance de la inspiración? ¿Qué abarca eso?
2. ¿Qué es lo especial que nos enseña 2 Pedro 1:21?
3. ¿Cuál es el énfasis especial de este texto y su contexto?
4. ¿Cuál sería su reacción si yo diría: La teoría de la inspiración es...?
5. ¿Cuál es el énfasis que los dogmáticos luteranos quieren hacer con el uso de las figuras del secretario o del músico?
6. ¿Qué se entiende con el impulso divino de escribir? ¿Por qué le parece importante que la Biblia recalque ese detalle?
7. ¿Cuál es la enseñanza católicorromana al respecto? ¿Porqué?
8. Cite a lo menos 2 pasajes bíblicos que también prueben el impulso divino para escribir aparte de 2 Pedro 1:21?
9. ¿Cuál es la diferencia entre inspiración e iluminación?
10. ¿En qué sentidos son iguales y en qué sentidos difieren inspiración y revelación?

11. ¿Por qué inspiración no es lo mismo que asistencia o dirección divinas?
12. ¿Qué se entiende con la inspiración orgánica? ¿Qué piensa Ud. al respecto?
13. ¿Qué se entiende con inspiración plenaria y en qué lo basa?
14. ¿Qué enseñaba Jorge Calixto al respecto? ¿Cuál sería su reacción al respecto?
15. ¿Qué se entiende con la inspiración verbal? ¿Cómo la defendería ante quienes la niegan?
16. ¿Qué nos indica el pasaje Gálatas 3:16?
17. ¿No le parece que sería suficiente con la sola inspiración de pensamientos? Justifique su respuesta.
18. ¿Cómo justificaría la afirmación de que la Biblia no contiene errores?
19. ¿Qué se entiende con la inspiración mecánica? ¿Qué piensa Ud. al respecto?
20. ¿No es el pasaje Lucas 1:1-4 una negación de la inspiración plenaria de la Biblia?
21. ¿Qué diría a la objeción de que 2 Pedro 1:21 y 1 Corintios 2:13 no se refieren a la palabra escrita sino sólo a la hablada?
22. ¿Qué piensa de la afirmación de que la Biblia no es sino puede llegar a ser la palabra de Dios?
23. ¿Qué opinión le merecía la Escritura a Cristo? Dé a lo menos dos ejemplos.
24. ¿Qué dicen los confesiones luteranas en cuanto a la inspiración de la Biblia?

Lección 8

HISTORIA de la DOCTRINA de la INSPIRACIÓN OBJECIONES a la DOCTRINA de la INSPIRACIÓN

Objetivos

- Ver que hasta algo después de la Reforma se identificaba la Biblia con la Palabra de Dios.
- Ver cómo y porqué se operó un cambio en esa posición.
- Ver los principios liberales que se asumieron.
- Ver la neo-ortodoxia y los principios que asumió.
- Ver varias corrientes dentro de la teología liberal relacionadas con la Biblia como la de la demitologización, la de grados de inspiración, etc.
- Ver la relación que existe entre creer en Cristo como Salvador del pecado y aceptar la Biblia como Palabra de Dios.
- Ver algo de la doctrina de la inspiración de la Biblia en otras iglesias.
- Ver algunas objeciones que se levantan contra la doctrina de la inspiración de la Biblia y la verdadera causa de las mismas.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 68-77.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 232-306.
- Grau, Introducción a la Teología, pp. 202-214.
- Di Pardo, La Santa Biblia: Palabra inspirada de Dios, pp. 72-128.
- Berkhof, Introducción a la Teología Sistemática, pp. 174-181.
- The Inspiration of Scripture, documento de la Comisión de Teología y Relaciones Eclesiásticas de la Iglesia Luterana-Sínodo de Missouri, pp. 10-12.

Preguntas

1. Describa la posición de la Iglesia en relación a la doctrina de la inspiración de la Biblia hasta el tiempo de la Reforma.
2. ¿Cuáles fueron algunas causas que llevaron al rechazo de la doctrina de la inspiración de la Biblia? Descríbalas algo.
3. ¿Cuál fue la influencia ejercida por la filosofía dialéctica y el existencialismo en la negación de la doctrina de la inspiración de la Biblia?
4. Enumere a lo menos cuatro principios liberales que se asumieron entonces.
5. ¿Cómo se entendía entonces el concepto “inspiración”? ¿Es correcto eso? Justifique su respuesta.
6. ¿Qué efecto tenía todo ello sobre la enseñanza de la pecaminosidad y la salvación del ser humano?
7. ¿Qué es la neo-ortodoxia? ¿Por qué fue insuficiente?
8. ¿Qué es la corriente de la demitologización? ¿Cómo la conceptúa? ¿Porqué?

9. ¿Cómo demuestran específicamente la teología de la secularización, la teología de la esperanza y la teología de la liberación su rechazo de la doctrina de la inspiración bíblica?
10. ¿Cuál es la diferencia básica entre la teología antigua y la moderna en cuanto a la Biblia, según Pieper?
11. ¿Qué relación existe entre la fe salvadora y la fe en la Biblia como Palabra de Dios? ¿Porqué? ¿Qué aplicación práctica tiene esto?
12. ¿Cuál es la perspectiva desde la cual debemos enfocar las dificultades o contradicciones que pudiéramos encontrar en la Biblia? ¿Porqué?
13. Si la Biblia fue inspirada por Dios, ¿por qué encontramos diferentes estilos en ella?
14. ¿Cómo respondería Ud. a los que afirman que no podemos tener la seguridad de tener el texto inspirado debido a las muchas variantes en las copias?
15. ¿Cómo pueden ser inspirados los salmos cuando en muchos de ellos David expresa lo que él siente y experimenta?
16. ¿Cómo puede ser inspirada la Biblia cuando contiene tantas citas inexactas y hasta aparentemente erróneas?
17. ¿Cómo respondería a los que afirman que en 1 Corintios 7:10 y 12 San Pablo niega la inspiración?
18. Algunos afirman que Lutero asumió una actitud “libre” en relación a la Biblia, ¿qué le parece a Ud.? Justifique su respuesta.
19. La Biblia no es un libro de historia pero cita hechos históricos, ¿cuáles? ¿para qué?
20. Enumere cuales son en su concepto las principales consecuencias del rechazo de la doctrina de la inspiración.

Lección 9

EL CANON de la SAGRADA ESCRITURA

La AUTORIDAD DIVINA de la SAGRADA ESCRITURA

Objetivos

- Ver cómo se formó el canon de la Sagrada Escritura.
- Ver el rol de la Iglesia en la formación del canon bíblico.
- Ver las evidencias que indujeron a la aceptación de los libros bíblicos como canónicos.
- Ver la diferencia entre libros homologumena y antilegomena y nuestra actitud ante los últimos.
- Ver por qué sostenemos y qué entendemos con la autoridad absoluta de la Sagrada Escritura.
- Entender qué entendemos bajo fe humana y fe divina y las limitaciones de la primera.
- Ver cómo podemos saber de qué tenemos fe divina.
- Ver la diferencia entre testimonio interno del Espíritu Santo y testimonio externo del Espíritu Santo.
- Ver la autoridad normativa de la Sagrada Escritura.
- Ver la función de la Sagrada Escritura como juez en controversias.
- Ver la diferencia entre la función normativa de la Sagrada Escritura y de las confesiones.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp.77-85.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 307-315 y 330-367.
- Graebner, Perfiles de Teología Doctrinal, párrafos 13-14.
- The Inspiration of Scripture, Documento de la Comisión de Teología y Relaciones Eclesiásticas de la Iglesia Luterana-Sínodo de Missouri, pp. 12-19.
- Grau, Introducción a la Teología, pp. 215-238 y 244-273.
- Berkhof, Introducción a la Teología Sistemática, pp.182-185.
- Di Pardo, La Santa Biblia: Palabra Inspirada de Dios, pp. 167-211.

Preguntas

1. ¿Cuál es el significado y cuál el uso dado al término canon en la terminología eclesiástica?
2. ¿Cuál es la historia de los libros apócrifos?
3. ¿Por qué no aceptamos los libros apócrifos? Dé las tres razones que Ud. considere más importantes.
4. ¿Cuál es la diferencia entre nosotros y la Iglesia Católica Romana en cuanto a la formulación del canon bíblico?
5. ¿Cuáles eran las evidencias para la aceptación de los libros del Antiguo Testamento como canónicos?
6. ¿Cuáles eran las evidencias para la aceptación de los libros del Nuevo Testamento como canónicos?
7. ¿De cuantas y cuales clases de libros se habla en relación al canon? Descríbalas brevemente.

8. ¿Cuáles son los libros antilegomena y cuál ha de ser nuestra actitud para con ellos? ¿Porqué?
9. ¿Cuál sería la consecuencia doctrinal si los libros antilegomena no fueran canónicos?
Justifique su respuesta.
10. ¿Qué entendemos con la autoridad absoluta de la Biblia? ¿En qué se basa?
11. ¿Qué entendemos por fe humana? ¿Qué piensa Ud. de los argumentos en los cuales se basa la fe humana? ¿Cuál es la limitación de los mismos?
12. ¿Qué entendemos por fe divina? ¿Cómo sólo se origina? Demuéstrelo con un versículo bíblico.
13. ¿Qué diría Ud. si alguien le dijera que cree en algo que el Espíritu Santo le ha revelado pero que no es bíblico? Justifique su respuesta.
14. ¿Qué entendemos con el testimonio interno del Espíritu Santo? ¿Qué es el testimonio externo del Espíritu Santo?
15. ¿Cómo podemos saber que tenemos fe divina?
16. ¿Qué entendemos con la autoridad normativa de la Biblia?
17. ¿Qué diría Ud. si alguien le dijera que la Biblia es sólo un libro y que por eso no puede ejercer autoridad normativa?
18. ¿Cuáles son los pasos a seguir para que la Biblia funcione como juez en controversias?
19. ¿Cuál es la diferencia entre la Biblia y las confesiones en cuanto a su función normativa?

Lección 10

La EFICACIA DIVINA de la SAGRADA ESCRITURA

La PERFECCIÓN DIVINA, o SUFICIENCIA de la SAGRADA ESCRITURA

La PERSPICUIDAD o CLARIDAD DIVINA de la SAGRADA ESCRITURA

Objetivos

- Ver qué se entiende con la eficacia divina de la Sagrada Escritura.
- Ver que la Sagrada Escritura siempre está en posesión de la eficacia divina.
- Ver que la eficacia divina de la Sagrada Escritura es resistible.
- Ver que la eficacia divina de la Sagrada Escritura obra en los seres humanos cosas más allá de todo poder humano.
- Ver en qué consiste la perfección divina, o suficiencia, de la Sagrada Escritura.
- Ver cómo para muchos la Sagrada Escritura no es perfecta ni suficiente.
- Ver la enseñanza bíblica de la perspicuidad y claridad de la Sagrada Escritura.
- Ver porqué para muchos la Sagrada Escritura es un libro oscuro.
- Ver y analizar algunos de los argumentos que se esgrimen en contra de la perspicuidad y claridad de la Sagrada Escritura.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 85-91.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 315-329.
- Graebner, Perfiles de Teología Doctrinal, párrafos 15-18.
- Berkhof, Introducción a la Teología Sistemática, pp. 185-189.
- Di Pardo, La Santa Biblia: Palabra Inspirada de Dios, pp. 129-133 y 230-247.

Preguntas

1. ¿Qué se entiende por la eficacia divina de la Sagrada Escritura?
2. ¿Qué nos enseña San Pablo en Ro.1:16 en cuanto a este asunto?
3. Comente la afirmación de que la Sagrada Escritura tiene eficacia divina aun cuando no se la usa.
4. ¿Cuándo o cómo se realiza o hace efectiva la eficacia divina de la Sagrada Escritura? Fundamente su respuesta.
5. Comente la afirmación de que la eficacia divina de la Sagrada Escritura es resistible. ¿Por qué es eso?
6. ¿Cuándo tiene la palabra de la Iglesia eficacia divina?
7. ¿Cuáles son algunos de los efectos de la eficacia divina de la Sagrada Escritura?
8. ¿Qué se entiende con la perfección divina, o suficiencia, de la Sagrada Escritura?
9. ¿Cuál es el propósito para el cual fue dada la Sagrada Escritura? Pruébalo con versículos bíblicos. Coteje para ello especialmente también el libro de Graebner.
10. ¿Cómo demuestran muchos que para ellos la Sagrada Escritura no es perfecta ni suficiente?

11. ¿Cuáles son las consecuencias de ello?
12. ¿Qué le dice a Ud. el axioma luterano de que la Escritura interpreta la Escritura?
13. ¿Qué se entiende con la perspicuidad o claridad divina de la Sagrada Escritura?
14. ¿Cómo nos enseña la Biblia que ella es perspicua o clara divinamente?
15. ¿Cuándo, o para quienes, es la Biblia un libro oscuro?
16. ¿Qué piensa Ud. del argumento de que el gran desacuerdo que existe entre los teólogos demuestra que la Biblia es oscura?
17. ¿Cuál sería su respuesta al argumento de que la existencia de muchos pasajes oscuros en la Biblia demuestra que ella es un libro oscuro?
18. ¿Qué se entiende con claridad externa, claridad interna y claridad esencial?
19. La Biblia contiene muchas cosas incomprensibles, las que llamamos misterios de la fe. ¿No demuestran éstos que la Biblia es un libro oscuro? Justifique su respuesta.

Lección 11

La DOCTRINA ACERCA de DIOS

Objetivos

- Ver como sabemos acerca de la existencia de Dios.
- Ver qué se entiende con el conocimiento natural acerca de Dios.
- Ver tanto el valor como las limitaciones del conocimiento natural acerca de Dios.
- Ver algunas pruebas racionales que afirman la existencia de Dios.
- Ver qué se entiende con el conocimiento sobrenatural o cristiano de Dios y qué nos revela.
- Ver qué se entiende con los términos “esencia” y “persona”
- Ver algunas controversias relacionadas con la doctrina acerca de Dios.
- Ver algunos problemas relacionados con las doctrinas expuestas previamente.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 92-102.
- Graebner, Perfiles de Teología Doctrinal, párrafos 21-27.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 371-393 y 398-427.
- Lacueva, Un Dios en Tres Personas, pp. 13-48 y 125-166.
- Vila, Pruebas Tangibles de la Existencia de Dios, pp. 23-90.

Preguntas

1. ¿Cuánto sabemos o cuánto podemos saber acerca de Dios?
2. ¿Cómo se evidencia la vaguedad de conocimiento acerca de Dios de los que no tienen la Biblia?
3. ¿Qué entendemos con el conocimiento natural de Dios y cómo se manifiesta?
4. ¿Qué entendemos con la prueba moral de la existencia de Dios?
5. ¿Puede el ser humano salvarse con el solo conocimiento natural de Dios? Justifique su respuesta.
6. ¿Cuáles son los objetivos del conocimiento natural de Dios?
7. ¿Qué es el ateísmo? ¿Cuáles son las raíces del ateísmo?
8. ¿Qué piensa Ud. de las distintas pruebas racionales de la existencia de Dios?
9. ¿Qué entendemos con el conocimiento sobrenatural o cristiano de Dios?
10. Presente tres pruebas bíblicas de que Dios es uno.
11. ¿Cuál es la diferencia entre monoteísmo y monismo?
12. Presente tres pruebas bíblicas de que hay tres personas en Dios.
13. ¿Cuál es la diferencia entre el uso general de la palabra esencia y el uso de esa misma palabra en teología en relación a la doctrina de Dios?
14. ¿Qué se entiende con la palabra persona? ¿En qué sentido único se usa esa palabra en la enseñanza bíblica de la Trinidad?
15. ¿Cuáles son las operaciones internas y cuáles las operaciones externas de la Santa Trinidad?

- ¿Qué es lo que las diferencia?
16. ¿Qué significa la palabra “filioque”? ¿Cuál es nuestra posición al respecto? ¿Porqué?
 17. ¿Qué enseñan los monarquianos modalistas y los monarquianos dinamistas? ¿Quiénes hoy en día siguen esa línea de pensar?
 18. ¿Qué piensa Ud. al respecto? Justifique su posición.
 19. ¿Qué enseñan los subordinacionistas?
 20. ¿Cuál es su posición al respecto? ¿Porqué?
 21. ¿Qué valor tiene el nombre Jehová en relación con ello?
 22. ¿No indica Juan 14:28 la subordinación del Hijo para con el Padre? Justifique su respuesta.

Lección 12

La DOCTRINA de la SANTA TRINIDAD en el ANTIGUO TESTAMENTO

La INCOMPRESIBILIDAD de la DOCTRINA de la SANTA TRINIDAD

La ESENCIA de la SANTA TRINIDAD

Objetivos

- Ver la doctrina de la Santa Trinidad en el Antiguo Testamento.
- Ver la incompresibilidad de la doctrina de la Santa Trinidad.
- Ver algunas críticas que se han levantado contra la doctrina de la Santa Trinidad.
- Ver el verdadero objetivo de la doctrina de la Santa Trinidad.
- Ver qué nos enseña la Biblia en cuanto a la esencia de la Santa Trinidad.
- Considerar los nombres con los que se identifica Dios.
- Ver el atributo divino de la aseidad de Dios.
- Ver el atributo divino de la infinidad de Dios.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 102-105.
- Graebner, Perfiles de Teología Doctrinal, párrafos 28-31.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 393-397, 427-434.
- Lacueva, Un Dios en Tres Personas, pp. 48-62, 78-84.
- Vila, Pruebas Tangibles de la Existencia de Dios, pp. 91-155.

Preguntas

1. ¿Qué diría Ud. a una persona que le diría que la doctrina de la Santa Trinidad no se halla en el Antiguo Testamento?
2. ¿Cómo probaría su posición? Dé a lo menos tres pruebas.
3. ¿La expresión “ángel del Señor” en el Antiguo Testamento significa siempre un simple ángel? Justifique su respuesta. ¿Por qué es importante esto?
4. ¿Es peligroso hacer comprensible para la razón humana la doctrina de la Santa Trinidad? ¿Porqué?
5. ¿Qué piensa de las analogías que se usan para ilustrar la enseñanza de la Santa Trinidad? ¿Son útiles? ¿Para qué?
6. ¿Ha hallado Ud. explicaciones de la doctrina de la Santa Trinidad que difieran de la que les he presentado? ¿Cuáles?
7. ¿Qué le parecen todos estos diferentes intentos de explicar la doctrina de la Santa Trinidad? ¿Tienen todos algo en que se parecen?
8. ¿Cuál es su opinión sincera en cuanto a la doctrina de la Santa Trinidad? ¿También le parece demasiado teórica, poco práctica?
9. ¿Cuál es la relación que existe entre la doctrina de la Santa Trinidad y la de la salvación? ¿Por qué le parece importante esa relación?

10. ¿Cuál debe ser, por eso, nuestra actitud?
11. ¿Qué podemos decir en general en cuanto a la esencia de la Santa Trinidad?
12. ¿Cómo especialmente nos ha revelado Dios su ser?
13. ¿Por qué es importante que Dios nos haya revelado su ser?
14. ¿Cuál es la importancia del nombre Jehová?
15. ¿Qué queremos decir cuando hablamos de la aseidad de Dios?
16. ¿Cómo interpretaría Ud. Salmo 2:7 en relación a la aseidad de Dios?
17. ¿Qué queremos decir con la enseñanza de la infinidad de Dios?
18. ¿Qué tiene que ver este atributo de Dios con los misterios de la fe?
19. ¿Qué concluye Ud. comparando un robot humano y un ser humano o, en general, los inventos humanos y la creación de Dios?

Lección 13

Los ATRIBUTOS de la SANTA TRINIDAD

Objetivos

- Ver algunos problemas relacionados con la doctrina de los atributos de Dios.
- Ver la clasificación de los atributos de Dios en: Atributos negativos y atributos positivos.
- Ver el atributo de la unidad de Dios.
- Ver el atributo de la inmutabilidad de Dios.
- Ver el atributo de la infinitud e inmensidad de Dios.
- Ver el atributo de la omnipresencia de Dios.
- Ver el atributo de la eternidad de Dios.
- Ver el atributo de la vida de Dios.
- Ver el atributo del conocimiento de Dios.
- Ver el atributo de la sabiduría de Dios.
- Ver el atributo de la voluntad de Dios.
- Ver el atributo de la santidad de Dios.
- Ver el atributo de la justicia de Dios.
- Ver el atributo de la verdad de Dios.
- Ver el atributo del poder de Dios.
- Ver el atributo de la bondad, la misericordia, el amor, la gracia, la paciencia y la longanimidad de Dios.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 105-113.
- Graebner, Perfiles de Teología Doctrinal, párrafos 32-44.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 434-463.
- Lacueva, Un Dios en Tres Personas, pp. 63-77, 85-121.
- Vila, Pruebas Tangibles de la Existencia de Dios, pp. 157-206.

Preguntas

1. ¿Qué problemática especial se tiene al tratar la doctrina de los atributos de Dios?
2. ¿Por qué debemos entender los atributos de Dios comparado con los de los seres humanos análogamente y no unívocamente ni equívocamente?
3. ¿Le parece a Ud. importante o no cómo se califican y clasifican los atributos de Dios? Justifique su respuesta.
4. ¿Qué se entiende con los atributos negativos y los atributos positivos de Dios?
5. ¿Qué entiende Ud. cuando se habla del atributo divino de la inmutabilidad de Dios? ¿Cómo relaciona Ud. eso con lo que dice en Gn.6:6?
6. ¿Qué entiende Ud. cuando decimos que Dios está presente en todas partes sin extensión o contracción, sin multiplicación o división?

7. ¿Qué se entiende con presencia local, ilocal y repletiva?
8. ¿Qué entiende Ud. cuando se habla del hoy de Dios? ¿Qué relación tiene ello con el atributo divino de la eternidad de Dios?
9. ¿En qué sentido se diferencia el conocimiento de Dios del de los seres humanos?
10. ¿Qué relación existe entre la presciencia de Dios y las cosas malas que ocurren o las cosas malas que se hacen?
11. Si todo sucede como Dios lo ha previsto ¿no elimina eso la responsabilidad humana por lo que hace? Justifique su respuesta.
12. ¿Qué piensa Ud. de horóscopos, adivinos, etc.? ¿Por qué es mejor confiar en Dios? ¿Qué argumento usa Vila al respecto?
13. ¿Cuál es la diferencia entre conocimiento y sabiduría? ¿Qué aplicación tienen estos dos atributos de Dios a nuestra vida?
14. ¿Qué entendemos con la primera y la segunda voluntad de Dios? ¿Por qué es importante hacer esa distinción?
15. ¿Qué entendemos con la voluntad divina de la gracia y la condicional? ¿Por qué es importante esa distinción?
16. ¿Qué significa el atributo divino de la santidad de Dios?
17. ¿Cómo se clasifica el atributo divino de la justicia de Dios en relación al ser humano?
18. ¿Porqué, le parece a Usted, es necio y blasfemo afirmar que Dios no es todopoderoso porque no puede morir, mentir, etc.?
19. ¿Qué es un milagro? ¿Cuál debe ser nuestra posición en cuanto a los milagros, según la Biblia?
20. ¿Cuál es la diferencia entre la bondad, la misericordia, el amor, la gracia y la paciencia de Dios?

Lección 14

La DOCTRINA ACERCA de la CREACIÓN

Objetivos

- Ver particularidades en el relato bíblico de la creación.
- Ver definiciones relativas a la creación, evolución y posiciones intermedias.
- Ver qué se entiende con macroevolución y microevolución y sus limitaciones.
- Ver diferentes teorías sobre los días de la evolución y porqué creemos que eran días regulares de 24 horas.
- Ver el orden seguido por Dios en la creación y algunos problemas relativos a ello.
- Ver la creación de la luz y de los astros luminosos y algunas conclusiones que fluyen de ella.
- Ver la creación de la expansión y la separación de las aguas.
- Ver detalles relacionados con la creación de las hierbas, los árboles, los animales acuáticos, las aves y los animales terrestres.
- Ver algunos detalles relativos a la creación del hombre.
- Ver algunos problemas relacionados al contenido y la autoría de Génesis 1 y 2.
- Ver la importancia de aceptar no sólo el hecho de que Dios creó todo sino también el cómo lo creó según la Biblia.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 116-122.
- Graebner, Perfiles de Teología Doctrinal, párrafos 52-57.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 467-480.
- Morck, Creación y Redención, pp. 23-37.

Preguntas

1. ¿Qué significa la afirmación de que la Creación es una de las obras externas de Dios? ¿Qué bases bíblicas hay para afirmar eso?
2. ¿Cómo definiría Ud. la creación en sus propias palabras?
3. ¿Cómo definiría Ud. la teoría de la evolución en sus propias palabras?
4. ¿Qué se entiende con el evolucionista teísta y con el creacionista progresivo?
5. Enumere a lo menos tres diferencias que Ud. considera básicas entre el creacionista y el evolucionista.
6. ¿Qué se entiende con microevolución y macroevolución y cuál es nuestra posición frente a ellas?
7. ¿Cuál es la gran debilidad de la teoría de la evolución? Justifique su respuesta.
8. ¿Eran los días de la Creación largos períodos de tiempo? Justifique su respuesta.
9. Enumere a lo menos dos pruebas del porqué cree que los días de la Creación eran días regulares de 24 horas.
10. Algunos creen que Dios creó nuestro mundo de los restos de un mundo creado originalmente

para los ángeles, ¿qué le parece a Usted? Justifique su respuesta.

11. ¿Qué le parece a Ud. el hecho de que Dios creara primero la luz y luego los cuerpos que hoy día nos dan la luz? ¿Cómo explicaría Ud. eso?
12. ¿Qué nos quiere indicar el informe bíblico de la Creación con la expresión “según su especie” que aparece siempre de nuevo en ocasión de la creación de plantas y animales? ¿Qué relación tiene ello con la teoría de la evolución?
13. ¿Qué dicen los doctores D.T.Gish y R.B.Bliss en favor de la enseñanza bíblica de que todos los actuales géneros vivos de animales y plantas han sido creados, no evolucionados?
14. ¿Qué nos enseña la Biblia en cuanto a sistemas astronómicos?
15. ¿De qué creó Dios los peces y las aves? ¿Por qué cree eso?
16. Dé cuatro razones del porqué cree que el ser humano es la corona de la creación.
17. ¿Fue Adán una persona real o sólo ficticia? ¿Porque cree eso?
18. ¿Qué se entiende con el traducianismo y porqué lo sostenemos?
19. ¿Tenemos en Génesis 1 y 2 dos relatos diferentes de la Creación? Justifique su respuesta.
20. ¿Qué diría Ud. si alguien le diría: “Lo importante no es el cómo sino el qué de la Creación”?

Lección 15

La DOCTRINA ACERCA de la PROVIDENCIA de DIOS

Objetivos

- Definir qué se entiende con la doctrina de la providencia de Dios.
- Ver la naturaleza de la providencia de Dios.
- Ver el alcance de la providencia de Dios.
- Ver que la providencia de Dios incluye hasta los detalles y los objetos más pequeños.
- Ver los principios por los cuales se realiza la providencia de Dios.
- Ver el modo de operar de la providencia de Dios.
- Ver qué se entiende y cómo operan la causa primaria y las causas secundarias.
- Estudiar el problema de la providencia de Dios y la libertad humana.
- Estudiar el problema de la necesidad absoluta y la contingencia de las cosas.
- Ver los objetivos de la providencia de Dios.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 123-127.
- Graebner, Perfiles de Teología Doctrinal, párrafo 58.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 483-494.
- Morck, Creación y Redención, pp. 37-48.

Preguntas

1. Defíname en forma completa y en sus propias palabras la doctrina de la providencia de Dios.
2. Deme a lo menos tres pruebas bíblicas para esta doctrina.
3. ¿Es esta doctrina contraria a la razón? Justifique su respuesta.
4. ¿Qué nos enseña la Biblia en cuanto a la providencia de Dios en relación a la creación inanimada?
5. ¿Cuál es la providencia de Dios para con los seres humanos?
6. ¿Qué incluye la providencia de Dios en relación al ser humano según la explicación de Lutero al primer artículo del Credo?
7. La providencia de Dios incluye también cosas pequeñas y al parecer insignificantes. Dé a lo menos tres razones que demuestren que es hasta lógico que Dios se ocupe de ellas.
8. ¿Dirige Dios al mundo de manera caprichosa o por leyes? Explique algo su respuesta.
9. ¿Qué se entiende con la causa primaria y las causas secundarias? ¿Cuál es la relación entre ellas y cómo funcionan?
10. ¿Qué contestaría Ud. si alguien le diría que las leyes de la naturaleza son las que lo dirigen y regulan todo?
11. ¿Está Dios atado a actuar sólo a través de las leyes de la naturaleza? Explique algo su respuesta.
12. ¿Qué dice Morck en cuanto al milagro y cómo lo define?

13. ¿Es diferente la libertad de escoger que tenía el ser humano antes de la caída de la que aún tiene después? ¿Cuál es la diferencia?
14. ¿Es responsable el ser humano de lo que hace o lo es Dios? Pruébalo.
15. ¿Cómo explicaría Ud. el versículo bíblico de 2 Tesalonicenses 2:11-12, “Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia”?
16. Indique a lo menos cuatro enseñanzas bíblicas en cuanto a la participación de Dios en las acciones malas.
17. ¿Qué dice Prenter en cuanto al sufrimiento humano?
18. ¿Qué contestaría Ud. si alguien le diría: Yo sé hasta donde ir con el pecado. Cuando llegue a ese punto diré: Basta?
19. ¿Debemos usar medicina cuando estamos enfermos? ¿No sería mejor no usar medicina para así poder ver cuál es la voluntad de Dios para con nuestras vidas? Justifique su respuesta.
20. Mencione a lo menos cuatro objetivos de la providencia de Dios.

Lección 16

La DOCTRINA ACERCA de los ÁNGELES

Objetivos

- Ver conceptos generales acerca de la doctrina de los ángeles.
- Ver acerca de la creación de los ángeles en general.
- Ver acerca de los atributos de los ángeles en general.
- Ver acerca de los atributos de los ángeles buenos.
- Ver acerca del servicio que prestan los ángeles buenos.
- Ver acerca de cómo llegaron a ser malos muchos ángeles.
- Ver acerca del destino eterno de los ángeles malos.
- Ver acerca de lo que hacen los ángeles malos.
- Ver acerca de la obsesión espiritual y la obsesión física.
- Ver la posición bíblica frente a las artes mágicas.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 128-133.
- Graebner, Perfiles de Teología Doctrinal, párrafos 59-67.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 497-511.

Preguntas

1. ¿Qué significa la palabra “ángel”? ¿A quiénes, por eso, se puede aplicar y se aplica el término “ángel”?
2. ¿Cómo podemos saber cuándo el término “ángel” se refiere a Jesucristo?
3. ¿Cuál es la importancia de la doctrina de los ángeles?
4. Dé dos razones del porqué como cristianos no podemos ni debemos negar la existencia de los ángeles.
5. ¿Qué sabemos acerca de la creación de los ángeles?
6. ¿Cómo se explica que los ángeles que en sí son invisibles a veces fueron visibles?
7. ¿Qué sabemos acerca de la presencia de los ángeles? ¿Cómo se llama y qué significa esa presencia?
8. ¿Qué se entiende con el estado de gracia en que fueron creados los ángeles?
9. ¿Es diferente la santidad de los ángeles de la nuestra? Explíquese.
10. ¿Qué son querubines y qué son serafines?
11. ¿Qué nos enseña la Biblia en cuanto al poder de los ángeles?
12. ¿De qué podemos deducir que los ángeles tienen un interés especial en nuestro bienestar espiritual?
13. Indique a lo menos tres funciones que harán los ángeles buenos en el día del Juicio.
14. ¿Qué nos dice la Biblia en cuanto a la adoración de ángeles?
15. ¿Cómo llegaron a ser malos muchos de los ángeles?

16. Enseñamos que Dios no es culpable en la caída de los ángeles malos. Presente a lo menos dos pruebas bíblicas para sostener esa afirmación.
17. ¿Cuál es el destino eterno de los ángeles malos? ¿Por qué asumió Dios esa actitud para con ellos?
18. ¿Qué sabemos acerca de la inteligencia de los ángeles malos?
19. ¿Qué es la obsesión espiritual? Explíquese. ¿Por qué no elimina la responsabilidad personal?
20. ¿Qué es la obsesión física?
21. ¿Qué piensa en relación a las artes mágicas?
22. ¿Cómo trata de dañar el diablo al ser humano en su actividad espiritual, civil y familiar?

Lección 17

La DOCTRINA ACERCA del HOMBRE El HOMBRE ANTES de la CAÍDA

Objetivos

- Estudiar la doctrina bíblica acerca del ser humano antes de la caída en pecado.
- Ver lo especial en la creación del ser humano según el relato bíblico.
- Ver la enseñanza bíblica en cuanto a la imagen de Dios con que fue creado el ser humano.
- Estudiar la doctrina bíblica acerca del ser humano después de la caída en pecado.
- Ver la doctrina bíblica acerca de la caída en pecado del ser humano.
- Estudiar la doctrina bíblica acerca del pecado en general.
- Ver qué es pecado de acuerdo a la Biblia.
- Ver la función de la conciencia en relación al pecado.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 134-140.
- Graebner, Perfiles de Teología Doctrinal, párrafos 68-72.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 515-533.
- Morck, Creación y Redención, pp. 49-64.
- Lacueva, El Hombre, su Grandeza y su Miseria, pp. 19-126.

Preguntas

1. Enumere a lo menos cuatro cosas en las cuales Dios actuó distinto cuando creó al hombre que cuando creó las otras cosas.
2. ¿Qué piensa Ud. de lo que dice Lacueva en cuanto al evolucionismo? Justifique su respuesta.
3. ¿Hay diferencia entre el principio de vida del hombre con el de los animales? Justifique su respuesta.
4. ¿Por qué son dicotomistas casi todos los antiguos dogmáticos luteranos?
5. ¿Cómo sabemos que Adán era inteligente y tenía conocimientos?
6. ¿A imagen de quién fue creado el hombre? ¿Cómo lo sabemos?
7. Indique dos características del hombre en su estado original según se puede concluir de Romanos 5:12.
8. Indique tres cualidades de la imagen de Dios según Colosenses 3:10 y Efesios 4:24.
9. Enumere a lo menos dos cualidades más del hombre en su estado original además de las cinco cualidades ya enumeradas.
10. ¿Cómo interpreta la expresión “imagen de Dios” en Génesis 9:6?
11. ¿Qué se puede concluir del hecho de que Dios instituyó el matrimonio en el paraíso y les dio allí la bendición de multiplicarse?
12. ¿Qué entendemos con la expresión de que la imagen de Dios fue algo concreado? ¿Por qué sostenemos eso?

13. ¿Qué piensa de la afirmación de Lacueva en el sentido de que el ser humano no perdió la imagen de Dios, sino sólo la tiene desfigurada? Justifique su respuesta.
14. ¿Cómo sabemos que era el diablo el que tentó a Eva cuando era la serpiente la que se le apareció y le habló?
15. Eva ya cayó antes de comer la fruta. Indique a lo menos dos cosas que demuestran eso.
16. La Biblia presenta el relato de la tentación de Adán y de Jesús, ¿qué podemos aprender de esos dos relatos según el teólogo D.Bonhoeffer?
17. ¿Cuáles eran las consecuencias de la caída en pecado? Explíquese.
18. ¿Qué es pecado según la Biblia?
19. ¿Cuáles son algunas palabras hebreas y griegas y su significado que la Biblia usa para pecado?
20. ¿Son pecado también actos malos hechos en ignorancia y sin premeditación? Justifique su respuesta.
21. ¿Le debemos obediencia también a lo que nos ordenan padres y superiores, autoridades civiles y la iglesia? Justifique su respuesta.
22. ¿Qué entendemos con una conciencia errante? ¿Por qué ocurre eso? ¿Cómo se lo puede remediar?
23. ¿Sólo cuales leyes tienen vigencia para todos los seres humanos para todos los tiempos?

Lección 18

La DOCTRINA ACERCA del HOMBRE EL HOMBRE DESPUÉS de la CAÍDA

Objetivos

- Ver la enseñanza bíblica acerca de la causa del pecado.
- Ver donde está asentado el pecado.
- Estudiar la enseñanza bíblica acerca de las consecuencias del pecado.
- Ver la enseñanza bíblica acerca del pecado original.
- Ver la enseñanza bíblica acerca de la culpa y la corrupción hereditarias y lo que implican.
- Estudiar la enseñanza bíblica acerca de las consecuencias de la corrupción hereditaria.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones de lo leído.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 140-147.
- Graebner, Perfiles de Teología Doctrinal, párrafo 73.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 533-557.
- El Libro de Concordia,
 - Confesión de Augsburgo, Artículos II y XIX;
 - Apología de la Confesión de Augsburgo, Artículo II;
 - Artículos de Esmalcalda, Tercera parte, Sobre el pecado;
 - Fórmula de Concordia, Epítome, Artículo I;
 - Declaración Sólida, Artículo I.
- Morck, Creación y Redención, pp. 64-70.
- Lacueva, El Hombre, su Grandeza y su Miseria, pp. 127-141, 147-187.

Preguntas

1. ¿Quién o quiénes son los culpables de la entrada del pecado en el mundo?
2. ¿Cómo probaría Ud. que Dios no es el culpable?
3. ¿Qué le parece la afirmación de que Dios es culpable al menos en parte ya que hizo al hombre con la posibilidad de caer?
4. ¿Qué le parece la teoría de que el alma es pura sólo el cuerpo es malo? Responda con argumentos bíblicos.
5. ¿Cuáles son las consecuencias del pecado?
6. ¿Por qué son tan terribles las consecuencias?
7. ¿Qué le parece la afirmación de que enfermedades, tragedias, muertes, etc. son sólo consecuencias naturales? Responda con argumentos bíblicos.
8. ¿Cuál es la diferencia entre un creyente y un incrédulo en cuanto a las consecuencias del pecado?
9. ¿Cuál es la importancia de la doctrina del pecado original?
10. ¿Cómo definiría Ud. el pecado original?

11. ¿Qué entendemos con la culpa hereditaria y en qué se basa esa doctrina?
12. ¿Qué entendemos con la corrupción hereditaria y en qué se basa esa doctrina?
13. ¿Qué enseñan San Agustín, la Iglesia Católica Romana y la escuela liberal en cuanto a la corrupción hereditaria?
14. ¿Qué le parece la afirmación de que Dios es injusto porque nos carga con el pecado cometido por Adán y nos castiga por ello?
15. ¿Cuál fue el único ser humano que no tuvo ni culpa ni corrupción hereditaria? ¿Porqué?
16. ¿Qué entendemos con el lado negativo y el lado positivo de la corrupción hereditaria?
17. ¿Es esta corrupción hereditaria la sustancia de la naturaleza humana o un accidente de la misma? ¿Qué entiende Ud. con eso? ¿Por qué cree eso?
18. ¿Cuál fue el efecto de esta corrupción hereditaria en la mente humana? Demuéstrelo con versículos bíblicos.
19. ¿Cuál fue el efecto de esta corrupción hereditaria en la voluntad humana? Demuéstrelo con versículos bíblicos.
20. ¿Qué le parece la afirmación de que Adán y Eva murieron porque el diablo estaba en el árbol o porque la fruta estaba envenenada? ¿Porqué?
21. ¿Cuál es la relación entre la corrupción hereditaria y los pecados actuales?
22. ¿Cuáles son las consecuencias del pecado según Morck?

Lección 19

EL HOMBRE DESPUÉS de la CAÍDA - los PECADOS ACTUALES

Objetivos

- Ver la enseñanza bíblica acerca de los pecados actuales.
- Ver la enseñanza bíblica acerca de las causas del pecado actual.
- Ver la enseñanza bíblica acerca de los escándalos o tropiezos.
- Ver la enseñanza bíblica acerca de las tentaciones.
- Ver la clasificación de los pecados actuales.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 147-154.
- Graebner, Perfiles de Teología Doctrinal, párrafos 74-76, 86-91.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. I, pp. 557-577.
- Lacueva, El Hombre, su Grandeza y su Miseria, pp. 143-146, 188-201.

Preguntas

1. Defíneme el pecado actual en sus propias palabras.
2. ¿Qué son y qué nos dice la Biblia en cuanto a los pecados de omisión?
3. ¿Qué nos dice la Biblia en cuanto a las causas de los pecados actuales?
4. ¿Qué piensa Ud. de la afirmación de que sólo los actos malos hechos deliberadamente y con premeditación son pecados? Justifique su respuesta.
5. ¿Qué piensa Ud. de la afirmación de que dado que Dios gobierna todo, permite el pecado y así se vuelve causante del pecado? Justifique su respuesta.
6. ¿Qué es y cómo se causa escándalo?
7. ¿Qué razón tuvo San Pablo para circuncidar a Timoteo (Hechos 16:3) y no a Tito (Gálatas 2:3-5)? ¿Qué aprendemos de ello?
8. ¿Qué entendemos con escandalizarse o con darse uno por escandalizado?
9. ¿Tienta Dios también a los seres humanos? ¿No se hace culpable de pecado si caemos a causa de esa tentación?
10. ¿Qué entendemos con pecados de debilidad? ¿Quién los comete?
11. ¿Por qué es tan desafortunado tener una conciencia errante?
12. ¿Qué pecado es peor, maldecir en el nombre de Dios o matar al prójimo? ¿Porqué?
13. ¿Qué factores entran en la consideración de la gravedad de un pecado?
14. ¿Qué es lo erróneo en la doctrina católica romana en cuanto al pecado venial? ¿Quién sólo puede tener pecados veniales?
15. ¿Cuál ha de ser nuestra actitud para con los pecados secretos de otros?
16. Enumere cuatro distintos pecados que piden venganza al cielo mencionados por la Biblia.
17. ¿Cómo definiría Ud. el pecado contra el Espíritu Santo? ¿Qué diferencia ve Ud. entre este pecado y el del endurecimiento?

18. Enumere cuatro características del pecado contra el Espíritu Santo según los textos que hablan de ello.
19. ¿Por qué es imperdonable ese pecado?

Lección 20

La DOCTRINA ACERCA de la GRACIA de DIOS El HOMBRE y el LIBRE ALBEDRÍO

Objetivos

- Ver la enseñanza bíblica acerca del libre albedrío.
- Ver la necesidad de la gracia de Dios.
- Ver qué entiende la Biblia con la gracia de Dios.
- Ver algunas enseñanzas contrarias a la doctrina bíblica de la gracia de Dios.
- Ver los atributos de la gracia de Dios.
- Ver que la gracia de Dios es dada en los medios de gracia y recibida por la fe.
- Ver que la doctrina de la gracia es la doctrina central de la fe cristiana.

Pasos

1. Lea el texto correspondiente a esta lección y haga anotaciones.
2. Lea todas las lecturas asignadas para esta lección.
3. Conteste por escrito todas las preguntas de esta lección para que el profesor del curso pueda verlas, corregirlas y calificarlas.

Lecturas

- Mueller, Doctrina Cristiana, pp. 155-167.
- Pieper, Christian Dogmatics, Vol. II, pp.3-52.
- El Libro de Concordia,
 - Confesión de Augsburgo, Artículo XVIII;
 - Apología de la Confesión de Augsburgo, Artículo XVIII;
 - Fórmula de Concordia, Epítome, Artículo II;
 - Declaración Sólida, Artículo II.

Lectura muy recomendada aunque no exigida:

- Obras de Lutero, Tomo IV, La voluntad determinada.

Preguntas

1. Explique en sus propias palabras qué se entiende con la expresión libertad formal en el campo del libre albedrío.
2. ¿Qué enseña la Biblia en cuanto a la capacidad del ser humano, después de la caída, de querer lo espiritualmente bueno? Pruébalo con un versículo bíblico.
3. ¿Qué enseñamos en cuanto a la capacidad del ser humano, después de la caída, de rendir una justicia civil?
4. ¿Cómo resumiría Ud. la enseñanza bíblica del libre albedrío del ser humano, después de la caída y antes de su conversión?
5. ¿Qué enseñan los pelagianos, semipelagianos y sinergistas?
6. ¿Qué respondería Ud. a la objeción de que el hombre natural debe tener libre albedrío en asuntos espirituales ya que Dios le manda obedecer la ley y creer el evangelio?
7. ¿Qué es la gracia salvadora según la Biblia? Apóyelo con a lo menos dos versículos bíblicos.
8. ¿Qué se entiende con gracia inherente o gracia infusa en la terminología teológica?
9. ¿Por qué concluimos que la Biblia, cuando habla de la salvación del ser humano, usa la palabra gracia en el sentido de misericordiosa disposición de Dios y no en el sentido de

- gracia inherente o gracia infusa? Pruébalo con dos versículos bíblicos.
10. ¿Es correcto decir: Yo me merezco la salvación, a lo menos en algo, porque creo? Justifique su respuesta. ¿Cómo salva la fe?
 11. ¿Qué enseñan en cuanto a la gracia que salva los católicorromanos y los carismáticos? ¿Cómo les respondería Ud. con la Biblia?
 12. ¿Qué diría Ud. a alguien que le dijera de que está seguro de su salvación porque se siente perdonado?
 13. ¿Por qué es tan importante conservar intacta la enseñanza bíblica de la gracia salvadora? Cite a lo menos tres consecuencias.
 14. ¿Cómo sabemos que la gracia salvadora no es indiferencia al pecado?
 15. ¿Qué piensa del argumento de que el sacrificio de Cristo en realidad no fue suficiente pero que Dios lo aceptó como tal?
 16. ¿Qué piensa del argumento de que la gracia salvadora no es universal porque Dios salva sólo a los que creen?
 17. ¿Qué enseñan los supralapsarios, los infralapsarios y los amiraldistas?
 18. Responda con a lo menos dos versículos bíblicos a la posición calvinista de que la gracia salvadora es sola para los predestinados a la salvación eterna?
 19. ¿Cómo sabemos que la gracia de Dios es seria y eficaz? Dé a lo menos dos razones.
 20. ¿Por qué no se salvan todos ya que la gracia de Dios es seria y eficaz? Pruébalo con la Biblia.
 21. ¿Qué dice Lutero en cuanto a la resistencia que se puede ofrecer al actuar de Dios?
 22. ¿No demuestra el hecho de que Dios endurezca a ciertos individuos que en realidad él no quiere salvar a todos? Justifique su respuesta.
 23. Las expresiones: La voluntad divina de la gracia es dependiente y la voluntad divina de la gracia es absoluta, pueden usarse bien y mal. ¿Cuándo se usan bien y cuándo se usan mal?
 24. ¿Qué entiende Ud. con la expresión: Los medios de gracia son medios dadores y la fe es un medio receptor?